

TERNURA Y AGRESIVIDAD

Carácter: Gestalt, Bioenergética y Eneagrama

Colección Gestalt

Dirigida por JUAN JOSÉ DÍAZ

LA GESTALT, desde sus influencias precursoras, tiene casi un siglo de existencia. En su devenir ha discurrido por contextos geográficos, políticos y científicos que han modulado su evolución. Entre los gestaltistas hay cierto consenso en los acontecimientos y etapas que definen su historia, en el valor de personas y textos singulares que le dieron realce, y en el reconocimiento de movimientos sociales, culturales y profesionales que diversificaron su expresión en Tendencias y Escuelas. Hoy, la Terapia Gestalt está extendida y asentada por el mundo. Y en continua adaptación y cambio.

Queremos atender las necesidades de los lectores de habla española, en la dirección de completar un abanico cada vez más amplio de textos en nuestro idioma, lo que equivale a aumentar la diversidad de pensamiento, de creación y de libertad en el arte de la terapia. Esperamos así que nuestros libros permitan acceder a textos desconocidos de autores clásicos, integrar la obra de otros gestaltistas poco conocidos, y en general recoger contribuciones a una Gestalt flexible y en continua renovación.

La Colección Gestalt de Mandala Ediciones emerge, del fondo de publicaciones existentes de este enfoque, queriendo llenar un vacío de documentos audiovisuales que nos muestren de una forma directa cómo es en la práctica la Terapia Gestalt. Nuestra intención es que este medio de comunicación, presentado en DVD, acerque aún más la Gestalt a un público general, sirva de referencia a estudiantes y dé a los profesionales nuevas herramientas de reflexión sobre su actitud y oficio.

Deseamos que nuestras publicaciones, impresas o en DVD, contribuyan a dotar a las Escuelas de Gestalt de material didáctico de calidad.

Entre nuestros propósitos consideramos con especial cariño el facilitar y apoyar la difusión, en documentos impresos y audiovisuales, del quehacer de los terapeutas gestálticos de habla española. Y, en la medida de lo posible, hacer llegar sus obras al foro gestáltico internacional.

Éste es nuestro compromiso.

COLECCIÓN GESTALT

Director de la colección: Juan José Díaz

E-mail: gestaltmandala@gmail.com

<http://gestaltmandala.blogspot.com>

Colección n° 7:

Ternura y Agresividad.

Carácter: Gestalt, Bioenergética y Eneagrama

© Juan José Albert Gutiérrez

© Mandala Ediciones, 2009

Tarragona 23 • 28045 Madrid (España)

Tel.: +34 914 678 528

E-mail: info@mandalaediciones.com

www.mandalaediciones.com

Fotografía de portada: "Ulises atado al cordero, huyendo de Polifemo"

(tomada por Juan José Albert Gutiérrez en el Museo de Delfos, Grecia)

Ilustraciones: Ada López

Diseño gráfico: reiko

Printed by Reprográficas Malpe, S.A.

I.S.B.N.: 978- 84-8352-154-0

Depósito Legal:

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

 **G**OLECCIÓN
G e s t a l t

— Nº 7 —

TERNURA Y AGRESIVIDAD

Carácter:
Gestalt, Bioenergética y Eneagrama



Juan José Albert Gutiérrez



AGRADECIMIENTOS

A Claudio Naranjo, mi Maestro.

A Antonio Asín, que me introdujo en Bioenergética y en el Cuarto Camino.

A Paco Peñarrubia, que me introdujo en la gestalt.

A Carlos Chan, mi instructor en Análisis Bioenergético.

A M^a Ángeles Núñez, por su apoyo y colaboración en la gestación de este libro.

A Ada López por sus precisas indicaciones para algunos capítulos, por su animo constante y por el magnifico regalo de sus dibujos.

A Albert Rams, tanto por su lectura crítica como por aportarme algunos puntos de vista novedosos.

A Cristina Nadal, no solamente por su lectura crítica y por indicarme que aclarase algunos conceptos, sino, y con mucha gratitud, por haberme "exigido" vencer mi pereza para introducir casos clínicos en cada capítulo.

A Juan José Díaz, por haberme puesto en contacto con la editorial y por el interés que ha mostrado en pulir la edición. De una manera especial por haberme "presionado" para escribir el capítulo sobre Reich y Perls, y para incluir los dibujos.

A todas la personas que me han prestado parte de sus biografías para ilustrar los diferentes capítulos.

Este libro ha sido escrito a partir de las observaciones tomadas desde mi experiencia clínica y docente, a lo largo de veinte años. He procurado no dejarme influir por lo ya escrito sobre los caracteres, a no ser que lo observase por mí mismo directamente en la práctica de cada día, por ello las referencias bibliográficas son escasas.

Por esta misma razón, quiero expresar de una manera particular, mi agradecimiento a todos los alumnos de las diez promociones de formación en Psicoterapia Clínica Integrativa, sin cuya participación no hubiese sido posible escribirlo; alumnos a los que particularmente va dirigido.

Y un agradecimiento muy especial a los alumnos de la II Promoción de dicha formación, la Promoción "Integratica", ya que el libro comenzó en forma de apuntes de clase para ellos, sin tener consciencia del mucho tiempo que me iba a llevar completarlo adecuadamente. Lo siento como, por fin, haber completado una deuda.

DEDICADO A

Mis padres, Juan y Paquita.

Mi hija Elena y a Íñigo.

Mi hija Sandra, a Christophe, y a su hijo Jon.

Elena, mi mujer, compañera, confidente y apoyo constante.

Y a nuestros hijos Guillermo y Ana.

Y a:

Ignacio López López

Ignacio Ruiz Lafita

In memoriam

Índice

| | |
|---|----|
| PRÓLOGO POR FRANCIS ELIZALDE. | 10 |
| PRESENTACIÓN | 16 |

PRIMERA PARTE

| | |
|--|----|
| 0. Introducción. | 22 |
| 1. Reich y Perls: Una continuidad integradora. | 24 |
| • Sobre la integración | 24 |
| • Sobre las corazas. | 30 |
| • Sobre los bloqueos | 33 |
| • Sobre la angustia | 35 |
| • Sobre el carácter | 37 |
| • Sobre las resistencias | 43 |
| • Sobre el diagnóstico | 49 |
| • Conclusión. | 53 |
| 2. Algunas consideraciones teóricas | 54 |
| • El Impulso Unitario | 57 |
| • Estructura del Impulso Unitario | 60 |
| • La función del Subimpulso Tierno. | 61 |
| • La función del Subimpulso Agresivo. | 64 |
| - Los componentes hostiles del Subimpulso Agresivo | 66 |
| • La elección del Instinto. | 67 |
| • Disociación y cambio de función del Impulso Unitario. | 68 |
| • El origen de la angustia | 72 |
| • La coraza caracterológica | 75 |
| • La coraza muscular. | 79 |
| - Disposición segmentaria de la coraza muscular. | 81 |
| - Los segmentos corporales. | 83 |

SEGUNDA PARTE

| | |
|--|-----|
| 3. Carácter Esquizoide. Eneatipo V | 88 |
| • La fase preoral del desarrollo | 88 |
| • Etiología. | 90 |
| • Dinámica energética | 93 |
| • Estructura corporal | 105 |
| • Dinámica psicoemocional | 114 |

| | |
|---|------------|
| 4. Carácter Oral. Eneatipo IV | 120 |
| • La fase oral del desarrollo | 120 |
| • Etiología..... | 122 |
| • Dinámica energética..... | 125 |
| • Estructura corporal..... | 132 |
| • Dinámica psicoemocional | 152 |
| 5. Carácter Masoquista. Eneatipo IX | 167 |
| • Concepto de Masoquismo..... | 167 |
| • La fase anal del desarrollo..... | 170 |
| • Etiología..... | 175 |
| • Dinámica energética..... | 181 |
| • Estructura corporal..... | 185 |
| • Dinámica psicoemocional | 197 |
| 6. Caracteres Psicopáticos. Eneatipos III y VI | 212 |
| • El inicio de la situación edípica | 212 |
| • La fase fálica del desarrollo..... | 216 |
| • Etiología..... | 219 |
| • Dinámica energética..... | 231 |
| • Estructura corporal..... | 236 |
| • Dinámica psicoemocional | 246 |
| 7. Caracteres Rígidos. Eneatipos I, II, VII y VIII | 267 |
| • El desenlace de la situación edípica | 267 |
| • La fase genital del desarrollo | 270 |
| • Dinámica energética..... | 273 |
| • Estructura corporal: La coraza corporal..... | 276 |
| • Dinámica psicoemocional | 286 |
| • Subtipos..... | 294 |
| - El subtipo histérico (Eneatipo II) | 294 |
| - El subtipo pasivo-femenino (Eneatipo VII) | 301 |
| - El subtipo fálico-narcisista obsesivo (Eneatipo I) | 309 |
| - El subtipo fálico-narcisista compulsivo (Eneatipo VIII) | 319 |
| EPÍLOGO | 335 |
| BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA..... | 338 |
| NOTA BIOGRÁFICA DEL AUTOR | 340 |

Prólogo

A mediados de los años 70 empezaron a llegar a España las ondas concéntricas de los movimientos norteamericanos que se conocieron como Human Growth Movement o Psicología Humanista.

Eran en nuestro país tiempos de apertura a formulaciones personales y colectivas caracterizadas por la exploración y la expresión. Coincidió con un momento de impasse para las corrientes psicológicas entonces hegemónicas: psicoanalistas y conductistas, agotaban sus fases de crecimiento y entraban en otra de oficialismo y acartonamiento. Las jóvenes promociones de estudiosos de la salud mental tuvieron acceso a los enfoques antipsiquiátricos de Laing y Cooper, las corrientes psicoanalíticas argentinas (Kesselman, Pavlosky...), el psicodrama de Moreno, el Análisis Transaccional de Berne... y, muy relevantemente, el enfoque corporal de Reich y Lowen y su praxis y la Terapia Gestalt. Juanjo Albert, que trabajaba por entonces como médico psiquiatra, se interesó por las nuevas corrientes insatisfecho, conmovido por la realidad de la enfermedad psiquiátrica y el enfoque de los tratamientos entonces en boga, y, trabajando en Bizkaia, a mediados de los años 70, conoció a Antonio Asín, que había estudiado en el Instituto Willheim Reich con Blanca Rosa Añorbe, y de su mano dio con la Bioenergética, en sus vertientes teórica y práctica.

Por entonces le conocí. Yo era un paciente, un usuario de la psicoterapia que asistía a los enérgicos trabajos grupales que Asín proponía como parte del tratamiento. Y allí asistía aquel psiquiatra, a quien no se le caían los anillos por participar como uno más, y que lejos de asustarse o desanimarse en un universo de catarsis y transparencia, encontraba en ello una fuente de renovación personal y profesional. Llevó a su hospital psiquiátrico, con el debido sigilo, ejercicios bioenergéticos comprobando que tan buenos resultaban para sus pacientes como para él. Y así, entonces, arrancó la gestación de este libro.

Ocurrió por aquel entonces que, uno tras otro, profesionales de toda la geografía española se fueron poniendo en contacto con otros con quienes compartían intereses; e intercambiaron congresos, ágapes y experiencias. La necesidad de conocer estaba por entonces tan viva que nadie parecía necesitar excesivo rigor a la hora de acotar donde terminaba un enfoque terapéutico y comenzaba otro. Juanjo tomó su formación en Terapia Gestalt de la mano de Peñarrubia, Rams y demás pioneros y se trasladó a su Alicante natal y, en aquel contexto de apasionada exploración, fue, además

de anfitrión, el encargado del enfoque corporal de un equipo que exploró la sinergia entre gestalt, psicoanálisis, psicodrama, meditación y bioenergética: fueron las llamadas “semanas de Alicante”, un experimento que catalizó trabajos integrativos que siguen al día de hoy siendo fecundos. Aquel impulso “tierno y agresivo”, hacia el autoconocimiento y la sabiduría, cuajó para muchos en torno al trabajo de Claudio Naranjo, que por entonces aterrizó en España para presentar un taller de Terapia Gestalt. Desde el principio, Juanjo estuvo allí, con él, formando parte de su círculo más íntimo y, consiguientemente, trabajando de firme. Fue parte del primer grupo de trabajo de Protoanálisis (o “trabajo sobre el rasgo principal a la luz del eneagrama”), que se mantuvo durante cinco años; de la primera hornada de trabajo sobre abreación de los bloqueos emocionales anclados en la infancia, y también de la primera promoción europea de la escuela integrativa SAT; y años después fue de nuevo anfitrión y organizador, esta vez de un Primer Congreso Internacional de Eneagrama en Alicante.

Así adquirió y fue haciendo propias las herramientas que expone en este volumen.

Treinta años después: La Terapia Gestalt ha ido menguando en EEUU, pero asentando y expandiendo en el mundo latino. El *mainstream* no pasa hoy ni por lo humanista, ni por lo aglutinante: La Bioenergética no está en el primer plano de la actualidad, si bien se nota su presencia en una general actitud de reconocimiento de lo somático como trama de la identidad personal. El eneagrama se utiliza como soporte para derivaciones más y más lejanas de su propósito original. Ahora mandan la neuropsiquiatría y los enfoques cognitivo-conductuales; y el mercado marca tendencias gremialistas, de especializarse y detentar titulaciones oficiales; tiempos, una vez más, de recelo a mirar más allá de los bordes del mundo conocido. Pues es ahora, treinta años de gestación después, cuando se publica este libro, esencialmente humanista e integrativo, que se propone presentarnos teoría y praxis de vegetoterapia y caracterología de Reich, terapia de la autenticidad, o dialógico, o del vacío fértil, o Gestalt de Fritz Perls y carácter y neurosis a la luz de la presentación de Naranjo del eneagrama de los caracteres.

Enfoque reichiano y Terapia Gestalt son enfoques psicoterapéuticos que se han entrecruzado y separado tan a menudo, como los destinos de sus fundadores, Wilhelm Reich y Frederick Perls, ambos médicos alemanes, pioneros, creadores y revolucionarios. Ambos construyeron sobre los ci-

mientos que echaron Freud y sus primeros discípulos (Adler, Groddek, Ferenci...), pero pronto tomaron rutas propias: Perls se asomó a las vanguardias culturales, al teatro y al autoanálisis,... mientras que Reich inició una ortodoxa y rigurosísima indagación en los presupuestos sexuales de las teorías freudianas que le llevó a la *sex-politik*, a descubrir “la función del orgasmo”, y, en fin, a la heterodoxia más radical. En 1930 sus rutas confluyeron: Reich fue durante dos años el psicoanalista de Perls, quien dijo de él que *«...era alguien que estaba vivo. Con él, la importancia de los hechos comenzó a desvanecerse. Se puso más en relieve el interés, la actitud. Con él, el terapeuta se ponía en contacto con el paciente y el cuerpo recobraba así sus derechos»*.

Tras la guerra, ambos se refugiaron en EEUU. Reich había dado un lugar central a la noción de carácter que explica nuestras conductas como resultado de una “economía psíquica” común que, haciéndonos distintos, a todos nos iguala; Perls, individualizaba al paciente con su “Yo soy yo, tú eres tú,”. Reich decía: “Escucha, hombrecito, mientras duermes despierto te están robando el mundo emocional”, y Perls venía a decir “Escucha, hombrecito, mientras duermes despierto te estás robando tu mundo instintivo”. Albert somete ambos abordajes a la piedra de toque: si partimos de Reich y partimos de Perls, ¿arribamos al mismo lugar o no?

Su método para dilucidar esta cuestión: la revisión de ambos esquemas a la luz de su experiencia clínica de treinta años. A Perls, lo relee minuciosamente —algo, la verdad, poco frecuente—, rastreando y recomponiendo sus ideas sobre génesis y configuración de las neurosis. Asimismo vuelve la vista hacia el sistema caracterológico del Lowen de “El lenguaje del cuerpo” y sobre todo del Reich de “El análisis del carácter”, y decide partir de cero y tomar ese mismo sistema como hipótesis a comprobar. Con esos principios básicos define a qué se llama “carácter”; acompaña al ser humano a lo largo de sus años de formación, desde su concepción hasta su juventud, y explora las etapas sucesivas con sus correspondientes potenciales adquisiciones y potenciales peligros de caer en desequilibrio. Como resultado nos entrega descripciones novedosas, frescas, complejas, de cada estilo de carácter, y las ilustra con casos reales, de los que da numerosos y útiles ejemplos.

Yuxtapone ambas visiones y contesta. Respuesta: sí, no sin recovecos pero sí, se llega al mismo punto.

Y, con respecto al sistema de caracteres, de origen tradicional, evidenciado en el diagrama del eneagrama de los Sarmoun, el trabajo de Claudio Naranjo ha sancionado de sobra su congruencia perfecta con la praxis de la Terapia Gestalt, pero, ¿es congruente también con el sistema de caracteres urdido por Reich sobre la visión psicoanalítica de las fases evolutivas?

Lo cierto es que el sistema bioenergético es una caracterología entre tantas. De hecho, Reich no propone ninguna caracterología concreta, sólo describe algunos de ellos; Lowen propone cinco; Adler, Jung, Horney o Fromm tienen otras tantas propuestas, y allí donde uno distingue cuatro tipos otro distingue 17. Por eso, el intento de hacer congruentes ambos sistemas tiene, en principio, pocos visos de prosperar; y, efectivamente, los intentos que conozco han sido por lo general un empeño baldío, resuelto en semejanzas inanes y facilonas, sólo útiles para sustituir el genuino trabajo sobre sí por el gustazo de diagnosticar a los demás. En vista de esto, ¿vale la pena intentarlo? Tal vez no sea ni siquiera posible dar con la equivalencia definitiva y perfecta, “acertar”. Pero podemos aceptar que tal empeño, habrá valido la pena, no “si acierta”, sino “si arroja más luz sobre cada uno de los dos sistemas que pone en relación”, y me parece que eso aquí se logra: lo contemporáneo-científico ratifica lo tradicional, y éste aporta al otro su riquísima red de significados, y ambos esquemas referenciales salen mejor explicados y más fortalecidos.

No conozco un trabajo escrito en lengua castellana equivalente a éste, que además pone fin a un largo silencio en las publicaciones sobre carácter y cuerpo. Mucho campo regará este libro que apenas tiene antecedentes: el trabajo de Asín, poco publicado, el de Richard Onley, el de Kepner... se asemejan, pero sólo eso: Albert ya dice en su Introducción que “no quiere hacer Gestalt y Reich”, sino que ambos, inseparablemente, y teniendo muy en cuenta el costo que para el paciente supone el prescindir de cualquiera de ellos: de la actitud que aporta la Terapia Gestalt; de la comprensión de la génesis de la neurosis que aporta el análisis del carácter; o de la psicodinamia que el eneagrama permite prever. Por otra parte, apuesta por Reich, -más crudo, radical y exhaustivo en su indagación teórica que Lowen-, y nos lo pone ante los gestaltistas, que a veces nos ponemos perezosos y pasamos sobre lo somático como si pasásemos sobre un tema más de un temario. Construido en base a casos reales, es también un muestrario de técnicas e interdictos compartidos por un profesional cuya pericia es ampliamente reconocida. Ahora bien: este li-

bro, que se utilizará por muchas promociones de aspirantes a dominar las destrezas de la psicoterapia, no es un texto fácil. Su propósito y el método escogido para alcanzarlo exigen que sea intransigentemente congruente, y ese esfuerzo que ello demanda se traslada al lector. No es un texto a leer por encima ni es un texto “a aprenderse”, a memorizar, sino un libro a comprender; una máquina que enseña a pensar, y que hay que aprender a usar; a descomponer y recomponer sus razonamientos. Lo que vemos son tanto los pasos del autor para llegar a entender cómo los resultados a los que le lleva su comprensión.

Ya he contado cuando y en qué condiciones conocí a Juanjo. Desde entonces, la amistad, el amor, me tienen unido a él, lo que me permite ser objetivo al decirles de él que, ante todo, tiene en cuenta a los demás; que les cuida con su propia vida; que es repetidamente anfitrión y organizador; que treinta años después mantiene sus amistades; que cansancio y trabajo no parecen tener en él nada que ver; que disfruta indagando; que tiene una paciencia legendaria... Y que cuanto en este libro se dice, se practica a diario en su centro, el IPETG de Alicante, en colaboración con su excepcional equipo y se enseña experiencialmente y muy específicamente en los cursos de formación en “Psicoterapia Clínica Integrativa”, pura fusión de experiencia, actitud, rigor exigente, sistematización y libertad. Resumiendo: Psiquiatría, psicoterapia clínica, más enfoque bioenergético, más actitud gestáltica, más trabajo eneagramático del rasgo principal.

Y un vector más, una dimensión más. El misterio.

Juanjo lo coloca donde se debe, en la primera frase del capítulo 1: “La encarnación es un misterio”, dice, “una certeza que desconozco... y asumo que lo más probable es que no alcance tal conocimiento”. Así, llamando a las cosas por su nombre y asentando las coordenadas desde las que parte el viaje, ya puedes, lector, unirte a su aventura.

Francis Elizalde

El *Tao* les da vida, el *Te* (Virtud) los cría,
el *Wu* (cosa) los conforma,
el *Shih* (influencias) los perfecciona.

Así, el *Tao* les da vida, el *Te* los cría,
los hace crecer, los nutre, los perfecciona,
los madura, los mantiene y los cubre.
Les da vida y no se los apropia, los hace
y no se apoya en ellos, les da crecimiento
y no los domina. Es la *Virtud Arcana**.

* *Tao Te Ching*, LAO TSE. Traducción de Carmelo Elorduy. Biblioteca de la Literatura y el Pensamiento Universales. Editorial Nacional. 1983.

Presentación

La encarnación es un misterio. Para mí pertenece a esa índole de certezas que sé que son, pero que desconozco cómo es que son así. No tengo ninguna duda al respecto: ni en cuanto a la certeza, ni en cuanto al desconocimiento; tampoco respecto a la posibilidad de que dicho misterio pueda serme desvelado en algún momento, quizás en el trance de la muerte. Estas certezas —aunque no hubiese otras—, son suficientes para dar interés a mi vida y mantenerme en el esfuerzo para que esta posibilidad sea real, aún asumiendo que lo más probable es que no alcance tal conocimiento.

Parto de la comprensión del Ser Humano como *energía* encarnada, como una manifestación por la cual esta Energía Universal se hace aparente en el mundo fenomenológico y aprehensible por los sentidos, y que ésta es la *Esencia* de nuestro Ser, nuestra Esencia Espiritual.

Solamente pretendo dar un punto de vista sobre el devenir evolutivo del ser humano que, desde el instante de su encarnación, queda sujeto a las Leyes que son intrínsecas a su naturaleza y que, para nuestro propio bien y nuestro propio mal, son inevitables. Con este fin me centro en sus manifestaciones energéticas, que corporal, emocional e intelectualmente se estructuran en cada persona en lo que denominamos *carácter*. Así como en cual es la dinámica de tal carácter para que, al mismo tiempo que nos posibilita la vida, constriña y oscurezca nuestra Trinidad Esencial: nuestras Virtudes, nuestras Ideas y nuestro Impulso de Vida, dificultando de esta manera su manifestación espontánea hacia la Creatividad, la Espiritualidad y hacia el Bien Estar.

A través del hecho misterioso de la Encarnación pasamos de una existencia en el nivel de las no manifestaciones fenomenológicas, en el que hay identidad con la Unidad, con la Esencia de lo Divino, al nivel de las manifestaciones fenomenológicas aprehensibles por los sentidos. Todo el proceso del devenir evolutivo, a partir del nacimiento, es un tránsito que implicará una pérdida de nuestra identidad original, un *oscurecimiento óntico* —como lo define Claudio Naranjo— que deviene en una experiencia de vacío esencial por la pérdida del contacto con nuestro origen divino. Nos distanciamos, pues, de lo más valioso que tenemos: de nuestra identidad esencial y del poder del yo Real, de la Esencia Divina.

Intentamos llenar el vacío esencial, en el que quedamos tras esta pérdida de identidad, *elaborando una pseudoidentidad a través de la identificación con la imagen especular* en la que nos vemos reflejados, y que recibimos sobre nosotros desde el medio en el que hemos nacido, esencialmente y en primer lugar con la imagen que nos devuelve nuestro medio familiar, nuestros progenitores. El proceso de desarrollo que sigue esta identificación sustitutoria se estructura y cristaliza en el *aparato* defensivo y relacional que conocemos cómo *el carácter*.

De la dolorosa travesía por la desconexión de nuestra esencia, permanece la experiencia de vacío, de falsedad y de anhelo por lo perdido, que arraiga como una sensación en la memoria sensitiva, sensorial y emocional de nuestra propia vida individual — aunque no a nivel consciente —, dejándonos en un estado de desasosiego que percibimos como insatisfacción, tristeza, inseguridad, miedo y angustia, consecuencia del acto de traición que nos vemos abocados a cometer hacia nosotros mismos. Identificarnos con el carácter es un intento de evitar el contacto con el vacío, la tristeza y el miedo esenciales, así como de llenar el anhelo por el estado de identidad que perdimos y del que solamente guardamos, si acaso, memoria intuitiva e inconsciente.

Este proceso de *identificación defensiva* lleva implícito que se mantenga el oscurecimiento óntico, el *olvido de sí*, como la estrategia defensiva energéticamente más económica. Necesariamente tiene que ser así, puesto que no disponemos de energía suficiente para mantener el esfuerzo de permanecer con la atención en nuestro propio ser, y, a la vez, tratar de evitar el displacer que nos causa la no aceptación sus manifestaciones espontáneas, por la escasa comprensión y tolerancia del medio que nos rodea. Como consecuencia de esta *distracción* de la atención hacia la propia esencia, por el déficit de energía a su disposición, caemos en la mecanicidad compulsiva del *hacer como* sentimos que se nos pide que seamos. Estos condicionamientos nos desconectan de nuestra consciencia y nos proporciona una falsa sensación de identidad. Sucumbimos en un estado de pereza a la introspección y al desarrollo espiritual, ya que dicha estrategia entraña la inhibición del fluir del Impulso de Vida, del impulso hacia la búsqueda de sí, de la Voluntad de Ser en definitiva.

Ante la impuesta necesidad de inhibir parte del Impulso de Vida a lo largo del proceso de desarrollo y maduración, mantenemos dicha estrategia

defensiva identificándonos cada vez más con la imagen que percibimos de nosotros, quedando así *apegados* a ella. Mediante esta identificación se hace cada vez más profunda la ignorancia sobre nuestro Ser Original, puesto que con ella mantenemos también la desconexión que nos aboca a permanecer en este estado de anhelo, insatisfacción, tristeza y miedo, cuyo origen, no lo olvidemos, permanece inconsciente; de dicho estado, sólo percibimos sus manifestaciones defensivas, sean éstas los rasgos del carácter y su mecanicidad compulsiva o los síntomas clínicos. Con este apego a la imagen tratamos al mismo tiempo de evitar el contacto emocional con la ansiedad, la angustia y la depresión resultado del vacío existencial en el que hemos quedado.

Como he apuntado anteriormente, la necesidad de seguir la alternativa energéticamente más económica viene determinada por el hecho de que, desde el nacimiento, vamos quedando en un estado de “desenergetización” provocado al tener que inmovilizar parte de nuestra energía original (estasis energética), destinándola defensivamente a estructurar y mantener los mecanismos de defensa, los rasgos del carácter y los síntomas. En definitiva para mantener y proteger el apego a la imagen con la que nos hemos identificado.

Nuestro miedo más profundo, lo que nos inmoviliza, lo que más tememos todos es la pérdida de la imagen de identificación, temor que nace precisamente del hecho de que no tenga identidad real, porque es una mera especulación imaginativa. De la inexistencia real de esta distorsión cognitiva y emocional que hemos elaborado sobre nosotros mismos, del cuento que nos hemos contado y creído, tenemos noticias sensitiva e intuitivamente, lo *conocemos*, puesto que está arraigado en nuestra memoria de vida, pero no *sabemos* de él.

El estado de *temor y desconfianza esencial* en el que vivimos deriva precisamente del miedo a que se descubra la falsedad en la que estamos inmersos, puesto que, teniendo noticias de ella, ignoramos cómo es. Así, nos mantenemos en el temor por la ignorancia de su origen y porque, al estar arraigado en la memoria de nuestra experiencia, queda superpuesto al dolor infantil provocado por la pérdida de nuestra identidad; un dolor que esencialmente es de desamor hacia nosotros mismos, atravesado por el dolor del desamor que percibimos de nuestros progenitores y, como consecuencia, por la desconfianza para con el mundo que nos recibe.

Nuestros progenitores nos acogen con un amor ya condicionado y escaso en ternura y tolerancia, pero sobre todo nos reciben en un estado de profunda ignorancia acerca de *quién es* el que nace, y de cuál es su naturaleza esencial. Por su ignorancia, y por la nuestra sobre el propio devenir histórico individual, acabamos desconectados y teniendo miedo de nuestro Ser Divino, de lo único Real y, por ello, de lo más valioso del ser humano.

Tenemos miedo a que se descubra la falsedad e inexistencia de nuestra *imagen protectora* ante un mundo que hemos percibido como hostil. A que ésta se descubra no solamente ante los demás sino, y sobre todo, ante nosotros mismos, ya que la falta de hospitalidad amorosa con que nos recibió el mundo en que hemos aterrizado, impide que se desarrolle y arraigue adecuadamente el Sentimiento Básico de Seguridad. Queda así obstaculizada nuestra capacidad para relacionarnos amorosamente con nosotros mismos y, por ende, con la propia Vida. No se puede amar lo que se desconoce.

El proceso de humanización implica, pues, que devenimos en seres deficitarios en Amor Divino por la pérdida del contacto con la Esencia de nuestro ser; y deficitarios también en amor humano, porque durante el proceso de paternalización no recibimos la calidad del contacto tierno y amoroso que necesitamos. Es precisamente esta falta de aceptación y de contacto tierno y amoroso lo que propicia la estasis energética, inmovilizando la energía que necesitaríamos para mantener la atención en nuestro ser esencial y unívoco. La consecuencia es que a lo largo del proceso de desarrollo, maduración y socialización vamos perdiéndonos de nuestro contacto íntimo amoroso y, por ello, dejamos de reconocernos en nosotros mismos. Será, pues, a través de hacernos conscientes y de reconocernos en nuestra Esencia Original, más allá de la imagen con la que estamos identificados, como podemos alcanzar la salud y abrirnos a la vida y a la espiritualidad. En definitiva se trata de atravesar el miedo a apartar el velo de la ignorancia sobre quienes somos realmente.

De cómo ocurre este proceso, y de sus consecuencias, es de lo que me propongo escribir. Ojalá pueda serle útil a algún psicoterapeuta, a quienes fundamentalmente va dirigido.

Primera Parte



El ser humano es un organismo autónomo, capaz de adaptarse a la naturaleza y de adaptar la naturaleza a sus necesidades. Es también un ser interdependiente con otros seres humanos, ya que necesita las relaciones sociales con sus iguales para desarrollarse plenamente y evolucionar individualmente y como especie. El carácter es consecuencia de esta necesaria interdependencia y, precisamente por ello, a veces nos la facilita y otras nos la dificulta, en función de que su desarrollo haya sido más o menos armónico. Armonía o disarmonía que cristalizará en una determinada estructura caracterial, la cual llevará implícita una mayor o menor distorsión en la percepción de uno mismo y del estar en la vida. Esta distorsión perceptiva es la responsable de la psicopatología del carácter.

El carácter es también consecuencia de la interdependencia entre todas las funciones intrínsecas a la naturaleza humana, que se estructuran en una unidad indivisible. Del *desarrollo armónico* del carácter depende la manifestación individual de cada persona, y el devenir de la capacidad de darnos cuenta de nuestra propia vida, de tener consciencia de la vida, ya que es a través de su filtro como la percibimos. También del *desarrollo armónico* de esta unidad indivisible que conocemos como Ser Humano, depende el cómo se mantenga la dirección unívoca de su Impulso de Vida, el cual originalmente va orientado hacia el Bien Estar y el Placer (interacción erótica con la vida).

Me voy a permitir diseccionar esta unidad sólo con fines didácticos, consciente de que se trata de una mirada sesgada, puesto que pone el acento en la dinámica energética y corporal; aunque sin llegar a olvidar sus interrelaciones con las funciones emocionales y cognitivas. Quiero exponer un punto de vista parcial que, si se considera aisladamente del resto de la unidad que es cada persona, puede inducir a una comprensión falseada. No obstante, puede enriquecer dicha comprensión al integrarla con otros puntos de vista. Consciente de todo ello, busco también concluir ofreciendo un punto de vista sobre cada uno de los caracteres, en el que se integran tanto la dinámica energética, el desarrollo y su arraigamiento corporal, sensorial y sensitivo, como los aspectos emocionales y cognitivos, que van parejos en el proceso evolutivo de cada persona.

Para tal disección y estudio de la estructura del carácter parto de los postulados de WILHELM REICH sobre dinámica energética y análisis del carácter, y de las aportaciones que, desde las Técnicas Bioenergéticas y la caracterología que estructura en su libro “El Lenguaje del Cuerpo”, hace ALEXANDER LOWEN

El elemento integrador son la enseñanzas recibidas de CLAUDIO NARANJO sobre el Eneagrama como mapa para el desarrollo intuitivo, emocional, intelectual y espiritual, y de sus aplicaciones como facilitador en las psicoterapias. Estas enseñanzas —entre otras muchas—, quedan evidentemente implícitas en todo mi trabajo, aunque no haga referencia explícita a ellas. Por ello, sólo me ocupo parcialmente de las manifestaciones emocionales, cognitivas y relacionales de cada tipo de carácter, estableciendo las correlaciones precisas entre la caracterología bioenergética y los *Eneatipos*. Para una mayor profundización, me permito remitir a las personas interesadas a la consulta de los trabajos de CLAUDIO NARANJO sobre los *Eneatipos* y el “oscurecimiento óptico”¹.

¹ Concepto desarrollado y acuñado por C. Naranjo: el desarrollo del carácter implica una ceguera específica para permanecer en contacto con nuestro Origen y nuestra Esencia Espiritual, tanto mas cuanto más patológico sea éste.

REICH Y PERLS: Una continuidad integradora

01

SOBRE LA INTEGRACION

Cualquier organismo vivo tiende por su naturaleza hacia su propia autorregulación y hacia la regulación con el medio en el que se desarrolla; esta función la lleva a cabo de una forma espontánea para alcanzar un equilibrio homeostático desde el que cumplir con el principio fundamental de la naturaleza: crear, conservar y desarrollar su vida y la de su propia especie con el menor gasto energético y el máximo placer posibles.

Centrándonos en los puntos de vista de Reich y de Perls, ambos consideran que la disposición de la naturaleza del organismo humano tiene la misma tendencia que la de cualquier otro animal: hacia su propia autorregulación, mediante la autosatisfacción y el autoapoyo. Así mismo, ambos ponen el acento en que esta tendencia espontánea queda interrumpida por las distorsiones de los constructos mentales y por las inhibiciones emocionales que le van condicionando en la interrelación con el medio donde se desarrolla. Quizás Reich señala de una manera más explícita, que esta tendencia se dirige hacia la relajación, el placer y la creación de más vida (orgánica y espiritual)¹, *siguiendo la ley natural de economía energética* común a todo ser vivo.

Reich fue pionero, dentro de la psiquiatría y de la psicoterapia, en tener en cuenta al ser humano desde un punto de vista holístico, como un organismo en el que no cabe la separación dualista mente/cuerpo. Aporta el punto de vista de que son las excitaciones vegetativas (a ellas se refiere Perls como *excitamiento*²) la única fuente de energía disponible, tanto para la expresión como para la inhibición de las demandas destinadas a restablecer el equilibrio orgánico. Las excitaciones vegetativas están, pues, en función de satisfacer las necesidades del individuo y constituyen la energía básica del Impulso Unitario para sus diferentes funciones, sin que quepa separación ninguna entre la energía y sus funciones.

1 Entiendo por creación, la acción mediante la cual lo posible **se hace** real.

2 Perls: *Dentro fuera del tarro de basura*, págs. 150 y s.

Cuando emerge una necesidad en el organismo se crea una tensión que es experimentada por todo él, ya que rompe el equilibrio. La autopercepción de esta tensión orgánica es canalizada por el subimpulso tierno, pues su función es, precisamente, señalar y dar cuenta de que existe tal necesidad. Una vez que el subimpulso tierno ha dado cuenta de su información, esta información es canalizada a su vez por el subimpulso agresivo, cuya función es la de expresarse espontáneamente para satisfacer la necesidad emergente y, así, completar la gestalt que se hace figura con la emergencia de la necesidad, de tal modo que el individuo recupere el estado de equilibrio y relajación, y la experiencia de placer.

A veces no se consigue la satisfacción completa de la necesidad, aunque al menos disminuye la tensión evitando un displacer mayor³; pero en este caso es a costa de que la situación quede abierta y bloqueada y su energía continúe pulsando sin permitir llegar al estado de relajación inicial. Si la experiencia de frustración, por la insatisfacción o la satisfacción incompleta, se va repitiendo en el tiempo, los estados de tensión muscular y emocional se van acumulando, alejándose cada vez más del estado de reposo.

Las necesidades insatisfechas, sea al nivel que sea del organismo, pulsan hacia su satisfacción porque ésta es su naturaleza, y van a continuar pulsando aunque la persona se insensibilice a dicha tensión. Cuando una necesidad permanece crónicamente insatisfecha, o bien es satisfecha sólo parcialmente o mediante un objeto sustituto (desviándola de su fin original o bien distorsionando su percepción), se estructura una gestalt inconclusa. Aunque el fluir energético que expresaría su manifestación quede bloqueado, la energía que le es propia continúa pulsando, al tiempo que los contenidos emocionales que demandan satisfacción son apartados de la consciencia por la acción de los mecanismos de defensa.

Tanto la energía que no ha podido seguir el camino de la expresión para la satisfacción de la necesidad, como la energía de contención en función de defensa, son energía estásica⁴, y por tanto disfuncional, del Impulso Unitario. La energía estásica pierde su función para el contacto, tanto interno como externo, y con ello el Impulso Unitario pierde también capaci-

³ A ello hago amplia referencia en el capítulo dedicado al carácter masoquista.

⁴ Energía estásica la capacidad energética del Impulso Unitario que no ha podido seguir el camino de la expresión para la satisfacción por haber tenido que ser inhibida, pero que continúa manteniendo su pulsación hacia el medio; así como la energía dispuesta en función de defensa para mantener inhibidos dichos impulsos. Este concepto se explica ampliamente a lo largo del texto.

dad energética global. Esta pérdida la experimentamos organismicamente como “desenergetización”. O como dice Perls: *«Cualquier disturbio en el metabolismo de esta excitación va a disminuir la vitalidad»*⁵.

Es claro, pues, que toda gestalt inconclusa está sustentada por una energía estatica y bloqueada, tal y como afirma Perls taxativamente: *«Quiero dejar bien establecido que los procesos psicológicos no pueden divorciarse de los fisiológicos»*⁶. Este punto de vista es equivalente al expuesto por Reich: *«La tensión y alivio psíquico no pueden existir sin una representación somática, pues tensión y relajación son procesos biofísicos. Hasta ahora hemos transferido estos conceptos al dominio psíquico. Esto era correcto, salvo que no se trata de “transferir” el concepto fisiológico al mundo psíquico; no se trata de una analogía, sino de una verdadera identidad, la identidad de las funciones psíquica y somática»*⁷.

Reich considera además, que las necesidades insatisfechas, las gestalts inconclusas, pueden ser tanto fisiológicas como emocionales e intelectuales y que cada una de ellas abarca todo el organismo del ser por igual. Así pues, concluye que la base energética de todos los procesos del organismo humano son las propias excitaciones vegetativas, y que ésta es la única energía de la que podemos disponer, tanto para las funciones expresivas como para las que están dispuestas en función de defensa, inhibiendo la expresión. Las excitaciones vegetativas aportan, igualmente, la energía necesaria para la función del sí mismo en el proceso del darse cuenta.

Evidentemente, cualquier proceso o función del organismo necesita el sostén y el vehiculo de la energía que proviene de las excitaciones vegetativas para que pueda ser experimentado, tenido en cuenta y expresado; de lo contrario seria, como dice Reich: *«...tomar agua de un vaso que vemos reflejado en un espejo»*, al exponer su punto de vista sobre la idea freudiana de la libido y de los instintos en general⁸; o como tratar de plantar una semilla en el aire, y además esperar a que de fruto. Igualmente queda clara esta condición en el siguiente texto de Perls: *«...esta excitación emocional moviliza los músculos, el sistema motor. Todas las emociones (y sus inhibiciones, añadido) se expresan en el sistema muscular. No se pue-*

5 Perls: *Sueños y existencia*, pág. 76.

6 Perls: *El enfoque gestáltico*, pág. 21.

7 Reich: *Análisis del carácter*, pág. 348.

8 Reich: *Análisis del carácter*. Nota de 1946 a pie de página 311.

de visualizar la ira, sin movimiento muscular. No se puede visualizar la alegría, que es más o menos idéntica con el danzar, sin movimientos musculares. En la pena hay sollozos hay llanto, y en el sexo también hay ciertos movimientos, como todos ustedes saben. Estos músculos se usan para moverse, para tomar el mundo, para palpar el mundo, para estar en contacto»⁹.

Los bloqueos que mantienen crónicamente a las gestalts inconclusas, son funciones que están en constante tensión entre una energía que tiende a expresarse y otra de similar intensidad que lo impide defensivamente. En ellos, la energía en función de defensa se dispone, pues, antitética de la que tiende a la expresión y al contacto. Esta dinámica energética crea en el organismo las zonas que Reich denomina de **falta de contacto**¹⁰. Todo el organismo es físicamente receptor y depositario de estas zonas de tensión y de falta de contacto, pero de una manera fundamental se arraigan en la musculatura estriada, contribuyendo a la morfología corporal; nosotros las denominamos zonas **emocionalmente muertas**, por haber perdido su función del darse cuenta sensorial de la emoción cuya expresión bloquean¹¹.

Cuando el subimpulso tierno da cuenta de la pérdida del equilibrio orgánico al percibir la pulsación de esta gestalt que tiende a hacerse figura, el subimpulso agresivo activa el sistema muscular para que, abandonando su situación de reposo y aumentando su estado de tensión, se prepare para la acción. Ésta es, a mi modo de ver, **la base energética del ciclo gestáltico**: el subimpulso tierno nos pone en contacto con nuestras necesidades y deseos, da cuenta de ellos y nos conduce en la primera fase del ciclo, hasta el punto de energetización; mientras que el subimpulso agresivo nos pone en movimiento para el contacto y la satisfacción, volviendo el organismo a la situación de reposo.

Evidentemente en este proceso no ocurren las cosas unas antes que otras, sino que son funciones concomitantes, inseparables; ambas funciones cumplen una única función en sí, como el mirar y ver o el oír y escuchar: La discriminación es la función del darse cuenta, y la lleva a cabo *uno mismo*. Cualquier interrupción del ciclo mantenida en el tiempo, o

⁹ Perls: *Sueños y existencia*, pág. 76.

¹⁰ Reich: *Análisis del carácter*, pág. 323.

¹¹ Esta noción quedara desarrollada a lo largo del texto, al hablar de cada uno de los caracteres y de la función sensora de los segmentos corporales.

muy intensa en su origen, queda como una gestalt inconclusa mantenida por un bloqueo de la energía orgánmica, bloqueo que queda arraigado en el cuerpo.

Dice Perls: *«De acuerdo, actuamos mediante dos sistemas, el sistema sensorial y el sistema motor. Pero el organismo contacta al mundo con los dos. **Su sistema sensorial le da una orientación y su sistema motor le da los medios para manipular.** Ninguno es función del otro, ninguno es temporalmente ni lógicamente anterior al otro. Ambos son funciones del ser humano total... El sistema de orientación descubre lo que es requerido... Una vez que el sistema de orientación ha hecho su tarea, el organismo tiene que manipular el objeto que necesita de tal modo que el balance orgánmico se restablezca, la gestalt se complete...*

Estos conceptos también son significativos en psicoterapia. En primer lugar, el concepto de que la acción efectiva es la acción dirigida hacia la satisfacción de la necesidad dominante... En segundo lugar nos da una herramienta más para entender la neurosis. Si ocurriera que por alguna perturbación del proceso homeostático, el individuo es incapaz de percibir sus necesidades dominantes o de manipular el ambiente para lograr satisfacerlas, entonces se comportara de un modo desorganizado e inefectivo. Intentará hacer demasiadas cosas a la vez»¹².

Tal y cómo entiendo este pasaje, con un lenguaje ligeramente diferente, Perls está hablando del subimpulso tierno cuando se refiere al sistema de orientación y del subimpulso agresivo como el sistema motor, ya que el primero es el que nos da cuenta de nuestras necesidades y deseos, y el segundo el encargado de la función de satisfacerlas. Señala Perls en Testimonios de terapia (pag. 61): *«Sin embargo la capacidad de darse cuenta (awareness) y la incapacidad de darse cuenta (unawareness) no son exclusivamente procesos mentales. De acuerdo a nuestra definición, ambas son propiedades del protoplasma que a su vez es constituyente de todas las criaturas vivas»*. Podríamos decir que el Impulso Unitario es una *propiedad del protoplasma*, pero es, precisamente, la *propiedad* mediante la cual se manifiesta y mantiene la vida. Así mismo, el subimpulso tierno es, a su vez, una *propiedad* del Impulso Unitario. Y la *propiedad* del subimpulso tierno es la función del darse cuenta de la necesidad (cualquiera que sea su nivel) para poder actuar hacia la satisfacción.

¹² Perls.: *El enfoque gestáltico*. Págs. 30 y sig.

Si la función del subimpulso tierno es holística, es decir, si no hay ningún bloqueo ni distorsión, y puede dar cuenta de todo el organismo según van apareciendo las necesidades como emergentes en cualquiera de sus niveles (sensitivo, intuitivo, sensorial, emocional e intelectual), e igualmente el subimpulso agresivo, (otra de las *propiedades* del Impulso Unitario como expresión del *protoplasma*), no está bloqueado ni distorsionado en su función, el individuo *está* en un momento SALUDABLE. Si este estado organísmico permanece estable, el individuo *es* SANO. Y si, además, también da cuenta del nivel espiritual y puede actuar en consecuencia libremente, el individuo *puede que sea* SANTO.

Cuando el Impulso Unitario puede fluir con espontaneidad y sin distorsiones según su propia naturaleza, porque los subimpulsos no están disociados, ni tampoco distorsionados ni bloqueados, la persona es consciente de sí misma, está arraigada en la realidad de sí mismo, y puede actuar con espontaneidad y responsabilidad: en este momento saludable, está en el **punto cero de indiferencia creativa**. En el punto cero, ambos subimpulsos restablecen al menos temporalmente su función unitaria, y el Impulso Unitario su función univoca en dirección a la vida, es decir, hacia el bienestar, la creatividad y la espiritualidad. El organismo está en equilibrio y la persona dispuesta para el darse cuenta desde el sí mismo de la necesidad que emerja (porque lo señalará el subimpulso tierno, sin necesidad de disociarse: la pérdida del equilibrio no tiene por qué implicar disociación, sino muy al contrario, movimiento de vida), y será capaz de seguir la acción correcta hacia la satisfacción sin tener que estar preocupado en cómo hacerlo (porque se lo señalará espontáneamente el subimpulso agresivo).

Como dice Francisco Peñarrubia: «Volviendo entonces al punto 0, podemos identificarlo como ese vacío fértil donde nada ha florecido todavía y donde se dan las potencialidades creativas. Surgirá entonces una figura (si lo queremos llamar como formación gestáltica) o se pondrá de manifiesto la orientación organísmica (autorregulación) o simplemente nos encontraremos con nosotros mismos en otro nivel de autenticidad». Y añade citando a Claudio Naranjo: «La “nada” sólo es nada mientras estemos en la compulsión de hacer de ella un algo. Una vez que aceptamos la nada, todo se nos da por añadidura... una vez que dejamos de estar preocupados por esto o por aquello... nos percatamos de que somos lo que somos»¹³.

¹³ Francisco Peñarrubia: *Terapia Gestalt*, pág. 110.

Queda pues claro, que solamente a partir de un nivel suficiente de estado saludable es posible alcanzar ese *otro nivel de autenticidad y percatarnos de que somos lo que somos*. No podremos alcanzarlo mientras estemos preocupados en lo que **debemos** ser o hacer. Este estado implica restaurar el Sentimiento Básico de Confianza, el cual, durante el proceso evolutivo, se habrá arraigado con la insuficiencia específica que está en el origen de la patología de cada uno de los caracteres, tal y como señalo en el texto al ocuparme de la etiología de cada uno de ellos.

A medida que ambos subimpulsos se disocian y bloquean se rompe el equilibrio, y tanto su energía como sus funciones se disponen antitéticamente como polaridades energéticas rígidas. Estas polaridades crónicamente estructuradas en todos los niveles del organismo (estructura a la que Reich denomina coraza caracterológica), son la causa de la patología de cada carácter porque en ellas está interrumpida su función para el contacto, tanto el contacto con el propio organismo como con la capacidad de acción y contacto con el mundo. (En algún carácter, la polaridad entre ambos subimpulsos es tan extrema que sólo se pueden manifestar como masoquismo y/o sadismo). A su vez, la consecuencia propia de la patología del carácter es mantener estas polaridades rígidamente, estas gestalts crónicamente inconclusas. Recuperar el punto cero implica recuperar el equilibrio energético y funcional de los subimpulsos tierno y agresivo y, junto con este equilibrio, la capacidad de darnos cuenta y actuar.

SOBRE LAS CORAZAS

La **coraza caracterológica** está estructurada por la relación dinámica entre estas gestalts inconclusas y mantenidas por los bloqueos energéticos y los mecanismos de defensa psicoemocionales. Estas estasis energéticas necesariamente tienen que tener un soporte orgánico, en algún lugar tienen que ser contenidas, no somos seres incorpóreos sino sensoriales y motores. El lugar físico donde se ubican, obviamente, es el cuerpo, sobre todo en los músculos estriados, los músculos de la acción. Esta ubicación estructura la **coraza muscular**.

Originalmente ambas corazas son la consecuencia, no la causa, de las disfunciones orgánicas acontecidas y mantenidas crónicamente en el devenir evolutivo de cada persona; y a su vez, son la causa de que estas disfunciones se mantengan porque son el *contenedor* (o el andamiaje) de

las resistencias y de sus defensas correspondientes. Las corazas cumplen la función de adecuar la adaptación del individuo al medio y viceversa.

El problema aparece cuando se estructuran rígidamente y pierden su capacidad de movilización y adecuación para la satisfacción de las necesidades. La rigidez de las corazas, bloquea y distorsiona la percepción que el individuo tiene tanto de sí mismo como del entorno, dificultando, por tanto, la relación del individuo consigo mismo y con el ambiente. Así se origina un tipo de relación mecánica y compulsiva, que resulta disfuncional en el presente por ser origen de frustraciones que, por no poderse asumir, originan displacer y sufrimiento, dificultando, además, que la persona desarrolle su potencial evolutivo. A mayor rigidez de las corazas, mayor disfunción y, por tanto, mayor dificultad para la adecuación, la satisfacción y el autoapoyo.

«Además de la calidad de la coraza caracterológica, debemos considerar también su intensidad o grado. Si el acorazamiento contra el mundo exterior y el mundo biológico interno (es decir, a las excitaciones vegetativas ligadas a la necesidad de satisfacción) ha alcanzado un grado correspondiente al desarrollo libidinal en un momento determinado, subsisten en la coraza "brechas" que brindan los medios de contacto con el mundo exterior. A través de estas brechas se envía la libido disponible al mundo exterior, y se la vuelve a retraer. Ahora bien, la coraza puede alcanzar tal intensidad que estas brechas sean "demasiado angostas", de modo que la comunicación con el mundo exterior resulta demasiado pequeña para garantizar una economía normal de la libido y una normal adaptación social... Debemos suponer que toda conversión duradera de libido objetal¹⁴ (la energía del Impulso Unitario dirigida a satisfacer necesidades y deseos) en libido narcisista (la energía

¹⁴ Tanto en ésta como en otras exposiciones del Análisis del carácter, hay que tener en cuenta la época en la que está escrito el libro, alrededor de 1935, cuando Reich aún mantenía expectativas de que sus escritos fuesen reconocidos por la ortodoxia freudiana. Por ello está impregnado de una terminología psicoanalítica ya en vías de transformación. Por ejemplo, la idea de libido será sustituida por la de Impulso Unitario; y la concepción de instinto por la de impulso, a partir de su concepto de los "instintos del yo", y del descubrimiento de la dinámica del masoquismo, en contraposición con la idea del Thanatos. Así mismo, no hay que entender su idea de sexualidad como exclusivamente sexualidad genital, sino como la relación erótica, sensitiva y sensorial, que establecemos tanto con nuestra propia vida, como con la Vida universal. La lectura del texto resulta, por ello, algo compleja. En este libro pretendo una puesta al día para acercar más su comprensión, con la ayuda de las aportaciones de Perls y con el desarrollo que de ellas han elaborado sus seguidores, enriqueciendo entre todas las concepciones y praxis de la psicoterapia humanista.

del Impulso Unitario utilizada en mantener la identificación con el rol imaginado), *da como resultado una intensificación y un endurecimiento de la coraza*¹⁵».

No son, pues, “una idea paranoidéa” ni “una camisa de fuerza” como mantiene Perls¹⁶; estas concepciones son una interpretación excesivamente literal de la palabra “coraza”. Literalidad que ocasiona una distorsión y una deficiente comprensión del punto de vista de Reich. Así mismo las otras dos objeciones que expone más adelante en el mismo texto, también indican no haber integrado bien el trabajo sobre las resistencias en la técnica del análisis del carácter¹⁷. Partiendo de una concepción similar del ser humano, Perls ofrece una *actitud* desde la que trabajar sobre el carácter (neurosis), dando con ello un paso adelante, una aportación de un valor indudable; pero ello no debería implicar ignorar, y algunas veces descalificar, otros puntos de vista complementarios e igualmente valiosos. No es saludable negar a uno de los progenitores y privar de él a la propia descendencia. De este modo se apoya la tesis de Freud sobre la necesidad de tener que devorar al padre para tomar la autoridad; tal vez haya que devorarlo si se introyecta, pero se aprovecharía más digiriéndolo y asimilándolo, como bien señala Perls al hablar sobre la introyección en Testimonios de Terapia.

A mí me resulta facilitador para seguir los procesos psicoterapéuticos, y creo que puede serlo en general, tener la posibilidad de escuchar a la persona atendiendo tanto la etiología de su carácter, como el devenir evolutivo, la estructura energética y sus manifestaciones emocionales e intelectuales como un todo unívoco, a la vez, no una cosa después de otra.

Aquí quiero hacer referencia a un concepto que desarrollo en el capítulo dedicado a los impulsos: **básicamente la identidad de ser se estructura sanamente sobre el desarrollo y arraigamiento sano del subimpulso tierno**. De ahí el hincapié que hacen, tanto Reich como Perls, en la importancia del darse cuenta, porque solamente a partir del darse cuenta se puede restaurar y arraigar la función de este subimpulso. Y, a la vez, sólo a través de su restauración y re-arraigamiento, podemos desarrollar la función del darnos cuenta holísticamente en el aquí y ahora de un modo suficientemente permanente para un vivir saludable.

¹⁵ Reich: *Análisis del carácter*, pág. 175.

¹⁶ Perls: *Dentro y fuera del tarro de la basura*, pág. 50.

¹⁷ Volveré sobre este punto al hablar del trabajo sobre las resistencias.

Hablar de la inhibición, distorsión o bloqueo del subimpulso tierno implica la dificultad o incapacidad para el darse cuenta de las propias necesidades. A ello se refiere también Perls: «*Si la excitación no puede fluir en actividad a través del sistema motor, intentamos desensibilizar el sistema sensorial para reducir la excitación*»¹⁸. Es decir, el organismo tiende a volver al mejor estado de equilibrio que puede alcanzar en cada momento, en su interrelación con el medio, con el máximo ahorro de energía y el menor displacer posibles, aunque sea al precio de desconectarse de una parte de sí mismo, tal y cómo también nos dice Reich¹⁹.

SOBRE LOS BLOQUEOS

Si la acción para el contacto se ve impedida total o parcialmente, la tensión del sistema muscular no regresa completamente a la situación de reposo, aún cuando la persona se haya desconectado de la sensación. Cuando esta dinámica se mantiene crónicamente, la estasis energética estructura los bloqueos como un mecanismo de defensa ante la necesidad de tener que estar inhibiendo la acción constantemente. Los bloqueos son la expresión somática de la inhibición psicoemocional. Así pues, el sistema muscular no sólo tiene la función de expresión, sino también la de contención de los impulsos que “deben” evitarse. Cuando una expresión se inhibe, se inhibe en todo el organismo y nuestra musculatura es el sistema orgánico tanto para la expresión como para la contención.

Los bloqueos o zonas de falta de contacto **no son estructuras estáticas** (nada en el organismo es estático), aun cuando implican una estasis energética; sino que cumplen con su cometido defensivo de mantener inhibidos crónicamente los impulsos de las necesidades que no pudieron, ni pueden, ser satisfechas. En estas zonas de falta de contacto, la energía de dichos impulsos se mantiene pulsátil tendiendo a la expresión, a la vez que antitética de sí misma, lo que ocasiona un estado tensión dinámica. Es necesario que la energía del impulso se contenga a sí misma: «*Porque los instintos (si es que existen) no pueden ser reprimidos. Están fuera del alcance de nuestra capacidad de darnos cuenta y por lo tanto fuera*

¹⁸ Perls: *Sueños y existencia*, pág. 76.

¹⁹ Cómo veremos en el capítulo correspondiente, este punto de vista es el origen de sus descubrimientos sobre el masoquismo: todos los organismos, y el humano también, tiende hacia el placer o hacia la evitación de un displacer mayor, sea éste real o fantaseado, como en el caso de los humanos; ningún organismo tiende por naturaleza hacia su propio sufrimiento.

del alcance de nuestra acción deliberada. No podemos reprimir nuestra necesidad de sobrevivir, pero podemos y de hecho lo hacemos, interferir con sus síntomas y señales. Esto se logra interrumpiendo el proceso en transcurso, impidiéndonos a nosotros mismos llevar a cabo cualquier acción que sea la apropiada»²⁰.

Efectivamente, no son los instintos (si es que existen) lo que se reprime, sino que, en primera instancia se bloquea el fluir energético del **impulso** (mediante la disposición defensiva antitética de vuelta contra sí mismo o retroflexión) que acompaña a la percepción y expresión de la necesidad; y, una vez que este proceso queda interrumpido, lo que se reprime (en el sentido que queda más o menos enterrado en el fondo, fuera de nuestra capacidad de darnos cuenta), son los contenidos emocionales, dando lugar a la distorsión cognitiva correspondiente. Este proceso implica que queden estructurados los mecanismos de defensa para poder seguir la ley natural del mínimo gasto energético para el mínimo displacer posible, cuando no pueda ser para el máximo placer *posible* con el mínimo gasto energético.

Así es cómo se estructura energéticamente la neurosis, que en el decir de Perls: «...es una maniobra defensiva para protegerse a sí-mismo de la amenaza de ser aplastado por un mundo avasallador. La neurosis es su técnica mas efectiva para mantener su balance y su sentido de autorregulación en una situación en la cual siente que la suerte no le favorece»²¹. Lo mismo cabe decir del carácter, sea éste más o menos neurótico.

Como desarrollaré a lo largo del texto, al exponer la dinámica energética de cada uno de los caracteres, cuando un bloqueo se mantiene en el tiempo la pulsación de la energía estásica (que por su propia naturaleza tiende a manifestarse) se manifestará a través de algún rasgo del carácter, y a partir de cierto nivel de intensidad como síntomas. Si el resultado de la relación dinámica entre la energía contenida y la energía que contiene en función de defensa, alcanza, en relación con el medio donde se desarrolla, el mejor de los equilibrios posibles y estables, la persona puede evitar el contacto con la experiencia de angustia, no aparecen síntomas, y se percibe en equilibrio, aunque sea un equilibrio deficitario. Podríamos decir en este caso, que la persona puede atender las figuras que van emergiendo de un fondo que percibe como estable.

²⁰ Perls: *Testimonios...*, pág. 22.

²¹ *Id.*, pág. 42.

Ahora bien, si los mecanismos de defensa que sostienen este precario equilibrio resultan insuficientes ocasional o permanentemente, entonces aparece la vivencia de angustia. Tal angustia puede experimentarse como angustia libre (una experiencia extraordinariamente desestructurante, constrictiva y aterradora), como síntomas psicoemocionales y corporales altamente displacenteros, o como un emergente disfuncional de rasgos del carácter que hasta ese momento habían contribuido a mantener un equilibrio neurótico con adecuación al medio. No olvidemos que el mejor de los equilibrios posibles y estables, se consigue a través de los rasgos del carácter, ya que no se viven como síntomas, sino más bien ejercen una importante función de identificación cuya expresión genérica es el “yo soy así”. Como resultado de los procesos de psicoterapia, cuando se cambia la afirmación del “yo soy así” por la de “yo funciono así”, podemos confiar que estas personas han conseguido un buen desarrollo del *darse cuenta*.

SOBRE LA ANGUSTIA

Perls tiene el mismo punto de vista que Reich sobre la estasis energética cómo origen de la angustia: *«La angustia es la excitación, el “elan vital” que llevamos en nosotros y que se estanca si estamos inseguros del rol que debemos representar... la angustia es la brecha entre el ahora y el después. Si están en el ahora no pueden sentir angustia, porque la excitación fluye inmediatamente hacia la actividad espontánea en transcurso»*²².

La angustia, pues, no es el elan vital, sino el elan vital estancado, bloqueado y estatico, como describe de una manera clara unas paginas más adelante: *«Si estas excitaciones no se pueden transformar en sus actividades específicas y se estancan, tenemos el estado llamado de angustia, que es una excitación tremenda, embotellada»*²³. Perls dice que necesitamos *«desensibilizar el sistema sensorial para reducir la excitación»*, pero, según este modo de expresarlo, si sólo desensibilizamos el sistema sensorial no es la excitación lo que se reduce, sino solamente su percepción; por ello, la *excitación* no sólo continuará, sino que aumentará su intensidad y tenderá a manifestarse como angustia. A ello se refiere Reich en el capítulo sobre Carácter y estasis sexual²⁴: *“En la medida que*

²² Perls: *Sueños y existencia*, pág. 15.

²³ *Ídem*, pág. 76.

²⁴ Reich: *Análisis del carácter*, pág. 174.

se evita la angustia actual (no dando salida a determinados impulsos), aumenta la estasis libidinal y, con ella, la angustia estásica. La angustia estásica (la energía estásica en nuestro texto) y la angustia actual (situaciones que, consciente o inconscientemente, evocan en el presente asuntos inconclusos) ejercen una acción recíproca: cuanto más angustia actual se evita tanto más se intensifica la angustia estásica y viceversa. El individuo libre de temores satisface sus necesidades libidinales aún a riesgo del ostracismo social».

La intensidad de la angustia aumentará porque, tal y como expondré en el texto al hablar sobre las funciones de los subimpulsos, bloqueamos o distorsionamos la autopercepción del subimpulso tierno, evitando el contacto con la necesidad insatisfecha (*desensibilizando* el sistema sensorial), ante el fracaso del subimpulso agresivo (sistema motor) para cumplir la función de satisfacción; lo cual ocasiona que no sólo quede bloqueada la energía del subimpulso tierno que no pudo cumplir su función de dar cuenta de la necesidad, sino también la del agresivo que tampoco pudo cumplir la función de satisfacerla y cerrar la gestalt para volver al estado de reposo.

El origen de la angustia está en la estasis energética que implican las gestalts que quedaron inconclusas y contenidas por los bloqueos. Esta angustia potencial está ligada a las distorsiones cognitivas y emocionales correspondientes; es decir, a aquellas necesidades que fueron inhibidas en su momento por no lograr expresión y/o satisfacción, y que en el presente están siendo mantenidas por dichos bloqueos; si estos contenidos son activados, generalmente por evocaciones no plenamente conscientes, esta activación puede ocasionar que los bloqueos (mecanismos de defensa corporales) sean insuficientes para seguir manteniendo en equilibrio la energía estásica, la cual, al aumentar la intensidad de su pulsación, desencadena la vivencia de la excitación angustiosa.

A medida que la persona vaya resolviendo sus bloqueos corporales y psicoemocionales, tanto da pero han de ser ambos para que el proceso no quede incompleto, podrá ir concluyendo y dando buen cierre a las gestalts inconclusas, liberando así la energía estásica contenida en los bloqueos relacionados con ellas; al fluir la energía disminuye la pulsación de la excitación y, con ello, el nivel de angustia. Si en ese momento la persona está arraigada en sí misma, y tiene la atención centrada en sus propios procesos, dispone de más capacidad para darse cuenta a la vez sensitiva, sensorial, emocional y cognitivamente de **cuales son las necesidades que está bloqueando y de cómo es que es así en el aquí y ahora.**

Tengamos en cuenta que el **aquí** es eminentemente corporal, mientras que el **ahora** es eminentemente emocional, y que ambos están como encapsulados por la cognición que tenemos de nosotros mismos, es decir por el apego a nuestra imagen, al rol de nuestro *personaje*.

Se trata, pues, de **re-conocer** en el aquí y ahora las necesidades y deseos que han quedado incompletos e insatisfechos a lo largo de la historia evolutiva, y es a partir de este darse cuenta cuando aparece la posibilidad de cerrar esos procesos de una manera más sana, restablecer un nuevo equilibrio, pudiendo la persona satisfacerse completamente o no, pero asumiendo la realidad de su relación consigo mismo y con el mundo. Es decir recuperando su equilibrio orgánico arraigado en sí mismo (del que es parte sine qua non el cuerpo, al menos por ahora), y en el entorno, con lo que se posibilita una capacidad de contacto —retirada más sana—.

O como explica Perls: *«Nuestra historia es el trasfondo de nuestra existencia, no es una acumulación de datos sino el **registro** de cómo llegamos a ser quien somos. Únicamente las perturbaciones en el fondo, que interfieren con el apoyo de nuestras vidas presentes, terminan empujando hacia delante y tienen que pasar a primer plano para que puedan ser atendidas. Sólo entonces pueden transformarse de un déficit (gestalts incompletas) a funciones de apoyo...»*. *«El apoyo pleno del sí mismo —superar la necesidad de apoyo ambiental— puede venir únicamente mediante el uso creativo de las energías que están comprometidas en los bloqueos que impiden el autoapoyo»*²⁵.

SOBRE EL CARÁCTER

Considerado desde la integración de los puntos de vista anteriormente expuestos, creo que el carácter puede comprenderse como la estructura funcional, arraigada en nuestro organismo, de las gestalts que han quedado inconclusas y pendientes a lo largo de nuestro devenir evolutivo; así como también de las experiencias proporcionadas por aquellas gestalts que fueron completadas adecuadamente. Es decir, el carácter es la función que se desarrolla como consecuencia de las experiencias psicoemocionales y corporales surgidas de polaridades fundamentales como contacto/retirada, satisfacción/frustración, relajación/tensión, placer/displacer... Así cómo también, en el nivel del sí mismo, de la polaridad identidad/identificación.

²⁵ Perls: *Testimonios...*, págs. 64, 65 (La negrita es mía).

A lo largo de sus etapas evolutivas, el niño, se ve impelido a apartarse de la propia autorregulación, distorsionando el contacto consigo mismo y con el entorno, y a romper su equilibrio homeostático. En nuestra cultura y de forma generalizada, esta ruptura del equilibrio natural tiene su principal origen en la falta de confianza de los adultos en la propia capacidad de autorregulación del organismo infantil. Además, también puede ocurrir como consecuencia de la dificultad intrínseca del medio para atender a la expresión espontánea del niño y a la satisfacción de sus necesidades; incluso porque las demandas del niño puedan resultar excesivas o desajustadas en relación al medio.

En palabras de Perls, con las que estoy en completo acuerdo: *«El enfoque gestáltico, que considera al individuo como una función del campo organismo/ambiente y que considera su conducta como reflejo de sus relaciones dentro de este campo, da coherencia a la concepción del hombre como individuo y como ser social. Las psicologías más antiguas describían la vida humana como un conflicto constante entre el individuo y su ambiente. Nosotros la vemos más bien como la interrelación entre ambos, el individuo y su ambiente en el marco de un campo continuamente en cambio».*

Ahora bien, como quiera que el carácter se desarrolla y estructura durante la infancia, de modo que al inicio de la fase de latencia del desarrollo está ya prácticamente cerrado, el devenir posterior de la relación organismo/ambiente en el adulto va a quedar condicionado por el tipo de carácter que el individuo haya podido desarrollar, así como por su “patología”, que marcará los límites actuales de ese organismo individual. Teniendo en cuenta que las cosas son así, debemos tener presente con respecto al ambiente en el que comienza a desarrollarse el organismo infantil, que los adultos no solemos tener muy claro *quien es el que nace*, y que tenemos dificultades para tomar contacto con sus necesidades reales. Nuestra mermada capacidad de amor generoso nos lo impide, y no solamente en cuanto a solidaridad planetaria, sino también, y sobre todo, con nuestros propios hijos. La relación niño/padres resultará fundamental para el desarrollo más o menos adecuado en la posterior relación adulto/ambiente.

*«Lo que es activo en terapia no es lo que **ha sido**; por el contrario, es precisamente lo que **no ha sido**: un déficit o algo que falta. Lo que ha sido ya es una situación concluida. Progresar mediante la satisfacción y la integración hacia la construcción de sí mismo: la situación incon-*

clusa, que es el fracaso del progreso desde tener apoyo ambiental al autoapoyo, es la herencia del pasado que se queda en el presente»²⁶.

Como consecuencia de estas deficiencias, el organismo infantil necesita alcanzar el mejor de los equilibrios posibles en la relación con ese determinado medio en el que nace. Un equilibrio que, en mayor o menor grado, resulta siempre insatisfactorio; se trata de un balance entre las gestalts que se cerraron espontáneamente porque fueron satisfechas adecuadamente, y aquellas que quedaron insatisfechas e incompletas y que pulsan constantemente por abrirse paso para poder completarse. Un equilibrio, pues, en el que existe una constante tensión, con tendencia al movimiento y cambio. Cuando la tendencia al movimiento y cambio está impedida, en mayor o menor medida, se estructura en correspondencia un carácter con más o menos rigidez, con más o menos “patología”; es decir, más o menos disfuncional para la relación del individuo consigo mismo y con el medio; “más o menos neurótico”, en definitiva: *«Lo que nos concierne a nosotros como psicólogos y psicoterapeutas en este campo en perpetuo cambio, son las constelaciones siempre cambiantes de un individuo también siempre-cambiante. Porque si ha de sobrevivir, tiene que cambiar constantemente. Cuando el individuo se hace incapaz de alterar sus técnicas de manipulación y de interacción, surge la neurosis»*.²⁷

Como desarrollo a lo largo de este libro para cada uno de los caracteres, y como he esbozado más arriba en esta breve introducción, para que se pueda alcanzar este equilibrio, neurótico pero imprescindible, es necesario que se desvíe la dirección del Impulso Unitario²⁸, interrumpiendo tanto el espontáneo fluir como la dirección de su tendencia natural. Es ésta una necesidad impuesta desde el medio. El medio pone el obstáculo, el individuo la energía para las funciones orgánicas, tanto para el contacto como para su interrupción e inhibición. Este cambio de sentido en la dirección del Impulso Unitario es la consecuencia de la pérdida del equilibrio dinámico entre las funciones de los subimpulsos tierno y agresivo, que queda rota al tener que disponer parte de su función energética (única energía disponible para cada individuo) antitéticamente a la de aquellos contenidos que no “deben” expresarse o que se tienen que desviar, distorsionando su percepción, hacia una satisfacción sustitutiva.

²⁶ Perls: *Testimonios de terapia*, pág. 63.

²⁷ Perls. *Testimonios de terapia*, pág. 37.

²⁸ Reich: *Análisis del carácter*, pág. 310.

La energía del Impulso Unitario que ha de volverse antitética de su fluir espontáneo, es la que dará sustento a los diversos mecanismos de defensa tanto emocionales como cognitivos y corporales, a los bloqueos y tensiones necesarios para la contención o distorsión de los impulsos que no se pueden expresar. Estas antítesis energéticas se integran disfuncionalmente en el carácter, que de este modo se va estructurando. El carácter es pues, el resultado de la nueva gestalt alcanzada como el mejor de los equilibrios posibles para el organismo del niño en el medio en el que se va desarrollando.

*«Todas las perturbaciones neuróticas surgen de la incapacidad del individuo por encontrar y mantener el balance adecuado entre él mismo y el resto el mundo. Tiene en común el hecho de que en la neurosis, el límite social y ambiental se siente extendiéndose demasiado por sobre el individuo. El neurótico es el hombre sobre el cual la sociedad actúa con demasiada fuerza. Su **neurosis** es una maniobra defensiva para protegerse a sí-mismo de la amenaza de ser aplastado por un mundo avasallador. La neurosis es su técnica más efectiva para mantener el balance y su sentido de autorregulación en una situación en la cual se siente que la suerte no le favorece»²⁹.*

«El estudio de la función dinámica y el significado de las reacciones caracterológicas, revela que el carácter es en esencia un mecanismo de protección narcisista. Así como hoy, pongamos por caso, durante la situación analítica sirve como protección para el yo, así también se desarrolló en otras épocas como mecanismo de protección contra los peligros. Si remontamos el análisis del carácter al periodo de la formación definitiva del carácter, esto es, a la fase edípica, encontraremos que el carácter se formó bajo la influencia del amenazante mundo exterior y de los impulsos instintivos que luchaban por su expresión»³⁰.

Como desarrollo especialmente en el apartado dedicado a la Coraza Caracterológica, este equilibrio neurótico está en constante tensión dinámica precisamente porque ha quedado roto el equilibrio natural entre los subimpulsos tierno y agresivo. De la nueva correlación en la dinámica energética entre ambos subimpulsos, del nuevo equilibrio alcanzado, va a depender el tipo de estructura caracterial que se desarrolle. Es éste un equilibrio neurótico por cuanto que se aparta de la autorregulación orga-

²⁹ Perls: *Testimonios de terapia*, pág. 42.

³⁰ Reich: *Análisis del carácter*, pág. 171.

nísmica natural. El apartarse de su propia homeostasis implica que parte de la energía que estaba destinada originalmente a la expresión, la satisfacción y el placer, se disponga, mediante la retroflexión y la antítesis, en función de contención, y dé lugar a la energía estásica que se manifestará en forma de angustia. Además, es también parte de esta energía estásica la que proporciona soporte energético a los mecanismos de defensa destinados a evitar que sus contenidos emerjan a la consciencia, evitando así la percepción de la angustia: *«Las capas de la coraza están pues concatenadas, todo impulso evitado cumple también la función de evitar un impulso reprimido más profundo»*³¹.

Es decir, y de una manera concreta y esquemática, podemos considerar la parte disfuncional del carácter como el resultado de las gestalt insatisfechas y falsamente cerradas en un equilibrio neurótico y rígidamente estructurado, que están soportadas por una energía estásica que no sólo origina tensión emocional, intelectual y corporal sino que, además, tiene un efecto de desenergetización del organismo en su función de entrar en contacto.

En cuanto a la función del carácter, dice Reich: *“Hemos mencionado dos principios económicos de la formación del carácter: el evitar la angustia (actual) —es decir, aquella originada por la estasis energética de los impulsos que no podemos expresar en el presente— y la absorción de la angustia (estásica) —es decir, la estasis energética de aquellos impulsos que fueron y se mantienen inhibidos—. Existe un tercero: el principio del placer. La formación del carácter se pone en movimiento a fin de evitar los peligros implicados en la gratificación de los instintos. Una vez formado el carácter, sin embargo, el principio del placer trabaja en el sentido de que aquél, como el síntoma, sirve no sólo a las finalidades defensivas, sino también a una disfrazada gratificación de los instintos”...* *“Los impulsos no consumidos en la formación del carácter luchan por su gratificación directa, a menos de reprimirlos*³². *La índole de la gratificación directa está determinada por la forma del carácter. Cuáles impulsos son*

31 Reich: Análisis del carácter. La concatenación de las fuerzas defensivas. Éste es un concepto nuclear en el origen de la técnica del análisis del carácter, y para la comprensión del modo de tratar sobre la resistencia. Págs. 322 y siguientes.

32 En este libro, utilizo la palabra “inhibidos” en lugar de “reprimidos” para los impulsos que no se han podido o no se pueden expresar. Lo hago así porque considero que los impulsos que no se pueden expresar pueden quedar contenidos por diversos mecanismos de defensa, no sólo la represión. Considero, además que Reich utiliza represión en éste más amplio sentido.

usados para la formación del carácter y a cuáles se permite gratificación directa, determina no sólo la diferencia entre salud y enfermedad, sino también la diferencia entre los diversos tipos de carácter»³³.

Esta nueva gestalt, a la que llamamos carácter, conlleva una merma en la disponibilidad energética para el contacto, tanto con el mundo interno como con el medio externo, lo que ganamos en equilibrio, lo perdemos en capacidad de ser y de expresarnos. Las tensiones psíquicas y corporales por las que se nos hacen manifestas las necesidades y que tienden a romper el equilibrio neurótico, son los vehículos que podemos utilizar terapéuticamente para ir restableciendo la capacidad original de contacto y alcanzar un equilibrio más saludable. El hecho de que estas tensiones aparezcan y se den en el presente y en relación con el medio, permite que podamos pasar de la *re-conceptualización* compulsiva de nuestra historia, manteniendo tenazmente la fantasía con la que nos hemos identificado, a *re-actualizar* nuestra vida en el aquí y ahora, a través del darnos cuenta de nuestras sensaciones y evocaciones en el momento en que éstas aparecen, confrontarlas, asumirlas y actuar *haciendo* propia nuestra vida.

Precisamente por ello, me parece de sumo interés conocer *cómo* fueron las cosas para que el presente sea vivido tal cual es vivido. Creo que es importante para el terapeuta conocer la historia (consciente y sus posibles anclajes inconscientes) del paciente para comprender su presente; este conocimiento nos facilitará poder hacer la mejor de las intervenciones posibles, teniendo en cuenta lo que esa intervención movilizará en el individuo y su capacidad para asumirlo en el aquí y ahora. Es decir, tener en cuenta la historia individual de cada persona facilita la restauración de la autorregulación, ya que podemos atender al modo en que se originaron las principales distorsiones y a su capacidad de darse cuenta en el presente, de modo que la intervención pueda resultar la más **adecuada**, además de posible: «*creemos que detrás de la neurosis puede yacer cualquier situación o situaciones —agudas o crónicas— que el individuo ha aprendido a manejar mediante un proceso insatisfactorio de auto-interrupción*»³⁴, proceso que queda inscrito en la historia del individuo y, por tanto, también en su cuerpo.

La energía estatica es la encargada de mantener a modo de barrera (resistencia) las gestalts inconclusas que pulsan por manifestarse tendien-

³³ Reich: *Análisis del carácter*, pág. 174.

³⁴ Perls: *Testimonios de terapia*, pág. 60.

do a la satisfacción y el cierre; esta barrera dificulta el contacto: a mayor rigidez en la barrera mayor distorsión en la percepción sensorial y mayor dificultad en la percepción de las necesidades. Los órganos perceptivos, los sentidos, quedan distorsionados en su función de ser fuentes de información y toma el mando la interpretación intelectual y fantaseada de las necesidades orgánicas. El contacto con el medio se hará a través de estas interpretaciones intelectuales y de las emociones fantaseadas con las que nos hemos identificado (el carácter), con lo que estamos inmersos en un constante falseamiento de la realidad y, por tanto, en permanente insatisfacción.

«*El hombre vive suspendido entre la **impaciencia** y el **miedo***», dice Perls. La impaciencia por la necesidad de satisfacción inmediata de las necesidades, y el miedo por el recuerdo orgánico de los peligros que conllevó el intentar hacerlo; huella mnésica que nos bloquea en el presente y que mantiene nuestra resistencia al cambio, aún en el supuesto de que estemos esforzándonos por alcanzar un cambio más saludable, porque tendemos a considerar el medio, tanto interno como externo, como algo completamente ajeno a nosotros mismos.

«*El **nosotros** no existe, consiste en el **yo** y **tú**, un límite siempre cambiante en que dos personas se encuentran. Y cuando nos encontramos ahí, entonces yo cambio y tú cambias, mediante el proceso del encuentro entre ambos, excepto —y tenemos mucho que hablar de esto— si las dos personas tienen **carácter**. Al tener **carácter** tenemos un sistema rígido. La conducta se petrifica y perdemos nuestra habilidad para enfrentarnos libremente con el mundo, con todos nuestros recursos; nos hacemos predecibles. Estamos predeterminados únicamente a afrontar los acontecimientos de un solo modo, a saber, del modo como lo predice y programa el **carácter***». Es pues, el carácter el que marca el límite del ego: «lugar en que se diferencian “**lo propio**” y el “**sí mismo**” (self) de “**lo otro**”...»³⁵.

SOBRE LA RESISTENCIA

Entiendo por resistencia el conjunto de actitudes que mantienen la específica dificultad que presentamos ante la posibilidad de cambio, incluso aunque lo busquemos voluntariamente. Principalmente ante el cambio de

³⁵ Perls: *Sueños y existencia*, pág. 18.

la imagen que tenemos de nosotros mismos, ante cómo nos pensamos y cómo nos sentimos, aunque este pensarnos y sentirnos suponga una fuente de sufrimiento.

La resistencia al cambio tiene su origen en la pérdida del Sentimiento Básico de Confianza. O, dicho con otras palabras, en la pérdida de la confianza en nuestra propia capacidad de autorregulación. El Sentimiento Básico de Confianza está presente en todas las personas en el momento del nacimiento, pero es una capacidad potencial que necesita desarrollarse, arraigarse sanamente sin distorsiones, como cualquier otra de entre todas las potencialidades con las que nacemos. Esto sucede durante las fases evolutivas de maduración individual, es decir, concomitantemente con el desarrollo del carácter.

Por ello, cada carácter lleva implícito el desarrollo deficiente y distorsionado (en mayor o menor medida, dependiendo de la disfunción del carácter del individuo) de un componente específico del S.B.C, ya que éste, aunque es una unidad funcional organísmica, está a su vez integrado por diversas funciones específicas, como veremos al exponer en cada uno de los caracteres el cómo del origen de su disfunción.

Una vez perdida esta confianza, nos desconectamos de nuestro ser original, al que podemos llegar a vivir como un extraño; también nos distanciamos del medio exterior al que tendemos a considerar como hostil, o al menos, como un lugar poco acogedor, por haberlo vivenciado como fuente de frustraciones, aún en el caso de que en la relación niño/medio las demandas del niño hayan superado las posibilidades reales del medio. El niño vivencia la frustración de sus necesidades como un obstáculo que le impone el medio.

Los límites que el medio impone, por lo general no suelen apoyar el desarrollo de las potencialidades individuales ni el conocimiento de los límites de su propia naturaleza, sino más bien condicionan el desarrollo según los intereses, conscientes o no, del medio familiar, social y moral en el que le ha "tocado" nacer³⁶. De este modo, queda oscurecido el conocimiento de sí mismo y de los límites reales, porque ha quedado distorsionado el contacto íntimo (sensorial y erótico) consigo mismo y con el mundo. Si se desconocen los límites reales, también se desconocen las potencialidades reales y, sobre todo, cómo desarrollarlas.

36 No podemos perder de vista el hecho de que nacemos en un momento histórico determinado, y que nos desarrollamos durante en un espacio histórico del tiempo.

En la práctica cotidiana de la mayoría de los individuos, la función de los límites está pervertida: en vez de potenciar el desarrollo, lo obstaculizan³⁷. Por esta perversión devenimos en seres subdesarrollados corporal, cognitiva, emocional, y sobretodo espiritualmente³⁸. Esta perversión no es propia del individuo, sino del medio; el individuo irá pervirtiendo su Impulso de Vida reactivamente a la perversión del medio, como modo de lograr el mejor de los equilibrios posibles, proceso que siempre resulta doloroso para el sujeto que lo ha de atravesar. El organismo conoce este hecho, aunque la persona no sea consciente de ello, y ésta es la huella mnésica que es necesario recuperar en el presente para que la resistencia se vaya disolviendo mediante el **re-conocimiento** de nosotros mismos.

A pesar del uso pervertido de los límites y a pesar de que, aunque no fuesen usados de este modo, siempre son para el niño una fuente segura de frustración, también es cierto que son necesarios para que se vayan desarrollando nuestras capacidades potenciales, aunque algunas de estas capacidades queden inhibidas, en mayor o menor medida. Así pues, simplificando mucho, el carácter originalmente se estructura durante el proceso del desarrollo como un intento de adaptación del niño al medio, no como una defensa ante los "instintos" internos; sin embargo en esta adaptación resultan fundamentales las funciones de los impulsos internos, ya que son estos impulsos los que van a dar lugar a la manifestación de las necesidades. Por otra parte, el carácter tampoco se desarrolla originalmente como una defensa ante el medio, sino como un intento de adaptación del medio a las necesidades del niño. El niño intentará que su madre le satisfaga, al mismo tiempo que intentará satisfacer a su madre.

Mas como este proceso ha resultado doloroso, el mundo interno y el medio externo pasan a ser percibidos como una fuente de insatisfacción, incluso de sufrimiento; por esta razón el carácter deviene *también* en una función de defensa tanto ante los impulsos internos como ante el medio, defensa que se estructura en los bloqueos del carácter. Ahora bien, cómo los impulsos internos están bloqueados y quedan fuera de la consciencia, no son percibidos por el propio individuo, quedando sólo la percepción

³⁷ En este contexto, entiendo por perversión de una función cuando, al menos parte de ella, se aparta de su fin natural.

³⁸ A esta situación los psicoanalistas la denominan "castración", y se empeñan en que hay que "asumir la castración". Sus proyecciones tendrán. Yo podría estar algo más de acuerdo con ellos si, tras eliminar la palabra castración, hablasen de que hay que asumir límites para poder trascenderlos. Pero no, ellos se quedan sólo en teorizar sobre los límites.

del medio externo como un medio hostil, porque, en su percepción infantil, no satisface sus necesidades.

Es precisamente esta función de defensa del carácter la que dará lugar a la resistencia. Resistencia, en definitiva, a volver a experimentar los hechos dolorosos de nuestra historia, a pesar de que muchos de ellos no sean más que fantasías; por ejemplo, las fantasías de abandono en la época oral. Quiero dejar claro que el carácter *no* es la resistencia, sino que ésta es *una de las funciones* del carácter, incluida en su función original de adaptación al medio. Del mismo modo que la hostilidad no es el subimpulso agresivo, sino una de las funciones de éste.

Cito a Reich: «Mis críticos interpretaron erróneamente este principio, llegando a la conclusión de que para mí, carácter y defensas son cosas idénticas y que, en consecuencia yo restringía sin justificación alguna el significado del carácter. Sin embargo, lo que he dicho en realidad es que **durante el análisis el principal rasgo del carácter se convierte en la principal resistencia, tal como en la infancia fue formado con tal finalidad.** Que además de ello tiene otras muchas funciones, en especial relacionadas con la economía sexual, que sirve al mantenimiento de las relaciones con el mundo exterior tanto como al mantenimiento del equilibrio psíquico; todo ello fue ampliamente descrito en mi libro *Charakteranalyse*. La crítica no parece pues tener una motivación objetiva»³⁹.

El carácter, pues, mediante su función de defensa, protege a la persona de experiencias dolorosas, sean éstas reales o fantaseadas. Por ello, la resistencia ni se puede ni se debe “intentar eliminar” durante el proceso de psicoterapia; caerá sola en el momento en que la persona, a través del darse cuenta de sí (sensitiva, sensorial, emocional y cognitivamente) en el aquí y ahora, recupere su historia desde una actitud más madura y objetiva arraigada en el presente. A mi modo de entender, tal y como señalo a los alumnos de los cursos de formación en Psicoterapia Clínica Integrativa, “trabajar sobre las resistencias” es un error de comprensión y de procedimiento. Ello no puede más que originar, con toda lógica y justificación, un aumento de la resistencia y complicar notablemente el proceso de psicoterapia.

Mi propuesta en este sentido, es tener en cuenta y respetar la resistencia, y trabajar con lo que la persona muestra de sí mismo a través de su carác-

³⁹ Reich: *Análisis del carácter*, pág. 311.

ter, con lo más superficial y obvio de las actitudes y conductas que experimenta en el presente como fuente de sufrimiento; en definitiva, con lo que dice que desea cambiar porque le molesta en su vida. Pero como en general estos rasgos disfuncionales son un reajuste constante del pasado, tengo siempre presente la historia de esa persona; tanto la historia que cuenta como la que no cuenta y que debería contar (he ahí la resistencia), precisamente porque la estructura de su carácter la lleva implícita y de ella guarda memoria orgánica, aunque no la tenga conscientemente. De hacerla consciente y de asumirla en el presente va la tarea.

Al integrar el cuerpo (no sólo desde la bioenergética) en el trabajo de psicoterapia, no lo hago con la intención directa de resolver bloqueos ni de eliminar la resistencia muscular, pero los tengo en cuenta por lo que me dicen de la historia emocional de la persona. Partiendo de esta percepción, indico una posición en la que los bloqueos musculares, al reactivar su carga energética y movilizar la energía estática que los mantiene, van recuperando su capacidad sensorial y activan la memoria orgánica de la que son depositarios. Dicha activación irá, poco a poco, revelando la información necesaria en el momento adecuado para que la persona pueda ir tomando consciencia en el presente de aquellas gestalts que quedaron inconclusas, y que espontáneamente tienden a hacerse figura.

En otras ocasiones, coloco a la persona en una posición neutra, arraigado, y le pido que simplemente respire cíclica, profunda y conscientemente, sin esfuerzo, a la vez que le sugiero que centre su atención en las percepciones sensoriales que, de este modo, al ser activadas, facilitan la emergencia de los contenidos emocionales; tener la atención mantenida es imprescindible para que se desarrolle el darse cuenta. Es decir, para una mayor amplitud de la consciencia. Este proceso, por sí mismo, paulatinamente va a ir desbloqueando los impulsos inhibidos, permitiendo que emerjan los contenidos emocionales correspondientes, en tanto que la resistencia se debilita. A medida que el paciente va recuperando confianza en su propia capacidad para confrontarse *sin ser confrontado*, la resistencia va perdiendo su función, su sentido de ser.

Tanto en el modo señalado en primer lugar como en el segundo, sugiero que no presten atención a los emergentes intelectuales, que dejen que los pensamientos discurren libremente sin ponerse a favor o en contra, porque generalmente no son más que un estímulo a la distracción, un intento defensivo de seguir procesando distorsionadamente las sensaciones y emociones que van apareciendo: son parte de la resistencia al cambio. En

este punto insisto notablemente; incluso insisto en que no pongan nombre a las sensaciones y emociones con las que tomen contacto, porque no es necesario nombrarlas para que existan, ni para que por sí mismas alcancen su propio equilibrio en un mejor nivel de integración orgánica. Si las nombramos vamos a tener tendencia a hacerlo siguiendo la línea de los pensamientos compulsivos que han fijado el carácter y, por tanto, volverlas a reinterpretar distorsionadamente.

Tales experiencias, por supuesto, emergen de la historia de la persona, y espontáneamente le confrontan con su personaje. Por ello, con frecuencia suelo sugerir que contacten sensorialmente (visual, táctil, olfatoria, auditiva e, incluso, gustativamente) con la escena que espontáneamente les venga en un determinado momento de la sesión (actual o del pasado, tanto da), o bien con la que ellos deseen trabajar, sin perder la atención en la respiración y en su arraigamiento corporal. Cuando el contacto es suficientemente nítido, les pido que, sin desconectarse de la respiración, se dejen ir libremente en la experiencia emocional que tal vivencia les evoque, sin manipularla racionalmente, sólo estando atentos a los diferentes emergentes sensoriales y emocionales que vayan apareciendo. La escena original puede ir quedando en segundo plano, o ir enlazando con sucesivas escenas que evocan contenidos sensoriales y emocionales semejantes. En cualquier caso, lo que seguimos es la progresión de la percepción sensorial y emocional hasta el presente, arraigándola corporalmente. Si es necesario, al final, podemos integrarlo cognitivamente, nunca analizarlo ni interpretarlo. Si les pido que ni se analicen ni se interpreten, no voy a hacerlo yo.

Sencillamente, intento facilitar y acompañar para que centren toda su atención en el darse cuenta de lo que es precisamente cuando está sucediendo, partiendo en primer lugar de las percepciones sensoriales y evitando las interferencias de la racionalización, y que confíen en su propia capacidad de autorregulación. Que confíen en que, aún si la conclusión o el estado al que llegan no es del todo satisfactorio, es el mejor que pueden alcanzar en ese determinado momento. Que valoren lo que obtienen por encima de lo que falta; la próxima vez se acercarán más.

En esta toma de consciencia, partiendo de la actitud de poner atención potenciando la experiencia sensorial y la evocación emocional (no el recuerdo), de los que informa el propio cuerpo, y permitiendo que las cosas ocurran, participa todo el organismo en el mismo momento, y facilita el darse cuenta en el presente de un modo integral, sin espacio para considerar

las emociones por un lado, las sensaciones por otro y las intelectualizaciones por otro más distorsionando a ambas, lo cual podría resultar un poco esquizoide. A mí me parece que es la forma más sencilla de considerar y trabajar con la persona como un todo integrado, no incidiendo sobre la resistencia sino permitiendo que ésta vaya diluyéndose sola a medida que el proceso avanza y se van cerrando gestalts, confiando en que la persona está crecidamente capacitada para organizarse en una nueva gestalt más saludable. Eso sí, con la condición de que no se trabaje con *gestalt y bioenergética*, pongamos por caso, sino que ambos puntos de vista (o más) estén tan integrados en el terapeuta que no exista diferencia entre ellos. No se trata, pues, de *activar con bioenergética e integrar con gestalt*, sino de hacer ambas cosas al mismo tiempo, ya que es así como ocurre.

Quizás para algunas personas pueda tener, además, la ventaja de que al incidir de manera más activa sobre el cuerpo, que es, al fin y al cabo, el territorio donde se libran todas las batallas de nuestro organismo, y donde quedan las huellas de las contiendas, se facilite de manera específica el darse cuenta. Puede resultar facilitador porque lo sensorial sentido tal cual es, es incuestionable y tarde o temprano hará su función, si no es interferido por el ansia de obtener resultados, por parte del sujeto o por parte del terapeuta.

SOBRE EL DIAGNÓSTICO

En psicoterapia considero el diagnóstico como un mapa para explorar un territorio, teniendo en cuenta que, cómo suele decirse, el mapa no es el territorio y que, por lo tanto, ningún territorio puede calzar exactamente en un mapa. Sin embargo, si disponemos de varios mapas suficientemente experimentados y contrastados por otros exploradores, la concepción del territorio a explorar será más aproximada a la realidad. Y si los mapas existen, ¿por qué no los vamos a utilizar?, incluso Colon los utilizó. La propia experiencia los confrontará y, con la práctica, los adecuaremos al territorio en cuestión, validándolos o no, en todo o en parte.

Continuando con esta comparación, el mapa que proponemos sobre el carácter tiene una función semejante a las sondas de los barcos, las cuales nos dan información de los fondos marinos (y, a la vez de los bancos de peces, si es que queremos ir de pesca, lo que no es mi caso) y, con esta información de profundidad, podemos evitar encallar en un bajo que no está bien señalado en la carta de superficie. Con una carta marina (ca-

racterología de los eneatis), una sonda (caracterología bioenergética), una brújula (estructura psicodinámica de la personalidad) y un sextante (sentido de la trascendencia), se atraviesan los océanos (y los procesos). En la medida en que alguno de ellos falte, se verá comprometida la navegación, incluso hasta llegar a sólo poder hacer una navegación de cabotaje, sin perder de vista la costa, y, aún así, puede resultar arriesgado porque nunca sabremos con suficiente exactitud cual es el territorio que tenemos delante, y menos aún debajo.

A no ser que uno quiera arriesgarse a una navegación un tanto psicopática. Yo la conozco y no la recomiendo; potencia las gestalts inconclusas, las energías estáticas y, por ende, la angustia. Obliga a llevar el culo prieto, y a contraer el fondo de la pelvis con lo que las gónadas se suben a la garganta; entonces, la solución es cantar. Eso sí, es un subidón si al fin llegas más o menos a donde querías ir. Pero no merece la pena arriesgar a la tripulación, y menos cuando ésta confía en uno.

La caracterología que proponemos, está desarrollada a partir de las aportaciones de Reich, y de la tipología que aporta de una manera original Lowen. Las he estudiado y trabajado durante más de treinta años de práctica como psicoterapeuta clínico, y como formador de terapeutas, en un notable número de personas cuyas experiencias he ido recogiendo y confrontando. Y está funcionando bien, con buenos resultados a, relativamente, medio plazo tanto en la psicoterapia propiamente dicha como en los alumnos de formación.

Esta caracterología, al incluir el proceso histórico de la formación del carácter, ofrece una idea de qué tipo de relación organismo/ambiente es más posible que se haya dado en esa persona, ya que cada carácter tiene su propia trayectoria a lo largo de las etapas evolutivas, con sus específicos pasos angostos, paradas y estancamientos. Lo que marca la individualidad y diferencia a cada persona dentro de un mismo carácter, es la experiencia personal vivida durante esa trayectoria que, aún siendo singular e intransferible, se ajusta suficientemente a unos patrones como para que podamos hacer un mapa común que podemos utilizar como punto de partida y guía.

Nos señala así cuales pueden ser las principales gestalts inconclusas que han ido quedando a lo largo del desarrollo y que han fijado el carácter, lo cual nos permite poder prever que es lo que hay oculto detrás de lo que la persona muestra y en que situaciones de su trayectoria vital puede haber conflicto porque evoquen a situaciones infantiles inconclusas. Nos orien-

ta con bastante exactitud hacia los contenidos que podemos potenciar y cuales debemos evitar potenciar en cada momento del proceso. Cómo es la resistencia fundamental y cuales son las defensas. Es decir, es una herramienta con la que podemos hacer un diagnóstico sin que implique la pérdida de la espontaneidad en la relación. Es como aprender a tocar el piano: primero hay que aprender a coordinar las teclas con las notas, para luego “olvidarlo” y dejarnos a la espontaneidad creativa.

Me adscribo sin reparos al criterio de Peñarrubia sobre el diagnóstico, el cual queda expuesto en la página 196 y siguientes su libro citado anteriormente. Sobre todo con esta conclusión: *«El diagnóstico no es un absoluto sino que se construye en el contacto terapeuta-paciente y ayuda a esclarecer en qué figura, fondo y relación figura-fondo es más recomendable concentrarse en un momento particular»*.

Éste es precisamente el mapa que ofrecemos, pero quiero hacer un par de matizaciones. En primer lugar, para que resulte eficaz tanto para el proceso del paciente como para el aprendizaje del terapeuta, el diagnóstico debe quedar siempre abierto, susceptible de ser modificado a medida que vayamos conociéndonos mejor paciente y terapeuta. Al contrario que en medicina, en psicoterapia un diagnóstico cerrado y rígido más que una ayuda al tratamiento es un notable inconveniente, porque induce a que siempre miremos al paciente por el mismo agujero y esperemos de él las mismas cosas, en lugar de ser una guía de inicio y de ayuda para tener una visión panorámica, cambiante y creativa. Si las personas estamos en constante cambio, el contenido del diagnóstico también ha de estarlo o se quedará obsoleto, como una rémora.

En segundo lugar, aclarar que un diagnóstico no implica un pronóstico, aunque sí un camino posible. Éste siempre dependerá de la persona; incluso en caso de “mal pronóstico”, como puede ocurrir en las esquizofrenias, buena parte de él dependerá de la actitud de la persona en su relación consigo misma y con el medio. Parafraseando a Claudio Naranjo, “un paciente avisado se cura a pesar de su terapeuta”, ya que, en el peor de los casos, siempre puede cambiar de terapeuta. Ya que ha salido, a propósito del cambio de terapeuta, yo creo que es conveniente hacer un proceso terapéutico en varias etapas y con distintos terapeutas sin tener que decapitar a ninguno.

Hace mucho tiempo que como psiquiatra, y mucho menos como psicoterapeuta, no hago un diagnóstico nosológico, no pongo una etiqueta

a las personas. Me parece mucho más operativo hacer un diagnóstico sindrómico; es decir, un diagnóstico que describa el cuadro clínico sintomático junto con las características de la persona que lo presenta. De este modo no hay lugar a dudas sobre su interpretación para la orientación terapéutica. Este tipo de diagnóstico es el que ofrece la caracterología que presentamos: un diagnóstico descriptivo que irá cambiando a medida que la persona cambie, aún manteniéndose dentro del mismo tipo de carácter. El diagnóstico del carácter no implica, por tanto ningún pronóstico.

Es este sentido, quiero añadir que el DSM ha hecho verdaderos estragos al obligar, en cierto modo, a que los psiquiatras y psicólogos se acomoden a un patrón nosológico predeterminado, en función de unas necesidades puramente administrativas. Actualmente existe un reduccionismo diagnóstico verdaderamente confuso que induce a notables errores terapéuticos. Por ejemplo, cualquier trastorno de la alimentación en jóvenes se diagnostica de anorexia; cualquier psicosis de esquizofrenia; cualquier tipo de ideación obsesiva de TOC; las distimias de trastorno bipolar, así como cualquier depresión de endógena. No se tiene en cuenta a la persona, ni en su historia ni en el momento de la vida en que aparece este enfermar. Así, resulta muy frecuente que lleguen personas a la consulta angustiadas por la etiqueta que les han colgado, sin más explicación que: “eso y las pastillas son ya para toda la vida”.

Después de este etiquetado y de este pronóstico, nuestro trabajo comienza por conseguir que la persona en cuestión se olvide de su etiqueta y acepte un tratamiento como sujeto activo, no con la pasividad de tragar las correspondientes pastillas, a medio o más largo plazo y con un pronóstico también abierto, que dependerá en gran medida del propio sujeto. Enderezar este entuerto no es tarea fácil, a veces incluso heroica, tanto para el paciente como para el terapeuta.

Es obvio que no es éste el diagnóstico que proponemos; que Dios y el Diablo nos libren de este tipo de diagnóstico. No es este diagnóstico cerrado y condenatorio, sino un diagnóstico abierto que siempre se oriente hacia las salidas, hacia estados más saludables, incluso en los casos de mayor gravedad.

CONCLUSIÓN

En este capítulo he pretendido mostrar las similitudes entre las propuestas de Perls y las de Reich, más que con las de Lowen. He intentado aclarar algunas confusiones a las que puede conducir una interpretación demasiado literal o superficial de Reich, rescatando los puntos de vista que más pueden ayudar a ampliar nuestra concepción del vivir neurótico y, sobre todo, ayudar en el trabajo de psicoterapeutas.

De Reich he aprendido la estructura del carácter y de la neurosis en general. De Perls el cómo ponerme delante del otro y el modo de hacer más operativo este aprendizaje en la práctica de la psicoterapia. Considero, como muchos otros, que Perls continúa y actualiza la obra de Reich, pero esconde algunos ases en el manga. Perls *hacía* desde lo que *sabía* en su propia experiencia; mostró lo que *hacía* pero no tanto lo que *sabía*. A mi modo de ver, este aparente escamoteo fue esencialmente su enseñanza, a la que debemos estar muy agradecidos: poder llegar a *hacer* libre y espontáneamente desde el *saberse ser*, desde el conocimiento y la experiencia personal. Éste fue su modo de enseñar. A partir de su experiencia, desarrollemos cada cual la nuestra, quizás teniendo que andar por caminos semejantes, o quizás por caminos diferentes. El problema puede estar en imponerse hacer como Perls, o como Reich, sin conocer como ellos conocían.

Si este libro—manual—tuvo su origen como guía para los alumnos de Psicoterapia Clínica Integrativa, integrados mayoritariamente por personas ya formadas en Psicoterapia Gestalt, me parece de rigor ofrecer este punto de vista integrativo, no para poder “trabajar con gestalt y bioenergética” sino para que cada cual haga con él lo que le parezca oportuno, integrarlo en su propio y único hacer u olvidarlo, en todo o en parte, pero no para tomarlo como una dualidad, (ni como estado ni en el tiempo). Solamente es una ayuda para la formación y una guía del carácter para la práctica, que cada uno puede integrar en su haber de conocimientos, si así lo decide.

En algún momento, tras nuestra concepción, nos encarnamos en un organismo potencial que permanecerá en constante evolución y desarrollo hasta la muerte. Al nacer, esta “encarnación” viene al mundo fenomenológico con una dotación congénita que es en parte heredada, en parte propia y el resto es adquirido durante la vida intrauterina. La parte heredada supone, en gran medida, la base orgánica sobre la que tendrá lugar el desarrollo ulterior del individuo, que incluye la huella mnésica de las experiencias de nuestros antepasados. La parte adquirida viene influida por las experiencias sensitivas, sensoriales y emocionales de la madre en la concepción y durante la gestación. Y ello es así, porque el soporte bioquímico de los estados emocionales de la madre, al atravesar la barrera placentaria, hace que éstos sean experimentados por el feto en su propio organismo.

Esta bioquímica emocional materna queda codificada en el organismo del feto a partir del momento en que éste tiene suficiente soporte biológico, integrando la huella bioquímica correspondiente a los estados de placer-relajación y displacer-tensión de la madre en la memoria de su propia experiencia vital. A lo largo del desarrollo evolutivo, dicha codificación tendrá influencia sobre el modo en que temperamentalmente reaccionemos, tanto ante las percepciones de nuestro propio organismo, como de las que provengan del mundo exterior. Nacemos, pues, con una determinada predisposición individual para la receptividad y la respuesta a las circunstancias que nos vendrán impuestas por el propio desarrollo. Ocurre así, porque los receptores sensitivos y sensoriales del feto, a partir de determinada edad, se desarrollan en interrelación con la bioquímica que sustenta los estados emocionales de la madre.

Las experiencias intrauterinas me parecen necesariamente importantes para el desarrollo y arraigamiento del **Impulso Unitario**, considerado éste como la capacidad y cualidad energética potencial con la que nacemos. En un principio, el desarrollo de la potencialidad de esta capacidad energética depende de la relación dinámica que se establezca entre la Energía encarnada e individualizada, la estructura genética hereditaria y las experiencias adquiridas intrauterinamente que, como se ha dicho, constituyen la base sobre la que dicha Energía se arraiga para su expresión a través del **temperamento**.

La dinámica entre estos tres aspectos congénitos de nuestra naturaleza —distintos, pero unívocos e inseparables— y su relación y reacciones frente al medio externo —en especial, con los padres—, forman la base del desarrollo del individuo como persona(lidad). Serán, también, la base que estructurará un tipo concreto de carácter, que, a su vez, determinará definitivamente el desarrollo y dirección del Impulso Unitario.

Entiendo por **personalidad** la totalidad psicofísica que caracteriza a un determinado sujeto. La personalidad se desarrolla como una unidad orgánica funcional, dinámica y plural, en constante evolución y cambio, sobre la base de una potencialidad biológica y temperamental, ontogenética y filogenéticamente determinada, cuya expresión relacional con uno mismo y con el entorno se manifiesta corporal y psicoemocionalmente en el carácter.

El carácter es, pues, una función de la personalidad que va surgiendo reactivamente como un intento de adaptación del niño ante las vivencias que experimenta en la relación consigo mismo y con el mundo. Su disfunción —que consideramos como psicopatología— vendrá determinada por las estrategias y tácticas de defensa, que se elaboran reactivamente frente a las experiencias de insatisfacción y displacer. Para elaborar y estructurar dichas tácticas y estrategias, resulta necesario contener el fluir espontáneo de la energía del Impulso Unitario, o bien desviarla de la dirección unívoca de su fin original. Esto implica una pérdida de contacto con el ser auténtico de cada persona y, por tanto, de la capacidad de conocernos, amarnos y satisfacernos.

La energía que el niño no puede expresar espontáneamente porque le ocasiona experiencias de displacer, o que necesita desviarla de su fin original para obtener una pseudo satisfacción que sustituya la necesidad original, va a precisar de otra energía de capacidad similar y antitética que se disponga en una función de contención, en función de defensa.

Ambas capacidades energéticas —tanto la del impulso inhibido como la que se dispone defensivamente en función de contención— originan una estasis en el fluir de la energía del Impulso Unitario; esta estasis pulsa displacenteramente y la persona experimenta una sensación de angustia. Y es precisamente la experiencia de la sensación de angustia la que impulsa el que se mantenga y refuerce el carácter como estructura defensiva. Se busca así evitar esa percepción pero al precio de producirse tensión e insatisfacción y, finalmente, mayor necesidad de

contención defensiva que, a su vez, genera más energía estática y más sensación de angustia.

Por tanto, es en el carácter donde cristalizan y se estructuran las actitudes relacionales del individuo consigo mismo y con el mundo exterior, sirviendo a la vez como sistema defensivo de contención y de expresión de dichas actitudes. De la rigidez con que se estructure el carácter, y de la identificación que tengamos con él, dependerá la posibilidad de evolucionar saludablemente. La rigidez del carácter dificulta, en mayor o menor medida, el desarrollo libre y espontáneo de las cualidades y capacidades que le son propias a cada individuo. Una mayor rigidez e inmovilidad de la estructura caracterial supone una mayor dificultad para cumplir satisfactoriamente su función, por cuanto, en definitiva, se trata de una estructura operativa para la relación directa y consciente con uno mismo y con los demás. En la medida en que la identificación nos impida darnos cuenta de dichas dificultades, la disfunción del carácter se irá manteniendo y profundizando a lo largo de la vida¹.

En la estructura de la personalidad como unidad funcional individual, incluyo el Inconsciente Colectivo, tal y como lo considera JUNG, y que viene ligado a la memoria genética de la especie humana en general, así como del subgrupo de procedencia en particular, más allá de los puros hábitos, costumbres y tradiciones. El Inconsciente Colectivo implica arquetipos más o menos universales que, en la mayoría de los casos, se hace necesario desarrollar individualmente. A mi modo de ver, tiene una de sus expresiones a través de los **instintos** humanos plenamente desarrollados, considerando estos como algo más que meras pulsiones biológicas, puesto que los instintos determinan la dirección en la manifestación funcional de la energía básica de cada individuo. Ésta es la energía sobre la que, como se ha dicho, se desarrolla la personalidad y, por tanto, el carácter. Desde este punto de vista, los instintos son la manifestación básica del Impulso Unitario o Impulso de Vida; uno de tantos puentes entre lo orgánico, lo psicoemocional y lo espiritual que constituye la naturaleza y la esencia del ser humano².

1 Para profundizar sobre la formación, estructura y función del carácter, consultar el capítulo VII del *Análisis del Carácter*: W. REICH, en Editorial Paidós.

2 Los instintos humanos que consideramos son: el sexual, el social y de conservación. Su pleno desarrollo supone su diferenciación, equilibrio y armonía energética, esencial para un estado saludable. El desarrollo disarmónico de la relación entre ellos, imprime cualidades específicas a cada carácter y a cada individuo.

EL IMPULSO UNITARIO

Cómo dije, en el nacimiento venimos al mundo con una disposición energética potencial determinada, que podrá ser desarrollada tanto en sus capacidades cómo en su dirección, dependiendo de la historia individual de cada persona. Esta energía potencial congénita constituye el Impulso Unitario, o Impulso de Vida, cuya dirección, como he dicho, originalmente es unívoca y va orientada al mantenimiento del contacto con la unidad de ser. Y lo hace a través de la satisfacción, la relajación y el placer, de la vida individual y de la especie —manifestándose originalmente como un impulso hacia la creatividad amorosa y espiritual—.

Sin embargo, en la confrontación del niño con el mundo exterior, este Impulso Unitario deberá adaptarse a las demandas que le impondrá el medio en el que se desarrollará evolutivamente hasta llegar a persona adulta, sobre todo a las demandas del medio familiar. En este proceso de desarrollo y adaptación, parte de los componentes energéticos del Impulso Unitario pierden su condición unívoca, puesto que necesitan ser contenidos y desviados de su fin original³.

La pérdida de la condición unívoca del Impulso Unitario implica su disociación, ya que una parte de él tiene que disponerse antitético del resto, en una función de contención defensiva. Pues, como dice Reich.: «...sólo el contenido de la prohibición deriva de ese mundo (el mundo exterior), mientras que su energía —su catexis— proviene de las reservas energéticas del individuo mismo»⁴. Es decir, la energía necesaria para estructurar y mantener las defensas caracteriales ante las frustraciones impuestas por el mundo exterior, provienen del propio individuo, del Impulso Unitario; no existiendo otra energía disponible para el individuo, el medio externo aporta únicamente el obstáculo a su expresión —lo que origina la frustración de la tendencia natural a la expresión espontánea—.

Por tanto, el proceso no sólo implica una disociación del Impulso Unitario, sino también un cambio en su dirección y sus funciones originales⁵. La dirección original apunta hacia el mundo interior para la toma de contacto con las genuinas necesidades y deseos de la propia persona; y hacia el

³ W. Reich: *Análisis del Carácter*: Cap. XIII.

⁴ W. Reich: *Análisis del Carácter*, pág. 313.

⁵ W. Reich: *O.C.* págs. 310 y s.

mundo exterior para cumplir la función original de expresarse espontáneamente y obtener satisfacción para dichas necesidades y deseos, y con ello relajación, bienestar y placer; y posteriormente cambia a fin de disponerse en función de contención y defensa. Sin embargo, esta función que busca evitar la sensación de *displacer* que viene originada por la frustración de la necesidad de satisfacción, tiene como precio el crear una zona de antítesis dinámica, que Reich denomina “zona de falta de contacto”⁶.

La tendencia natural y universal a la relajación, al placer y a la evitación del *displacer*, que en el mundo animal es obvia, en los humanos se complica notablemente. En los seres humanos, tanto la tendencia al placer cómo, sobre todo, a la evitación del *displacer*, se complica por la intervención de la imaginación y, más aún, de las fantasías originadas a partir de las experiencias vividas durante las fases de estructuración del carácter y de las estrategias evitativas elaboradas frente al dolor infantil. Tanto las experiencias originalmente dolorosas, como las estrategias defensivas que en su momento fueron eficaces, quedan en la persona adulta mayoritariamente relegadas al inconsciente, desde donde continúan siendo operativas a través de la compulsión a la repetición. De este modo, la historia de nuestra vida está en un presente continuo del que sólo somos parcialmente conscientes.

Cristalizadas en el carácter, las actitudes y conductas evitativas del presente se mantienen sustentadas en la creencia de que mediante ellas evitamos un dolor que, realmente, ya pasó. Puesto que íntimamente seguimos considerándonos tan vulnerables como en la infancia, mantenemos aquellas conductas que en su día fueron eficaces para minimizar o evitar experiencias de *displacer*. Sin embargo tales conductas no sólo resultan obsoletas en el presente, sino que nos originan estados de sufrimiento crónico, mientras nosotros mantenemos la creencia fantaseada de que así evitamos *displacers* mayores. Es decir, por evitar *displacers* fantaseados —y por no entregarnos con suficiente confianza a la creatividad espontánea frente a las diversas situaciones supuestamente temibles de la vida adulta—, nos instalamos y vivimos en estados de sufrimiento crónico real y presente.

Verdaderamente son actitudes y conductas repetitivas que tienden no al sufrimiento en sí, sino a evitar un *displacer* que fantaseamos como un sufrimiento mayor, sin entender que tal sufrimiento es imaginario, y que bas-

6 W. Reich. *O.C.*, pág. 323.

taría cambiar creativamente de actitud para que comenzara su disolución. Siendo éste el origen del sufrimiento neurótico actual, queda claro que es la ignorancia sobre nuestra propia vida y sobre nuestras posibilidades reales lo que nos mantiene apegados a ese sufrimiento crónico. Un sufrimiento crónico cuyo origen está en el sentimiento de falta de satisfacción esencial, y que origina a su vez el malhumor y el enfado que mantenemos hacia nosotros mismos y con los demás —a quienes hacemos responsables de nuestro malvivir—.

Este estado de ignorancia, este “oscurecimiento óptico” esencial, origina y mantiene presente —a causa justamente de esa carencia de contacto íntimo— una motivación deficiente y distorsionada, que nos aboca a buscar el bienestar fuera de nosotros mismos. Y nos lleva a buscar la llave de la salud donde no la perdimos: ésta es la Teoría de Nasrudín sobre la neurosis⁷.

El Impulso Unitario abarca todos los impulsos vitales de las diversas cualidades que son propias del ser humano, y que Reich —quizás desde un punto de vista que se puede interpretar erróneamente como excesivamente biologicista— denomina “excitaciones vegetativas”. La exploración y posterior exposición que este autor hace sobre la función del orgasmo es, en alguna medida, semejante a la experiencia meditativa; esto es: “la eliminación de la actividad psíquica”. Por ello mantengo el punto de vista de que Reich, aporta a la comprensión de los estados de consciencia meditativos, el punto de vista vegetativo; que, sin lugar a dudas, es nuestra realidad más obvia, pero también, con frecuencia, más desconocida⁸.

Desde este punto de vista, hablar del Impulso Unitario es hablar del flujo de la vida, del estar en la vida, de “estar en el Tao”. Acorde con esta similitud, el subimpulso agresivo es semejante al Yang y el subimpulso tierno semejante al Yin. Siendo el primero el principio masculino (energía agresiva), y el segundo el principio femenino (energía tierna); al tiempo que el uno está contenido en el otro, y a la vez son inseparables. De su relación equilibrada y armónica depende el espontáneo fluir de la vida en general, y en cada uno de nosotros en particular.

⁷ A la primera persona que oí exponer este punto de vista sobre la etiología de la neurosis, que me parece claro, conciso, preciso y esencial, fue a Claudio Naranjo.

⁸ Consultar pág. 308 del *Análisis el Carácter* y comparar con la nota al pie de la pág. 311.

ESTRUCTURA DEL IMPULSO UNITARIO

Teniendo en cuenta que el Impulso Unitario constituye una unidad de dirección originalmente unívoca e indivisible, sólo desde un punto de vista didáctico podemos considerarlo integrado por muchos subimpulsos: tantos como funciones y cualidades le son propias al ser humano, si bien algunos de ellos —como podrían ser la capacidad creativa y espiritual— pueden permanecer en estado potencial durante toda la vida.

Siguiendo con esta disección didáctica (en la práctica psicoterapéutica se trataría más bien de una vivisección sensorial de las emociones), todos los subimpulsos del Impulso Unitario se pueden agrupar en dos subimpulsos básicos y esenciales: **el subimpulso tierno y el subimpulso agresivo**. Ambos subimpulsos integran las cualidades energéticas fundamentales para el mantenimiento y el desarrollo pleno de la vida humana, de cuya evolución, arraigamiento y relación dinámica va a depender no sólo la estructura del carácter, sino también el modo de supervivencia.

Los subimpulsos tierno y agresivo son, pues, dos cualidades energéticas de la misma esencia que el Impulso Unitario, y que, sin embargo, tienen distinta naturaleza y cumplen su función de manera distinta. Originalmente ambos subimpulsos siguen una dirección unívoca en el cumplimiento de la misma función —el desarrollo de la vida, la procuración de satisfacción y placer, y la evitación del displacer—, pero que, como se ha dicho, cumplen tal misión de forma distinta y acorde con las cualidades energéticas de cada una de ellas.

Ésta es una de las formas de manifestación de la universal Ley del Tres, de la Trinidad, en la que el subimpulso tierno constituye la fuerza pasiva, el agresivo la fuerza activa y la intuición, o el equilibrio del conocimiento, la fuerza neutralizante. La expresión de su relación armónica es la espontaneidad creativa, es decir, la manifestación de la Esencia espiritual en el hombre.

Podemos usar el símil de la energía solar que, teniendo un mismo origen en el Sol, se manifiesta de maneras distintas. Una de sus manifestaciones es el calor y otra la luz, entre otras muchas. Ambas tienen la misma misión, procurar vida; pero la naturaleza de la luz es una, y la naturaleza del calor es otra distinta, sin que ni una ni otra dejen de cumplir su función unívoca sobre la superficie del planeta Tierra. Es necesario que ambas estén suficientemente equilibradas para que puedan cumplir su función

más satisfactoriamente. Su desequilibrio podría indudablemente originar formas de vida, pero que serían poco aptas para el hombre y mucho más difíciles para cualquier ser vivo.

LA FUNCIÓN DEL SUBIMPULSO TIERNO

El subimpulso tierno es la cualidad energética del Impulso Unitario que cumple con la función de hacer perceptibles a la consciencia los diversos estados por los que pasa la persona, tanto si su origen está en el propio individuo cómo si responden a estímulos exteriores.

A través del subimpulso tierno percibimos tanto nuestros estados carenciales como los estados de satisfacción. Es decir, su función primordial consiste en mantenernos en contacto con nuestra propia intimidad, tanto a nivel corporal y biológico como a nivel intelectual, emocional y espiritual. Por ello, decimos que la cualidad energética del subimpulso tierno mantiene una dirección centrípeta hacia la propia autopercepción, y que es sensible tanto a las tensiones que dan noticia de las necesidades como de la relajación con que se perciben los estados de bienestar y satisfacción. Inicial y prioritariamente cumple la función de mantenernos informados a cerca de las necesidades, y —más adelante en el desarrollo— de los deseos, de cuya satisfacción depende nuestro estado de bienestar, de su reconocimiento y de la posibilidad de restaurar su pérdida. Una percepción distorsionada de aquéllos —resultado de la aprehensión falseada de la información transmitida por el subimpulso tierno— va a ocasionar una distorsión paralela en el sentimiento de confianza en la propia capacidad de autorregulación orgánica y, en consecuencia, de la confianza en el propio ser.

El desarrollo y arraigamiento del subimpulso tierno a lo largo de las etapas evolutivas de la maduración infantil, va a estar determinado por la relación que el niño establezca con las cualidades de la función madre, la cual resulta primordial durante las etapas preoral, oral y anal. Durante estas tres etapas se desarrollan y arraigan también, respectivamente, otras tantas cualidades del Sentimiento Básico de Seguridad: el sentimiento de seguridad en la existencia, el sentimiento de seguridad en el medio y el sentimiento de seguridad en la propia autonomía.

Asimismo, del desarrollo y arraigamiento del subimpulso tierno y, por tanto, de la relación que se establezca con la madre, va a depender la per-

cepción y el contacto que se mantenga, ya de adulto, con el propio poder personal. En consecuencia, la madre nos inviste del sentimiento de poder personal y el padre —mediante el desarrollo del subimpulso agresivo— nos conferirá el sentimiento de autoridad; es decir, de la autoridad con que disponemos de nuestro poder personal.

Durante la mayor parte de este tiempo —aproximadamente durante los primeros dos años y medio de vida—, la percepción que el niño tiene de sí mismo, es esencialmente sensitiva y sensorial, ya que su capacidad cognitiva aún no está suficientemente desarrollada. Aunque a partir del año y medio de vida puede ir teniendo una cognición de sí mismo por medio de la imagen especular que le devuelve el medio externo —sobre todo la madre—, la principal información de sí mismo la constituyen sus percepciones sensoriales y sensitivas, que procesa según el estado de relajación y placer o de tensión y displacer que le proporcionen.

Así pues, el niño durante ese primer año y medio de vida —y de un modo exclusivo durante los seis primeros meses— continúa percibiéndose como el centro de su mundo, y no es capaz de establecer una diferenciación suficiente entre los estímulos del mundo exterior y los que tienen origen en su mundo interior. Cuando tiene hambre, siente su hambre y cuando se siente satisfecho, siente su satisfacción; pero no es capaz de procesar discriminadamente que la comida procede del mundo exterior. *Que la teta de la madre no es la teta de la madre, sino **su medio** de satisfacer el hambre, y que tiene que aparecer en el momento en que él la demande.* Si no es satisfecho adecuadamente, es él quien no se satisface, quien prolonga su estado de tensión displacentera. En este caso, se percibirá como el origen de su propio displacer y como causante de la pérdida del contacto placido consigo mismo.

La pérdida de este contacto placido consigo mismo hará que se perciba a través del displacer, y tratará de evitarlo con todo su ser. Con lo cual perderá el centro de la atención en sí mismo, que quedará interrumpido por la experiencia dolorosa. Tal pérdida de contacto será percibida, pues, como origen de su dolor. Dicho de otro modo, la experiencia que el niño tiene de sí mismo —inmerso en un estado de relajación y bienestar, en un estado tierno y amoroso—, queda interrumpida por el displacer y el dolor, percibiéndose a sí mismo cómo la causa de este cambio.

Como consecuencia de ese movimiento natural de evitación del displacer, cuando las frustraciones de sus demandas de satisfacción son frecuentes

o prolongadas, el niño interrumpirá el contacto consigo mismo, el contacto con su estado amoroso esencial. Cada vez que sienta la tensión de una necesidad, en vez de mantener el contacto y esperar la satisfacción, se predispondrá a la evitación de la experiencia de *displacer*. Sucede así porque esta experiencia de *displacer* queda sensorialmente asociada a la tensión mantenida de la necesidad insatisfecha. Por ello, el niño intentará evitar el *displacer* mediante la ruptura o distorsión del contacto con la percepción directa de la experiencia de ese momento; evitación que le distanciará también de la percepción de sus necesidades genuinas y, por tanto, de sí mismo, como ser unívoco cuya autorregulación orgánica tiende naturalmente al bienestar.

Este proceso, que en la primeras semanas de vida se limita a las necesidades biológicas básicas, hambre, sed, frío, calor, etc., se va complicando a medida que aparecen las necesidades también básicas de contacto tierno y amoroso con la madre, y con las demás personas que en ese momento del desarrollo desempeñen idéntica función. Es mediante este proceso por el que el niño se irá reconociendo a sí mismo e irá sintiéndose reconocido y aceptado —incondicionalmente o no— por los “otros” del mundo externo.

Por ello, a lo largo de estas tres primeras etapas de la maduración infantil, la necesidad básica del niño no es otra que la de mantener el contacto consigo mismo, sin perder la sensación de bienestar. Necesita procesar en su organismo que los estados de tensión mediante los que tiene noticia de sus necesidades —sean de la índole que sean—, van a ir seguidos de la satisfacción adecuada, para volver a continuación al estado de relajación; evitando así que el estado de tensión se prolongue y produzca *displacer*, para así recuperar sin interrupción *displacentera* el estado básico de bienestar.

Cómo quiera que el niño, al menos hasta el año y medio de vida, es incapaz de tener una percepción del mundo interior y del mundo exterior suficientemente discriminada, el desarrollo y arraigamiento sin distorsiones perceptivas del subimpulso tierno, va a depender —en principio— del modo en que el niño se perciba sensorial y sensitivamente. Sobre dicha percepción se desarrollarán —posteriormente, de forma continuada y asociado a los mismos— los diversos procesos emocionales y cognitivos con los que el niño irá construyendo una idea de sí mismo.

En última instancia, la función del subimpulso tierno, además de la esencialmente básica de mantenernos con vida, cumple con la misión de esta-

blecer las bases sobre las que se desarrollará la personalidad y el carácter en el adulto. La estructura del carácter parte de las posibilidades que el niño haya tenido para mantener un contacto armónico consigo mismo, frente a la inevitable necesidad de alienarse, mediante las distorsiones perceptivas de sí mismo. Tales distorsiones serán posteriormente mantenidas por los mecanismos de defensa, estructurados en cada uno de los diversos caracteres. Aquellos mecanismos de defensa, que se manifiestan como rasgos del carácter, son síntomas de la distorsión perceptiva y de la falta de contacto y, ya que fijan el oscurecimiento óptico, son también el primer obstáculo hacia el conocimiento del ser.

LA FUNCIÓN DEL SUBIMPULSO AGRESIVO

Por su parte, el subimpulso agresivo es la cualidad energética del Impulso Unitario que cumple con la función de satisfacer las necesidades de las que da noticia el subimpulso tierno. Y realiza su función mediante la acción, que en un principio está dirigida casi exclusivamente hacia el mundo exterior y, sólo posteriormente, a lo largo de la maduración psicoemocional, se dirige hacia el mundo interior, como, por ejemplo, en la toma de decisiones. La función del subimpulso agresivo implica básicamente un movimiento dirigido hacia un objeto exterior, con el fin de satisfacer de forma activa una necesidad o un deseo. Cuando la finalidad de la acción no es la de procurarse satisfacción, sino la de evitar tomar consciencia de ella y confrontarla, el subimpulso agresivo cambia tanto su dirección como su función y se convierte defensivamente en regresivo.

La función esencial de esta cualidad energética que denominamos subimpulso agresivo, es la de mantenernos en contacto con el mundo exterior y con la capacidad de acción sobre él, bien para procurarnos satisfacción y bienestar, o para evitarnos insatisfacciones y displacer, sean éstos reales o fantaseados. Por ello, decimos que su energía tiene una dirección centrífuga respecto del individuo; y que responde, de una parte, a las demandas de las que da noticia el subimpulso tierno, y, de otra, a las posibilidades que le ofrece el mundo exterior. Su disfunción va a ocasionar en el adulto posiciones que van desde la pasividad, la sumisión y la dependencia a la impulsividad, la rebeldía y la violencia. En cualquier caso, su disfunción ocasiona siempre dependencia, bien sea por sumisión o por rebeldía.

Aunque el subimpulso agresivo está presente, como es lógico, desde el momento del nacimiento y se manifiesta por las demandas del bebé, su

desarrollo y arraigamiento sólo comienza a estructurarse a partir de la fase fálica del desarrollo. Es decir, cuando el niño dispone ya de un sistema cognitivo adecuado para tener representaciones suficientemente significativas del mundo exterior, y de un sistema sensorial y muscular que le capacita para actuar eficazmente sobre el mundo exterior e intentar modificarlo en función de sus necesidades. Obviamente, el desarrollo de este subimpulso no concluye al llegar a la fase de latencia, sino que se prolonga de modo indefinido en el tiempo, aunque condicionado por la forma en que haya sido estructurado en su origen, y por la evolución psicoemocional posterior.

En su inicio, el desarrollo y arraigamiento del subimpulso agresivo va a depender de la relación que se establezca con las cualidades de la función padre. Dicha función recae sobre todo en la figura del padre, pero también serán importantes las relaciones que establezcan todas las personas del entorno del niño que estén en dicha función. Una función que comienza a ser significativamente importante en relación con el mundo exterior durante la fase fálica del desarrollo; es decir, desde el mismo momento en que surge y se desarrolla en el niño la curiosidad y el afán exploratorio hacia el mundo que le rodea, y vaya ampliando así, paulatinamente, el horizonte de sus posibilidades —en principio restringidas a la familia—, y despertando progresivamente su curiosidad y la necesidad de satisfacerla.

Para que el niño pueda satisfacer adecuadamente esta necesidad recién descubierta, debe ser investido por el padre —mediante la potenciación del desarrollo del subimpulso agresivo—, de la autoridad suficiente para que pueda ejercer el poder personal que le fue conferido por la madre. El niño se siente investido de autoridad a través de proporcionarle seguridad en sus acciones, estableciendo amorosamente desde la tolerancia los límites que precise, sin recurrir a descalificaciones autoritarias y, mucho menos, a humillaciones. Así pues, como he mencionado con anterioridad, si del poder personal nos inviste la madre, es del padre de quien obtenemos la autoridad personal frente al mundo. Ambos, poder y autoridad, deben estar suficientemente equilibrados, pues la autoridad sin poder —por miedo a perderla— puede devenir en autoritarismo; y el poder sin autoridad —por el mismo miedo a ejercerlo— puede llevarnos a una inhibición pasiva y frustrante.

Al propio tiempo, hay otras dos cualidades del Sentimiento Básico de Seguridad cuyo desarrollo tiene también lugar en este momento evolutivo, en relación con la función padre. Éstas son: el sentimiento de seguridad en la capacidad para la independencia, y el sentimiento de seguridad en

la entrega y el compromiso consigo mismo y con el otro; esta última lleva implícito el derecho a la experiencia del placer. Por tanto, la disfunción del subimpulso agresivo implica una disregulación orgánica, que tiene como consecuencia la desconfianza en las propias capacidades para alcanzar la necesaria satisfacción frente a un mundo al que se puede llegar a percibir como hostil.

Los componentes hostiles del Subimpulso Agresivo

La rabia es el impulso que nos lleva a confrontar la causa de una frustración puntual para evitar que lo que nos impide la satisfacción o el bienestar, lo siga haciendo. Su objetivo no es destruir sino simplemente conseguir que deje de ser operativo sobre el sujeto, y se circunscribe al momento en que está ocurriendo la acción. En el momento en que el objeto frustrante deja de actuar la emoción de rabia debe desaparecer, volviendo el sujeto a la situación de relajación. Es pues un impulso natural de autodefensa como respuesta a una frustración puntual, y que está presente en todo ser vivo.

La ira, por su parte, es un impulso cuyo objetivo es destruir lo que se interpone entre el sujeto y la satisfacción de su deseo o necesidad. No busca solamente evitar la frustración puntual, sino destruirlo o anularlo para asegurarse de que nunca más volverá a interponerse entre el sujeto y su satisfacción, ya sea ésta emocional, intelectual, espiritual o biológica. La ira implica un cierto componente de satisfacción —racionalmente justificada— en la venganza.

El odio implica la congelación de todos los componentes tiernos y va dirigido hacia la destrucción del propio objeto de deseo. Ante la intensa vivencia de pérdida que experimenta el sujeto, a consecuencia de la imposibilidad de satisfacer un deseo en el que empeña la totalidad de su vida emocional, siente que sólo con su destrucción puede tener la suficiente compensación. Puesto que lo vive como objeto de deseo y de frustración a la vez, con su destrucción pretende asegurarse la desaparición tanto del anhelo del deseo, como de la capacidad de éste para frustrarle. El odio implica así mismo un componente persecutorio de venganza, incluso a tan largo plazo como para ocupar una vida entera.

La cólera es un impulso destructivo indiscriminado que surge como consecuencia de un estado interno de intensa frustración, contenido y

mantenido durante mucho tiempo. Este impulso no va dirigido contra un objeto concreto sino contra el medio externo en general; a veces contra la vida en cualquiera de sus manifestaciones. Responde, pues, a una frustración vital generalizada, que se expresa como un impulso destructivo de gran intensidad pero de corta duración.

LA ELECCIÓN DEL INSTINTO

Dado que la función básica del subimpulso agresivo es la de proporcionarnos lo necesario para mantenernos con vida —y su tendencia natural es hacia una vida satisfactoria—, se comprende que de su desarrollo y arraigamiento armónico dependa la capacidad de establecer relaciones familiares, sociales, laborales y afectivas de un modo directo y satisfactorio. A mi entender, la dirección primordial que siga éste en su proyección hacia el mundo, va a estar relacionada de manera determinante con la solución que el niño pueda encontrar para su conflicto edípico, y va a quedar ligada al instinto dominante. Esto es: hacia la familia, si el que domina es el instinto de conservación; hacia las relaciones sociales y laborales, si lo hace el instinto social; o hacia la satisfacción y el placer, si domina el instinto sexual. Lo cual va a determinar de manera significativa los tres subtipos correspondientes a cada uno de los caracteres, al tiempo que les confiere rasgos significativamente diferenciales.

La estructuración del instinto dominante —y la dirección primordial del subimpulso agresivo— depende, pues, de los múltiples factores familiares, sociales y escolares que inciden sobre la disposición energética y psicoemocional con que la naturaleza del niño llega al momento edípico; y que se desarrollarán durante el mismo. Tal estructuración estará fundamentalmente dirigida hacia el ámbito en el que el niño encuentre más satisfacciones, o menos dificultades para satisfacerse; es decir, menos frustraciones. Lo que, en general, depende de la dirección que en ese momento histórico tengan los intereses familiares.

Si el niño se siente apoyado y capacitado para alcanzar esos intereses, se identificará con ellos a fin de satisfacerse a través de la satisfacción de sus padres, o más concretamente del progenitor al que considere dominante. Por el contrario, si el niño no se siente capacitado para alcanzar tales intereses (bien porque las demandas no sean adecuados a sus propias posibilidades, o porque sean excesivas; porque el puesto ya esté ocupado exitosamente por otro hermano, o porque exista una actitud hostil hacia

el progenitor dominante; o por cualesquiera otras razones) elegirá otro camino, que generalmente estará relacionado con la carencia más evidente que detecte en la familia o en el progenitor dominante. Y ello es así, porque tal déficit deja abierto un espacio que puede pasar a ser ocupado por el niño. En estos últimos casos el resultado será la adopción de una posición defensiva, mediante una actitud de rebeldía activa o pasiva más o menos manifiesta.

Posteriormente en el adulto —con la elección del instinto ya determinada— sus intereses preferenciales, su mayor disposición energética y su más intensa fuente de gratificación y de frustración, estará relacionada con el instinto dominante en detrimento de los otros dos. Esto ocasiona un desequilibrio en las relaciones con uno mismo y con los demás, que deja siempre un estado de insatisfacción, cuyo origen es difícil de detectar por la persona. Por ello, intentará compensar su insatisfacción disponiéndose aún más en función del instinto dominante, lo que incrementa el desequilibrio. La obtención de un saludable estado de armonía pasa necesariamente por el equilibrio energético de los tres instintos; siendo éste el único modo de que podamos satisfacer adecuadamente nuestras necesidades en todos los ámbitos de las relaciones humanas.

DISOCIACIÓN Y CAMBIO DE FUNCIÓN DEL IMPULSO UNITARIO

Desde el punto de vista que venimos siguiendo en la exposición de la estructura del carácter, las cualidades funcionales de ambos subimpulsos son las dos funciones energéticas básicas y esenciales del ser humano. Las del subimpulso tierno para el contacto íntimo; es decir, para saber de sí mismo y para conocerse a uno mismo. Y las del subimpulso agresivo para el contacto con el mundo externo; esto es, para saber y conocer el mundo en el que nos desenvolvemos, y para poder interactuar con él y relacionarnos con las demás personas.

Cómo quedó expuesto anteriormente, ambos subimpulsos se integran en el Impulso Unitario, participando de su misma esencia y teniendo la misma finalidad. Una finalidad común dirigida hacia la creación y conservación de la vida mediante una interacción que resulte energéticamente económica, y del modo más satisfactorio y placentero posible para la persona. La particular naturaleza de cada subimpulso determina la manera en que cumplen sus respectivas funciones.

En cada uno de nosotros en particular, el carácter se va a estructurar según la relación dinámica que se haya podido establecer entre estas dos cualidades energéticas. Esta relación dinámica dependerá de si han podido mantener su acción energética unívocamente dirigida hacia el contacto y la expresión; o, si por el contrario, han tenido que disociarse antitéticamente de su dirección espontánea para disponerse en función de defensa.

Antes de que la estructuración del carácter se inicie, la dirección del Impulso Unitario es unívoca, y la vida en cada uno de nosotros se manifiesta tal cual es. Por ello, el bebé y el niño pequeño se expresan tal y como sienten, sin interferencias. No existe diferencia entre lo que manifiestan y lo que sienten de sí mismos. Es una expresión espontánea, y en esa manifestación pone toda su energía.

En el devenir biográfico de cada persona, esta manifestación espontánea de la vida se encuentra con los obstáculos propios que presenta el medio en el que se nace y crece. Los obstáculos a la expresión espontánea serán experimentados por el niño como frustraciones, e incidirán de manera diversa en la estructuración del carácter, dependiendo de la fase del desarrollo en que ocurran, y de su intensidad y duración. Es decir, su incidencia en la estructuración y en la patología del carácter no radica tanto en las frustraciones en sí —las cuales, como expresión de los límites, son necesarias para la formación del mismo y para el proceso de socialización—, sino en la intensidad, duración y época del desarrollo en que ocurren.

Desde el punto de vista de la psicopatología del carácter, resulta importante destacar que la importancia de los obstáculos que originan las frustraciones radica en que pueden ser generadores de angustia, al ocasionar, durante el proceso de desarrollo y maduración, un estasis en el propio fluir energético; lo que lleva al niño a elaborar unas estrategias de seguridad rígidas que, siguiendo el principio de evitación del displacer, establecen conductas y actitudes evitativas fijas. La repetición compulsiva de estas estrategias de evitación —que en su origen responden a situaciones reales, pero que en el adulto son inconscientemente fantaseadas— quedan reforzadas por el deterioro del Sentimiento de Seguridad Básico, ya que la experiencia de angustia interrumpe el contacto con el ser genuino e impide su espontánea expresión. Esta interrupción es experimentada como amenazante puesto que implica una pérdida de la seguridad en sí mismo y en el medio.

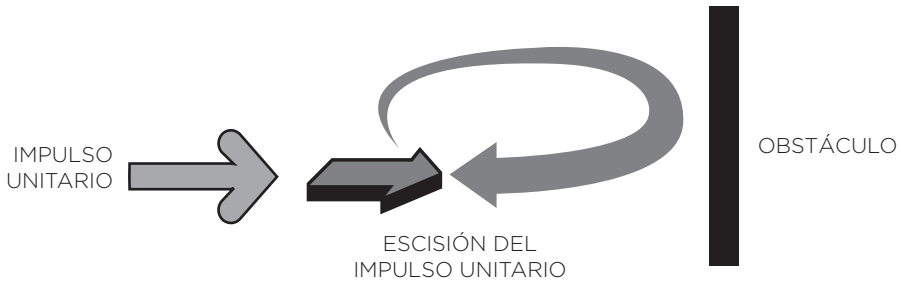
Es generalmente asumido que las frustraciones que implican el establecimiento de límites en el niño son necesarias para el proceso de socialización, para su desarrollo emocional e intelectual y para la estructuración del carácter. Pero cuando estos necesarios límites son impuestos desde la arbitrariedad autoritaria, la exigencia y la mala comprensión del natural desarrollo del niño; o desde la falta de ternura y de amor implícita en la propia neurosis de los padres y de la sociedad en general, entonces serán indudablemente la causa del sufrimiento y de la patología que generacionalmente —como un pecado original— se transmitirá mediante el proceso de paternalización.

Las frustraciones se originan siempre en el medio externo, a consecuencia de los límites que se establecen a la manifestación y a la satisfacción de las necesidades y los deseos infantiles; y podrán ser traumáticas o no, dependiendo de la forma y el momento en que se hayan producido. En cualquier caso, son obstáculos que el niño va a encontrar a la hora de relacionarse consigo mismo y de manifestarse en el medio; obstáculos a los que de una u otra manera tendrá que enfrentarse.

Ahora bien, aunque no todo obstáculo suponga necesariamente frustración, ni toda frustración tenga por qué ser traumática, lo que resulta común a cualquier acción del medio que haga obstáculo a la expresión espontánea es que, aunque involucren a la energía del niño, no aportan ninguna energía que le ayude a contener el impulso al que se oponen. El medio sólo pone el obstáculo, de modo que la energía necesaria para la contención del impulso que no puede manifestarse proviene exclusivamente del propio individuo. Es decir, tanto la energía del impulso que tiende a manifestarse como la necesaria para contenerlo —en el caso de que su expresión sea obstaculizada—, provienen de la potencialidad energética concreta con la que nace cada individuo. La energía del niño sólo queda afectada en la medida en la que el obstáculo —y la frustración que pueda implicar—, condicione su expresión en un determinado sentido o como consecuencia de una estasis energética generada por la necesidad de contener total o parcialmente la expresión de la misma.

La energía del Impulso Unitario contiene toda la potencialidad energética con la que nacemos, y, como se ha dicho, solamente disponemos de esta energía para el contacto con nosotros mismos y para saber de nuestras necesidades; para el contacto con el mundo exterior y para satisfacernos, y para inhibir y contener los impulsos que no podemos manifestar y las necesidades que no podemos satisfacer, o que sólo podemos satisfacer

parcial y sustitutoriamente. Por tanto, la energía necesaria para inhibir y contener los impulsos percibidos distorsionadamente o desviados de su fin original la obtenemos igualmente de nuestro Impulso Unitario. Esto quiere decir que parte de su potencialidad energética se desvía de su función y finalidad original hacia el contacto y la expresión, disponiéndose en una función de defensa.



Este cambio de función de parte de la potencialidad energética del Impulso Unitario va a producir cambios de diferente intensidad en las funciones de los subimpulsos tierno y agresivo, que se van a manifestar a través del carácter y de los rasgos. Pero ambos subimpulsos quedan desigualmente afectados, ya que las frustraciones que interrumpan o distorsionen el contacto íntimo con uno mismo incidirán sobre el subimpulso tierno; mientras que las que distorsionen o interrumpan el contacto con el mundo exterior, incidirán a su vez sobre el subimpulso agresivo.

Que una parte de la energía de los subimpulsos necesite ser dispuesta en función de defensa a fin de contener los impulsos que no se puedan expresar, implica que esta energía defensiva se escindirá de la dirección unívoca del Impulso Unitario, y tomará una dirección opuesta al impulso que debe contener⁹. La energía del impulso contenido y la energía en función de defensa del impulso que contiene, son de la misma intensidad pero pulsan en direcciones opuestas. Es decir, son energías de la misma naturaleza e intensidad, pero de disposición antitética: una parte de la energía de un impulso tiende a la expresión, y la otra —ya sea del mismo impulso, o de otro, pero de la misma intensidad—, evita o desvía su manifestación hacia un objeto sustitutivo, o bien distorsiona su percepción sensitiva, sensorial o cognitivamente.

⁹ W. Reich: *Análisis del Carácter*, pág. 310.

Entre el impulso que es necesario contener y el impulso antitético que se dispone en función de contención se establece una relación dinámica cuya consecuencia es el estancamiento de la energía de ambos impulsos; es decir, la interrupción de su fluir espontáneo. La energía estatica escindida del Impulso Unitario y desviada de su función original establece una zona en la estructura psicoemocional que se mantiene en constante pulsación, debido a su tensión dinámica y contenida, dado que se trata de fuerzas antitéticas y de la misma intensidad. La pulsación en esta zona de tensión será percibida sensorial y emocionalmente como angustia y corporalmente, en forma de tensiones y bloqueos.

Esta relación dinámica de impulsos antitéticos que pulsan desde su estasis energética, es descrita por REICH como una "zona de falta de contacto"¹⁰ del individuo consigo mismo y con el exterior; quedando su contenido psicoemocional relegado al inconsciente, donde será mantenido como una fijación por los mecanismos de defensa corporales y psicoemocionales. Así pues, esa zona con carencia de contacto energético implica una estasis energética en el desarrollo psicoemocional de la persona, y queda en el inconsciente como una fijación en un determinado momento de la evolución madurativa, como consecuencia de la intensidad y/o duración de una frustración o de una serie de frustraciones.

EL ORIGEN DE LA ANGUSTIA

Reich¹¹ describe la angustia como una excitación vegetativa de la misma naturaleza que la excitación vegetativa orgásmica. Ambas son, pues, originalmente una expresión del Impulso Unitario. Si la excitación orgásmica se experimenta sensitiva, sensorial y emocionalmente como placentera es debido a que su contenido energético fluye hacia el contacto y la satisfacción. Sin embargo, una excitación vegetativa de la misma naturaleza se puede procesar de forma displacentera y llegar a experimentarse como angustia cuando su contenido energético no fluye y permanece estatico, interrumpiendo el contacto y dando origen a la frustración.

Según este punto de vista, la angustia tiene su origen en la energía estatica. Es decir, tiene su principio tanto en la energía de los impulsos

¹⁰ Wilhem Reich: *El Análisis del Carácter*. Edit. Paidós. Cap. XIV.

¹¹ Con respecto a la angustia consúltase: W. REICH: *La Función del Orgasmo*, Paidós. Págs. 111, 113 y 212. Así como en el Análisis el Carácter, págs. 223 y 293.

cuyos contenidos psicoemocionales no fue posible expresar y debieron ser inhibidos, como en la energía necesaria para —mediante la acción de los mecanismos de defensa— mantenerlos inhibidos en el inconsciente, quedando estructurado todo ello en una determinada fijación. Aunque relegados al inconsciente, la energía de los impulsos contenidos en una fijación continúa pulsando hacia su expresión con idéntica intensidad que en el momento en que fueron inhibidos, y es precisamente la intensidad de la tensión física y emocional de esta pulsación la que es percibida como sensación de angustia.

En consecuencia, además de un contenido psicoemocional inconsciente y una estasis energética, una fijación implica una zona de falta de contacto en la estructura de la personalidad. Desde esta zona, la tensión producida por la pulsación de la energía contenida es susceptible de ser experimentada como sensación de angustia, al no poder dirigirse hacia su objeto original. Y es precisamente para contener dicha sensación de angustia para lo que se estructuran los mecanismos de defensa; que son igualmente formaciones psicoemocionales inconscientes, rígidas y estáticas, precisadas de una energía que las sustente.

La energía que sustenta los mecanismos de defensa proviene precisamente de los impulsos que actúan en función de defensa; con lo que dicha energía, que originalmente tendería al contacto y a la expresión, queda inmovilizada. Por ello, paradójicamente, los mecanismos de defensa, al estar mantenidos por energía estatica, son susceptibles de potenciar la intensidad de la angustia que se intentaba no experimentar. Cuando, como consecuencia de esta tensión dinámica, resultan insuficientes para contener la pulsación de la energía estatica, ésta desborda el sistema de defensas y su irrupción en el sistema sensorial y emocional puede llegar a experimentarse, con gran intensidad, como angustia, o a manifestarse en forma de síntomas. Sin embargo, aunque la paulatina disolución terapéutica de los mecanismos de defensa moviliza la angustia que contienen, libera también el contenido inconsciente de la fijación, pudiendo así ser procesado por el consciente de la persona e integrado más armónicamente, con el resultado de que la pulsación de la angustia disminuya o desaparezca.

Así pues, desde el punto de vista energético, la angustia no es más que una excitación vegetativa de la misma naturaleza que cualquier otra, pero cuya expresión espontánea —dirigida originalmente hacia el contacto y la satisfacción—, ha sido reiterada e inadecuadamente impedida. El con-

tenido emocional, cognitivo y corporal que se agregue a la experiencia vegetativa de la angustia —así como las vivencias susceptibles de desencadenarla—, dependerán de la historia evolutiva propia de cada persona y, por tanto, de su estructura caracterial. A los rasgos del carácter y a los diversos síntomas que son expresión de la angustia, los consideramos recursos de defensa —in extremis, en el caso de los síntomas—. En definitiva, defensas ante la vivencia de angustia como tal, y a sus contenidos emocionales específicos.

Dos componentes, al menos, intervienen en la vivencia de la angustia. De una parte, la propia energía estática de los impulsos inhibidos, la cual proporciona la tensión constrictiva displacentera de la sensación de angustia. Y de otra, el contenido emocional y cognitivo reprimido que corresponde a los impulsos inhibidos. Los contenidos psicoemocionales reprimidos dependen, como es lógico, de cada historia individual, y quedan ligados a la propia energía estática de los impulsos que ha sido necesario inhibir para reprimirlos y para mantener la represión. Por tanto, la potencialidad angustiosa de cada persona depende más de la energía estática que de los contenidos en sí, siendo aquella proporcional a la importancia traumática de la frustración. Posteriormente, las vivencias emocionales y cognitivas que evoquen los contenidos reprimidos pueden movilizar la angustia estática original, pero mientras ésta no sea movilizada sólo se manifiesta mediante los rasgos del carácter y los síntomas. Ambos cumplirán una función semejante a los mecanismos de defensa; si bien tenderemos a identificarnos con los rasgos del carácter y a vivirlos como propios (“así soy yo”), al estar más racionalizados e integrados que los síntomas. Estos últimos nos resultan ajenos al “yo” y los experimentamos como extraños.

Aunque las manifestaciones caracteriales y sintomáticas sigan unos cuantos patrones más o menos comunes (y que se puedan agrupar para su estudio y tratamiento en rasgos, caracteres, síntomas, síndromes y entidades nosológicas o enfermedades psicoemocionales), estos patrones sólo establecen similitudes. Las similitudes implican diferencias, y las diferencias establecen las individualidades que hacen que cada persona sea única. Por tanto, su ubicación en los mapas de la personalidad y del carácter solamente resulta adecuada si la consideramos una hipótesis de trabajo.

LA CORAZA CARACTEROLÓGICA

A lo largo de sus investigaciones, Wilhem Reich llegó a desarrollar la técnica del análisis del carácter a partir de la observación de que en el proceso analítico “era el carácter en su totalidad lo que se resistía”, como una auténtica coraza, y que “la coraza caracterológica era el mecanismo que fijaba la energía”. A partir de aquí, entiende que “el obstáculo para la mejoría reside en el *ser total* del paciente, en el carácter”. Y que, “en el tratamiento, la coraza caracterológica se hace sentir en forma de *resistencia caracterológica*”. Por ello llegó a la conclusión de que “la tarea de la terapia psicoanalítica consistía en descubrir y eliminar las resistencias, no en interpretar lo inconsciente directamente”, y que, por tanto, “había que proceder desde la defensa del yo contra los impulsos inconscientes”¹².

La coraza caracterológica¹³ se va estructurando a lo largo del desarrollo infantil, y presenta una disposición estratificada, según la biografía de cada persona. De tal manera que los impulsos cuyos contenidos han sido reprimidos ulteriormente, se encuentran más próximos a la superficie, cumpliendo una función defensiva frente a los impulsos reprimidos en épocas mas tempranas. Desde el punto de vista energético, las defensas del “yo” son impulsos inhibidos cuya energía se escinde del Impulso Unitario, cambia su dirección y se dispone en función de defensa, todo ello a fin de inhibir a su vez la energía de impulsos más profundos, cuya expresión fue necesario impedir en su momento y reprimir, además, su correspondiente contenido psicoemocional.

Desde el punto de vista energético, el “yo” está integrado por la relación entre los impulsos dispuestos en función de defensa y los impulsos que pueden ser expresados con mayor o menor espontaneidad. Lo que conocemos como “ello”, en realidad y originalmente, no es otra cosa que las excitaciones vegetativas que surgen de las necesidades que aparecen en cada momento evolutivo, necesidades que vienen determinadas, en primera instancia, por la propia naturaleza de los procesos biológicos inherentes al desarrollo y maduración del organismo.

Dentro de este proceso de desarrollo y maduración del ser humano, están comprendidas las necesidades sensitivas, sensoriales, emocionales e inte-

¹² W. Reich: *La función del orgasmo*, pág. 114.

¹³ W. Reich: *El Análisis del Carácter*. Págs. 157 y sig. Además del Cap. XIV, pág. 321.

lectuales que van apareciendo progresivamente a lo largo del desarrollo, y que también tienen su origen en excitaciones vegetativas liberadas por el propio proceso. Dominado por sus necesidades naturales, el niño se ve abocado a demandar satisfacción para todas ellas —sean de la índole que sean—, y todo este proceso de relajación → necesidad → tensión → demanda → satisfacción (o bien de insatisfacción y frustración) → relajación (o bien tensión mantenida) → placer (o bien displacer), con sus correspondientes contenidos psicoemocionales, quedará más o menos rígidamente inscrito en el carácter y, más allá del “yo”, implica al ser en su totalidad.

Aunque lo que se reprime y queda relegado al inconsciente es el contenido psicoemocional movilizado con cada impulso, hay que tener en cuenta que para que la represión pueda ser llevada a cabo y pueda mantenerse, es necesario que se contenga la energía del impulso correspondiente; el cual, por naturaleza, siempre va a tender a aparecer en el consciente. También hay que tener en cuenta, que los contenidos psicoemocionales son resultado de que se satisfagan o no las demandas que van surgiendo naturalmente como consecuencia de la propia evolución madurativa, y que el niño tenderá espontáneamente a satisfacerlas a través del subimpulso agresivo cuyo origen está en la tensión vegetativa propia de la necesidad.

Además de la necesidad y la frustración, existe otro componente energético y emocional. De modo natural ante cualquier frustración, el niño —al igual que los animales— reacciona con una expresión de rabia hacia la persona que le frustra, en un intento de evitar la tensión displacentera que la frustración le origina. Por lo general, la expresión de esta rabia reactiva es también frustrada, viéndose el niño en la necesidad impuesta de inhibir su impulso y reprimir el contenido emocional. La energía del impulso de rabia proviene del componente hostil defensivo del subimpulso agresivo con el que intentaba satisfacerse. Al quedar aquélla contenida y estática, puede llegar a experimentarse como angustia y procesarse como miedo al castigo, por reclamar satisfacción a determinadas necesidades. La inhibición de esta manifestación hostil reactiva a la frustración potenciará los aspectos del carácter que tienden a bloquear o dificultar la acción, como defensa ante la angustia y el miedo al castigo.

Ante esta doble frustración —de la demanda en sí y de la expresión de rabia—, el niño necesitará desarrollar un sistema defensivo que le suponga una experiencia menos traumática, al tiempo que un ahorro energético. La experiencia le impone que la demanda de satisfacción frente determinadas necesidades, le origina más tensión, más insatisfacción y más dis-

placer que la propia necesidad en sí. A partir de esta experiencia, puede que no le quepa otro recurso que optar por inhibir o distorsionar la percepción de dichas necesidades, y de esta manera ahorrarse experiencias displacenteras. Pero ello será a costa de inhibir o distorsionar el contacto consigo mismo y percibirse como causante de su propia tensión, displacer y angustia.

Esta pérdida de contacto con las necesidades supone que parte del subimpulso tierno ha debido ser inhibido y contenido, ya sea disponiéndose defensivamente antitético de parte de sí mismo, o bien siendo contenido por parte de la energía del subimpulso agresivo —generalmente por la energía del impulso de rabia que también ha tenido que ser inhibido—. Con ello, parte del subimpulso agresivo se dispone en función de defensa del impulso más profundo, que señalaba la necesidad y el anhelo de satisfacer una carencia, originando más energía estásica y más angustia.

La percepción de la necesidad podrá quedar bloqueada, pero no así el anhelo. El anhelo persiste, mas queda contaminado por el componente hostil (el impulso de rabia en función de defensa) mediante el que fue inhibido y contenido su impulso original. La pulsación de este complejo de impulsos inhibidos y contaminados por aquellos que cumplen función de defensa —junto con sus contenidos emocionales—, se vuelve contra la propia persona y se manifiesta sensorialmente en forma de angustia; mientras que emocional y cognitivamente lo hace como sentimientos de culpa, al estar contenidos por impulsos hostiles en función de defensa. La inhibición o distorsión en la percepción de la necesidades determinarán los componentes del carácter que interrumpirán o dificultarán el contacto íntimo, como manera de defenderse frente a la angustia originada por la pérdida del contacto con la identidad original y, con ello, del amor a sí mismo: «Esto es, el amor frustrado causa angustia. También la origina la agresión inhibida; y la angustia inhibe la expresión de ambos, el odio y el amor»¹⁴.

La concatenación dinámica que se establece entre la energía de los impulsos que han tenido que ser inhibidos y contenidos, y la de los impulsos que han debido disponerse en función de defensa —conteniéndose a sí mismos o a otro impulso más profundo, y originando con ello zonas de tensión dinámica y de falta de contacto—, es precisamente la que determina la estructura energética de la coraza caracterológica.

¹⁴ W. Reich: *La función del orgasmo*, pág. 122.

Como quedó dicho, la coraza se dispone según estratos históricos de manera que los impulsos inhibidos en épocas más precoces ocuparán los estratos más profundos, y serán contenidos por impulsos históricamente más recientes. Los estratos más profundos corresponden a los impulsos orales tiernos y agresivos que han tenido que ser inhibidos, y su liberación representa la restauración del amor a sí mismo y el cese de la agresión hostil contra uno mismo y contra los demás.

La coraza es una estructura rígida pero móvil a la vez y que, aunque disminuye la movilidad psicoemocional globalmente, presenta brechas por las que se establece contacto con uno mismo y con el mundo exterior, según el principio de placer / displacer. El nivel de rigidez e inmovilidad de la coraza viene marcado por la cantidad de energía que ha sido necesario inmovilizar defensivamente, y es experimentado como sensación de “des-energetización”. Lo experimentamos así, porque la energía que no fluye hacia el contacto y la expresión no es sentida como Impulso de Vida. Pero esto sucede así, no porque se haya producido una disminución del quantum de energía del Impulso Unitario —que permanece invariable—, sino porque parte de ella ha cambiado su función y permanecerá inmovilizada en los mecanismos de defensa corporales, emocionales e intelectuales: «La coraza caracterológica se mantiene mediante el continuo consumo de energías vegetativas que, de otra manera, en condiciones de inhibiciones motrices, crearían angustia»¹⁵. Es esta inmovilidad la que va a marcar la patología del carácter: «El grado de movilidad caracterológica, la capacidad de abrirse a una situación o de cerrarse ante ella, constituye la diferencia entre la estructura de carácter sana y la neurótica».

Así pues, el carácter se estructura según el devenir histórico de cada persona, e inversamente se puede ir desestructurando. Según la técnica del análisis del carácter, cada vez que se disuelve una resistencia, se libera el impulso inhibido y aflora su contenido reprimido, movilizándose un impulso más profundo sobre el que aquél estaba ejerciendo una función de defensa, y que se manifestará como una nueva resistencia. Esta técnica nos permite trabajar progresivamente desde los rasgos más obvios del carácter, hasta llegar a los contenidos inconscientes que los sustentan, sin necesidad de interpretar lo inconsciente, ya que éste irá emergiendo a medida que se vayan disolviendo las resistencias.

15 W. Reich: *El Análisis del carácter*, pág. 347.

LA CORAZA MUSCULAR

Pretender sanar psicoemocionalmente sin tener en cuenta el cuerpo, puede resultar tan difícil como intentar “beber agua en un vaso reflejado en un espejo”. Porque así como el inconsciente es el depósito de los contenidos psicoemocionales reprimidos, el cuerpo contiene las excitaciones vegetativas correspondientes, a las que se impide toda descarga: “La rigidez de la musculatura es el aspecto somático del proceso de represión, y la base para la continuidad de su existencia. Nunca es un asunto de músculos individuales que se vuelven espásticos, sino de un grupo de músculos que forman una unidad funcional desde el punto de vista vegetativo”¹⁶.

El carácter —y cualquier tipo de neurosis— supone fundamentalmente una distorsión y una dificultad para la percepción, el contacto y la expresión, tanto sensorial como emocional e intelectual, ya sea en relación con uno mismo o con el mundo con el que nos relacionamos. Todas estas funciones precisan de una energía para que se produzca cualquier tipo de acción; y mientras no haya acción, tales no existen más que potencialmente. Es a través de las acciones como percibimos, como sentimos, como pensamos o como nos expresamos: es decir, como establecemos contacto con nosotros mismos y con el mundo.

Por ello, la cualidad y la disponibilidad de nuestra propia energía es la base insoslayable sobre la que nos vamos desarrollando energéticamente, dependientes de nuestros procesos vegetativos, de su evolución y destino. Así ocurre hasta alcanzar un nivel de desarrollo en el que los procesos vegetativos se integran y mantienen la estructura de la coraza caracterológica, permitiendo una mayor o menor capacidad para la imaginación creativa, el contacto y la expresión emocional espontánea. Nuestro nivel de desarrollo que permitirá que nuestro organismo en su totalidad llegue a ser capaz, no sólo de transformar la energía biológica en energía intelectual o emocional, sino también de transmutarla en una energía mucho más sutil que nos permita desarrollar nuestras potencialidades espirituales.

Decía anteriormente que la coraza caracterológica *consume* energía fijándola (es decir, transformando la energía destinada a la expresión en energía defensiva de contención), pero: “Lo que importa aquí, desde el punto de vista de la economía sexual, no es el hecho de que se ligue en la coraza

¹⁶ W. Reich: *La función del orgasmo*, págs. 233 y sig.

energía biopsíquica, sino *en qué forma* tiene lugar la ligazón y si con ella se reduce o no la disponibilidad de energía”¹⁷. Pues bien, en una primera instancia, esta ligazón se establece a través de la musculatura y en ella queda fijada; porque la musculatura es la encargada de la acción exterior y de expresar o de contener todas las demandas, y si inicialmente se inhibe la demanda, se evita la experiencia de la frustración impuesta. Éste es el aprendizaje infantil que dispondrá a la persona para contener las demandas que, según su experiencia, le conducen con más frecuencia a la frustración, a un displacer mayor que el de la necesidad que buscan satisfacer.

La contención de la energía de estos impulsos se produce, en primer lugar, en los músculos encargados de expresarlos o inhibirlos. En ellos tienen lugar físicamente las funciones básicas para la estructuración y mantenimiento de la coraza caracterológica: la escisión, el cambio de función, la antítesis de los impulsos y la falta de contacto. Todo esto ocurre desde el momento mismo del nacimiento, desde antes de que exista ningún “aparato psicoemocional”. Lo que sucede más bien es que las funciones psicoemocionales se desarrollan y estructuran a partir de estos hechos; pues, aunque todo el ser esté implícito en una unidad indivisible, es el organismo biológico el que soporta a dichas funciones, y no a la inversa. Lo contrario sería algo así como pretender plantar una semilla en el aire y esperar a que florezca. Sólo más adelante, se irán desarrollando los mecanismos de defensa psicoemocionales que, junto con los corporales, serán los encargados de neutralizar la angustia derivada de la contención energética.

Todo ello yuxtapuesto, aunque no de manera simultánea, se integra en el organismo a través del carácter; teniendo su manifestación corporal en los bloqueos, las tensiones y la rigidez musculares como mecanismos de defensa, y proporcionando al cuerpo una tipología específica para cada estructura caracterial. De este modo, a cada estructura de la coraza caracterológica le corresponde una estructura de la coraza muscular: “Es decir, una determinada estructura psíquica es al mismo tiempo una determinada estructura biofísica, una representación de las fuerzas vegetativas dentro de una persona”.

Permitiéndome profundizar más en esta disección didáctica, podría afirmar que, en realidad, la coraza se dispone en tres estratos: el más profundo, en el nivel vegetativo, integrado por las antítesis de los impulsos; el de nivel medio, constituido por los bloqueos corporales; y, finalmente, otro más superficial, estructurado en los rasgos del carácter. Considerar estos

17 W. Reich: *El Análisis del carácter*, págs. 346 y sig.

tres niveles de una forma integrativa —y poder actuar sobre ellos a la vez—, proporciona un punto de vista tridimensional, susceptible de enriquecer nuestra comprensión del ser humano como una unidad funcional, e intervenir terapéuticamente de un modo más eficaz.

Disposición Segmentaria de la Coraza Muscular

El cuerpo humano es, precisamente por su capacidad para la **expresión** emocional, un sustento biológico excepcional para la excepcionalidad que es el ser humano. Para lo que no está igualmente capacitado es para la **inhibición** de estas expresiones emocionales; pues inhibir éstas supone ir contra su propia naturaleza, y para mantener la inhibición de forma crónica es necesario inmovilizar demasiada energía; restándola además de sus capacidades para el desarrollo, el contacto y la relación placentera y espontánea.

Para desarrollar esta capacidad expresiva, el cuerpo se dispone funcionalmente en segmentos, especializados cada uno de ellos en sensar y expresar un determinado tipo de emociones, y —puesto que la inhibición emocional es una consecuencia implícita de nuestro proceso de desarrollo— también para inhibirlas y contenerlas. Estos segmentos corporales se disponen independientemente de la inervación metamérica, es decir, no mantienen entre ellos una relación según la neurofisiología, sino que: "Los segmentos de la coraza comprenden todos aquellos grupos de órganos y músculos en recíproco contacto funcional que pueden inducirse mutuamente a partir de un movimiento expresivo. El segmento inmediato siguiente es el que permanece sin afectar por los movimientos expresivos de la zona vecina¹⁸". Esto es, los grupos musculares se relacionan entre sí para cumplir una función de expresión o contención emocional.

Tal disposición permite al cuerpo que estructure sus propios mecanismos de defensa mediante bloqueos y tensiones. Los bloqueos musculares comprenderán, pues, los grupos musculares de uno o varios segmentos, que son los encargados de sensar¹⁹, expresar o contener una determinada emoción, independientemente de que tengan una inervación común o no. Representan corporalmente las zonas de falta de contacto emocional, y a las que denominamos zonas corporales emocionalmente muertas, porque

¹⁸ W. Reich: *El Análisis del Carácter*, págs. 373 y sig.

¹⁹ Sensor: tomar conciencia sensorial de las emociones. Palabra acuñada por Antonio Asín.

han perdido su capacidad para cumplir con su función de sensar y expresar las emociones correspondientes.

En todos los organismos la energía fluye según el eje longitudinal del cuerpo, y en el organismo humano los bloqueos se disponen transversalmente al eje longitudinal con la excepción de los brazos y las piernas, los cuales se corresponden, respectivamente, con los segmentos torácico y pélvico. “La inhibición del lenguaje emocional de la expresión emocional trabaja pues, en dirección perpendicular al sentido de la corriente orgonótica”. Esta disposición ocasiona que el fluir energético, movilizado a consecuencia de reacciones emocionales espontáneas o provocadas en la terapia encuentre —si antes no se han disuelto suficientemente los bloqueos correspondientes—, el obstáculo que oponen los bloqueos y el cuerpo se exprese con espasmos, en algunos casos similares a convulsiones clónicas. Estas reacciones son los intentos que realizan los mecanismos de defensa corporales para evitar la vivencia de la angustia original a ellos ligada, porque: “la función básica de la coraza muscular es impedir la aparición del reflejo del orgasmo”; es decir, impedir el libre flujo energético para el contacto y la entrega espontánea y placentera, que, en definitiva, y como se ha dicho repetidamente, es lo que queremos evitar al ir asociada a la sensación de tensión y displacer vivido en su momento.

Como todos los mecanismos de defensa, los bloqueos se disponen según el principio del ahorro energético. Para expresar una emoción, en principio, los músculos incrementan su tono fisiológico básico a fin de prepararse para la acción; recuperando su tono de reposo cuando la acción se produce. Pero cuando la acción ha de ser inhibida, los músculos encuentran dificultad en volver al tono básico, y se quedan, más o menos tiempo, en un estado de tensión mantenida, sin alcanzar la relajación. Si las inhibiciones corresponden sistemáticamente a determinadas emociones, los grupos musculares de ese segmento se dispondrán en un estado de tensión crónica mantenida, estructurándose en bloqueos hipertensos. Pero cuando se trata de un carácter con poca disponibilidad energética libre, cómo ocurre en el carácter oral, los músculos defensivamente se relajan más de lo debido, constituyéndose como bloqueos hipotensos a fin de percibir la necesidad de acción con menor intensidad.

Lo que ocurre en ambos casos es que los músculos no se encuentran dispuestos para la acción fisiológica espontánea, teniendo que vencer una mayor resistencia inicial. En el caso de los bloqueos hipertensos, han de vencer la resistencia de un músculo excesivamente contraído; en el de los

hipotensos, primero han de alcanzar el tono básico de trabajo. De este modo, los bloqueos nos distancian de la intensidad de la emoción, retardan su expresión y *dan tiempo* a que los mecanismos de defensa psicomocionales cumplan con su función; pero es a costa de perder parte de nuestra capacidad sensorial para experimentar emociones.

Cómo la reacción espontánea ante cualquier tipo de frustración es la rabia contra el objeto frustrante, cuando aquélla ha de ser inhibida, lo que generalmente ocurre, es que, además del impulso correspondiente, también ha de inhibirse el relativo a la rabia. El resultado es que añade más contención energética, más tensión y la necesidad de desviar el impulso hacia un objeto sustitutivo, que es con frecuencia el propio individuo; pero al ser desviado de su función y objeto original el impulso de rabia deviene en un impulso sádico. De este modo, un impulso que en su origen es una defensa natural y espontánea para evitar el displacer, se convierte en un impulso destructivo y con mayor necesidad de ser inhibido, mediante el reforzamiento de los bloqueos correspondientes.

Los segmentos corporales:

La disposición segmentaria de la coraza muscular y los bloqueos específicos en cada uno de los segmentos serán expuestos detalladamente al estudiar cada uno de los diversos caracteres. No obstante, y a fin de dar una visión de conjunto, describiré ahora brevemente los siete segmentos corporales y alguna de sus funciones, dejando para más adelante su dinámica energética.

El primer segmento es el **ocular**, que comprende todos los músculos que intervienen en los movimientos de los ojos y en la expresión de la mirada, así como los oídos y los músculos profundos de la nuca. Su expresión es la menos controlable voluntariamente, manifestándose a través de ella las emociones básicas: rabia, placer, tristeza, miedo y concentración. Su bloqueo dejará la expresión de la mirada congelada en las emociones de rabia, miedo o tristeza; mientras que el placer y la concentración se expresarán en los momentos en que dicho bloqueo se disuelva o disminuya su tensión.

El segundo segmento es el **oral**, y comprende toda la musculatura relacionada con la boca y la barbilla, la masticación, la deglución y la digestión. A través de este segmento se expresan o contienen esencialmente —pero desconectadas de su motivación original inicial— las emociones relacionadas con la dependencia, la rabia y la pena.

Los músculos profundos del cuello y la parte superior de la cintura escapular corresponden al tercer segmento, el **cervical**. Su bloqueo está relacionado con la necesidad de mantener un exceso de control sobre las propias emociones y sobre el mundo en general, e inhibe la expresión del rechazo y del afecto, implicando también la dificultad para la diferenciación individual y la independencia.

El cuarto segmento es el **torácico**, que abarca todos los músculos respiratorios —a excepción del diafragma— y los músculos escapulares, subescapulares y los de los hombros, en lo relativo a los movimientos de los brazos. En el tórax sentimos las emociones destinadas a los demás; es decir, las emociones de dar, de sentimientos hacia los demás, y su expresión desde el contacto más profundo. Su bloqueo implica una contención de la respiración, manteniéndose en posición de inspiración o espiración crónica, de tal modo que se impide la respiración libre y espontánea; ésta se torna superficial y con escasa capacidad para movilizar aire. Con ello se disminuye la intensidad de las emociones, su percepción y la necesidad de expresarlas, inhibiéndose sobre todo el contacto con el dolor emocional, la rabia, el llanto y el anhelo. El bloqueo afecta también a la mayor parte de los movimientos expresivos de los brazos y las manos, como extensión del segmento torácico. La parte central de la coraza muscular, concebida como un todo, la constituye el acorazamiento del tórax.

El **diafragmático** es el quinto segmento, que comprende exclusivamente el diafragma. “Si el acorazamiento del tórax es capital en la coraza muscular, el bloqueo del diafragma es el mecanismo central del acorazamiento en esta zona. Por ese motivo su disolución constituye una tarea terapéutica crucial”. No sólo porque es el músculo más importante para la respiración, sino también porque su tensión crónica dificulta notablemente la conexión energética entre el tórax y el abdomen; es decir, entre el sentimiento y la percepción de las necesidades. Así pues, la tensión crónica del diafragma ocasionará, en mayor o menos medida, que percibamos nuestras necesidades distanciadas de su componente emocional, dificultando, por tanto, tomar consciencia discriminativa a cerca de la necesidad orgánica de satisfacción. En la medida en que el diafragma está bloqueado, cualquier movimiento energético que fluya desde la pelvis ocasionará espasmos clónicos, no sólo del cuerpo, sino también de todo el organismo.

El sexto segmento es el **abdominal**, y en él experimentamos y sentimos nuestras necesidades básicas, así como los contactos emocionales que provienen de los demás —nuestra nutrición básica emocional—. Suelo

representarlo diciendo que en el vientre sentimos las emociones que mantienen a los demás en contacto con nosotros, y también su vacío cuando este contacto se pierde. Su acorazamiento nos hace insensibles a los afectos y a las necesidades de los demás. Tiene por tanto que ver con la mezquindad.

El séptimo segmento es el **pélvico**. Fundamentalmente la pelvis es un reservorio energético relacionado con la capacidad de entrega y placer, y, por tanto, con la capacidad de contacto tierno y agresivo. En la pelvis ocurre que “el placer inhibido se convierte en rabia, y la rabia inhibida en espasmos musculares”, y también en angustia. En la musculatura externa de la pelvis, particularmente en los glúteos, se perciben las sensaciones de inquietud, de inseguridad y, sobre todo, de miedo; expandiéndose desde ahí al periné y a los genitales externos. El refrán popular lo expresa claramente mediante las expresiones: *tener el culo prieto de miedo*, o bien *tanto gusto como burbujas de champagne*.

El bloqueo de la pelvis la dispone en retroversión o anteversión forzada, lo que nos indica, respectivamente, que la persona tiene dificultad para la entrega espontánea y libre a los demás, o para el contacto y la entrega a sí mismo. Su bloqueo implica también a las piernas y, por tanto, a la capacidad para estar arraigados en la realidad de uno mismo y del exterior; es decir, afecta a la capacidad de mantenernos sobre nuestros propios pies, conservando nuestra libertad y autonomía, al afectar directamente a la disposición agresiva.

Esta disposición segmentaria hace necesario que trabajemos teniendo en cuenta los segmentos y su función, de tal manera que no podremos liberar la energía contenida en uno de ellos —ni las emociones correspondientes—, si no actuamos también sobre los segmentos inmediatamente superior e inferior. Así pues, el trabajo bioenergético sobre el carácter implica un trabajo integrado sobre cada uno de los segmentos en particular, pero sin olvidar las posibles expresiones o acciones inhibitorias de los demás. De esta manera, al desbloquear un segmento podemos esperar que aparezcan determinadas emociones, y determinadas reacciones en los segmentos adyacentes; que aparezcan o no, nos va a servir de indicador para dirigir el proceso de terapia, poniendo de relieve la eficacia que los mecanismos de defensa y las resistencias conservan. Las tácticas y estrategias para la intervención terapéutica, así como el significado específico de cada bloqueo, serán expuestos al estudiar cada uno de los caracteres en particular.

Segunda Parte



❖ LA FASE PREORAL DEL DESARROLLO

El carácter esquizoide se estructura y queda fijado en la primera fase de la evolución madurativa del organismo. Esta fase, que denominamos preoral, comprende los tres primeros meses de vida extrauterina, y durante la misma se deben desarrollar las condiciones necesarias para un buen arraigamiento del **Sentimiento Básico de Confianza en la Existencia**.

Llamamos a esta primera fase preoral porque durante estas primeras semanas el bebé solamente dispone del reflejo de succión para alimentarse y asegurar su vida. En la misma, sin embargo, aún permanece inmadura su sensibilidad táctil oral y no ha alcanzado todavía el placer del chupeteo, que se irá desarrollando hacia el final de esta fase y en los comienzos de la fase oral. En éste primer momento de la vida extrauterina, el bebé percibe la tensión del hambre, y el succionar es un reflejo relacionado con dicha tensión más que con el placer sensitivo de chupar. Este acto reflejo es semejante al reflejo prensil de las manos: se trata de movimientos instintivos de protección de la vida.

En estas primeras semanas, las únicas percepciones que tiene el bebé son las que provienen de su propio sistema sensitivo. El mundo exterior no existe para él, sino que tiene una percepción sensitiva de “sí mismo” como único ser en el centro de un universo ilimitado. Ello no supone, obviamente, proceso ideacional o cognitivo alguno, para los que aún no está capacitado dada la inmadurez de la corteza cerebral. Se trata exclusivamente de una percepción sensitiva pura, sin que se dé experiencia alguna de límite. Solamente existe, y existe como centro de un universo caótico. Si bien está inmerso en su existencia a través de la continuidad de sus percepciones sensitivas, de su palpito de vida, aún no tiene la conciencia de un ser que está en algún lugar.

Va incorporando poco a poco las percepciones sensoriales, a medida que los órganos de los sentidos van alcanzando la maduración suficiente, lo que ocurre hacia el final de esta fase y durante los tres primeros meses de la fase siguiente: la oral. Pese a que a partir de los tres meses se empieza a desarrollar el placer sensorial del chupeteo, el proceso de

comenzar a percibirse como un ser que está en el mundo no es neurológicamente posible hasta pasados los seis meses de edad. No obstante, antes de la maduración completa de los órganos de los sentidos, sí tiene experiencia sensorial de los estados internos, pero estas percepciones sensoriales se circunscriben exclusivamente a los estados displacenteros: hambre, sed, frío... Dichas percepciones sensorialmente displacenteras apartan al bebé del continuo de la plácida percepción sensitiva de su existencia, interrumpiéndole el contacto consigo mismo mientras duran tales estados.

Cuando estas interrupciones en la percepción de la placidez existencial son intensas y continuadas en el tiempo, no sólo apartan al bebé de la experiencia de su propia existencia y sustituyen el contacto plácido consigo mismo por la experiencia del displacer, sino que la percepción fijada selectivamente es esta experiencia displacentera. Dicho de otra manera, si esta situación se repite y prolonga suficientemente dará lugar a una distorsión y a un déficit en el arraigamiento del Sentimiento Básico de Confianza en la Existencia, que será sustituido por una percepción amenazante y displacentera.

Desde el punto de vista energético, se produce una estasis en el fluir del Impulso Unitario y una distorsión de su dirección natural hacia la satisfacción, la relajación y la placidez, porque la demanda de satisfacción —y la satisfacción en sí, como veremos más adelante—, no van seguidas de un retorno a la relajación, sino que se mantienen en un estado sensitivo de tensión displacentera. Dependiendo de su duración e intensidad, estas interrupciones en la autopercepción plácida fijarán el carácter esquizoide o únicamente actuarán como fijaciones y rasgos en otros caracteres.

En este período, por la propia inmadurez de su organismo, el bebé todavía no ha desarrollado ninguna capacidad para relacionarse con el medio externo. Se relaciona consigo mismo exclusivamente a través de sus percepciones sensitivas y de las sensoriales displacenteras, cuando éstas existen. Se trata de un universo de existencia ilimitado en su percepción y sin estructura de contención ninguna: un universo caótico y de omnipotencia sensitiva. Tiene, pues, experiencia sensitiva de su existencia, pero ésta no es equiparable a la experiencia de la vida, sino que es algo más amplio que trasciende propiamente a la vida humana. La experiencia de la vida humana implica una relación más o menos consciente con uno mismo y con el mundo exterior, y se encuentra limitada por la muerte; la existencia es immanente, la vida contingente.

❖ ETIOLOGÍA

En la fijación y arraigamiento del carácter esquizoide, resulta determinante la circunstancia de que el nuevo ser viene a la existencia fenomenológica en este mundo en un momento en el que la madre tiene congelada su capacidad de contacto tierno, su capacidad amorosa. Ello puede deberse bien a que dicho estado sea en ella más o menos permanente, o como consecuencia de las circunstancias concurrentes en ese momento de su vida; en todo caso, sus afectos con frecuencia han quedado congelados en un sentimiento de odio. Por tanto, el sentimiento de hostilidad en el que se ve inmerso el bebé al nacer puede ser sólo circunstancial, y no estar necesariamente dirigido a él, o bien puede estarlo. Generalmente, dicho sentimiento está motivado por personas del entorno íntimo emocional de la madre y dirigido hacia ellas; mas, sea como fuere, el sentimiento de odio se encuentra presente en el momento del nacimiento, en las primeras semanas de vida extrauterina, y probablemente durante el embarazo.

Un paciente esquizoide me relata así una parte de su historia familiar: *«Cuando yo nací mi madre estaba reprochando siempre a mi padre el tener un salario mínimo porque trabajaba para su padre. Mi madre tenía envidia de los hermanos de mi padre y estaba en un reproche constante a mi padre. **Tenía un odio muy marcado hacia la familia de mi padre**, porque su madre era la que mandaba y tenía que ir a atenderla. Nunca, que yo recuerde, afectivamente me he sentido bien. De mi madre no tengo ningún recuerdo tierno, sólo me decía lo que estaba bien y lo que estaba mal porque Dios me iba a castigar. No he tenido ningún apoyo de mi madre, sólo relación correcta. Mi padre sólo estaba».*

Estados depresivos de moderada intensidad, pero con sentimientos y pensamiento de muerte —aunque no propiamente ideación suicida—, pueden ser la causa que origine este tipo de relación entre madre e hijo. Y ello es así, a consecuencia de la incapacidad que una madre en estado depresivo siente para poder atender satisfactoriamente a su hijo, y del sentimiento de *estorbo* con el que, desde esa posición depresiva, se llega a vivir al bebé. Situaciones conflictivas clínicamente no depresivas y pasajeras, y que dan lugar a estados básicos de irritabilidad, pueden también estar en el origen de esa congelación de los sentimientos tiernos.

Evidentemente, para el bebé son mucho más nocivas las posiciones extremas cimentadas en estructuras caracteriales en las que, de forma más

o menos permanente, están presentes los sentimientos hostiles, sobre todo el odio. Este sentimiento de odio será tanto más dañino para el hijo cuanta menos consciencia tenga la madre de que tal sentimiento proviene exclusivamente de ella, que no depende del hijo, quien es únicamente el receptor.

Cuando los afectos están congelados por el odio, éste sentimiento impregna cualquier relación como único afecto disponible, sin importar hacia qué persona se dirige, ni el tipo de relación o la situación en la que se produce. Y aunque originalmente no vaya dirigido hacia el hijo, las características propias de este dañino sentimiento hacen que aquél lo perciba de forma directa, sin filtros; y que, como se ha dicho, produzca en él una sensación extremadamente displacentera, amenazante, que viene interrumpir el contacto plácido consigo mismo. La proximidad íntima de una persona cuyos sentimientos estén congelados en el odio, es percibida por el bebé como una amenaza a su existencia, al ser muy sensible a su destructiva energía. Ésta será la sensación que experimente el bebé cuando la madre se acerque a satisfacer sus necesidades básicas, tanto más si intenta igualmente colmar sus necesidades de contacto tierno de manera voluntariosa.

Cualquier bebé es capaz de percibir sentimientos que, aunque no se manifiesten explícitamente, están presentes en el estado emocional desde el que la madre se relaciona con él. Y ello es debido a que, en esta época, aún mantiene plenamente abiertos sus canales intuitivos de percepción sensitiva, siendo receptivo a las sensaciones de placidez, tranquilidad y, por tanto, confianza que le transmiten algunas personas; así como a las de displacer, intranquilidad y desconfianza que le transmiten otras. Estas últimas sensaciones serán experimentadas como amenazantes, cuando sean lo suficientemente intensas o prolongadas.

Los movimientos de aceptación o rechazo pueden ser observados habitualmente en las relaciones de los bebés con las personas que les rodean; algunas de las cuales son sistemáticamente rechazadas, aunque intenten acercarse amablemente. Salvando las diferencias, es algo semejante a lo que sucede de forma instintiva en las relaciones de los animales domésticos con las personas que se acercan a ellos. Se trata, pues, de una capacidad natural para la autoprotección; capacidad sensitiva basada en la percepción intuitiva que, en mayor o menor medida, se pierde generalmente a lo largo del desarrollo, y que será necesario recuperar activamente a través de un proceso de sanación personal.

En algunos adultos estos canales de percepción sensorial intuitiva permanecen relativamente abiertos; siendo también factible que no seamos muy conscientes de ello. Aunque su información sea procesada distorsionadamente, generalmente estos canales permanecen abiertos en los psicóticos; pudiendo también abrirse algunos de ellos en los esquizofrénicos, en el transcurso de un brote.

El odio es un estado emocional, a la vez que un sentimiento cuyo impulso energético está integrado en los componentes hostiles del subimpulso agresivo; de igual modo lo están la rabia, la cólera y la ira. Es el sentimiento hostil más dañino de todos, ya que su finalidad es destruir real o emocionalmente —o al menos dañar— el objeto de deseo. Destruir a quien se desea, destruir a quien se ama. Este objeto deseado o amado, es experimentado por la persona que odia como algo hostil al no satisfacer plenamente su deseo; al tiempo que es vivido como origen de una frustración que la persona no puede tolerar, y a la que a la vez queda apegada. Además, se trata de un sentimiento persistente que, con frecuencia, no se agota ni con la destrucción real del objeto de deseo.

Ya hemos dicho que la madre del futuro esquizoide está congelada afectivamente en un sentimiento de odio, así como que este sentimiento de odio va dirigido hacia la destrucción del objeto del que se esperaba satisfacción. En principio va dirigido hacia un objeto concreto y determinado: el objeto que directamente es causante de la frustración; sin embargo, éste sentimiento se expande y generaliza hacia los demás objetos que entren en la esfera afectiva de la madre.

El hijo ocupa el lugar de ese objeto porque es el *objeto de la madre* en el momento en que ella le está atendiendo, aun cuando originalmente el odio no vaya dirigido hacia él. Por eso, cuando el bebé manifiesta su necesidad —es decir, muestra la tensión que da cuenta de su necesidad—, y ésta está siendo satisfecha por la madre, percibe simultáneamente toda la destructibilidad de ese odio ya que, junto a la atención, la madre dirige hacia él el único afecto disponible: el odio. Y ello, independientemente de su propia voluntad, aunque, como se ha dicho, originalmente tal sentimiento no vaya dirigido hacia él.

Como criatura virgen que es, el bebé tiene las capacidades intuitivas de la percepción sensitiva muy sensibles y eficaces, y a través de ellas establece de forma directa contactos sensitivos sin filtro alguno; de tal forma que, aunque no sea capaz de procesarlos cognitivamente, experimenta

las sensaciones de manera directa e intensa, sin distorsiones sensoriales. Sensorial y sensitivamente, experimentará la destructividad del sentimiento materno de odio como una sensación intensamente displacentera y amenazante, que viene a interrumpir el plácido contacto consigo mismo. Quiere esto decir, que en el momento en que manifiesta su necesidad, a fin de que ésta sea satisfecha y poder así volver al estado de relajación y placidez, siente interrumpido el contacto por el que experimenta su existencia, a consecuencia del intenso displacer que la percepción sensitiva del estado emocional de la madre le produce.

Es decir, al tiempo que satisface una necesidad básica, percibe cómo su vivencia de existir se ve interrumpida, quedándose fijado, no en dicha experiencia de satisfacción sino en la del displacer, al ser ésta sensorialmente mucho más intensa. Por esta razón, el núcleo de la estructura del carácter esquizoide se sitúa en este hecho: el que la experiencia sensitiva del bebé que va ligada a la demanda de satisfacción de sus necesidades, implica paralelamente una intuición sensitiva de amenaza a su existencia.

❖ DINÁMICA ENERGÉTICA

Antes de pasar a exponer la dinámica energética del carácter esquizoide, quisiera insistir una vez más en el hecho de que las cualidades tierna y agresiva del Impulso Unitario no pueden realmente ser separadas. El hacerlo no es más que un recurso didáctico para mostrar mejor la realidad de tales funciones. Continuemos teniendo presente el ya citado ejemplo de la energía solar, de la que sólo artificialmente se puede separar la luz del calor, si bien física y funcionalmente tienen naturalezas distintas para el cumplimiento de su función.

El sentimiento de odio está integrado en las cualidades funcionales energéticas de rechazo del subimpulso agresivo. Esta cualidad energética es de la misma naturaleza que el resto, pero en el proceso de estructuración del carácter, su función —que originalmente debería cumplir una misión de protección y autodefensa frente a la posible hostilidad del mundo externo— se altera, y deviene en hostil de forma permanente; colocándose así en una función de defensa, no de las necesidades reales del individuo, sino de sus frustradas necesidades neuróticas. Es decir, en una función de defensa frente a peligros internos fantaseados y proyectados hacia el mundo exterior, aparentemente siguiendo el principio de que “la mejor defensa es un buen ataque”; aunque en realidad, la mejor defensa para el

esquizoide, en vista de su escasa capacidad para los movimientos agresivos, será una buena retirada.

Con esta distorsión defensiva, —que en la madre origina el sentimiento de odio—, es con la que el bebé va a contactar; viniendo a procesar conjuntamente el cese de la tensión que se produce al ser satisfecha una necesidad básica, con el intenso displacer originado por la duradera pérdida de su placidez. La amenaza que esta sensación implica evolucionará hacia un sentimiento de terror, tanto por la intensidad del displacer como por el vacío en el que se queda al perder las referencias sensitivas consigo mismo. No lo va a experimentar como un riesgo para su vida, ni tampoco como una pérdida de amor, —como pudiera ocurrir en otros momentos del desarrollo—, sino que lo va a vivir como una amenaza para su existencia: “Cuando satisfago mi necesidad, mi existencia puede quedar aniquilada”, sería la experiencia del bebé si pudiese procesarlo y expresarlo cognitivamente.

Si esta situación se prolonga en el tiempo, experimentará el contacto con la necesidad, —y con su exteriorización a fin de que la misma sea satisfecha—, como generadora de sensaciones extremadamente displacenteras y amenazantes. No es equiparable a la sensación de peligro que tenemos los adultos; se trata de una sensación de aniquilamiento total, generadora de una intensa angustia, que se origina al enfrentarse el Impulso Unitario del bebé a una percepción paradójica cuyo origen no puede aún ubicar en el mundo exterior, si bien procede de él: esto es, satisfacer la necesidad para poder conservar la vida, frente a la protección de la existencia.

Dicho en términos energéticos, la vivencia perceptiva de la necesidad a través de la información sensorial del subimpulso tierno, se enfrenta a la experiencia paradójica resultante de que, al mismo tiempo que se siente la tensión de dicha necesidad y el impulso a manifestarla para su satisfacción, se experimente una sensación de amenaza intensamente displacentera que implica precisamente una retracción del subimpulso tierno, y con ello la pérdida de contacto que el displacer le impone.

Para poder mantener la contención energética de la parte retraída del subimpulso tierno, —y con él parte de la información por la que percibe sus necesidades—, la energía del subimpulso agresivo cambia su función. En consecuencia, en vez de ser el vehículo de expresión de la demanda de satisfacción, una parte del mismo se dispone en función de defensa, en disposición antitética de dicha parte retraída del subimpulso tierno. Mediante esta dinámica energética, la percepción de las necesidades queda

reducida considerablemente, al igual que la intensidad de la demanda. Esta situación implica que una parte importante de su energía queda estática, viniendo a pulsar displacenteramente como sensación de angustia.

Pero la cualidad de esta angustia es especial, ya que surge de una vivencia de amenaza a la existencia, de una amenaza de disolución; y ello en un momento en el que el bebé sólo tiene percepción del contacto consigo mismo a través de la placidez. Es precisamente desde la cualidad de esta percepción, desde donde el bebé tiene que ir desarrollándose y construyendo la percepción integrada de sí mismo, y desde la que se pondrá en contacto con el mundo externo. Resulta, pues, lógico que una persona esquizoide experimente su propia percepción, —tanto de sus necesidades, sentimientos, demandas y emociones, como del mundo externo globalmente considerado—, con una sensación de amenaza; ya que sobre dicha percepción se fueron construyendo tanto la relación consigo mismo, como con el mundo exterior.

Este tipo de angustia es semejante a la que experimenta el esquizofrénico catatónico, y que le lleva al estado de inmovilidad catatónica; si bien en este caso hay una cualitativa diferencia orgánica y estructural, que implica la desestructuración del yo. En la actualidad, no suelen producirse tales estados en la esquizofrenia catatónica gracias al uso de los modernos neurolépticos que evitan que se llegue a estados tan extremos, como ocurría hace algunos años. No obstante, en mi vida profesional he tenido suficientes ocasiones para explorar dichas vivencias catatónicas, lo que ha enriquecido mi experiencia mucho más que cualquier otra vivencia esquizofrénica.

Cuando un esquizofrénico catatónico se queda en una posición de inmovilidad, la vivencia de la experiencia por la que atraviesa —y que más tarde será capaz de verbalizar, pues conserva consciencia de ella— es de amenaza existencial, de disolución en la nada. Dicha vivencia surge de la intuición delirante de que si realiza tal acción o toma tal otra decisión, su aniquilamiento es seguro; pero también si hace el movimiento contrario, o cualquier otro. Por tanto, la única opción factible para protegerse es la catatonía; esto es, congelar la acción, ya sea externa o interna, a fin de contener la vivencia de angustia.

La diferencia está en que la experiencia del esquizofrénico catatónico se origina a partir de la interpretación de una percepción sensitiva y sensorial delirante. Reúne, además, la peculiaridad de que —aparte de dar carácter

de realidad objetiva a una percepción subjetiva, y que la misma sea irreductible por el razonamiento— no es proyectada hacia el mundo fenomenológico; conllevando intrínsecamente una capacidad de aniquilamiento, no ubicada por el catatónico en parte alguna, pero experimentada con la certeza de una realidad.

En la futura persona esquizoide, semejante intensidad de angustia se origina a partir de una percepción real a un nivel puramente sensorial y sensitivo, no alcanzando a convertirse en una experiencia permanente; por tanto, no implica experiencia real de aniquilamiento existencial ni de disolución del yo. Sólo se experimenta como amenaza, sin que haya una pérdida total del contacto sensitivo y sensorial consigo mismo; no se llega, por tanto, a la intensidad de la angustia esquizofrénica, que es originada a consecuencia de la pérdida de la percepción de los límites del yo. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que en todos los caracteres hay niveles distintos de patología, y que en el extremo más patológico de este carácter se puede llegar a posiciones que bordean lo psicótico. Todo dependerá de la intensidad y duración de la situación traumática original, así como de las posibilidades de restauración que haya tenido en épocas posteriores del desarrollo.

Uno de los casos que nos pusieron sobre la pista de esta situación fue el que se relata a continuación. En el curso de una entrevista con un paciente esquizofrénico catatónico, con quien mantenía muy buena relación personal, se quedó repentinamente en estado catatónico mientras encendía un cigarrillo; manteniéndose en tal estado durante algún tiempo, tal vez unas horas. Superado el trance, relató que, de forma repentina, le asaltó la intuición delirante de que si procedía a encender el cigarrillo *la vida* iba a disolversele como el humo; pero que si no lo encendía, él y cuanto le rodeaba, incluido el hospital, también nos disolveríamos. Sin adentrarnos ahora en las explicaciones psicodinámicas que pudieron originar dicha intuición delirante, resulta evidente que frente éstos dos sentimientos de aniquilación no tenía otra alternativa que no fuera bloquear cualquier acción, sensación, emoción o pensamiento. Es decir, hacer como si él no existiese, detener en lo posible sus funciones vitales y dejar pasar esa sensación de extrema angustia y de terror. Curiosamente, al tiempo que relataba su experiencia, tranquilamente se fumó el cigarrillo.

En este punto, me parece importante aclarar que el nombre de esquizoide se refiere a la deficiente integración en este carácter de las percepciones intelectuales, emocionales, sensitivas y sensoriales; en tanto que la pa-

labra esquizofrenia etimológicamente hace referencia a la escisión de la mente. El esquizoide, pues, nada tiene que ver con el esquizofrénico. La esquizofrenia es una enfermedad orgánica; por tanto, una psicosis orgánica. El esquizoide no tiene, pues, más probabilidades de ser un psicótico o de desarrollar una esquizofrenia que cualquier otro carácter; ni tan siquiera de ser un “prepsicótico”.

La enfermedad esquizofrénica aparece en un momento determinado de la vida de cualquier persona sin antecedentes psicóticos. No sabemos su etiología, sí bien hay bastantes datos en el sentido de que esté ligada a una alteración genética. Tampoco muestra preferencia morbosa por ningún tipo de carácter en concreto, aunque también es cierto que el carácter y el instinto tienen que ver con el subtipo de esquizofrenia desarrollada, lo que matizaría su sintomatología. Así pues, la denominación de esquizoide hace referencia a la dificultad de integración en la conciencia de todo lo relativo al cuerpo, a los procesos orgánicos, y a las percepciones psicocemocionales que este carácter experimenta.

En la estructuración del carácter esquizoide ocurre algo similar a lo que ocurre con la catatonía: que también tiene que recurrir a la inmovilización parcial del fluir energético, a través del que se perciben y expresan las necesidades. Como mecanismo de defensa ante la intensa sensación de displacer que experimenta —y que va asociada a la satisfacción de sus necesidades, siendo posteriormente procesada como sensación de angustia—, recurre al aislamiento y compartimentación de su propio organismo y de la vida. Así, en su desarrollo, irá disociando la percepción sensorial de las necesidades de la percepción sensitiva de las emociones; hasta llegar más adelante a disociar dichas percepciones de los procesos cognitivos, de tal manera que al llegar a la edad adulta mantiene una disociación parcial entre lo que necesita, lo que siente y lo que piensa.

Como se ha dicho, pues, en el carácter esquizoide no se estructuran coherente y armónicamente la percepción de las necesidades con las emociones, sentimientos, pensamientos y acciones que ellas implican. La percepción de las funciones de cada uno de estos sistemas está parcialmente desconectado de los demás, perdiéndose en parte la armonía del organismo como una unidad funcional.

Esta desconexión evita que la percepción de la necesidad se asocie a la correspondiente emoción, y vaya seguida del movimiento necesario para procurarse satisfacción; este proceso perceptivo será sustituido por una

fijación cognitiva de idealización de la autosuficiencia. Así se logra evitar la evocación de la sensación displacentera original, la angustia ante la experiencia de amenaza a su existencia. Generalmente, el esquizoide sólo considera lo que *será posible* que necesite, con la distancia temporal suficiente como para no implicarse emocionalmente; y va a procurar necesitar muy poco, y menos aún depender de que otros le cubran las necesidades, de cualquier tipo que sean. Esta dinámica les llevará a establecer unas relaciones interpersonales basadas mayoritariamente en la funcionalidad del uso, evitando los vínculos emocionales.

En el curso de una sesión de psicoterapia en la que se refería a su relación de pareja, una paciente relataba así su necesidad y, al mismo tiempo, su dificultad para darse en el amor tierno. *«Si me ablando, corro el riego de desaparecer; de pronto pierdo la forma....., dejo de ser, porque me quedo como una boba que no sabe que es alguien. Porque desaparece el pensamiento, porque desaparece la tensión y no hay nadie controlando nada,... y es como si me volatilizase y me perdiese en el aire. Necesito mantener un nivel de tensión que me permita darme cuenta de que estoy aquí..... Para ser, tengo que estar sola. Esto ahora no está así como yo lo digo, pero está en el fondo de todo....., aparece siempre amenazante».*

No debemos olvidar que el bebé, en este momento del desarrollo, como ser que carece de capacidad perceptiva del mundo exterior, procesa su experiencia como si fuera autogenerada y autosatisfecha: cuando tiene una necesidad y la expresa, él mismo se la satisface. El otro, el mundo exterior, no existe todavía. Es él quien necesita; es él quien se satisface y, por tanto, **es la percepción sensorial y sensitiva de su propia necesidad lo que siente que le amenaza:** a la vez que está satisfaciendo su necesidad, simultáneamente percibe la experiencia de la interrupción del contacto plácido consigo mismo. Y esta sensación intensamente displacentera interrumpe el continuo en su experiencia del existir. Una interrupción, insistimos, que de ser suficientemente intensa y repetida en el tiempo, es percibida sensitivamente como un riesgo de aniquilamiento de su existencia.

En sus primeras semanas el bebé es, pues, el origen y el fin de toda su experiencia: un caótico ser autista y sensitivamente ilimitado. Esta posición, que se conserva tal cual en los caracteres adultos más patológicos, está siempre presente en el carácter esquizoide de una manera más o menos manifiesta —aunque procesada como una tendencia al autismo intelectualmente ilimitado—, constituyendo **la base de su fijación nu-**

clear. Esta posición se mantiene mediante los **mecanismos de defensa** psicoemocionales y corporales: la intelectualización, el aislamiento y la compartimentación.

Originalmente, tal y como hemos venido repitiendo, este proceso ocurre sólo a un nivel puramente sensitivo y sensorial, sin que se produzca ningún proceso cognitivo. El bebé se bloquea energéticamente desconectándose sensitivamente de sus necesidades porque inicialmente las percibe asociadas a la interrupción del contacto plácido consigo mismo. Posteriormente, durante el proceso de maduración, también se irá paulatinamente desconectando de la percepción sensorial y emocional de sus necesidades, más ampliamente consideradas. A medida que avanza en su desarrollo, la intelectualización dará como resultado esta especie de *axioma*: “cuanto menos necesite, más seguridad tendré”. Finalmente, y como resultado de la dinámica de los mecanismos de defensa del carácter del esquizoide, su organismo va a quedar estructurado en compartimentos estancos entre los cuales la conexión energética aparece dificultada y distorsionada.

Resumiendo, la cuestión *podría* expresarse más o menos así: “Sé que soy porque *me pienso* en la experiencia de lo que ocurre a mi alrededor. Pero el mundo exterior no es ni interesante ni acogedor; en consecuencia, solamente me dejaré sentir aquellas experiencias internas que yo controle y comprenda intelectualmente de forma suficiente. Buscaré experiencias intelectuales por mí mismo, y las controlaré”. Esta desconexión emocional y sensorial bloquea la percepción de la experiencia de la vida, proporcionando a cambio un falso sentimiento de seguridad y de sensación de contacto. Un contacto que resulta pseudointimo al ser casi exclusivamente intelectual puesto que, como se ha dicho, tiene como objetivo bloquear el genuino e íntimo contacto emocional.

Por ello —y aunque pudiera parecerlo—, no es cierta la afirmación de que la persona esquizoide esté permanentemente en contacto íntimo consigo misma. Se trata de un contacto *como sí*, de una interiorización en función defensiva: como la de la tortuga replegándose en su caparazón. Como se ha dicho, el mecanismo energético por el que se genera este aislamiento emocional no es otro que el bloqueo del subimpulso tierno.

Decíamos antes, que el subimpulso tierno es la función energética que nos pone en contacto con nosotros mismos; que primeramente nos da información de nuestras necesidades, y —posteriormente— de nuestras emociones, sentimientos y deseos, a fin de posibilitar su satisfacción mediante

la acción vehiculada por el subimpulso agresivo. El bebé futuro esquizoide, y el posterior adulto esquizoide, necesitará bloquear el subimpulso tierno para no llegar a percibirse o, al menos, para percibir lo menos posible las sensaciones relacionadas con su necesidad, con la pulsación de sus necesidades. Como consecuencia de ello, también quedan parcialmente bloqueadas las manifestaciones externas que reclaman satisfacción. Es decir, también queda parcialmente bloqueado el origen del subimpulso agresivo en cuanto a su función de ponernos en contacto con el mundo exterior, con el evidente propósito de obtener satisfacción del mismo.

Aunque para inhibirse el subimpulso tierno se disponga parcialmente en función antitética de sí mismo, la contención se potencia y mantiene mediante la inversión en la dirección y función del subimpulso agresivo, cambiando de dirección parte de su energía y pasando de tener una función de acción expresiva dirigida hacia el mundo externo, a tener una función de contención dirigida hacia el mundo interno. Se posiciona en función de defensa, convirtiéndose en antitético de la mayor parte del subimpulso tierno y bloqueándolo para que su función no sea percibida sensorialmente con claridad. Al mismo tiempo también el subimpulso agresivo se dispone antitético de una parte de sí mismo a fin de inhibir y contener su función natural: es decir, su capacidad para la expresión y la acción.

La disposición defensiva antitética del subimpulso agresivo con respecto del tierno contamina la naturaleza intrínseca de este último mediante sus componentes hostiles, porque toda frustración origina espontáneamente una respuesta reactiva hostil. Esta contaminación ocasiona una distorsión en la percepción que hace posible que la vivencia de las pulsaciones de las necesidades propias continúen siendo percibidas y procesadas distorsionadamente como displacenteras y amenazantes. La energía contenida y contenedora de ambos subimpulsos pasa a ser una energía estática, generadora de las pulsaciones displacenteras que serán procesadas como angustia.

Sin embargo, como ya se ha dicho, —en un primer movimiento defensivo energético— sólo parte del subimpulso tierno se dispone en función defensiva antitético de sí mismo, quedando su naturaleza libre de la contaminación agresiva hostil. Por esta razón en la mayoría de las personas esquizoides puede percibirse un sentimiento emocional profundo y muy tierno; aunque ellos mismos no lo perciban como tal, y que se manifiesta espontáneamente cuando adquieren la suficiente confianza como para establecer relaciones afectivas. Este sentimiento de ternura se pone de

manifiesto habitualmente en su relación con los niños pequeños, si bien su expresión va desapareciendo a medida que éstos crecen. También se exterioriza con mucha frecuencia en la relación con animales y plantas.

Resumiendo pues, el primer movimiento defensivo es el bloqueo de la percepción de la necesidad; inmediatamente después se va a bloquear la expresión de la demanda a medida que la energía propia del subimpulso agresivo pasa —de estar libre y posicionada en la función expresiva— a disponerse como antitética del contacto tierno y quedar estática. A partir de este cambio en la función del subimpulso agresivo, va a ser la cualidad energética de este último la que va a disponerse en función defensiva para contener y bloquear la mayor parte de la energía del subimpulso tierno.

La compartimentación corporal y energética se origina y mantiene principalmente mediante fuertes bloqueos tensos en los segmentos ocular, cervical, diafragmático y pélvico, así como a nivel de todas las articulaciones; manteniéndose en estado de tensión permanente toda la musculatura en general. El flujo energético se dispone segmentariamente en un circuito de retroalimentación inhibitoria: un bucle auto inhibitorio que se dispone a nivel sensorial en el vientre, a nivel emocional en el tórax, y a nivel intelectual —como barroca ideación obsesiva— en la cabeza. Entre los tres segmentos, los bloqueos no permiten establecer más que una conexión precaria, parcial y distorsionada; ya que al ser circuitos cerrados auto inhibitorios, la acción queda parcialmente inhibida en los tres niveles, siendo su expresión hacia el mundo exterior dificultada por los bloqueos articulares.

Esta compartimentación corporal y energética ejerce su función defensiva al dificultar que las percepciones sensoriales vayan acompañadas de sus componentes emocionales y sensitivos, y consiguiendo que las ideas y pensamientos queden suficientemente distanciados de los sentimientos. Decimos que las necesidades están disociadas de las emociones —y ambas de los pensamientos—, sin que haya coherencia armónica entre lo que se necesita, lo que se siente y lo que se piensa a consecuencia de los bloqueos energéticos producidos en los segmentos señalados.

Pese a que una parte del subimpulso tierno y otra del subimpulso agresivo quedan libres, ambos subimpulsos se mantienen escindidos; de tal forma que la función complementaria y unívoca que corresponde a tales cualidades energéticas —el mantenimiento de la vida y la obtención de la satisfacción y el placer— resulta discordante. Estas partes libres de ambos subimpulsos estarán en función de defensa de la existencia y de una satis-

facción intelectual imaginaria y desconectada de la realidad. De la eficacia de éste mecanismo dependerá el control de la angustia.

Una expresión caracterial de esta disposición energética la constituye el hecho de que la persona esquizoide pueda ocasionalmente experimentar emociones de ternura sin agresividad y de agresividad sin ternura, pero viviendo ambos estados con sensación de peligro. Y ello es así, porque la ternura sin agresividad les produce sensación de indefensión —lo que explicaría que sólo la puedan manifestar con niños pequeños— y la agresividad sin ternura está muy cerca del sadismo, experimentándose como destructiva. Precisamente por ello las mujeres de este carácter suelen ser muy buenas madres mientras el niño es pequeño —también los hombres cumplen excelentemente la función madre—, pero esta situación cambia cuando el niño crece y adquiere la capacidad para reclamar y confrontar. A partir de ese momento la madre puede sentirse invadida y retirarse, dejando al hijo en un vacío afectivo y transmitiéndole un contacto frío. Esta sensación de invasión peligrosa es neutralizada por la madre mediante la intelectualización, en la medida de sus posibilidades personales. Un amigo nuestro decía que los niños le molestaban e interferían tanto que desearía que estuviesen rodeados por vallas electrificadas.

Otra manifestación de esta misma dinámica energética como expresión psicoemocional, conductual y relacional en los rasgos del carácter, la constituye el ascetismo extremo de algunos esquizoides, y que representa una forma de autoagresión condicionada por la función antitética defensiva de algunos componentes hostiles del subimpulso agresivo. Es un ascetismo no elegido libremente, que se mantiene rígidamente y que deviene en el maltrato intelectualmente justificado que se dan a sí mismos. Viene a representar la manifestación caracterial del bucle energético de retroalimentación inhibitoria, tanto de la intensidad de la percepción emocional como de la acción.

El anhelo inconsciente que tienen los esquizoides en buscar y encontrar la incondicionalidad en las personas con las que se relacionan —y que es debido a la dificultad de autodefensa confrontativa—, es otra consecuencia caracterial de la inhibición del subimpulso agresivo. Si perciben que la persona con la que se están relacionando les es emocionalmente incondicional, entonces se sienten seguros y disminuye la vivencia del riesgo de amenaza; se abren más al contacto con dicha persona, si bien sometiéndola a prueba constantemente. La incondicionalidad, sin embargo, no es algo que se encuentre con frecuencia, sobre todo si se la pone

a prueba constantemente en busca de los fallos. Por esta razón, tarde o temprano acaban frustrando las relaciones emocionales al empezar a surgir los sentimientos de desconfianza; y más pronto o más tarde acaban también retirándose.

La manera más común de establecer una relación afectiva —aunque racionalizada— es mantener a la otra persona en una posición idealizada de poder intelectual; pero a medida que empiezan a desidealizar la situación, y la relación comienza a ser real, se van retirando, al menos emocionalmente. A medida que van tomando consciencia de que no se da la incondicionalidad que ellos necesitan contactan con el miedo al riesgo de ser invadidos. Un miedo que, a su vez, pone en peligro el precario contacto que mantienen consigo mismos, ya que evoca la situación original de interrupción de su sensación de intimidad. Y ante esa frustración de su anhelo de confianza no reaccionan con una expresión agresiva, sino con una inhibición de la agresión y retirada de los afectos; se instalan en una posición de frialdad emocional, desconectándose emocionalmente. Este movimiento resulta muy importante en psicoterapia, puesto que de él depende el que se establezca y mantenga el vínculo transferencial con el terapeuta.

La paciente a la que nos referimos anteriormente, me lo verbalizaba así: *«Lo que yo necesito de mi pareja es que no espere de mí una respuesta. Que no me pida nada. Yo pido mi espacio para sentir mis sensaciones, sean sexuales o no; sean lo que sean..... Yo sé que soy yo la que me exijo..... sentir las sensaciones que están aquí (señala su pecho), **y no siento... calor, afecto... y... me da miedo decirlo... ternura**».*

La paciente no expresa ternura sino miedo. El miedo a la ternura expresado por esta paciente es debido, precisamente, a que la ternura sin capacidad de expresión agresiva se vivencia como piedad; como una actitud de recogimiento pasivo ante el dolor, el sufrimiento o la indefensión; tal como expresa la Virgen María en La Piedad de Miguel Ángel. Desde ese sentimiento de ternura sin capacidad agresiva, la relación con un niño pequeño puede ser buena; pero no lo será con un adulto, que necesita una actitud más participativa. Ante el adulto, la persona esquizoide se siente emocionalmente con sensación de indefensión; razón está por la que temen las relaciones afectivas y las racionalizan, calificándolas como no deseables. A su vez, cuando la agresión no va acompañada de un componente tierno, se manifiesta como una actitud fría y distante, sin resonancia emocional alguna; lo que puede fácilmente derivar en una actitud sádica, que intuitivamente la persona conoce y teme.

Cuando el subimpulso agresivo se posiciona en función de defensa ante una frustración que evoca la interrupción de la experiencia de la propia existencia, se movilizan todos los componentes hostiles para producir el bloqueo del subimpulso tierno, dado el intenso displacer al que va ligada su percepción. Esta dinámica energética tiene consecuencias importantes para las relaciones interpersonales ya que —además de distorsionar la percepción de las propias necesidades— contamina a su vez la experiencia tierna con la agresividad hostil; de modo tal que, cuando comienzan a percibir un sentimiento tierno ya sea hacia sí mismos o hacia otros, detectan a la vez una sensación de inquietud ante la amenaza y la respuesta hostil que evoca. Dicha dinámica cristaliza en una asociación sensitiva por la que, cuando sienten y expresan ternura, temen que a la vez les desborde la propia cólera destructiva; es el componente hostil que contamina al subimpulso tierno al tiempo que lo contiene. Como consecuencia de esta suma de experiencias, el carácter esquizoide inhibe cualquier manifestación tierna al sensarla como destructiva para él y para los otros; proceso este que no es registrado por la consciencia.

¿Cómo y cuando se cristaliza esta asociación? Retrocedamos a los tres primeros meses de vida extrauterina. Cuando el bebé está sintiendo la pulsación de la necesidad y expresa la demanda, la percepción sensitiva que experimenta —superpuesta a la satisfacción de dicha necesidad— resulta amenazante para su existencia. Por ello codifica la percepción de satisfacción sensorial junto con la percepción sensitiva de amenaza y la reacción agresiva hostil de defensa de su Impulso de Vida. Es decir, quedan vehiculados por el subimpulso tierno tanto el contacto consigo mismo, como la amenaza colérica de extinción y su reacción, también colérica, de defensa.

Esta asociación condicionará definitivamente la experiencia tierna en el adulto esquizoide de manera tal que, de forma simultánea, percibirá la necesidad de contacto y la angustia ocasionada por el miedo a la destrucción. O sea, el miedo a su propia cólera aunque no sea procesado como tal. Algo así como: “Si me permito quererte, corro el riesgo de no poder contener mi cólera, y destruirme y destruirte”. Lo que equivale a decir que en el esquizoide está presente un sentimiento inconsciente de omnipotencia destructora. Desde este punto de vista, interpreto que el esquizoide, con su falta de participación en el fluir espontáneo de la vida, no sólo siente que se protege a sí mismo sino que, más profundamente, siente también que protege a la vida en general.

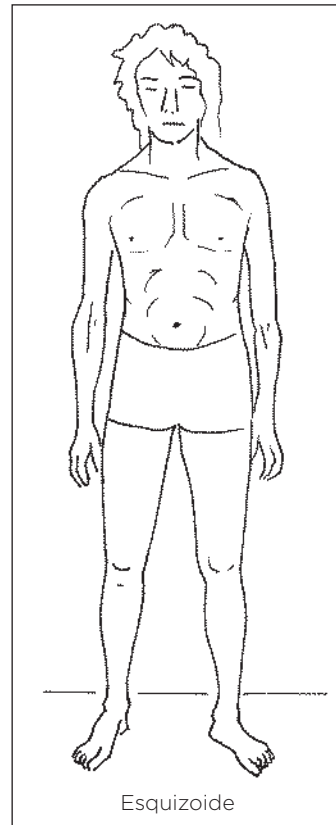
❖ ESTRUCTURA CORPORAL

El esquizoide se relaciona con su cuerpo sin una clara consciencia del yo corporal; como si su cuerpo fuese un caparazón en el que está obligado a habitar y que prácticamente constituye un estorbo que soporta de mala gana. Dicha distancia sensorial y emocional respecto de su cuerpo —consecuencia del bloqueo del subimpulso tierno y de la compartimentalización— es una estrategia energética y corporal de defensa. Ambas disposiciones defensivas le impiden procesar —con sensación de unidad e intensidad suficiente— sus sensaciones como propias, al tiempo que dificultan que su percepción vaya acompañada del componente emocional correspondiente. Es decir, dificultan o impiden que el cuerpo sea integrado como parte del propio yo. Recurrimos de nuevo al testimonio de la mencionada paciente: *«Me he pasado la vida ocultándome cualquier cosa que sea corporal: el olor, el sudor o el movimiento..... todo»*.

En general, todo el cuerpo del esquizoide está sometido a un estado de tensión importante, de manera tal que su musculatura está contraída y su relieve resulta fácilmente perceptible a través de la piel, siendo su tacto fibroso. Al palpar un músculo que no esté contraído crónicamente, es posible apreciar el volumen del mismo; en el caso de un esquizoide, lo que se nota son los mazos de fibras musculares que integran el músculo.

Este tacto, unido al color cetrino de la piel, a su frialdad seca (que en el carácter oral, por ejemplo, es húmeda) —consecuencia de la escasa carga energética que llega a la superficie—, y a que la consistencia del músculo es de tacto leñoso, produce la impresión de estar tocando un leño que lleva tiempo cortado; como si palpásemos algo parecido a un tronco de vid vieja: una sensación de dureza y antigüedad al mismo tiempo.

La mirada en el carácter esquizoide suele impresionar como la de una persona fijada en el temor. En casos extremos, parece



como si sus emociones estuviesen congeladas en un estado de pánico. Para aislarse emocionalmente de este sentimiento de pánico es para lo que tensa rigidamente toda su estructura corporal. Así pues, en general, desarrollan un cuerpo escindido por bloqueos musculares tensos que, en los casos más patológicos, llegan a ser de una rigidez extrema.

Los ojos suelen estar bastante abiertos, con el objetivo de no perderse nada del entorno y poder controlarlo en su propia defensa, viviendo la vida desde una posición de observación defensiva. El carácter esquizoide es el más observador y el menos participativo en la vida de todos los caracteres: ven pasar la vida como desde detrás del cristal de un escaparate. Como se ha dicho, la expresión de sus ojos es de temor o, incluso —si la patología es importante— más que temor, terror o pánico. Cuanto más patológica sea la estructura del carácter, más acentuada estará la expresión de temor, de pánico, o de terror. Sus ojos, muy abiertos, impresionan como la única ventana a la experiencia, pudiendo intuir a través de ellos una interioridad incógnita. La expresión de la cara acompaña a la expresión de los ojos, y crea tal distancia emocional que puede llegar a dar la sensación de indiferencia o de franco rechazo.

La nuca y la parte posterior del cuello suelen marcar poco la curvatura cervical y estar excesivamente rectos, tirando hacia atrás de la cabeza y de la cara, lo que contribuye a acentuar la actitud de retirada y la expresión temerosa de la mirada. Esta mirada congelada en el miedo está fijada por el bloqueo rígido de los músculos intrínsecos y extrínsecos del ojo, hasta el punto de que no es rara la existencia en este carácter de alguna miopía severa, la cual sería originada porque la tensión de los músculos deforma el globo ocular y altera el punto de enfoque en la retina.

También existe un bloqueo muy importante de los músculos pequeños y profundos de la nuca, los músculos cortos que unen el hueso occipital a la primera vértebra cervical —la vértebra Atlas—, que se encuentran localizados en la profundidad de la fosa occipital. Se trata de unos músculos relacionados con la visión; recordemos que es en el lóbulo occipital del cerebro donde se decodifican y procesan los estímulos ópticos que el ojo capta. Al recibir la impresión visual —junto con la sensación amenazante—, se contraen reactivamente y tiran de la nuca hacia atrás, quedando bloqueados en una tensión crónica. Por ello, cuando trabajamos estas tensiones en el carácter esquizoide resulta muy necesario desbloquear la mirada; desbloquear los músculos

del ojo y los de la nuca a la vez, para que la tensión no vaya pasando de los ojos a la nuca y viceversa, en un circuito cerrado que permitiría mantener dicho bloqueo.

Esta tensión en la base del cuello y la nuca es tan importante en el carácter esquizoide porque ocasiona y permite mantener el corte energético que disocia la cabeza —con su función intelectual— del resto del cuerpo y de sus funciones perceptivas de las emociones, los sentimientos y las necesidades. Se trata de un anillo de tensión que hay que trabajar en simultaneidad con el arraigamiento, con las tensiones de los pies y los tobillos.

La expresión de la cara suele ser dura y fría, con unos rasgos muy marcados. La mandíbula suele aparecer en tensión, con los músculos maseteros muy tensos y —con mucha frecuencia— dolorosos a una presión moderada. En los casos más patológicos, estos músculos pueden estar poco desarrollados; pero se trataría de casos muy extremos en los que existiría gran necesidad de evitar contactar con la pena y/o con la rabia. Lo más frecuente es que los maseteros estén tensos y los dientes apretados. En consecuencia, la dentadura de la persona esquizoide suele ser defectuosa y estar estropeada; con dientes mal implantados, descoloridos y careados e, incluso, carentes de piezas dentales. Una muestra, por otra parte, del escaso cuidado de sí que estas personas se prodigan.

La cara anterior del cuello también aparece tensa y se pueden palpar los diversos músculos por separado, con un relieve importante. Aunque las tensiones occipitales son las más importantes, el cuello en su conjunto se mantiene muy tenso, cerrando el anillo de bloqueo del segmento cervical —que es quien produce el corte energético— y originando dificultades para la deglución y la fonación (ahogando la voz). Impresiona como un cuello duro pero frágil.

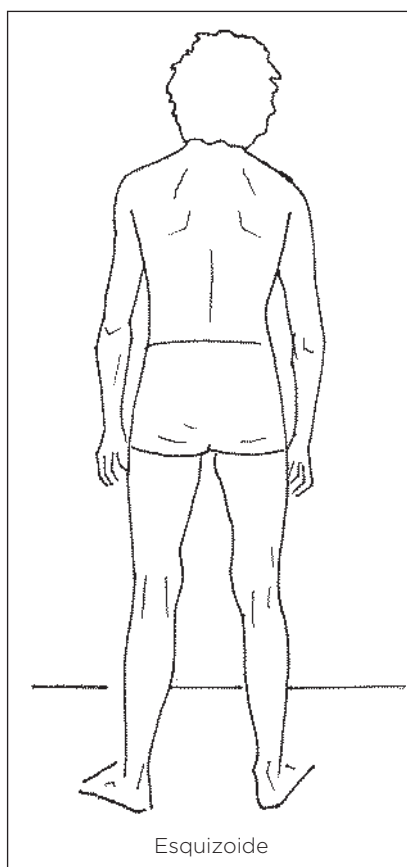
En todas **las articulaciones**, los músculos que unen los miembros con el tronco están bloqueados en tensión. Otro tanto ocurre con los músculos que ligan las diversas partes de un miembro entre sí, sean músculos grandes o muy pequeños: por ejemplo, en las articulaciones de las falanges, o en las articulaciones de los codos, de las rodillas o de las caderas. El bloqueo articular dificulta o interrumpe el fluir energético entre las diversas partes del organismo, y el dirigido hacia el exterior. Al no fluir la energía hacia los extremos del cuerpo, se puede limitar el riesgo que implica la posibilidad de establecer contacto y de poder percibirlo, ejerciendo así un mejor control. Es decir, evitan entrar en contacto físico; aunque de ha-

cerlo, tendrían mucha dificultad en percibirlo sensitiva y emocionalmente. Por ello, en el carácter esquizoide resulta tan imprescindible el trabajo sobre las articulaciones, al depender básicamente del mismo su arraigamiento e integración.

El bloqueo articular es muy perceptible a nivel de la muñeca y, más perceptible aún, en el tobillo. Es bastante frecuente ver en el tobillo —más o menos en la zona que podemos abarcar con la mano— un menor desarrollo muscular. Los músculos han perdido volumen, aparecen más fríos, siendo la piel más pálida que en el resto de la pierna; la impresión es semejante a la marca que dejarían unos grilletes que acabásemos de soltar después de mucho tiempo de aprisionamiento. El bloqueo de los tobillos se ve con facilidad, si bien el de las muñecas puede ser menos visible debido a que se trata de una articulación más móvil.

Por una parte, estos bloqueos nos hablan de la incapacidad para el contacto con las manos —expresión, sobre todo, del bloqueo del subimpulso tierno—; y de otra parte, nos dicen del precario contacto con la realidad, y de su dificultad para la agresión, de su incapacidad de movimiento en el espacio —consecuencia del bloqueo del subimpulso agresivo—. Ambos bloqueos interrumpen, pues, el arraigamiento y el buen contacto con la realidad: con su propia realidad y con la realidad del mundo exterior.

Es precisamente el bloqueo de las articulaciones lo que produce la impresión de que los brazos y las piernas del esquizoide tengan tendencia a colgar del tronco como apéndices extraños, sin armonía en el movimiento. En alguna medida, producen una impresión semejante a una marioneta de trapo, a quien los brazos le cuelgan de los hombros, y las piernas de la pelvis. Cuando el esquizoi-



de se mueve, lo que más llama la atención es precisamente la manera disarmónica y torpe como se mueve. Esta torpeza en el movimiento se corresponde con su torpeza en las relaciones sociales, en sus relaciones con el mundo real. **Los brazos** son membrudos, largos; y sus manos son frecuentemente frías y pálidas, acabando en dedos largos y con tendencia a disponerse en forma de garras.

Paradójicamente, sin embargo, no es raro encontrar entre los esquizoides una excelente capacidad para la expresión artística con las manos; sería como si toda su creatividad fluyese a través de las manos, pero con poca conexión emocional. Otro tanto ocurre con la danza: algunos de los mejores bailarines son esquizoides y con una técnica muy depurada, pero emocionalmente fríos. Un ejemplo de lo que decimos se produjo que en cierta ocasión, durante un trabajo grupal: una hermosa mujer comenzó a danzar armónicamente con unos preciosos movimientos sensuales y eróticos, pero al mirarla a la cara toda la magia desaparecía. Su expresión estaba completamente disociada de sus movimientos corporales, seme- jando carecer de espíritu.

El tórax, por su parte, no destaca particularmente por la dureza de las costillas. Al esquizoide no le es necesario endurecer las costillas para controlar la respiración: de eso ya se encarga el bloqueo diafragmático. Suelen tener un tórax plano y más hundido a nivel del esternón debido a la tensión extrema del diafragma; por ello, no parece muy eficaz en su función de fuelle, siendo sus movimientos respiratorios apenas perceptibles. Los grandes músculos del tórax y de la espalda no son voluminosos, pero están tensos y duros, ofreciendo bajo la piel un relieve manifiesto.

La **espalda**, como el resto del cuerpo, está tensa; marcándose más —aunque no sean tensiones extremas— las relativas a los músculos largos situados a ambos lados de las apófisis espinosas de la columna vertebral. Aún así, la patología de la espalda de los esquizoides es muy importante porque la columna vertebral tiene una relación dinámica de absorción de fuerza vertical; lo que realiza a través de sus curvaturas. Las tensiones en la zona cervical y en la articulación sacro lumbar inmovilizan la pelvis y aplanan la curvatura cervical y lumbar; obligando con ello —y a fin de mantener la correspondencia dinámica— a rectificar todas las curvaturas vertebrales, y produciendo el aplanamiento de las curvas fisiológicas. Esta corrección de la dinámica de la columna vertebral ocasionará como consecuencia frecuentes dolores lumbares y cervicales y, con el tiempo, deformaciones artrósicas.

El que los músculos largos de la espalda —“los lomos”—, a ambos lados de las apófisis espinosas de la columna vertebral, no estén excesivamente tensos, no significa que toda la espalda no esté en tensión. La espalda del esquizoide es como el caparazón de la tortuga, una zona muy rígida.

El **diafragma** aparece fuertemente bloqueado y en una tensión permanente al final del movimiento de espiración forzada; es decir, está bloqueado en lo más alto de la cúpula espiratoria. Dicha circunstancia acarrea consecuentemente que el esquizoide sea el carácter con menor capacidad pulmonar, y con pocas posibilidades de energetizarse a través de la respiración. Al existir poca capacidad para la energetización, todas las funciones del organismo y sus pulsaciones están ralentizadas, y tienen poca intensidad. Es éste un mecanismo de economía energética: precisa dedicar menos recursos al control de sus necesidades, emociones y sentimientos, porque éstos —debido a la escasa carga energética— son de por sí poco intensos.

A parte del bloqueo de la respiración, la consecuencia energética más importante de la extrema tensión diafragmática la constituye la dificultad —en modo directamente proporcional a la tensión— que introduce en el flujo energético entre el pecho y el vientre. Es decir, entorpece la conexión entre las emociones y las necesidades, dificultando la percepción de cómo pulsán sus necesidades para poder tener conciencia de las mismas.

La tensión extrema del diafragma hace que tire permanentemente de los pilares de inserción en las costillas, y éstas del esternón, aplanando el tórax y provocando la tendencia a hundirse en el centro, en forma de V. En casos extremos, el tórax está hendido en el centro de manera muy marcada. La observación de una hendidura de estas características nos debe hacer pensar en un carácter esquizoide, o en otros tipos de carácter con componentes esquizoides muy importantes. Por ejemplo, ha sido observado en algunos casos de carácter pasivo-femenino, quienes podrían recurrir a una posición esquizoide como defensa extrema.

El diafragma no sólo es un músculo principal en la función respiratoria; tiene además una función estanca para mantener la presión negativa en el interior del tórax, cerrándolo herméticamente y aislándolo de la cavidad abdominal. Sin embargo, a través del diafragma pasan vías energéticas, el esófago, arterias, venas, nervios, vasos linfáticos, amén de los meridianos de energía sutil; su tensión, por tanto, dificulta ese flujo al angostar los canales de paso y de comunicación.

Así pues, el intenso bloqueo que contrae el diafragma cumple la doble misión de disminuir llamativamente la capacidad respiratoria —y, por tanto, la carga energética— y la de ocasionar la mayor dificultad de toda la caracterología en el flujo energético entre tórax y abdomen, interrumpiendo o distorsionando drásticamente la conexión entre necesidades, sentimientos y emociones.

Por lo que se refiere **al abdomen**, también hay tensión en los músculos de la pared abdominal, que están tensos, duros y poco sensibles, presentando un relieve fácilmente palpable, e incluso visible, bajo la piel. Es un abdomen duro, como dura es la actitud del esquizoide ante sus propias necesidades y las de los demás. Esta dureza ante las propias necesidades se manifiesta como austeridad excesiva, y la dureza ante las necesidades de los otros, como una actitud en la vida que puede rayar en lo mezquino.

A la circunstancia de que la musculatura del esquizoide resalte bajo la piel, contribuye también el hecho de que suelen ser personas con poca capa de grasa, debido a su tendencia a la frugalidad alimenticia. Con lo que, aparte de disminuir sus necesidades, reducen su reserva energética.

En este punto, puede resultar esclarecedor el testimonio de un paciente que, tras un ligero desayuno, salía de su casa por la mañana y, al llegar por la noche, *pensaba* que la sensación que tenía en su estomago *debía* ser hambre *porque* no había comido en todo el día; es decir, no identificaba la sensación de hambre como necesidad de comer. Esta misma persona —quien, por cierto, resolvió tal bloqueo— tomaba conciencia de en qué estación del año estaba no por sus sensaciones de frío o calor sino por cómo vestía la gente en la calle.

En lo que a la **pelvis** se refiere, nos encontramos con circunstancias parecidas. Tanto la musculatura externa de la pelvis, los glúteos, las articulaciones de las caderas y la sacro lumbar, el periné y la musculatura interna están tensos y ocasionan bloqueos. Una tensión algo menor (con la excepción de los glúteos) que en el carácter masoquista, pero con el grado suficiente como para limitar notablemente los movimientos pélvicos y la percepción de sus sensaciones. No son pelvis muy desarrolladas, apareciendo en ligera retroversión, como corresponde a la función de defensa para la contención de la poca carga energética que puedan tener, evitando así el contacto con la necesidad de satisfacción y de expresar la demanda: evitan el contacto con la necesidad de relacionarse.

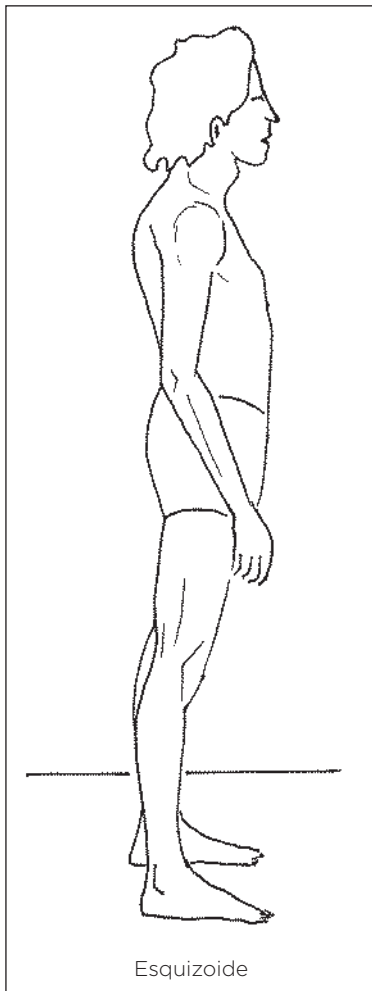
Como se dijo al hablar de las capacidades funcionales sensoras de los segmento corporales, la sensación de miedo se sensa especialmente en las nalgas. El lenguaje popular —*se tiene el culo prieto de miedo*— hace referencia a ello. Las nalgas del esquizoide aparecen muy tensas y duras, siendo quizás de todos los caracteres las más duras a la palpación. También están tensos y bloqueados el periné y los esfínteres, aunque —como ya se ha dicho— en menor medida que en el carácter masoquista. Otra frase popular aconseja *apretar el culo y tirar p'alante* cuando se tiene miedo, ya que éste puede producir una relajación refleja del esfínter; en tanto que el pánico ocasiona una paralización. Por su parte el terror origina una contracción muscular generalizada que en el esquizoide se queda fija y cronificada.

Precisamente a causa de esta tensión, la pelvis del esquizoide no necesita adoptar una posición muy adelantada. Al contrario de lo que ocurre en el carácter masoquista —donde además de presentar una extrema tensión pélvica, el sujeto necesita mantener la pelvis en posición crónica de descarga—, el esquizoide, debido a su escasa carga general, no precisa disponer la pelvis en una posición de descarga. Puede tener una pelvis relativamente cargada, pero la carga estará contenida por las fuertes tensiones musculares, especialmente en las nalgas, como consecuencia de la reacción frente al terror. Y debido a la persistencia de esta carga estática, es más sensible a la angustia cuando se produce alguna movilidad energética hacia el contacto tierno.

De la pelvis, de las articulaciones de la cadera, **cuelgan las piernas** de modo semejante a como los brazos *penden* de los hombros y de la cintura escapular, desde su articulación con los omóplatos, con el aspecto de miembros *pegados* al cuerpo. Las piernas suelen ser delgadas y rígidas, poco aptas para el movimiento, y escasamente ágiles y resistentes. Viene todo esto ocasionado por bloqueo del subimpulso agresivo que desde temprana edad dificulta el desarrollo de los miembros inferiores; la espasticidad de los cuales tampoco va a favorecer por su parte un desarrollo normal del impulso agresivo de acercamiento o retirada.

Los pies, con mucha frecuencia, son espásticos y tienen tendencia a cerrarse y a aumentar el arco plantar, llegando a dar la impresión —por la espasticidad del empeine y de los dedos— de que su longitud se ha reducido en relación a la altura. Nos encontramos, pues, de nuevo, con unos pies poco aptos para el movimiento; ni tan siquiera para la bipedestación. En algunos casos extremos, pueden asemejarse a un pie equino; si bien éste último es consecuencia, como se sabe, de una malformación genética que no está más ligada al carácter esquizoide que a cualquier otro carácter.

Lo que más destaca al observar los pies de un esquizoide es el anillo de tensión que aparece alrededor del tobillo, y al que habrá que prestar especial atención durante la terapia, pues de la disolución de este bloqueo van a depender sus posibilidades de arraigamiento. Es decir, de su resolución dependerá, en gran medida, la capacidad para contactar con la realidad e intervenir en ella. A medida que vayamos resolviendo este bloqueo, la energía del subimpulso agresivo fluirá hacia los pies, aumentando su temperatura y mejorando la coloración. Se trata de un cambio tan notable, que tiene inmediatas consecuencias en la vida de relación de estas personas.



Resumiendo todo lo relativo a la estructura corporal, señalaremos que se trata de un carácter bloqueado en una hipertensión muscular crónica, generada para intentar contener el pánico frente a la percepción de la sensación de necesidad asociada a la amenaza de su existencia. Los bloqueos en todas las articulaciones son muy importantes, viniendo a dificultar la conexión sensorial y emocional entre las distintas partes del organismo y compartimentalizándolo por segmentos. Esto hace que el pensamiento, las emociones y las necesidades del esquizoide no estén en armonía, y originen una tendencia a la disociación.

Este bloqueo de la percepción sensorial y sensitiva de las necesidades es realmente extremo, resultando diagnásticamente significativo que, cuando colocamos al esquizoide en una posición de estrés corporal, el cuerpo quiebra sus ejes, tanto el longitudinal como los transversales. Su cuerpo tiende a girar sobre el eje longitudinal, colocando los hombros de forma oblicua a la pelvis, desplazándose la cabeza hacia adelante y hacia el lado contrario de los hombros; de forma que, tanto si lo observamos de

frente como lateralmente, los ejes aparecen como líneas quebradas. Esta disposición en forma quebrada de los ejes corporales se acentúa a medida que prolongamos la posición de estrés, siendo más manifiesta cuanto más patológica sea la estructura del carácter, ya que constituye la traducción corporal de su tendencia a la disociación orgánica.

❖ DINÁMICA PSICOEMOCIONAL

El esquizoide es un carácter que se estructura sobre una personalidad psicodinámicamente obsesiva, y que elabora el aislamiento y la intelectualización como mecanismos de defensa psicoemocional. Y lo hace en correspondencia con la compartimentalización como mecanismo de defensa energético y corporal a fin de proteger su intimidad intelectual, en la que está arraigada una precaria experiencia vital de su existencia. La frase que podría expresar su percepción sensitiva es: *Cuanto menos sienta mis necesidades menos riesgo corro. Si expreso necesidad me pongo en peligro. Debo necesitar poco y ser autónomo para satisfacerme.* Un mecanismo de estas características puede llevar a extremos verdaderamente lesivos a la persona, como en algunos casos de una austeridad extrema.

El equivalente del no darse a uno mismo, es no dar tampoco al exterior. Son personas que para no tener que pedir, llegan a no percibir que necesitan, reduciendo sus necesidades físicas y de relación emocional a un mínimo. Tal actitud frente a ellos mismos es expresada bajo la forma de algunos de los rasgos más significativos del carácter: el no darse a uno mismo lo llamamos austeridad; el no darse a los demás, tacañería; y el acumular para que nunca falte, avaricia. Una manera de protegerse mediante la tacañería la constituye el no necesitar. Así no hace falta pedir, y también permite no tener que dar si alguien pide. Es un no dar que se justifica racionalmente en el hecho de que ellos, por su parte, no piden a nadie. Lo suyo es no gastar, no necesitar, no pedir; y de manera muy parecida actúan con sus propias sensaciones, sentimientos, emociones y pensamientos. Aquí es donde verdaderamente se manifiesta la avaricia del esquizoide: aislando de la propia vivencia de la vida sus experiencias, que resultan experiencias muertas al no ser compartidas.

Un ejemplo literario de esta austeridad/tacañería/avaricia, en su vertiente caricaturesca, lo tenemos en el personaje del Licenciado Vidriera, de "El Estudiante de Salamanca" de Cervantes. Otro ejemplo excelente, más sutil y profundo, lo constituye la obra de Patrick Süskind, "El perfume",

donde se describen magistralmente las vivencias de un esquizoide de patología no psicótica, sólo amorosamente perversa.

Racionalizando el mecanismo de defensa energético, los esquizoides elaboran y fijan la idea de que relacionarse no merece la pena porque el mundo exterior es poco interesante, en comparación a su rico —pero desconectado— mundo interior. Para mantener esta disociación utilizan, entre otros recursos, el del pensamiento, que procesan con una ideación barroca y arboriforme, y que en casos extremos puede aparecer como un discurso disgregado. Ellos, sin embargo, dirán que los demás tenemos unas ideas tan simples que no merece la pena siquiera escuchar.

De otra parte, normalmente tienen una voz monacorde y monótona, sin apenas inflexiones tonales y con mala vocalización, que exige además un esfuerzo excesivo al interlocutor para seguir el hilo de su discurso, con frecuencia desviado de la idea inicial. El resultado es que con frecuencia aburren y adormecen al personal, aunque el contenido de su discurso generalmente es interesante.

¿Cómo procesa el esquizoide la reacción de su auditorio, en el que, por otra parte, está realmente poco interesado?: *Evidentemente no merece la pena el esfuerzo que hago para comunicar mis ideas; ellos no están a la altura, no merecen la pena. Lo que yo les tengo que contar no les interesa porque no tienen la suficiente altura intelectual.* Posteriormente, con el proceso de la psicoterapia, serán ellos mismos los que comprendan que no se sitúan al nivel necesario para lograr interesar a su auditorio. Tal proceso implica un pasaje de auto descalificación, que habrá que cuidar con delicadeza.

Otro recurso que utilizan para mantener el aislamiento, es el poco cuidado y el desaliño personal; pudiendo llegar a desarrollar incluso mal olor corporal, lo que unido al mal aspecto de la mayoría de ellos, tiene como resultado que los demás se retiren o pongan límites a la cercanía y al contacto. Así se ahorran el esfuerzo de tener que hacerlo ellos mismos. Un amigo esquizoide me comentaba que eso de ducharse estaba en función de la situación civil, de si se tenía o no pareja.

Éstos son algunos de los recursos caracteriales —expresión de los mecanismos de defensa—, que la persona va desarrollando para limitar e impedir el contacto con los otros, con los que, mayoritariamente, establecen una relación de uso y consumo. Es decir, una relación a plazo fijo y con un determinado fin.

Como se puede deducir de la etiología del carácter esquizoide, en la relación con la madre hay una carencia a nivel muy elemental, tan básico que afecta al Sentimiento Básico de Seguridad en la existencia. Como defensa ante esta inseguridad se apegan apasionadamente a su mundo interior, pero reduciéndolo a los procesos intelectuales y desconectándose de su realidad emocional y sensorial. De esta manera, mantienen una sensación de intimidad suficiente como para conservar integrado el yo y un sentimiento de omnipotencia intelectual, que les proporciona un punto de apoyo más con el que justificar la dificultad para el contacto con los demás.

Esta carencia tan básica propicia una relación especialmente ambivalente con la madre, y con las mujeres en general; una relación de aparente independencia pero de extrema dependencia emocional, enmarcada en una actitud de distancia afectiva como reacción a su necesidad de incondicionalidad, lo que impedirá el flujo de las emociones y los sentimientos, pero permitirá que la hostilidad hacia la madre no resulte evidente. Es una relación distinta a la que establece el carácter oral, en el que la relación de dependencia es ambivalente e intensamente emocional, pero enmarcada en una actitud de hostilidad más o menos manifiesta.

En las personas esquizoides se observa una importante dificultad para separarse emocionalmente de la madre, y también para mantenerse apegados a la misma, pues sus afectos —al ser procesados inconscientemente como peligrosos para su existencia— le despiertan angustia. La necesidad de asegurarse la incondicionalidad de la madre, y al propio tiempo el miedo a ser *devorado* por ella si manifiesta tal necesidad, constituye **el núcleo del conflicto emocional** del carácter esquizoide. Esta dinámica emocional cristaliza en una hostilidad contenida, fría y controlada hacia la madre; hostilidad carente de reproches pero también con escasa resonancia afectiva.

El conflicto emocional con la madre se manifiesta en el adulto como una tendencia a establecer relaciones idealizadas, tanto con las mujeres como con los hombres, a quienes sitúa en las alturas para poner distancia, pero con una expectativa inconsciente de obtener incondicionalidad. Posteriormente, ante la sospecha de que la relación no sea incondicional, su frustración les lleva a un movimiento regresivo de retirada masiva del contacto establecido, y a un proceso racional de descalificación como forma de manifestar su hostilidad. Se trata de un tipo de relación apasionada por causa de esta idealización intelectual, y con pocas posibilidades de contacto real; bloqueando por ello el desarrollo y el arraigamiento de cualquier tipo de relación que implique cierto nivel de intimidad.

Con respecto al padre, generalmente observamos que es vivido como una figura muy temida y muy poco afectiva, más que lejana, hostil. Lo que impide que su función pueda establecerse de una manera suficientemente operativa como potenciadora, contenedora y limitadora del subimpulso agresivo en su proyección hacia el mundo. La madre —con frecuencia una mujer con dificultades para el contacto tierno— motivada quizás por el sentimiento de haber mantenido con el hijo una relación deficiente, realiza voluntariosamente el intento de reparar la relación. Tal empeño se concreta en una tendencia a relacionarse con él volcándose en su cuidado, pero con una actitud excesivamente formal y fría, que es experimentada por el hijo como frialdad invasora. Semejante actitud de la madre tampoco propicia que la función padre entre a ser operativa en el momento adecuado del desarrollo evolutivo.

Estando la función padre tan obstaculizada, y por tanto con límites insuficientemente operativos, existen pocas posibilidades de que se potencie el desarrollo y arraigamiento del subimpulso agresivo. Y no sólo en su función de interrelación social, sino también de un modo más amplio en la capacidad de satisfacer sus necesidades, ya que en el *ir hacia* el niño tiene que saber *hasta dónde*: ante la angustia de lo ilimitado —experimentado por el esquizoide como vacío de existencia— se autolimita replegándose sobre sí mismo, a diferencia, por ejemplo, del fálico-narcisista compulsivo, que se apasiona en la búsqueda de límites externos que lo contengan. Semejante tipo de relación con el padre potencia en el esquizoide la contención de las manifestaciones agresivas, pero los componentes hostiles, aún estando contenidos, no inhiben su pulsación, que es generalizada y proyectada sobre el mundo en su totalidad, debido a que el padre es vivido como un espejo invulnerable del temible mundo exterior¹.

El padre es una figura que hay que reconstruir durante el proceso de psicoterapia. No se trata de que haya desaparecido, o que haya sido negado. Su falta no alcanza los extremos del psicótico o del perverso, pero sí existe una carencia de presencia emocional tan importante que hace necesaria no sólo su reelaboración, sino su reconstrucción. En el adulto, esta insuficiencia en la función padre se manifiesta en la desconfianza en su capacidad para poner límites que tienen los esquizoides. Por ello, *optan* por ponerlos amplia, indiscriminada e innecesariamente: no teniendo una percepción clara de *hasta dónde sí y hasta dónde no resulta bueno* para

¹ Es muy ejemplificador e ilustrativo leer la “Carta al padre”, de Kafka, carta que nunca fue entregada.

ellos, *eligen* preferentemente no llegar que pasarse, contando con el refugio ilimitado de su mundo intelectual. El carácter oral, por el contrario, *preferirá* pasarse a no llegar.

Teniendo tantas limitaciones en su vida relacional para poder desplegarse en el mundo, el esquizoide será una persona obligada a canalizar centripetamente su energía para poder contener la angustia ante la falta de límites, racionalizando su íntimo sentimiento infantil de omnipotencia. Una omnipotencia intelectual utilizada como defensa para contener la angustia, derivada del casi total fracaso del subimpulso tierno para arraigar el Sentimiento Básico de Confianza en la existencia, y del agresivo para buscar contención, apoyos y satisfacciones fuera.

Así pues, el sentimiento de omnipotencia intelectual del esquizoide es también una consecuencia más de esta dinámica en las relaciones parentales, en un intento de no tomar contacto con su angustiada herida amorosa. Esta omnipotencia de la intelectualidad y de la intelectualización —refugio extremadamente racionalista ante el dolor emocional—, les proporciona además la sensación de un contacto íntimo del que se sienten muy satisfechos y orgullosos, y que sustituye el genuino contacto a través del subimpulso tierno. La información y la comprensión están, pues, sustituyendo a la experimentación y el conocimiento.

La intelectualización de la vida les proporciona la sensación de riqueza e intensidad interior que necesitan para mantenerse aislados, pero al precio de permanecer desconectados de su realidad y de la realidad exterior. Un ejemplo de ello es que su desarrollo creativo y espiritual —generalmente notable cuando lo cultivan—, corre con frecuencia el riesgo de que, al estar desconectados de sus necesidades genuinas, se limite a procesos en los que sólo se profundiza en el narcisismo autista. Este tipo de proceso es tenido en cuenta por los maestros espirituales cuando nos advierten, refiriéndose a cualquier tipo de persona, no sólo al esquizoide, que debemos desconfiar de la “felicidad autista”.

Por tanto, son personas con un sentido de la autosuficiencia tan desarrollado que favorece su tendencia al aislamiento, corriendo el riesgo de alcanzar extremos muy nocivos de esta autosuficiencia auto limitadora. De ahí que en el Eneagrama se le designe también como desapego patológico. Esta necesidad de refugiarse cotidianamente en la autosuficiencia intelectual les obliga a ser personas bien informadas y formadas en los más diversos temas, así como hábiles en los más variados oficios domés-

ticos para uso propio. En el caso de tipos sedentarios, aparece una marcada tendencia a almacenar las cosas más variopintas y a no desechar nada, por si en algún momento lo pudieran necesitar. Sin embargo, el tipo de esquizoide nómada no almacena nada, sólo lo que es absolutamente imprescindible, aunque resulte absurdo para los demás. A este respecto, puede resultar interesante observar —y, si se puede, trabar amistad— con ese tipo de vagabundo que durante algún tiempo coloniza un determinado lugar de la acera: mantienen su intimidad, que no depende de límites objetivos y observables, con una actitud tan firme que redundo en una envidiable eficacia.

❖ LA FASE ORAL DEL DESARROLLO

La etapa oral tiene lugar aproximadamente durante el periodo comprendido entre el final del tercero y hasta el decimoctavo mes de vida del niño. Durante la misma, la boca —junto con todas las funciones relacionadas con el chupeteo, el movimiento de la mandíbula y la deglución— es la zona funcional del cuerpo cuyo proceso de maduración neurológica, tanto sensitiva como motora, se hace más notable a la percepción del niño.

Esto significa que para el niño esta zona, con sus funciones y todas las sensaciones relacionadas con ella, comienza a ser percibida, a *existir* en su cuerpo, y por ello, al tratarse de algo novedoso, acapará toda su atención. Se percibe a sí mismo y percibe al mundo externo, fundamentalmente, a través de la función oral. Es decir, durante esta etapa el niño va teniendo noción de sí a través de las percepciones motoras y sensoriales orales, de tal modo que durante esta fase todas sus experiencias vivenciales irán ligadas y superpuestas a dichas percepciones, quedando ancladas somáticamente en los músculos de los segmentos corporales correspondientes: ocular, oral y cervical.

La etapa oral del desarrollo es especialmente importante porque durante la misma el niño hará el tránsito desde la percepción que entraña el sentirse el centro del universo —en íntima fusión con la madre, a la que no diferencia de sí mismo—, a *ir dándose cuenta* de que se encuentra en una situación de indefensión, que depende de *otra persona* ajena y externa a él. Este pasaje de maduración supone evolucionar desde el sentimiento inherente de que todas sus necesidades han de ser satisfechas inmediatamente, sin tolerancia a la frustración, hasta ir asumiendo que depende de *otro*, quien, aunque lo cuide y alimente, también le proporciona notables y dolorosas frustraciones. Unas frustraciones que van desde el tener que soportar las tensiones y el displacer que supone la postergación en la satisfacción de sus necesidades, hasta la percepción de sí mismo de no ser ya el centro omnipotente de su mundo.

Cualquier demora en la satisfacción de sus demandas —en un principio puramente pulsionales y sensitivas, y más tarde también emocionales y

afectivas—, le confrontará inevitablemente con el hecho de no ser omnipotente sino dependiente. Esto significará invertir la dinámica de su relación con la madre, de modo que pasará de sentirla a plena disposición de sus demandas a tener que estar él a expensas de que la madre le atienda cuando ella decida, y no cómo y cuando él necesite o quiera.

La maduración de una zona funcional, en este caso la oral, es como una primavera de sensaciones que acapara gran parte de la atención del niño, pero, paralelamente, se van desarrollando también otros sistemas y funciones del organismo, como son el sistema locomotor y la función cognitiva, que entrañan la maduración paralela e interdependiente del Sistema Nervioso Periférico (S.N.P) y del Sistema Nervioso Central (S.N.C.), que aunque resulte menos *llamativa* sensorialmente, es determinante para que el niño tenga posibilidades de alcanzar independencia y autonomía, y mayor capacidad de comunicarse y expresar sus necesidades.

A partir de los seis meses, el niño es ya capaz de expresar no sólo sensaciones sino también sentimientos y emociones, desarrollando su sistema ideacional y de comunicación verbal lo que le capacitará para ir sustituyendo —en su comunicación con los demás, sobre todo con la madre y con quienes hacen tal función— los sonidos por palabras mejor o peor articuladas. Esto implicará, también, el inicio de la capacidad para procesar ideacionalmente sus experiencias sensoriales y emocionales, y poder darles nombre.

Al tiempo que va creciendo su curiosidad y su afán exploratorio, se va desarrollando el sistema muscular y locomotor de tal modo que entre los ocho y los diez meses es ya capaz de gatear, y, entre los once y los trece, de caminar en bipedestación. Aunque me gustaría destacar, que las funciones relacionadas con las manos y los brazos —que suponen realizar movimientos coordinados y voluntarios, (agarrar, llevarse objetos a la boca, rechazar, lanzar objetos...)— se desarrollan bastante antes que las correspondientes a las piernas, que sólo comienza a coordinarlas para gatear a partir de los ocho meses. Hasta este momento, las piernas tienen únicamente unos movimientos poco coordinados, cuya misión es potenciar el desarrollo muscular; aunque resulte obvio que tales movimientos están relacionados con los estados de placer o placer del bebé.

Durante esta etapa, el niño —llevado por su curiosidad y su creciente capacidad exploratoria— inicia el despegue de la madre, comenzando a po-

ner a prueba su individualización e intentando contactos más allá de la madre, aunque todavía no su autonomía. Así pues, sobre todas las cosas, necesita tener seguridad en el medio que le rodea y la máxima satisfacción posible de sus necesidades básicas, de modo tal que este desarrollo vaya ligado lo menos posible a sensaciones displacenteras susceptibles de originar experiencias de angustia.

Desde el punto de vista psicoemocional, es en esta fase cuando se inicia la estructuración del núcleo del yo. Esto se produce a partir de los seis meses, cuando el niño comienza a crearse una cognición de sí mismo a través de la imagen especular que le devuelven las personas que le rodean —y que en este tiempo estarán en función madre sobre todo— a partir de las devoluciones de ambos progenitores. Este núcleo del yo se sustentará sobre las percepciones sensitivas y sensoriales que el niño tenga de sí mismo, en relación a sus estados de satisfacción, relajación y placer, o a los de insatisfacción, tensión y displacer.

Aunque esta imagen especular de sí mismo va a depender, en gran medida, de la información que reciba sobre sí desde el medio, las percepciones sensitivas y sensoriales propias cobran especial importancia en esta etapa, por cuanto el niño aún no es capaz de discriminar entre lo proveniente del mundo interior y del mundo exterior. Lo que percibe de sí aun no lo puede relacionar con los estímulos externos, por lo que se percibe a sí mismo como ser omnipotente y único en el mundo, origen y destino de todos sus estados. Es también en este momento cuando comienza a desarrollarse y a arraigarse el sentimiento básico de confianza en el medio y en la propia identidad.

❖ ETIOLOGÍA

En esta época, el niño no dispone de un sistema eficaz para la neutralización o contención de la angustia originada por las experiencias frustrantes; un sistema que sería tanto más necesario cuanto que la angustia durante la misma es de intensidad proporcional a la situación de dependencia de aquél. Es decir, es intensa y fácil de provocar, puesto que el estasis energético origen de la angustia sólo puede drenarse a través de la tempestad de movimientos incontrolados de brazos y piernas y/o por los gritos y el llanto durante las típicas *rabieta de berrear, puñetear y patalear*. O por el consuelo y la tranquilidad que supone el amoroso abrazo de la madre.

Sabemos que un bebé que experimenta una sensación displacentera llora y llora, y, si no se le satisface, dicha sensación comienza a percibirse como angustia. La percepción como angustia de la falta de satisfacción dependerá de que la frustración sea lo suficientemente intensa y duradera, ya que continuará llorando hasta que se le satisfaga total o parcialmente y se le consuele, o bien hasta que se agote y se deprima como mecanismo de defensa orgánico.

Por otra parte, tampoco existe la posibilidad de recurrir a mecanismos de defensa psicoemocionales excesivamente elaborados, pues su aparato psíquico no está aún suficientemente desarrollado. Sus estados displacenteros, aunque tengan origen en el mundo exterior, son percibidos en un principio como ocasionados por él mismo, sólo más tarde serán relacionados con la madre —también percibida inicialmente como parte de sí mismo—; por ello, el único recurso que cabe es la **introyección** total de la *madre hostil*. Hostil simplemente porque no le da la seguridad de proporcionarle la satisfacción en el preciso momento en que la necesita y la demanda; aunque no quepa excluir tampoco la posibilidad de una auténtica y directa agresión hostil, consciente o no, por parte de la madre. La introyección de la *madre buena* vendrá condicionada por la posibilidad que el niño haya tenido de contactar con sus propios impulsos tiernos y arraigarlos. A medida que el aparato psíquico del niño se vaya desarrollando y pueda ir diferenciándose de la madre, estos impulsos hostiles y tiernos, que en un principio serán centrípetos, los irá dirigiendo hacia ella —estando también condicionado por la disponibilidad que la madre tenga para recibirlos—, completándose así el mecanismo de introyección.

La posición en la que queda el niño fijado evolutivamente en esta etapa, es la de permanecer en constante anhelo de satisfacción. Por todo ello, en este tipo de carácter la dependencia emocional, la tendencia a la angustia fácil y a la instalación en un estado subdepresivo de base resulta nuclear. También la tendencia a percibirse a sí mismos con un sentimiento tanto más devaluado cuanto mayor haya sido la frustración y la angustia, que conducen, en definitiva, a un déficit del Sentimiento Básico de Seguridad en el medio, en sí mismo y en la vida a causa de la falta de reconocimiento satisfactorio por parte de la madre¹.

¹ En esta edad, el niño sólo se siente reconocido cuando siente que sus necesidades básicas son reconocidas, cuando son satisfechas y se les proporciona seguridad. De modo que para la patología de este carácter, viene como anillo al dedo el refrán castellano de: "Mucho te quiero perrito, pero pan poquito".

Esta satisfacción, seguridad y tranquilidad sólo se la puede proporcionar la madre, u otras personas que realicen dicha función. Es la madre quien, al propiciar la experiencia del niño consigo mismo, otorga la identidad de ser, posibilitando, en el caso de ser vivida con relativa seguridad y satisfacción, la cimentación de las bases energéticas fundamentales para un ulterior desarrollo sano de su carácter y personalidad. De tal modo que, en íntima relación con este desarrollo energético, está la posibilidad de que se constituya el germen de otro de los componentes del Sentimiento Básico de Seguridad: **el Sentimiento Básico de Seguridad en su propia identidad y en el medio como lugar de acogimiento y satisfacción**, que, más tarde, podrá deteriorarse o no, en mayor o menor medida, pero que en caso de faltar será bastante más difícil reconstruirlo.

La falta del suficiente desarrollo y arraigamiento de este componente del Sentimiento Básico de Seguridad, y sus consecuencias, lo expresa así una paciente, a la que llamaremos C. y a la que haré referencia en diversas ocasiones a lo largo de este capítulo:

*«No es que no me sintiera querida, sino que no me daban lo que quería, no me tocaban y **lo vivo como carencia de ternura**. Si no me tocaban no me sentía reconocida; pero al lado de esto veo otra historia: yo no he sentido nunca que a mí se me esperanzara... que mis padres me dieran a mí un lugar en el mundo, y yo no he sentido ninguna seguridad en mí de estar en el mundo. Nunca me dijeron "que quieres ser de mayor". Por eso creo que siento un anhelo muy grande de que alguien me diga que valgo y lo busco en los hombres, y para eso tengo que sentir que el otro vale mucho, que es de suficiente confianza y que me da confianza. **Coloco al otro en el pedestal y cuando lo consigo ya no me vale, hay un espacio de insensibilidad.**»*

Y en otra ocasión refiere de este modo este mismo desarraigamiento: *«Mi demanda no expresada es: permíteme que descanse a todos los niveles. No tengo la sensación de haber tenido protección nunca, desde pequeña. Una falta de seguridad total, incluso de poder seguir viviendo. No recuerdo haber tenido nunca protección. Envidio profundamente a las personas que sus padres les han protegido y les han permitido estudiar... Y yo tengo proyectado en la pareja que el tío que me quiere me va a proteger en todo... El anhelo de protección es lo primero que me sale, aunque luego me recomponga... Que me quieran, que me*

amen, pero eso no es para mí. Yo tal cual, no. Siempre disfrazada, siempre sofisticada... y si no es así conecto con una sensación de vacío grandísima».

La posibilidad y la disponibilidad para el establecimiento de este sentimiento de seguridad básico, así como su fragilidad, es lo que otorga importancia psicopatológica a esta etapa. Y es también lo que, de un modo más o menos determinante, hace que la carencia oral, la carencia de esta seguridad básica esté siempre presente en todos los caracteres y en todos los individuos, pudiéndose universalizar que todos elaboramos defensas contra el sentimiento de angustia que esta carencia origina.

❖ DINÁMICA ENERGÉTICA

En la fase oral del desarrollo toda la disponibilidad energética está en función de la demanda de satisfacción, es decir, aún hay una prevalencia total del impulso de placer, del Impulso de Vida, en el sentido de que es a través de su satisfacción como el niño asegurará su vida y su identidad. Cualquier tensión originada por la percepción del displacer resultante de una carencia duradera es sentida como un peligro real para la vida física, y dará lugar a la aparición de una angustia intensa; y ello porque no es capaz de concebir que lo que momentáneamente siente no va a durar eternamente, sino que podrá ser satisfecho más tarde. El niño vive aún en un presente riguroso, de cuya experiencia, en lo que al contenido, intensidad y duración en tiempo subjetivo respecta, dependerá el desarrollo energético ulterior.

En la demanda está puesta toda la cualidad energética del subimpulso agresivo del Impulso Unitario, mientras que el desarrollo y arraigamiento de la cualidad energética del subimpulso tierno dependerá del sentimiento de satisfacción. Es decir, el niño se va queriendo a sí mismo, va siendo tierno consigo mismo, en la medida en que se siente satisfecho; y en esta misma medida va desarrollando ternura hacia la persona, o mejor, hacia la función que le satisface, hacia la madre.

Si el impulso agresivo de demanda es frustrado más de lo que resulta tolerable —sea por su intensidad o por su duración— en esta fase, el displacer de la tensión soportada, y la consiguiente angustia, por el sentimiento de peligro de abandono real o fantaseado, van transformando la demanda agresiva —energéticamente sana y necesaria— en agresión

hostil, que dará más tarde lugar a una **exigencia de satisfacción** más o menos inadecuada, o incluso desmedida. Cuando, además, la falta de satisfacción de la demanda es tan duradera y repetida que lleva al niño al agotamiento físico, éste se deprime energéticamente, y tal experiencia sensitiva y sensorial le conduce en primer lugar a la conclusión de que sus esfuerzos por demandar lo que necesita son inútiles o poco eficaces: **pedir agresiva y directamente no conduce a la satisfacción de la necesidad, al menos no antes del agotamiento, de la depresión, y sí a la frustración y al aumento del displacer:** *«Yo venía con la intención de pedir formación, y hacerlo con dignidad para no estropearlo; pero no estoy acostumbrada a pedir a palo seco y mi sensación es que si no “sensibilizo” al otro no lo voy a conseguir: hacer sentir al otro culpable a partir de mi frustración con mi connotación de carencia. Yo he vivido con la idea de que si no había un sacrificio, un daño a mí, no recibía cariño».* Y, tras un rato de silencio, añade: *«Yo pido las cosas tan in extremis, con tanto esfuerzo, que el hecho de pedir las ya debería generar una respuesta generosa de dármelo, y no me la has dado, por eso estoy rebotada contigo».*

Dicha dinámica conduce necesariamente a un deterioro de la relación consigo mismo, ya que lo que predominantemente siente de sí es tensión y displacer, y, más adelante, al percibirse como carente de valor para la persona de la que depende, experimentará sensaciones de peligro y angustia. De este modo, irá cayendo en una situación depresiva desde el punto de vista energético y emocional, debido a la pérdida de la autovaloración amorosa de sí mismo, como consecuencia de la dificultad para el contacto tierno con sus sensaciones.

Así pues, el acúmulo de experiencias de fracaso y angustia irá haciendo que el componente agresivo pierda parte de su tendencia original, que, en esta época vital, no es otra que la satisfacción directa de las necesidades, produciéndose un desarrollo mayor de los componentes hostiles y tendiendo hacia una satisfacción indirecta, una satisfacción sustitutiva. Parte de esta hostilidad disociada del subimpulso agresivo irá dirigida hacia sí mismo, que es quien siente las tensiones de las necesidades no satisfechas, y, como aún no es capaz de diferenciarse del mundo externo, sentirá rabia contra sí mismo al percibirse como origen de su tensión, de su frustración y de su incapacidad para autosatisfacerse, lo cual origina aún más sensaciones de tensión y displacer, y éstas a su vez, más hostilidad.

De tal modo que a medida que la percepción sensorial de las pulsaciones propias de la carencia que da origen a la necesidad² —en principio de las necesidades biológicas básicas y, posteriormente, al final de la etapa, también de las necesidades emocionales de seguridad y afecto—, se vaya percibiendo disociada de su fin original (la conservación de la vida y la satisfacción) y se asocie al displacer que origina su frustración, se irán codificando progresivamente, quedando asociada a la sensación de angustia derivada de la pulsación del estasis energético.

Esta dinámica, C. la vivencia y la refiere con estas palabras: *«Cuando le quité dinero a mi madre se enfadó mucho y yo me fui a llorar a oscuras en un pasillo esperando que ella viniera a perdonarme. Pensaba que ya no era buena, sobre todo que ya no era lo buena que quería mostrar, niña buena sin mancha. Era muy pequeña, 5 años o menos. Y mucha culpa por haber traicionado a esa cosa de la pobreza de la familia: ¿Cómo podía haber hecho aquello con el poco dinero que teníamos? No me podía permitir ni un puto polo. Ni siquiera robé, sólo me quedé con las vueltas. Lo vivo ahora con mucha rabia y mucha pena: horas en un pasillo oscuro sin que nadie viniera a decirme nada. Y yo me decía: ¿es que por lo que he hecho ya no me va a querer mi madre, porque no soy lo que parezco? Mi madre, porque a mi padre ni lo contemplaba. **A partir de este momento, en cuanto me levantaba ya estaba pensando en que hacer para ayudar a otro, y cuanto más putada más lo hacía, y así ellos sabrán que me voy a conformar con lo peor y ellos me van a querer por eso**».*

Este circuito de retroalimentación negativa mantiene estasis gran parte de la energía del subimpulso agresivo, lo que supone una merma equivalente de la energía libre destinada a su fin original de ir hacia la autonomía, y que se desarrolla con el ejercicio de la capacidad de ir hacia la satisfacción directa de la necesidad sentida como tal.

A medida que el niño va pudiendo darse cuenta de que la fuente de insatisfacción es ajena a él, parte de esta hostilidad va siendo dirigida hacia la madre. Pero si el componente energético hostil es muy intenso, es decir, ha desviado mucha carga energética del subimpulso agresivo original, puede sentir la necesidad de destruir el origen de tanto displacer, dando lugar a que la rabia, naturalmente originada por cualquier frustración, se

² Por ejemplo, la pulsación del hambre como expresión de la necesidad de comer, de la carencia energética básica.

transforme en odio, y la finalidad del odio no es otra que la destrucción del objeto de deseo que se percibe, a la vez, como objeto frustrante³. En este caso, si los sentimientos de odio aparecen irán dirigidos hacia la madre, de la que se sabe ya dependiente, quedando así atrapado en la ambivalente y angustiante experiencia de necesitar, para satisfacerse y sentirse seguro, destruir a quien se necesita.

Como, aunque maltrecho, prevalece el Impulso de Vida, el niño siente a la vez la necesidad de contener sus pulsiones hostiles de odio, pues no puede enfrentarse a la percepción intuitiva de quedarse sólo. Parte de esa hostilidad irá más tarde dirigida hacia la madre, pero no directamente pues con ello siente que la destruiría, sino desviándola de su fin original —la destrucción— y transformándola en agresión hostil sádica que tenderá a la frustración de la madre, y que irá siendo finalmente racionalizada.

*«Yo tenía a mi madre muy idealizada, pero no sentía que me quería, que me atendía, con momentos claros de abandono. Tenía muy claro que pasaba mucho de mí, me dejaba con unos tíos con los que no me gustaba nada estar y que se querían quedar conmigo. Yo era como una adulta pero pequeña e indefensa. Por eso elaboré una estrategia de sacrificio ayudando mucho a mi madre para ver si llamaba un poco su atención; era como hacer una oferta de sufrimiento a mi madre, y me gustaba escuchar cuando decían que era muy trabajadora y que ayudaba mucho, y que no pedía nada para mí. Ahora, cuando tengo miedo a que me rechacen, al abandono, a no ser nada para el otro, es cuando hago la mayor oferta: ser todo para el otro, salvar su vida». Y un par de sesiones más adelante, evocando la situación relatada, añade: «Recuerdo una vez que expresé el dolor llorando sin razón, y mi madre dijo: Dios mío, ¿que pasa en mi casa? Y me vino una sensación de satisfacción: **sufre tú ahora con lo que he sufrido yo**».*

Otra parte de esta energía hostil queda arraigada en el propio individuo, que la sentirá como propia por existir una experiencia, aún reciente, en la que el niño se sentía causa de sus tensiones y su displacer, es decir, se percibía como su propio agresor, quedando de esta manera desviada de

³ Destruir a quien necesito para que me satisfaga porque, al no satisfacerme completamente, me frustra y la frustración me produce igualmente angustia. A través de la fantasía de destrucción se contiene parte de la angustia, a cambio de sentimientos de ambivalencia y culpa.

su objetivo natural: la madre. Esto producirá mayor angustia de abandono al dificultar aún más el contacto íntimo tierno consigo mismo. Pero la inversión de éste impulso agresivo hostil no es solamente el de la natural y legítima rabia, sino que trae también la distorsión del odio y del sadismo.

La contaminación de la energía tierna por parte del componente hostil del subimpulso agresivo, lo refiere C. de este modo bastante dramático. «*No sé distinguir si hay un impulso de... (se tapa la cara y llora) ¡Ay!.. de vida o un impulso de muerte. Yo... no sé que es... (llora y llora) algo que surge poderosamente, pero no sé distinguir si es un impulso destructivo o es un impulso de vida... Yo necesito mucho más de lo que pido, pero por eso no me atrevo a pedir lo que necesito y no hay sensación de saciedad nunca*».

Ésta es la base energética del mecanismo de defensa propio del carácter oral: la introyección, que no es tanto la "introyección" de la madre, cuanto la percepción de los propios sentimientos hostiles de rabia y odio que no han llegado a ser desarraigados de sí mismo, aunque el objeto natural, origen real de la frustración, fuese la madre.

A partir de que el niño comienza a diferenciarse de su madre podrá proyectar sobre ella tales sentimientos hostiles y completar el mecanismo de introyección y, a lo largo de la psicoterapia, lo podrá expresar este modo: «*Lo que yo sentía y siento es que no tengo un lugar. Mi madre no me lo ha dado como yo quería, con contacto físico y tierno. La demanda es fundamentalmente física y tierna. De mi madre yo estaba enamorada, un amor no correspondido*». En esta ocasión le indico que parece que tiene hacia ella la misma actitud que tenía su madre: perpetuar a la niña carente. Ante esta indicación, su respuesta fue inmediata: «*Sí señor, lo siento de verdad así*». Y en la sesión siguiente añade: «***Efectivamente, yo me trato a mí misma como mi madre, como alguien que le niega el amor a otro que está enamorada. Hay un plus de crueldad***».

Y este mismo mecanismo lo expresa así al referirse a relaciones afectivas adultas, a modo de reproche ante un desengaño: «*No te enteras de quién soy yo. Te lo voy a demostrar aunque tenga que humillarme y traicionarme. Como con mi madre, que me sacrificaba para ver si se enteraba de que yo valía. Es una venganza*». Una venganza que pasa primero por su propia destrucción: «*Luego está la parte en que me pongo desagradable y ahí hay crueldad y venganza. Lo sentí como venganza de algo que*

no sé qué era. ¿Cuál sería para mí la venganza, que sentido podría tener para mí? Me preguntaba cuál es el tipo de venganza que más me satisface. La que a mí más me duele es la falta de amor y de atención. Si yo me vengara de alguien me gustaría que pasara lo mismo que yo: mira lo que se pasa estando ahí. Tú estás mal y la víctima soy yo; percibo que él está jodido y encima lo puteo: eso es lo cruel, eso es el desamor».

Este proceso de inversión de instancias, cuantitativa y cualitativamente, importantes del subimpulso agresivo, condicionará el que la mayor parte de la energía de éste subimpulso quede fijada en una función de defensa, con el objetivo de contener los propios impulsos hostiles dirigidos hacia el exterior. Tales impulsos cada vez serán menos tolerables, al ser percibidos desde el momento en que va tomando conciencia de su dependencia real de la madre como peligrosos para él mismo. Otra parte de su energía agresiva es dirigida hacia el exterior, pero hacia objetos sustitutorios, debido a una percepción distorsionada de sus necesidades, y por el acúmulo de experiencias frustrantes en las demandas directas.

Así pues, el subimpulso agresivo original del Impulso Unitario queda parcialmente desprovisto de su finalidad energética natural —la satisfacción directa de las necesidades para obtener relajación y placer—, encaminándose a fines sustitutorios en evitación de displaceres mayores, reales o fantaseados, y con un componente hostil sádico importante.

Este componente de hostilidad sádica se origina al no poderse dirigir los impulsos destructivos directamente contra la madre, objeto natural de los mismos; pero también, porque una parte importante de la energía del subimpulso tierno está inmovilizada, y es utilizada en función de defensa. Una defensa que, ante todo, cumple con la misión de contener los impulsos hostiles destructivos de odio dirigidos contra sí mismo, a fin de contener su potencial capacidad de autodestrucción (que podría llegar a la autólisis directa o indirecta), por la percepción distorsionada que tiene de sí mismo como sujeto y objeto de sus propias frustraciones, y origen de sus tensiones y displacer. Así pues, de las posibilidades que haya tenido para poder dirigir directamente su hostilidad hacia el natural objeto exterior, y que éste (la madre) la haya asumido sin causar más frustración, dependerá la mayor o menor disponibilidad de la energía tierna, y la importancia del componente sádico.

Hay que considerar, por otra parte, que la falta de contacto tierno consigo mismo —consecuencia de la merma del sentimiento de seguridad

básico causada por la percepción distorsionada de sus necesidades como fuente de tensiones, displacer y angustia—, así como los sentimientos de auto-hostilidad, (en muchos casos de odio contra sí mismo), junto a la falta de energía agresiva para procurarse satisfacción, le predisponen a perpetuar la carencia y el sufrimiento. Esto supone una dificultad en la capacidad para percibir las propias sensaciones que señalan las carencias como tales, ya que en su experiencia cualquier señal expresiva de una necesidad conduce a una tensión que frecuentemente acaba en displacer: *«Hay algo que yo no puedo asumir a secas. Si yo deseo algo no puedo simplemente decirlo y ya está. Lo veo en relación a cuando me quedaba mirando a mi madre y no me atrevía a ir, sólo a justificarme y bloquearme»*.

Esta disposición energética nos da el perfil de un importante componente masoquista en éste carácter, hasta el punto de que podemos afirmar que, tras el carácter propiamente masoquista, es el más masoquista. De hecho, W. REICH menciona muchas características orales cuando describe el carácter que él consideraba masoquista.

Una diferencia de interés entre el carácter oral y el carácter masoquista estriba en que mientras aquél se desarrolla sobre una estructura de la personalidad histérica, lo que le lleva a la extroversión de sus sentimientos de sufrimiento, el carácter masoquista lo hace a partir de una estructura obsesiva, tendente a la introversión emocional, a la racionalización y a la resignación. Por ello, suelo decir con respecto al masoquismo en estos dos caracteres que, mientras que el carácter oral dramatiza el sufrimiento, el masoquista lo santifica mediante la resignación. Este modo diferente de sentir y de expresar el sufrimiento implica también a las pulsiones sádicas, que en el carácter masoquista serán mucho más sutiles y ocultas, y por ello potencialmente más lesivas: “Del agua mansa libreme Dios, que de la brava me libro yo”, señala el refrán.

De todo lo expuesto puede deducirse que el carácter oral es un tipo de estructura defensiva desenergetizada, fundamentalmente porque no ha tenido suficiente posibilidad de contacto tierno consigo mismo. Es decir, la energía básica no se ha arraigado suficientemente al haber sido percibida como origen de displacer, y por ello la identidad de ser es percibida distorsionadamente en éste mismo sentido. Por otra parte, la energía del subimpulso agresivo está activa pero mayoritariamente inmovilizada, conteniendo sus propios componentes hostiles, fijando también además parte de la energía del subimpulso tierno y originando mayor tensión por estasis

energética, y mayor disposición a la angustia. En consecuencia, dispondrá de poca energía libre de ambos subimpulsos para atenderse a sí mismo.

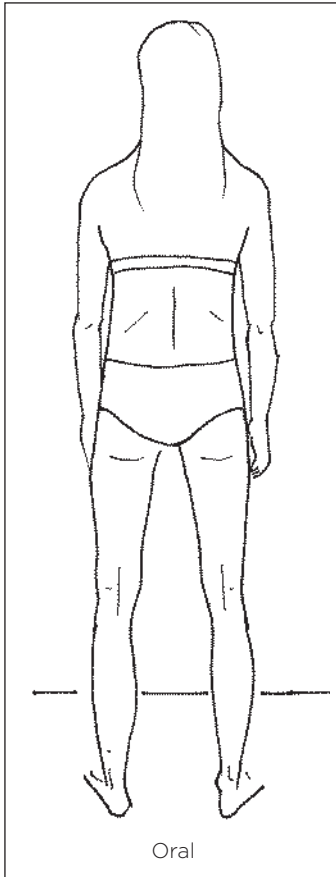
Aún así, para lograr disponer del máximo de energía libre posible necesita disminuir la intensidad de la percepción de sí mismo. Dado que se percibe como fuente de displacer, cuanto menos intensas sean sus propias percepciones, menos energía necesitará para contenerlas y menos angustia movilizará. Por ello, desarrolla bloqueos, tensiones y una disposición muscular fundamentalmente hipotónica, adecuada para una estructura defensiva como ésta, orientada a evitar producir energía y a drenar inmediatamente la producida de forma natural, lo que le coloca en una actitud de notable dependencia del suministro exterior, que mayormente resultará frustrante. Con lo que la caída en la depresión energética está prácticamente asegurada. Ocurre de forma análoga a las enfermedades intestinales que cursan con diarrea: cualquier ingesta de alimento produce más dolor cólico y más deshidratación.

❖ ESTRUCTURA CORPORAL

Consecuentemente, la estructura corporal del carácter oral se caracteriza por una desenergetización y una hipotonía muscular generalizada, resultando por lo general un cuerpo longilíneo, flácido y con tendencia a la fatiga fácil. Existen tipos orales obesos por disposición hormonal, por sobrecompensación bulímica ansiosa o bien por hábitos alimenticios, pero sin afectar fundamentalmente a la estructura muscular.

En el carácter oral, los bloqueos energéticos no van acompañados de grandes tensiones ni contracturas musculares, salvo en zonas muy concretas como el diafragma, las piernas o en la región interescapular y las mandíbulas, con unas consecuencias y unas funciones muy determinadas como veremos más adelante. Es precisamente la hipotonía muscular lo que hace que los músculos no dispongan, al no poder contenerla, de la carga energética necesaria para un tono muscular de trabajo adecuado y para la expresión agresiva. Al no haber energetización⁴, hay poca capacidad de acción y esto, a su vez, impide la energetización mediante la

⁴ Las expresiones “energetización y desenergetización” se refieren a la disposición de energía libre circulante o a su estancamiento. Así pues, no se trata de que haya más o menos “cantidad” de energía, si no de que ésta esté libre para la expresión y el contacto, o estanca por estar contenida o por estar en función de defensa, de contenedor.



acción expresiva⁵ en un circuito de retroalimentación inhibitoria. Es decir, el carácter oral se defiende de la percepción de la excitación energética genuina, que en gran parte sería percibida como sensación de angustia, a través de una sobre relajación muscular que actuará como filtro para las propias percepciones sensoriales. Esta sensación de desenergetización es compensada por la intensidad en la percepción del sufrimiento, lo que proporcionará a sus vidas una pseudointensidad

Este mecanismo de defensa de retroalimentación desenergetizante resulta necesario para el carácter oral, pues, como se ha dicho, la mayor parte de sus propias excitaciones vegetativas, derivadas de la necesidad de satisfacción y seguridad, son percibidas distorsionadamente al haber sido codificadas junto con las experiencias sensoriales y emocionales de displacer y angustia. Por ello, este carácter se percibe básicamente a sí mismo como generador

de estos estados, y por ello necesita mantener baja su carga energética, a fin de disminuir la intensidad de sus excitaciones vegetativas —que no puede tolerar (displacer)— y emocionales —que no puede expresar a causa de su carga hostil destructiva (angustia)—, y que son en definitiva las que le dan información de sí mismo.

Esta disposición energética disminuye la claridad y la intensidad de la percepción displacentera de sí mismo, a costa de incrementar la energía estatica. El incremento de ésta supondrá que la percepción de la pulsación de estas excitaciones contenidas sea sentida como angustia, pero ya desconectada de su origen: la falta de seguridad, la hostilidad, el miedo al abandono, etc., todas ellas totalmente naturales en las situaciones originales. Esta angustia es inhibida mediante los mecanismos de defensa

⁵ La acción expresiva es "energetizante" porque requiere del fluir energético, y porque es por sí misma capaz de liberar energía estatica que estaba conteniendo otras expresiones.

psicoemocionales —fundamentalmente la introyección—, dándole contenidos emocionales y cognitivos, y adoptando actitudes propias de cada historia individual, según las propias posibilidades temperamentales en relación con su situación existencial y en evitación de un displacer mayor.

La estructura energética que está en la base de la introyección es la **inhibición** en la función expresiva de una importante carga energética de los subimpulsos tiernos y agresivos, (los cuales, en un principio son percibidos y arraigados como origen del propio displacer —insatisfacción— y de la angustia —hostilidad—, para ser posteriormente desviados de su objeto original, el sujeto mismo, puestos en función de defensa y dirigidos hacia el exterior), **precisamente porque esta situación pasa por una depresión energética, que es consecuencia del agotamiento en la demanda de una necesidad no satisfecha. Y por una depresión emocional, porque ir hacia la demanda es ir hacia la frustración, tanto de la satisfacción como de la expresión de la necesidad**⁶.

Desde este estado en el que el niño no dispone ya de energía para la expresión de la rabia, pero la sigue sintiendo, necesita parte del impulso tierno para contener las sensaciones displacenteras de la tensión rabiosa no descargada, contaminándolo de hostilidad y distorsionándolo sensorialmente. Siendo fundamentalmente el impulso tierno el que posibilita la percepción de sí y da la identidad de ser, se explica que el niño se perciba y se identifique como origen de todo su malestar. Y que, por ello, se rechace y rechace todo cuanto venga de sí mismo, quedando en una situación de dependencia al necesitar que tanto la satisfacción como el reconocimiento venga del exterior. Es decir, queda fijado en la situación de dependencia y necesidad propia de la etapa oral, y con las distorsiones perceptivas sensoriales, emocionales y cognitivas propias de cada proceso individual.

A esta situación de dependencia del reconocimiento exterior, y a su invalidación, se refiere C. de esta manera: *«Si no es a través de otra persona no consigo el amarre (es decir, el arraigamiento). Después de estar con muchas personas, el domingo por la tarde estaba sola en casa y me vino: yo no hago las cosas para mí, ni lo más mínimo, ni la más mí-*

⁶ La inversión de la función del impulso de expresiva en defensiva, y su contención, se realiza fundamentalmente en el músculo estriado, de control voluntario, y está mantenido por los mecanismos de defensa tanto corporales —la desenergetización— como psicoemocionales —la introyección—. Tanto los unos como los otros se estructuran rígidamente en la coraza muscular, emocional y cognitiva que constituye el carácter.

nima cosa. Me vino la sensación de estar haciendo siempre para otro, cuando hago las cosas sola parece que hay otro delante, como cuando bailo sola. Como estoy sola y no recibo una respuesta y estoy actuando para otro, me entra una angustia y un vacío. Pero, ¿tú dónde estás? Y da igual lo que hay enfrente, lo que hay en mí es una insaciabilidad permanente, sensación de no saciarme y no saber por qué. Da igual lo que me den, hay algo que no me llena. Sé que hay miedo a la soledad, pero lo que he hecho es crear un entramado de gente dependiente de mí para no tener que buscar yo a nadie, ellos me buscan a mí, y eso me garantiza un ideal que es estar sola. Una trampa perfecta». Y aún más adelante, tras bastantes sesiones, dice: «Noto la tensión que pongo en la relación: la dependencia aparece cuando el otro está o puede estar, no cuando no está. Es muy raro. Yo ante el otro pierdo mi identidad. Pero hay algo a lo que no quiero renunciar, muy neurótico, es como un ideal que no quiero abandonar. Como un ideal de encuentro conmigo misma a través de otra persona».

Esta depresión energética de la que venimos hablando es el origen de la hipotonía generalizada, pero es también el medio por el cual el niño garantiza su vida, ya que mientras tuviera fuerzas seguiría reclamante hasta el extremo de poner en riesgo su propia vida. Ésta es la razón por la que el mecanismo de defensa corporal de este carácter es la hipotonía muscular como forma de proteger la vida, pero a costa de dificultar notablemente su capacidad para sentir la energía —tanto la propia como la que proviene del exterior a través del contacto— y utilizarla expresivamente, perpetuando ese estado crónico de desenergización.

Generalmente, su disposición muscular y su actitud corporal les da a los orales el aspecto de haber detenido su desarrollo en una época infantil, y por ello suelen impresionar como personas de menor edad de la que cronológicamente tienen.

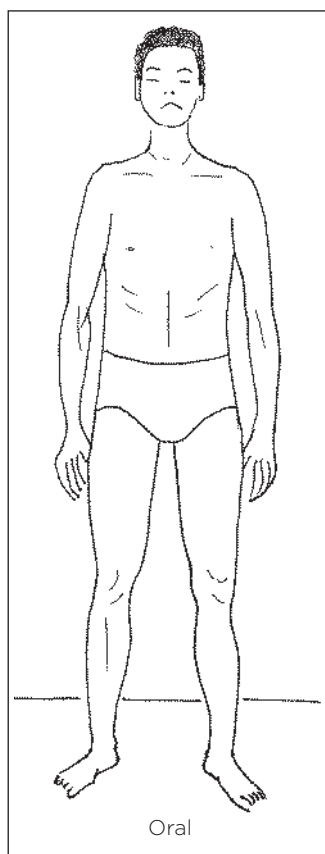
Con frecuencia, su **cara** tiene una expresión infantilizada, acorde con el resto del desarrollo corporal; llamando la atención la expresión de sus ojos, generalmente grandes y bastante abiertos, y su facilidad para el llanto, pudiendo en algunos casos llegar a ser algo exoftálmicos, esto es, un poco proyectados fuera de la órbitas. Invariablemente, la expresión de su mirada es de demanda, hasta el punto que pueden movernos emocionalmente a la compasión incluso sin proponérselo. En ella se mezclan, como estados más o menos permanentes y pronunciados, la agudeza, la demanda y el sufrimiento, pudiendo llegar a expresiones extremadamen-

te dramáticas dependiendo de la situación y de su patología caracterial. También aparece con frecuencia la chispa de la gracia, la comicidad, la burla, la seducción o la crueldad; lo que nos produce la incómoda sensación de estar siendo observados en nuestras partes más innobles, débiles y recónditas. Lo observan todo, toman nota de todo y lo filtran todo a través de su estado emocional del momento —cuanto menos evidente más observado—, elaborando sus propias conclusiones, generalmente descalificadoras para ellos y para el observado. Es pues, una mirada que puede darnos la impresión de estar frente a una persona dependiente y desvalida pero lista, invasiva y, en cierta manera, peligrosa.

Los labios suelen ser blandos y más bien carnosos, y el gesto de su boca suele expresar pena o sufrimiento. Tampoco sus mandíbulas están muy desarrolladas; aunque en ciertos casos el hecho de que los músculos masticadores, los maseteros, estén muy desarrollados y tensos puede darnos la falsa impresión de ser personas en contacto con la rabia y con la posibilidad de expresarla, pues el mayor o menor desarrollo de los músculos maseteros depende generalmente del contacto que la persona tenga con aquélla y con su capacidad de expresión.

Estos músculos, que fundamentalmente sensan y contiene las emociones de pena y rabia, están bloqueados en tensión y, por tanto, hiperdesarrollados y duros, siendo dolorosos a la presión cuando el contacto emocional con tales estados es intenso, aunque con la posibilidad de expresión muy limitada. Una contención que es llevada a cabo apretando crónicamente las mandíbulas y mediante un movimiento similar al de triturar con las muelas, o de despedazar entre los dientes. Lo que hará que, por este constante trabajo, los músculos se hiperdesarrollen y marquen su relieve muy claramente debajo de la piel.

Semejante dinámica le da a la persona un aspecto de “cara de Popeye”, pudiendo causarles dolor, problemas dentales e incluso ocasionarles



trísmus. Si el contacto con estas emociones está bloqueado por otros mecanismos energéticos o psicodinámicos, los músculos maseteros estarán hipodesarrollados, flojos y, a veces, ni siquiera sus contornos al tacto aparecerán claros, aunque sí serán dolorosos a una presión suave porque, aunque hipotónicos, están tensos. Esta falta de relieve acentuará el aspecto de persona apenada y sufriente, y le dará languidez a la expresión.

Obviamente estos dos estados son extremos: son una cronificación máxima y, al margen de ellos, son personas con una expresión facial viva y emocional, tanto del sufrimiento como de la alegría, acorde con su necesidad de verbalizar sus estados emocionales para disminuir la carga de angustia y para obtener atención o compasión, o, sencillamente, para compartir sus vivencias. La ironía y el sarcasmo, con mucha frecuencia sobre sí mismos, son sus formas verbales de dar salida a la hostilidad oral de un modo parcialmente satisfactorio, pero acorde con las emociones, y económicamente tolerable para él y, al menos, para parte del entorno.

El cuello suele ser alargado, de musculatura poco desarrollada, con escaso relieve en la piel y de tacto blando y más bien frío. Pese a no tener grandes tensiones superficiales, éstas aparecen en la laringe y en la faringe, ocasionándoles —por la tensión de las cuerdas bucales— frecuentes problemas de deglución y de fonación, y dando como síntomas la afonía, el miedo a atragantarse, así como sensaciones más o menos pronunciadas de asfixia, manifestadas sobre todo durante las crisis agudas de angustia. En muchos casos, presentan también dificultades para el vómito (Reich habla de “inversión del reflejo del vómito”) y generalmente para el grito profundo.

La nuca, la parte superior de **la cintura escapular**⁷ hasta la articulación de los brazos, la zona interescapular y los músculos que unen los omóplatos a las costillas, están muy tensos y forman uno de los anillos de bloqueo más importantes de este carácter. De tal manera, que la cabeza queda proyectada hacia delante y, con frecuencia, los hombros algo elevados y adelantados; y los omóplatos, total o parcialmente inmóviles, pegados sobre las costillas debido a la tensión de los músculos subescapulares. En el carácter oral, estos músculos participan escasamente en

⁷ La cintura escapular es la articulación del humero con el omoplato y la clavícula, y de ésta con el esternón. Es decir, del brazo con el tórax.

el movimiento agresivo natural de los brazos cuando piden, retienen o rechazan, lo que les puede llevar a realizar movimientos que recuerden al aleteo de un ave de corral.

La tensión subescapular y la capacidad de movilidad de los omóplatos se explora bien intentando introducir los dedos de la mano entre el omóplato y las costillas. En el carácter oral dicha tensión apenas permite introducir la punta de los dedos; en tanto que en los demás caracteres pueden meterse totalmente, o al menos las dos primeras falanges. Esta maniobra podrá a veces utilizarse como diagnóstico diferencial con algunos caracteres rígidos, especialmente con los rígidos histéricos del subtipo aniñado, que pertenecen al instinto de conservación.

Esta disposición energética de la nuca, de los hombros y de la articulación de los brazos, en la que los músculos están tensos pero descargados energéticamente, como muelles que se han extendido mucho y demasiadas veces, es el resultado muscular del agotamiento en la expresión de la función agresiva de demanda de satisfacción, con experiencias mayoritariamente frustrantes, junto a la necesidad de modular alguna respuesta de rabia ante las frustraciones. Y también como consecuencia de la necesidad de evitar en lo posible la percepción de esta energía estática que da lugar a la angustia, mediante la desenergetización depresiva como mecanismo de defensa para proteger la energía vital básica.

Una vez establecida esta dinámica energético-muscular, será el bloqueo mismo el que, como resultado de la obstaculización en la percepción sensorial del impulso y de la expresión de su función agresiva, sentida ahora como hostil y angustiante, contribuirá a evitar el contacto con las necesidades reales básicas de autonomía e independencia, seguridad, protección e instauración de límites.

Así pues, en la cintura escapular los músculos están poco desarrollados, tan poco desarrollados a veces que se perciben y se palpan los huesos, dando la impresión de que están “descarnados”. La clavícula, la articulación de ésta con el esternón y con el omoplato, y el húmero, e incluso la espina del omoplato, hacen claro relieve en la piel; dejando como valles en los que se pueden meter fácilmente los dedos, de manera que se puede palpar alrededor de los huesos, obteniendo la sensación de que no se interpone otra cosa que la piel. Tal hipotrofia de los músculos de la cintura escapular podría parecer extrema, y más propia de personas anoréxicas, que sólo constituyen un caso extremo en la patología de este ca-

rácter; por el contrario, resulta frecuente, y únicamente está encubierta en la personas orales obesas.

Con mayor frecuencia encontramos los hombros algo elevados⁸; aunque también haya caracteres orales que, dependiendo de las tensiones de cintura escapular, presenten los hombros muy caídos. Lo que resulta común a ambas disposiciones, es que los mismos aparecen siempre adelantados respecto de la vertical del cuerpo, como cerrándose sobre el pecho. La disposición que podemos tomar como característica de los hombros, tiende a dar la impresión de no estar donde deberían en relación con el resto del cuerpo, ni en el eje horizontal, ni en el vertical; emergiendo por arriba o por abajo, y siempre por delante: como para proteger sus emociones y conseguir que los brazos lleguen lo más lejos posible. Si nos fijamos en los cuerpos de las personas anoréxicas, como casos extremos del carácter oral, observaremos que los hombros y la boca están adelantados, en el mismo plano vertical. Semejante morfología está presente, de un modo más o menos marcado, en todos los tipos de carácter oral.

De la articulación escapular “cuelgan” **los brazos**, que impresionan como largos, débiles y escasamente desarrollados, con músculos largos y blandos que apenas forman relieve debajo de la piel. **Las manos** también son largas y delgadas, con tendencia a la garra pero con dificultad para hacer puño. Al pedirle a la persona que golpee sobre un cojín, lo hará de un modo muy poco contundente, sin fuerza, y, si está tumbada boca arriba, con los codos apoyados; agotándose muy pronto, no tanto por el esfuerzo —que no parece existir en ningún momento—, sino en la intención y el interés: no hay estímulo porque el contacto con la energía necesaria, con la fuerza para la expresión de la afirmación, está muy dificultado. Por ello, las expresiones de sus sentimientos de frustración se quedan, con frecuencia y exclusivamente, en escandalosas rabietas.

Es la consecuencia de que su defensa sea el no contactar profunda y directamente con el origen genuino de esta emoción: la rabia original de la legítima y frustrada agresión oral. Una parte de la energía de este impulso la invierten, junto con su carga emocional y su procesamiento cognitivo, en una forma de autoagresión descalificadora, en autocompasión y en hu-

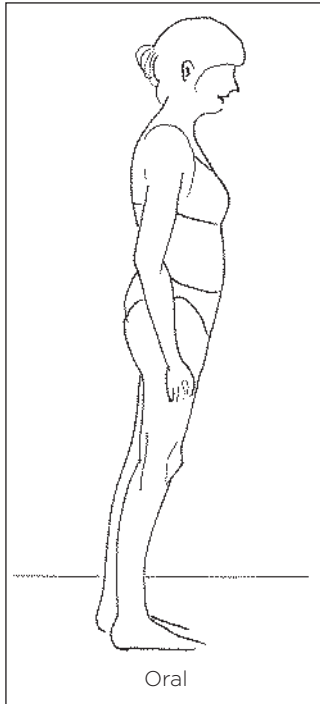
⁸ Lowen describe a estos tipos como si estuviesen colgados de una percha. Y a los tipos con importante bloqueo masoquista, que se caracterizan por contractura muscular interescapular, como si estuviesen colgados de un gancho de carnicero.

millación, o, reactivamente, en soberbia. Otra parte de la energía del impulso es dirigida hacia el exterior, hacia el objeto original, de forma real o fantaseada, o hacia objetos sustitutivos, pero no ya directamente sino con un importante componente sádico.

Aunque, en general, los músculos no estén contraídos, es frecuente encontrar una línea de tensa contractura muscular que abarca desde los maseteros, a lo largo de los músculos superficiales de la nuca, hasta la zona interescapular, a nivel del tercio superior de la columna dorsal y de las primeras vértebras cervicales. En estos casos, y en esta última zona, aparece un importante bloqueo con contractura muscular que es, con frecuencia, espontáneamente doloroso, y siéndolo siempre a la presión. Un bloqueo que irradia a la zona cervical, dando lugar a que el tacto sea similar al de trozos de cuerda o bolas bajo la piel pálida y fría, y, en casos extremos, de una masa muscular compacta y dura que la persona percibe “como si fuese corcho”.

Todo este grupo funcional, que comprende músculos de los segmentos oral y cervical, constituye la zona funcional más importante en la percepción sensorial de la rabia, necesaria para preparar la reacción de protesta y defensa, y que luego se extiende a los brazos y las mandíbulas, órganos para su expresión. Si la expresión se produce, la zona, tras la tensión de alerta, vuelve a relajarse. Cuando hay contacto con la rabia y ésta no se expresa (contención), no se produce la relajación, y la tensión se acumula crónicamente. Dicha tensión provoca dolor en un principio pero, al estar cónicamente mantenida, va produciendo un cansancio fibrilar que deja la zona insensible a la excitación que acompaña a la emoción de rabia.

De éste modo, se inhibe la percepción de las sensaciones que acompañan a la excitación rabiosa mediante el bloqueo de la percepción sensorial en los músculos encargados de su expresión, convirtiéndolos en una zona emocionalmente muerta que es percibida —y descrita— “como si fuera de corcho” y/o “como de un peso”, que generalmente es dolorosa, y a la que los pacientes se refieren con la expresión de “tengo cervicales y vértigos”. Con ello, al tiempo que se evitan las sensaciones que acompañan a la emoción de la rabia, también se evita la angustia que produciría la dificultad para descargarla directamente a través de un sistema muscular insuficientemente desarrollado en mandíbulas, brazos, hombros y manos, así como el tener que enfrentar las temidas consecuencias que su expresión supone. Pero al precio de perder su función natural al servicio de la agresividad, la autonomía y la independencia.



Este bloqueo funciona, por tanto, como contenedor y desensibilizador de la rabia. En esta función de contención de la energía de uno mismo se emplea energía propia. Este uso de la energía contribuye a la desenergización del carácter y a tensionar —en ocasiones hasta la hipertrofia— la musculatura de esa zona concreta, al tiempo que se invierte la dirección del correspondiente impulso agresivo, el cual pasa de ser expresivo en su origen, a ser retentivo en función de defensa. El circuito de retroalimentación inhibitoria establecido en la tarea de inhibir el impulso agresivo supone un esfuerzo constante (y no consciente) y, por tanto, un gasto energético permanentemente mantenido como energía estatica de defensa.

La intensidad del bloqueo al que nos venimos refiriendo estará en relación directa con la importancia del componente masoquista propio de cada desarrollo individual. Por ello, al comenzar una psicoterapia con el carácter oral, resulta eficaz darle al componente masoquista la importancia que tiene, atendiéndolo desde el inicio, incluso con masajes en la zona que, aunque puedan ser dolorosos, serán siempre muy liberadores y facilitarán la disolución de la primera y una de las más importantes resistencias a la psicoterapia; pero siempre y cuando trabajemos paralelamente el desarrollo del arraigamiento, que es el objetivo prioritario en el carácter oral.

El tórax suele ser estrecho y blando, pudiendo las costillas llegar a ser casi tan blandas como los cartílagos, por lo que se deprimirán fácilmente a la presión de las manos: se trata de un tórax fácilmente depresible. Aún así, en algunas personas de carácter oral encontraremos tórax francamente duros; la razón es que la dureza del tórax está en relación directa con la limitación en la capacidad de sensor y de percibir conscientemente algunos impulsos, fundamentalmente con la dificultad de contacto y de expresión directa de la ternura y, por tanto, de la pena. La ternura, cuya percepción vendrá tanto más distorsionada cuanto mayor sea su utilización en función de defensa como impulso antitético de la hostilidad, es percibida como **autocompasión**. La agresividad, y sobre todo sus componentes hostiles dirigidos hacia uno mismo como impulsos an-

titéticos, son percibidos de forma autoagresiva como **tenacidad**, la cual puede llegar a ser tan extrema como para destruir a la persona —v. g. en las personas anoréxicas—.

Así pues, la dureza del tórax estará en relación directa con el componente masoquista de este carácter y con las posibles defensas psicopáticas. Sin embargo, en estos casos, existirá un mayor contacto con la angustia como consecuencia de la mayor dificultad que tendrán para expresar directamente sus impulsos profundos, sin disponer de una coraza muscular estructurada dinámicamente para su adecuada contención —como sucede en el carácter masoquista—, ni tampoco para la acción —como en el carácter psicopático—. Con frecuencia, el carácter oral tiene solamente la opción de drenar el aumento de la pulsión de angustia a través de la actividad dramática expresiva. Esta facilidad para dramatizar las emociones corresponde, de otra parte, a su psicodinámica estructural histérica. Y en tal opción defensiva, pueden llegar hasta el extremo de desencadenar una auténtica tempestad de movimientos descoordinados, semejantes a los movimientos infantiles; algo que en el adulto es considerado como una expresión histriónica.

La hipotonía de los músculos pectorales, que no forman ningún relieve sobre la piel, resulta decisiva a la hora de dificultar la misión agresiva de rechazo o retención de los brazos. En los músculos intercostales, la hipotonía supondrá una respiración torácica poco relevante, al tener éstos escasa fuerza para elevar las costillas, dificultando el que los pulmones se expandan, por la presión negativa de la caja torácica. El tórax permanece relativamente inmóvil durante los movimientos respiratorios, siendo la respiración casi exclusivamente abdominal: al distender el vientre, el diafragma baja y se expanden los pulmones. Pero, en el carácter oral existe un **bloqueo importante y un anillo de tensión en el diafragma**, que se encuentra algo elevado, tenso y bloqueado en espiración no forzada. Esta tensión del músculo diafragmático, al tirar de sus pilares de inserción (en mayor medida en las costillas que en el esternón, y contrariamente a lo que sucede en el carácter esquizoide), hace que el tórax tienda a adquirir —como en el pecho de las aves— forma de quilla, y que los bordes de las costillas flotantes se eleven y hagan relieve bajo en la piel.

Aunque el bloqueo del diafragma esté presente siempre, esta morfología torácica será más o menos evidente en función de la intensidad de la tensión diafragmática; tensión que estará en relación directa con la patología de desenergetización depresiva propia de éste carácter. De no presentar

la forma de quilla, nos encontraremos con mucha frecuencia con un tórax que destacará por ser plano, blando, poco caliente y sin relieves musculares, pero con los relieves de todas las costillas bien marcados. Con mucha mayor frecuencia, las mamas suelen ser, en consonancia con el resto del cuerpo, pequeñas, e impresionan como pechos que no han alcanzado aún la madurez.

La función defensiva dinámica del bloqueo diafragmático, que nunca alcanzará la intensidad que tiene en el carácter esquizoide, es doble. De una parte, dificultar la percepción directa de las sensaciones (la capacidad de sentir) que acompañan a las necesidades básicas del individuo, tanto las biológicas como las emocionales —entre éstas últimas las de dolor y de intimidad—, y que se lleva a cabo obstaculizando el flujo energético entre el abdomen (centro instintivo motor) y el tórax (centro emocional). De otra, limitando notablemente la capacidad de la respiración, con lo que se disminuirá la intensidad de las excitaciones de todas las sensaciones corporales, y consecuentemente también de las percepciones emocionales, al limitar notablemente la fuente básica para su energización: la oxigenación.

El dolor emocional resultado de la ruptura del contacto genuino y de la falta de intensidad en la percepción de sí —una percepción distorsionada y poco intensa de sí mismo— es contenido por los mecanismos de defensa y permanecerá oculto por constructos cognitivos a nivel consciente; un buen ejemplo de las cuales será el **sufrimiento**. El sufrimiento les proporciona un *como si* de identidad y de intensidad que resulta inflacionista (sufrimiento narcisista) al no contar con el soporte bioenergético necesario para un contacto íntimo y profundo, lo que tendrá la consecuencia de dificultar aún más el posible contacto directo con la propia identidad.

Para un carácter que percibe sus propias sensaciones, que se percibe a sí mismo básicamente como el origen de su displacer y de su angustia, y cuyo mecanismo de defensa psicoemocional central es, precisamente, la introyección, además de la internalización del *mundo externo* frustrante; a un carácter que no dispone de una estructura muscular capacitada para la contención energética, le resultará imprescindible limitar su capacidad de energización para así restringir también la intensidad de sus sensaciones genuinas, la intensidad de su autopercepción, en el intento de evitar el máximo displacer posible, objetivo natural de todo ser vivo. Esta limitación de la capacidad de energización se consigue elementalmente reduciendo el aporte de oxígeno —base de cualquier proceso orgánico, emocional,

intelectual o espiritual del ser humano y de cualquier ser vivo oxígeno-dependiente—, mediante la disminución de la capacidad ventilatoria de la respiración, que quedará reducida casi al mínimo vital imprescindible.

De este modo, el bloqueo diafragmático cumple con una doble función defensiva. Al estar bloqueados en espiración, los pulmones y la cúpula del diafragma permanecen contraídos crónicamente, y el pecho aplanado y sin posibilidad de expandirse mucho más, ya que los músculos intercostales carecen de la fuerza suficiente para ampliar la caja torácica elevando las costillas; y el diafragma, dada su tensión, tampoco podrá contribuir mucho más a la expansión de los pulmones. La consecuencia será que la capacidad de cada inspiración queda muy limitada. Es de dominio común el hecho de que cuando queremos controlar la expresión de una emoción o la percepción de una sensación, lo primero que hacemos para disminuir su intensidad es contener la inspiración. En el carácter oral esta reacción natural ha pasado a ser crónica y rígida, como método de defensa ante la intensidad displacentera de las percepciones sensoriales, sensitivas y emocionales.

De otra parte, al tratarse de un bloqueo tenso, el flujo energético sensorial y sensitivo entre la pelvis, el abdomen (necesidades básicas) y el tórax (centro emocional) quedará dificultado, haciendo que necesidad y emoción se perciban distorsionadas, e incluso parcialmente escindidas. Coloquialmente decimos que del vientre sube poco calor al tórax y que el pecho está frío, con lo que a nivel expresivo habrá mucho ruido y pocas nueces, habrá mucha expresión y escaso contacto emocionalmente genuino, lo que les capacita para ser excelentes actores y actrices.

Al mismo tiempo, el bloqueo oral y cervical dificultará también el ya de por sí mermado flujo energético, soporte de cualquier percepción hacia o desde el centro intelectual por lo que el procesamiento cognitivo de las percepciones queda también distorsionado y parcialmente escindido. Como consecuencia, no sólo **hay un insuficiente contacto energético consigo mismo, sino también una insuficiente idea o imagen de sí mismo**: *«Una falta de confianza muy grande en que la vida fluya favorablemente, sólo en que fluya con justicia entre lo bueno y lo malo. Por eso si no intervengo mi expectativa es de catástrofe. Es un agotamiento de no poder simplemente estar. El bienestar no tengo la sensación de que lo provoque yo. Mi esquema mental es que yo sólo provocho en mí sensaciones de malestar, pero hay un anhelo tan grande de estar bien... Sólo veo la parte necesitada del otro para poderme sacrificar por*

él y que me reconozca..., es que no me gusto nada. En el fondo hay una desconfianza muy grande..., el mensaje de "no me lo merezco" me puede llegar de cualquier persona».

La columna vertebral tiene tendencia a la hiperextensión, aunque no tan marcada como en los caracteres rígidos, y con proyección de la cabeza y de la pelvis hacia delante, y con aumento de la curvatura cervical y disminución de la lumbar (lordosis). Para compensar este desequilibrio dinámico de las curvaturas fisiológicas hay una tendencia a marcar un poco más la curva dorsal (cifosis), que aparecerá tanto más acentuada cuanto más lo sea la corrección de la cervical y de la lumbar.

No existen tensiones llamativas en los músculos largos de **la espalda**, excepto en la región interescapular, como señalé anteriormente. Sin embargo, sí presentan con cierta frecuencia problemas médicos en las dos zonas de máxima tensión dinámica: en la parte inferior de la región cervical junto a la superior dorsal, y en la zona inferior de la región lumbar. Se trata de tensiones originadas al mantener de forma crónica la cabeza proyectada hacia delante, y la pelvis rotada en ligera anteversión. Con mucho, la patología somática más frecuente, que no es exclusiva de este carácter, son los dolores interescapulares de la espalda, con irradiación cervical y craneal.

Ni **las nalgas** ni el resto de los músculos de la pelvis presentan tensiones importantes: aquéllas suelen estar blandas y con tendencia a marcar excesivamente el pliegue glúteo, impresionando más como *culo caído* que como pelvis *adelantada*. Esta característica puede servirnos de diagnóstico diferencial con el carácter masoquista, que presenta la pelvis muy adelantada y los glúteos muy tensos y duros, lo que le da el aspecto de *culo plano*, casi en la misma vertical que la espalda.

El abdomen es blando, con tendencia a hacerse algo prominente por insuficiencia de los músculos longitudinales y transversos para contener eficazmente a las vísceras en su sitio. Esta misma laxitud de los músculos abdominales favorece el que no sean raras la hernias umbilicales e inguinales en estos tipos, así como los problemas de estreñimiento, cuestiones ambas relacionados con el componente depresivo y masoquista del carácter. La tendencia al ligero abultamiento abdominal contribuye, también, a darles un aspecto infantil.

Como se decía más arriba, **la pelvis** aparece en ligera anteversión (el pubis rotado hacia delante), tanto más pronunciada cuanto mayor sea el

componente masoquista (subtipo de conservación) y tanto menor, cuanto más elaboradas estén las defensas psicopáticas (subtipo sexual), si es que existen. Esta anteversión de la pelvis no es tan notoria como en el carácter masoquista, ni tiene, como veremos en su momento, el mismo origen ni función. Este último está arraigado en la fase anal del desarrollo, lo cual marca diferencias fundamentales: la pelvis masoquista está cargada energéticamente y muy tensamente bloqueada; la del oral está descargada y, por tanto, no precisa de tensiones para mantener el bloqueo energético, sino que, precisamente por la poca carga energética del carácter, la ligera anteversión resulta suficiente para mantenerla en una función de descarga permanente, pero la incapacita para contener suficiente nivel de energía.

En la fase oral del desarrollo, el niño no tiene percepciones sensoriales específicas en la pelvis ni en el sistema excretor ni genital. Es incontinente porque aún no han madurado las terminaciones sensitivas y motoras necesarias del S.N.P., siendo la orina y las heces evacuadas sin llegar a producir excitación vegetativa alguna que señale la repleción de la vejiga y del recto, por lo que no tendrá sensación de necesitar evacuar ni capacidad para controlar los esfínteres. En el aspecto sensorial y motor, la pelvis es una parte inexistente de su cuerpo, de la que no recibe información discriminatoria alguna.

Por otra parte, sabemos que la pelvis cumple la función de actuar como acumulador y regulador de la carga energética, y que esta función se cumple en estado de máxima carga en la posición de retroversión (energía potencial), llegando en el movimiento hacia adelante (energía cinética) a la posición de anteversión, en el punto de máxima descarga, desde donde deberá regresar de forma pasiva a su punto central de reposo, ligeramente retrasado con respecto del eje vertical del cuerpo. En éste punto, la pelvis está en disposición de contener las excitaciones vegetativas propias de este segmento corporal. Las excitaciones que se perciben desde la pelvis están relacionadas con las necesidades básicas del individuo y de la especie, como son la capacidad para sentir, expresar y mantener la fuerza agresiva, y la necesidad de recibir contacto tierno y estímulo sexual. También cumple la función de contener las excitaciones que provienen del resto del organismo, y así volver a cargarse energéticamente posibilitando el que éstas sean clara y discriminadamente percibidas por la persona para satisfacerlas posteriormente en el momento adecuado.

La pelvis en el carácter oral no regresa al punto central de reposo, sino que se mantiene crónicamente en una posición de descarga, con lo que su capacidad para cumplir la función de contención de la carga energética

de todo el organismo queda, al menos parcialmente, dificultada. Con esta posición de descarga de la pelvis —y por su falta de tono muscular— se facilita el que cualquier estímulo energético, tanto sensorial como sensitivo y emocional, sea inmediatamente drenado hacia el exterior. Se evitará así el que se acumule y se mantenga la suficiente carga energética como para permitir que las tensiones que se originan a partir de las necesidades —traídas a la consciencia por dichas tensiones—, adquieran una intensidad suficiente como para ser perceptibles. Porque estas tensiones, recordemos, son vividas por la persona oral como un augurio de frustración, displacer y origen de angustia. Como resultado, la pelvis no completará su maduración y permanecerá en un estadio casi infantil de desarrollo y, por tanto, será casi desconocida energéticamente para la persona.

De este modo, la pelvis se integrará en el sistema de defensa corporal del organismo oral que, como sabemos, consiste en mantenerlo desenergizado para así disminuir la intensidad de todas sus excitaciones y economizar la energía que de otro modo sería necesario utilizar en la contención de la angustia originada al percibir sus propias excitaciones.

Sin embargo, este déficit de contención energética, y por tanto de posibilidad autoperceptiva, ocasiona en el individuo una permanente sensación de vacío y un sentimiento crónico de carencia. Al estar, además, obstaculizada su capacidad para retener los estímulos energizantes que provengan del exterior, su demanda será constante y voraz, sin que puedan llegar nunca a sentirse satisfechos. Utilizando un símil médico: es como si padeciesen una enfermedad con un déficit metabólico de los afectos, de modo que, por mucho que reciban, su organismo no puede utilizarlos, con el resultado de que la persona pasa hambre de ellos. Por las mismas razones, con frecuencia son personas anorgásmicas, aunque no frías, al no poder alcanzar el dintel de excitación necesario para la descarga orgásmica, ya que parten de un nivel muy bajo de carga energética y no les resulta posible mantener la propia de la excitación sexual.

Esta dificultad para retener lo que reciben se transforma en un permanente anhelo de satisfacción y frustración buscada, base energética de la envidia: *«Mi envidia es estar aspirando constantemente a algo que no tengo, que me falta. Al conseguir la cosa anhelada, la sensación no es para tanto, se acaba la intensidad, y pienso que no era para tanto y no me siento satisfecha y lo descalifico inmediatamente. Lo que me atrae es la incertidumbre más básica que va más allá de satisfacer o no el deseo. Hay una incertidumbre con la que tienes que acostumbrarte a vivir. Hay una*

*huida constante de esa sensación de vacío. Aunque realmente algunas veces soy especial para el otro, no basta. **Prefiero la frustración que el sabor de esa satisfacción parcial que no me llena.** Siento que este vacío no tiene nada que ver con el deseo, es como un vacío de estar rodeada de mierda neurótica, y mientras que no me pare ahí no hay nada que hacer». Punto de partida para que bastantes sesiones más adelante llegue a la siguiente conclusión: «Lo único que ahora me va quedando claro es que desear desear es como no querer desear, como negar el impulso de vida, como preferir la frustración al rechazo, elegir entre los dos».*

Por otra parte, dicha disposición de la pelvis propiciará también en la persona oral la necesidad de extrovertir sus sensaciones, sentimientos y emociones de un modo exagerado, incluso dramático, cuando se acercan a un nivel de excitación que les resulte intolerable y movilizador de angustia. Esta necesidad de intensidad en la expresión compensa la falta de genuina intensidad con que se perciben a sí mismos, y facilita una explicación al hecho de que sea éste carácter el más eficaz en la búsqueda de conflictos para sí mismos.

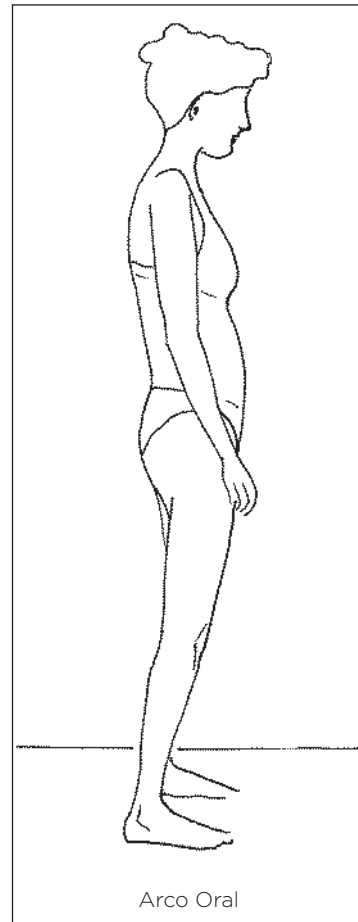
Las extremidades inferiores —muslos, piernas y pies—, como el resto del cuerpo, tienen un desarrollo muscular insuficiente, que le impedirá a la persona disfrutar de una sensación de seguridad suficiente tanto en la marcha como en la posición estática. Estas extremidades suelen ser delgadas y largas, sin apenas relieve muscular pero con importantes tensiones, que se localizan en la parte superior de la cara interna de los muslos, en los músculos abductores —encargados de mantener los muslos juntos, sobre todo cerca de su inserción con los huesos del pubis—, en la cara posterior de los muslos y las piernas, y alrededor de las rodillas. Las articulaciones de las rodillas quedan en hiperextensión, en un estado de tensión extrema que les fuerza a adoptar —en el intento de compensar la falta de seguridad que su insuficiente desarrollo muscular le proporciona— una disposición que semeja a unas columnas rígidas pero que, en realidad, aumentará su inestabilidad, al disminuir su capacidad de flexión para el equilibrio y el desplazamiento.

Estas tensiones son consecuencia de las correcciones posturales del eje vertical del cuerpo. Cuando la persona oral se encuentra de pie, en posición de arraigamiento, el eje longitudinal no es perpendicular al suelo sino que adopta forma de arco: el arco oral. Esta disposición —una actitud de entrega y apaciguamiento en la que se muestran las partes blandas y menos protegidas del cuerpo—, resulta típica del carácter oral, y es patog-

nomónica de la oralidad, señalando el componente oral en otros caracteres, sobre todo en los rígidos.

Si miramos a la persona lateralmente observaremos que la cabeza está adelantada, y que en la raíz del cuello se inicia un arco que acaba en los tobillos, de modo que la columna vertebral aparece en ligera hiperextensión. En cuanto a las articulaciones de las piernas, las rodillas y los tobillos —en lugar de mantener un ángulo menor de 180 y de 90 grados respectivamente, que sería lo adecuado fisiológicamente para un buen arraigamiento y para que tales articulaciones puedan flexionarse sin dificultad— forman un ángulo mayor de 180 en la rodilla y menor de 90 grados en el tobillo, con lo que la flexión tendrá que vencer siempre una resistencia inicial.

Las articulaciones de la cintura escapular, de las caderas, rodillas y tobillos no están en el mismo eje vertical de cuerpo, sino que la articulación de la cadera aparece en una posición adelantada con respecto a la del hombro y del tobillo, y la de la rodilla bastante más adelantada que las otras, casi en el plano de la barbilla. El eje vertical no se inicia en la oreja sino en la región occipital, y desde ahí la plomada pasa por las articulaciones del hombro y del tobillo y no por la de la cadera. Por ello, el eje vertical del cuerpo no cae entre los antepiés sino entre los talones que pasan, de ser un punto de apoyo para mantener el equilibrio, a constituir un punto de fuerza sobre el que descansará el peso del cuerpo y desde donde se iniciará la marcha. Los antepiés pierden, pues, su función: ser el principal punto de apoyo desde el que se mantiene la estática y se inicia la marcha. Las consecuencias de tal disposición supondrán el que la persona mantenga un contacto precario con el suelo, que se agote pronto estando de pie y quieto, que su caminar sea inseguro y que sea fácilmente desequilibrable: es decir, un arraigamiento muy deficiente.



Los pies, por la debilidad muscular, tienen tendencia a suprimir el arco plantar dando lugar con mucha frecuencia a los pies planos, poco dotados para la marcha y de fácil fatiga. Para compensar su falta de estabilidad, los dedos tienden a disponerse en forma de garra, como intentando agarrarse al suelo y haciendo fuerza contra él, lo que puede originar algunas lesiones traumáticas en la articulaciones de las falanges. Suelen ser estrechos, e impresionan en general como poco dotados para desempeñar su función.

La marcha se inicia más bien desde la cabeza, los ojos y la boca, e inmediatamente desde los talones. A cada paso se empuja el cuerpo hacia adelante, lo que hace que el caminar tenga un aspecto ondulante que puede transmitir una falsa impresión de erotismo y sensualidad, del cual se suele sacar mucho partido en las pasarelas de modelos. Este modo de caminar, que en mayor o menor medida puede aparecer en otros caracteres de estructura psicodinámica histérica (aunque entre ellos existan las diferencias específicas propias de las diversas estructuras caracteriales), puede estar en el carácter oral encubierta por una dinámica muscular desarrollada a partir de la elaboración de defensas de otras épocas del desarrollo (las más frecuentes son las masoquistas y las psicopáticas, que aflorarán junto con actitudes propias de dichos caracteres), o por acentuación de actitudes del propio carácter oral.

Por ejemplo, un fuerte componente esquizoide o masoquista hará que la persona disponga de una coraza muscular más tensa; y la elaboración de defensas psicopáticas significará el surgimiento de importantes rigideces en las piernas y muslos. Ambas disposiciones enmascaran el movimiento espontáneo del ondulante caminar oral. En general, este modo de andar será tanto más evidente cuanto más libre esté el subimpulso agresivo; por ello suele ser claro en el subtipo sexual (siempre que las defensas psicopáticas no sean muy dominantes), menor en el social e inaparente en el de conservación. Pero en todos ellos —incluso en este último caso—, si hacemos caminar el suficiente tiempo y en actitud relajada y confiada a la persona, aparecerá y podremos observar la peculiaridad de que la marcha se inicia en la cabeza, y que es desde ahí desde donde viene la intención y la fuerza para el movimiento y para su dirección.

Consecuentemente con su dinámica energética y con su disposición muscular, la **capacidad de arraigamiento** del carácter oral será muy precaria, fiel reflejo de la relación que establece consigo mismo y con el entorno. Como sabemos, desde el punto de vista corporal, el arraigamiento

viene señalado por la capacidad que tenga la persona para mantenerse sobre sus propios pies y nos indicará también su capacidad de contacto con la realidad.

Según se ha dicho con anterioridad, cuando pedimos a la persona oral que permanezca durante cierto tiempo de pie observaremos que su cuerpo se dispone de manera más o menos evidente en función del arco oral, y que las piernas se van tensando y adoptando una disposición semejante a unas columnas rígidas, mientras que el tronco cae como flexionándose sobre el abdomen y adelantando los hombros, de tal modo que parece que su columna vertebral haya perdido la capacidad de mantenerlo erguido en la vertical: una marcada tendencia a caer al suelo, que nos señala su dificultad para mantenerse independiente y autónomo. Observaremos también que, a causa de la pérdida del equilibrio dinámico entre los músculos extensores y los flexores, le resulta fatigoso permanecer quieto y de pie, moviendo los pies de una posición a otra y quejándose de cansancio y de dolor en los mismos. Además, como el eje vertical del cuerpo está desplazado hacia los talones, si le empujamos ligeramente en el pecho se desequilibrará hacia atrás fácilmente.

Esta manera de estar sobre los pies, nos dará una indicación precisa de cómo es su forma de existir en el mundo, y de su contacto con la realidad: falta de equilibrio, inestable, con dificultad para la autonomía, con poca flexibilidad y capacidad de adaptación, y con escasa tolerancia a la frustración y al esfuerzo. Si bien es cierto que algunas personas orales —especialmente aquellas en las que predomina el instinto de conservación— muestran una aparente tenacidad en el esfuerzo e, incluso, mucha tolerancia a las frustraciones continuadas, desde el punto de vista energético no es así, ya que esta actitud acaba invariablemente en depresión. Ello es así por tratarse de una actitud de defensa y de compensación que requiere un gasto energético mantenido, sin que exista ninguna posibilidad de energización al no proporcionarle a la persona ningún placer genuino, en tanto que la mantiene en una tensión constante.

Esta actitud corporal y la dificultad que conlleva para el arraigamiento se hacen más evidentes cuando le pedimos que mantenga los ojos cerrados, porque la persona oral, de arraigarse de alguna manera, es a través de los ojos, de la mirada. Coloquialmente, decimos que está “colgado de la mirada”, en espera de una identidad y de un reconocimiento que no siente como propio. Al cerrar los ojos se privan de su punto de referencia, y no es raro que contacten con la angustia de caída, e incluso que caiga al suelo

si hemos conseguido que aflore libre de defensas el anhelo de ser amados por su madre. Es el contacto con esta angustia más o menos consciente, el que le lleva a acentuar la actitud corporal defensiva, aumentando el arco oral y la rigidez de las piernas, lo que aunque subjetivamente le haga sentirse más seguro, en práctica le proporcionará mayor inestabilidad.

Por ello, resulta necesario comenzar el proceso terapéutico ayudando a la persona a energetizarse y a mejorar su arraigamiento. Sólo a partir de ahí se podrá ir desbloqueando y movilizando la angustia necesaria para que el proceso siga adelante. De no hacerlo así, puede ocurrir que no sea capaz de tolerar la movilización de angustia y abandone la terapia, o bien que entre en resistencia pasiva, refugiándose en actitudes sadomasoquistas que harán de la terapia una fuente de frustración constante, tanto para el paciente como para el terapeuta.

❖ DINÁMICA EMOCIONAL

La dinámica emocional del carácter oral está en función de garantizarse la satisfacción de sus necesidades, pero a costa de renunciar a su independencia. Su eslogan podría ser: "Yo me hago dependiente de ti y tú satisfaces mis necesidades". Así lo expresa C.: *«Lo único que yo busco de una pareja es que me reconozca y me proteja. Pero mi mejor manera de amar es potenciar lo bueno que tiene el otro, y al final acabo como un personaje sacrificado: cambio entrega apasionada por sacrificio. Creo que es porque no sé defender mi lugar y me fusiono con el otro y desaparezco, y me aprovecho del otro, he de ser fundamental para el otro. Me siento indefensa y no puedo sacar valor suficiente para poner límites. Yo me vuelco en todo y luego siempre pierdo»*. Y en otra ocasión: *«Cuando yo me quedé con él no hice relación de pareja, fue otra cosa, por amparo y, al final no me he sentido amparada. Yo renuncié a cosas y sentí como un cambio de papeles: **yo la especial y él el que me tenía que conseguir, hacer por mí lo que yo había hecho por otros. Y no se cumplió la expectativa**»*.

Durante la etapa oral del desarrollo, el niño es un ser totalmente dependiente que necesita que le cuiden y le proporcionen el alimento material, sensorial y emocional que demanda. No es un ser pasivo, y semana a semana va a serlo cada vez menos. Puede reclamar, y reclama con fuerza, exigiendo que le *atiendan* en sus necesidades, y protesta si no se siente satisfecho. Responde a nuestros estímulos y se entretiene explorándose

solo, gratificándose a sí mismo si se encuentra a gusto, o durmiendo si tiene sueño; juega, ríe, parlotea y muestra claramente lo que le interesa, rechaza sólo lo que no le interesa o le molesta. De no sufrir una importante fijación esquizoide en la etapa anterior del desarrollo, la preoral, en la manifestación de su naturaleza se hace muy evidente que el Impulso Unitario sigue la dirección de la vida: reclamar desde la necesidad para asegurar su supervivencia, crecer en experiencia, procurarse bienestar y relajación, y evitar la tensión del displacer.

Es decir, los subimpulsos tierno y agresivo aparecen unívocamente en función de satisfacer las necesidades del niño, procurándole bienestar y satisfacción. Siempre que esté despierto, estará en acción, y ésta buscará propiciar en la relación con el mundo que le rodea su desarrollo global y unitario. Así pues, desarrollo, satisfacción y placer residen en una unidad funcional cohesionada y coherente en cuanto a su fin primordial: el crecimiento sano del niño.

El niño es un ser muy activo, pero muy limitado físicamente. Y es esta limitación natural la que le hace también totalmente dependiente. Dependerá de otro para satisfacer sus necesidades, e incluso para mantener su vida, pero se trata de una dependencia que aún no conoce, y que irá conociendo a medida que vaya enfrentándose a las frustraciones; unas frustraciones que siempre provienen del mundo externo, con el agravante de que también desconoce la existencia de un límite entre sí mismo y el mundo. Se siente aún omnipotente y, precisamente por ello, como origen y fin de todas las experiencias de sí mismo; se siente igualmente origen de sus frustraciones y del displacer consecuente a las necesidades insatisfechas.

En esta época el niño no establece aún vínculos afectivos, sino que se relaciona a través de sus necesidades. Sus movimientos hacia la madre, a quién considera aún *otra función* de sí mismo, no son consecuencia de la expresión de sentimientos afectivos sino de su pulsión natural a la satisfacción de sus necesidades. A lo largo de su evolución, durante esta y sucesivas etapas, va a ir desarrollando también su capacidad afectiva, que vendrá necesariamente determinada por la relación que establezca con la función madre. Una relación que se establecerá sobre la percepción sensitiva y sensorial que el niño tenga de la relación dinámica entre tensión y relajación, es decir, de la percepción sensorial correspondiente a la satisfacción o no satisfacción de sus necesidades, moviéndose siempre en la polaridad placer/displacer.

Si la relación que establezca consigo mismo y con el entorno se desarrolla sobre una experiencia en la que predomine la satisfacción, la relajación y el placer, se propiciará también el desarrollo y arraigamiento del subimpulso tierno y amoroso hacia sí mismo y —en la medida en que vaya diferenciándose— hacia la madre y hacia el mundo exterior, con la confianza de que va a ser acogido y de que va a poder obtener, por sí mismo, la suficiente gratificación. **Es decir, va a poder desarrollar de forma adecuada y sana uno de los componentes del Sentimiento de Confianza Básico: el sentimiento básico de confianza en el medio, y el primer germen del sentimiento de seguridad en la identidad de ser.**⁹ Este último comienza a estructurarse en la época oral, a partir de los seis meses aproximadamente, cuando el niño empieza a tener una idea de sí mismo por medio de la imagen especular que recibe del mundo exterior, sobre todo de la madre. Así pues, es en esta época del desarrollo donde se comienza a estructurar y a arraigar el núcleo de lo que conceptualizará como su futuro yo.

Por el contrario, si la relación establecida con uno mismo se realiza sobre una base en la que lo predominante sea la frustración, la tensión y el displacer, lo que se favorecerá será el desarrollo y arraigamiento de los componentes hostiles del subimpulso agresivo, mediante la experiencia de sí mismo como origen del propio displacer, y de la incapacidad para lograr la suficiente satisfacción de sus necesidades y la consiguiente relajación placentera. Es decir, se experimentará a sí mismo básicamente como hostil; una percepción de sí mismo que mermará notablemente su confianza tanto en las propias percepciones sensoriales, sentidas mayoritariamente como displacenteras, como en su capacidad de autonomía para la autosatisfacción. Y a medida que vaya diferenciándose, irá proyectando estos sentimientos de hostilidad y desconfianza sobre el mundo

⁹ El desarrollo de estos sentimientos depende, por tanto, de que la función madre proporcione al niño la posibilidad de tener una experiencia de sí mismo suficientemente placentera, relajada y acogedora, y su arraigamiento de la propia capacidad de su organismo para procesar primero sensorial y más tarde cognitivamente, dicha experiencia sin distorsiones. Este proceso ha sido descrito por el pensamiento psicoanalítico como “proceso de narcisización” y se conoce con el nombre de narcisismo primario. Es el déficit en esta investidura narcisista lo que da lugar al desarrollo del narcisismo como rasgo del carácter, en un intento de reparar la pérdida del contacto amoroso consigo mismo, como defensa ante el dolor y la angustia por la herida en el narcisismo primario. Claudio Naranjo se refiere a esta pérdida de contacto amoroso como el “oscurecimiento óptico” del ser, por cuanto implica una pérdida del contacto con la identidad de ser, con el origen. El desarrollo del narcisismo secundario implica dificultad para aceptar los límites de la no omnipotencia, la castración desde el punto de vista psicoanalítico, siendo nuclear en el desarrollo de todos los caracteres.

exterior —incluida la madre—, percibiéndolo, por tanto, como un lugar inevitable, pero también indeseable por aparecer hostil y poco preparado para brindarle satisfacciones.

Universalmente, todos los seres vivos tendemos a querer lo que nos gratifica y a evitar, o a destruir, lo que nos frustra; y a lo largo de los primeros años del desarrollo, cuando este desarrollo es suficientemente sano, vamos adquiriendo capacidad de tolerancia tanto para no depender de la necesidad de conseguir *todo* lo que nos gratifica, como para no quedarnos fijados en la rabia que nos provocan *todas* las frustraciones. Para ello es necesario que entre ambas exista un equilibrio compensatorio, de tal modo que al niño le vaya mercediendo la pena el ir posponiendo la necesidad de gratificación inmediata durante determinado tiempo, a medida que su desarrollo orgánico le vaya capacitando para contener determinados niveles de tensión. Pero la vivencia en el niño oral es que tanto él mismo como el mundo exterior, del cual se va sintiendo cada vez más dependiente, le originan mayoritariamente frustraciones: *«No tengo la sensación de haber perdido porque no tengo la sensación de haber tenido nunca»*.

El equilibrio o desequilibrio entre las polaridades gratificación/frustración, placer/displacer, sentimientos amorosos/sentimientos hostiles, derivados de la correlación dinámica entre los subimpulsos tierno y agresivo en la relación consigo mismo y con el mundo exterior, que se corresponden con el anhelo inicial de autogratificación/autofrustración y, posteriormente, de una madre gratificadora/abandonica, son la base energética y emocional de **los sentimientos de ambivalencia**.

Dichos sentimientos de ambivalencia, tan presentes y nucleares en el carácter oral, están dirigidos tanto hacia sí mismo al haberse percibido como origen de sus frustraciones, como hacia el mundo exterior a partir del momento en que puede diferenciarse de él, asentándose sobre una base de desconfianza y descalificación global de los intentos de auto y heterosatisfacción, porque el fracaso en su finalidad le ha proporcionado una experiencia fundamentalmente displacentera. Consecuentemente, los sentimientos de fracaso y la energía de estos **intentos fracasados se viven como sentimientos hostiles de odio, hacia sí mismo y hacia el mundo, en un movimiento para liberarse del objeto de su deseo, destruyéndolo**. Ello es así porque se siente dependiente y necesitado de su objeto de deseo por la posibilidad de gratificación y supervivencia que le ofrece, pero que a la vez es percibido como origen de frustración y displacer. Al propio tiempo, va condicionando la percepción de sí mismo

como un ser generador de odio y a la vez odioso; algo que los adultos expresan como el sentimiento de tener “un monstruo dentro”, un sentimiento intrínseco de maldad o fealdad, que es origen de sus sufrimientos y de su vergüenza por ser así.

«Mi identidad única era la de que carecía de amor. Me consideraba feísima y me avergonzaba de eso; y mi cualidad, ser lista y enterarme, no me servía de mucho, aunque me enteraba de todo. Era hipersensible y me avergonzaba por ser hipersensible. Era no merecedora y era consecuente con eso. No aspiraba a que me dieran y no esperaba nada. Conseguía que hablasen de mí por lo que hacía, pero que a mí no me interesaba. Hay mucho disimulo en tapar mi sensación de fealdad y de falsedad y me da vergüenza la maquinaria puesta en el disimulo. No sentía respetada mi belleza en sentido amplio y, además, organizo las cosas para que lo que reciba no sea lo que yo espero. Creo que siento odio hacia mí, aunque, en el fondo fondo, creo que me va a llegar la ternura sin tener que pedir».

Una dinámica que hace necesario que parte del subimpulso agresivo se disocie como antitético de sí mismo, lo que implicará también la disociación de su función original, mediante la inversión de la dirección del subimpulso —y la inmovilización de su energía— en una función de contención y defensa ante la intensidad destructiva —y por ello, intolerable— que los componentes hostiles poseen en ese momento. Sabemos que la función original del subimpulso agresivo es la autonomía en la gratificación de las necesidades y en la conservación de la propia vida; sin embargo, este fin original se va percibiendo cada vez más distorsionado, hasta al extremo de propiciar el arraigamiento del sentimiento de odio hacia sí mismo y hacia el mundo, incluida la propia madre. Esta distorsión es consecuencia de la incapacidad natural que tiene el niño en ese momento de su desarrollo para percibir los límites entre sí mismo y el mundo exterior. Por ello, al dirigir su hostilidad hacia sí mismo, hacia sus propias necesidades —origen designado de su displacer—, y hacia quien no satisface sus demandas —inicialmente percibido también como parte de sí mismo—, gran parte de la hostilidad originalmente destinada hacia el mundo exterior revertirá en él.

Unos sentimientos de ambivalencia y odio que serán tanto más fuertes cuanto mayor haya sido la necesidad de contener los componentes hostiles, bien por su intensidad como respuesta a frustraciones experimentadas como extremas, o bien por la escasa tolerancia del medio ante la respues-

ta hostil, rabiosa, frente a las frustraciones. En ambos casos, la energía agresiva retenida —la relativa a los impulsos no expresados y la correspondiente a los impulsos antitéticos en función de defensa—, dejará de estar al servicio del fin original de satisfacer sus necesidades. **Esta energía contenida y estásica será percibida como una tensión displacentera, siendo vivenciada y procesada corporal y emocionalmente como angustia;** una sensación que poco a poco se va llenando de contenidos cognitivos más o menos explicativos y compensatorios. Al mismo tiempo, estructurará los mecanismos de defensa psicoemocionales. Y concretamente el que se conoce como **introyección**, que es el nuclear en el carácter oral. **Esta energía agresiva hostil, arraigada en sí, contenida y estásica, es la base energética de este mecanismo de defensa.**

Por ello, el mecanismo de introyección no consiste tanto en que el niño “devore y se trague” —como suele decirse en ocasiones— a la madre como objeto maléfico, sino en que proyectará sobre ella parte de la hostilidad que estaba dirigida contra sí mismo, puesto que es a sí mismo, y no a su madre, a quien percibía como la fuente del displacer. Esta proyección tendrá lugar a medida que se vaya produciendo el proceso de diferenciación, y que pueda ser objetivada como origen externo de la frustración de sus necesidades de gratificación. Con posterioridad, acaecerá también una identificación con la madre, como intento de compensar la poca confianza que el niño tiene en su capacidad para autosatisfacerse, por la escasa disponibilidad de energía agresiva libre. Lo que dará lugar a un **vínculo de dependencia ambivalente**, también nuclear en este carácter: *«Mi madre no me tocaba... yo lo anhelaba y hacía como ella, la tenía idealizada, sólo recuerdo que me quedaba quieta y ella me decía que yo tenía vergüenza. Ahora quiero que me toquen pero no dejo que ocurra. Como que lo niego».*

Aunque, como parte de nuestra propia vida, tengamos el derecho natural e inalienable a ser atendidos, amados, cuidados, estimulados, alimentados y satisfechos en nuestras necesidades —sea por la madre biológica, o por la persona o personas que desempeñen esta función—, las cosas no ocurren así. Aunque lo esperemos y lo exijamos, no sucede así en ningún caso; por ello la carencia oral está presente en la estructura de todos los caracteres. Pero esta carencia original, origen de la fijación sobre la que se estructura el carácter oral, será más o menos intensa aunque siempre se mantendrá en el tiempo, abarcando globalmente las pulsiones sensoriales y emocionales, es decir, la esfera afectiva del niño en la relación consigo mismo y con la madre como su primer objeto externo, y **posteriormente con el mundo, al que considera por ello en deuda con él.**

La relación con uno mismo y con el mundo se establece sobre la experiencia relativa a la satisfacción o insatisfacción de las necesidades básicas, y ello sucede en un momento en el que está desarrollándose un componente esencial del Sentimiento Básico de Confianza en sí mismo y en la vida, a partir del cual el niño va a ir oportunamente afianzando su identidad de acuerdo con las percepciones de sí mismo y del entorno. Percepciones ambas que son, en este caso, mayoritariamente frustrantes y origen de su displacer y tensión.

La consecuencia de todo esto tendrá como resultado el que este sentimiento básico de confianza vaya instaurándose de un modo distorsionado e insuficiente, dando lugar a un sentimiento de desconfianza e insatisfacción que se hará también básico, y alrededor del cual se estructurará todo el ulterior desarrollo del niño y del adulto. Dado que tanto el subimpulso tierno como el agresivo se ven frustrados e invalidados en el cumplimiento de su función, se perderá el equilibrio dinámico entre tensión y relajación, porque la tensión que origina y señala la pulsación de una necesidad no va seguida de la relajación que supone su satisfacción, bien porque ésta sea insuficiente o porque la demanda sea excesiva.

Cómo hemos visto a lo largo de las citas de C., la relación que este tipo de madre mantiene con su hijo, es una relación más formal que afectiva; ya que por las razones que fuere sólo es capaz de satisfacer las necesidades de su hijo de una manera mecánica, de modo que el niño recibe las atenciones elementales pero desprovistas esencialmente de contacto afectivo. Se trata de un contacto con poca carga de afecto tierno, y en esta etapa, la identidad de ser viene determinada por la cualidad del contacto tierno con la madre, un contacto del que dependerá el desarrollo y arraigamiento del propio sentimiento de ternura, en un bucle de retroalimentación positiva o negativa que lo condicionará.

La cualidad del contacto con una madre con poca disposición afectiva condicionará, a su vez, un contacto distorsionado con uno mismo porque la percepción que recibe el niño de sí mismo, amén de insuficiente, no es placentera, por lo que será evitada recurriendo a un movimiento vital y universalmente practicado: la evitación del displacer. Por ello, la identidad de ser se desarrollará también de forma insuficiente. Este deficiente contacto tierno consigo mismo y con la madre, y el consecuente desarrollo incompleto y distorsionado del sentimiento de la identidad de ser, es la base energética de la **escasa tolerancia a la frustración**, relativa a su necesidad constante de afecto y reconocimiento por parte del mundo ex-

terior en un intento de lograr así sentirse identificado, aunque al precio de reforzar el vínculo de dependencia.

Debido al deficiente contacto tierno consigo mismo, poco es lo que tiene en realidad; y, dada su escasa energía agresiva libre, poco es lo que siente que pueda conseguir. Si le quitan o no le dan, le colocan frente a su carencia real, frente a su dependencia y a su incapacidad, lo que intensificará su sensación de displacer y su sentimiento de angustia. La respuesta será necesariamente hostil y con odio destructivo, que irá dirigido a la destrucción de la fuente de su displacer y angustia, es decir, a sí mismo y al mundo externo. Pero siguiendo la ley natural de evitación de un displacer mayor y de conservación de la vida, recurrirá a la desenergetización como mecanismo de defensa energético y corporal. Ésta, como se ha dicho, actúa limitando la exposición propia y del medio a los impulsos destructivos al fin de no acentuar la angustia de dependencia, pero lo hace al precio de instaurarse en una depresión energética que condicionará la posición depresiva vital con la que se vive y se instaura en el mundo. Éste es el objetivo de la desenergetización como mecanismo de defensa corporal frente a la angustia.

Esta pauta de relación entre madre e hijo, en la que aquélla ofrece cuidados pero con un contacto tierno insuficiente, ocurre porque la tendencia, o la necesidad de la madre es la de que el niño se entretenga sólo la mayor parte del tiempo, posponiendo la atención y satisfacción de las necesidades de éste a sus propias necesidades y posibilidades, de modo tal que las situaciones de tensión displacentera pueden llegar a ser excesivamente duraderas y superar la capacidad del niño para soportarlas. Tengamos en cuenta que el niño vive aún en un presente eterno, en el que el *después* no existe, y en el que la no satisfacción inmediata es simplemente vivida como una satisfacción inexistente.

Este estrecho margen —por lo demás, natural y propio de este momento del desarrollo— de tolerancia a la frustración debería ir ampliándose sobre la base de una compensación afectiva y tierna por parte de la madre desde el mismo momento del nacimiento. Pero en lo que respecta a éste carácter, a partir del tercer mes y durante los doce meses siguientes no ocurre así, resultando deficitario precisamente en esta compensación adaptativa.

Como queda dicho, es precisamente este acogimiento generoso y tierno, ese consuelo amoroso es el que resulta deficitario en la génesis del carácter oral; porque la madre, por sus múltiples ocupaciones domésticas o laborales, por atravesar un momento depresivo o por cualesquiera otras

causas —incluida, las más de las veces, una genuina falta de vínculo afectivo con el hijo por la propia patología caracterial— no toma en cuenta con la necesaria prioridad sus primeras demandas vegetativas. Ni tampoco posteriormente, las demandas sensoriales y emocionales de contacto físico y afectivo, unas necesidades básicas en el ser humano.

Este tipo de madre intentará satisfacer las demandas de su hijo con una actitud formal de *como si*, donde el contacto íntimo tierno se desplaza hacia propuestas de contactos sustitutorios —juguetes y otros—, y realizando recriminaciones cuando las exigencias maternas —con frecuencia no exentas al menos de violencia verbal— de que el niño se entretenga y apacigüe solo y ella pueda disponer de tiempo para sí misma y sus cosas, no se cumpla. Es decir, **se apoyarán las actitudes depresivas**, las actitudes de inhibición con la intención de que el niño se entretenga solo, **y se frustrarán, con amenaza de retirada afectiva, las actitudes agresivas**, las actitudes de expresión de las necesidades, con la intención de que contenga su demanda. Ambas actitudes maternas reforzarán la posición depresiva del niño.

Sin embargo, el niño, a través de su subimpulso agresivo va a seguir reclamando mientras le quede energía para ello, ya que el contacto sustitutorio no satisface su demanda real. Como estas conductas agresivas de legítima expresión de su necesidad y de reclamo de atención, van a ser mayoritariamente rechazadas o no tenidas en cuenta por la madre, con ellas está rechazando también a su propio hijo, quien se siente totalmente identificado con sus necesidades y con la expresión de sus demandas. Es decir, el niño se rechaza a sí mismo y se siente rechazado por su madre. Siente que no es lo suficientemente importante para ella como para que le atienda prioritariamente, **siente que carece de valor esencial** —en sí mismo inicialmente, y posteriormente para la madre y el resto del mundo—.

Pero impulsado por su instinto de supervivencia y en evitación de displacer, va a seguir reclamando hasta llegar al agotamiento; cayendo entonces, como se ha dicho anteriormente, en un estado de depresión energética, sobre el que se arraigará una sensación que se irá desarrollando a medida que lo hacen sus sentimientos y capacidades emocionales: la de **no ser merecedor** de las atenciones de la madre, de quien depende material y emocionalmente. Con lo que **a la depresión energética se añade la depresión emocional**, principal núcleo psicopatológico del carácter oral. La depresión, y sus oscilaciones disfóricas, constituyen la actitud básica con la que la persona oral va a relacionarse consigo mismo y con la vida,

puesto que, precisamente en la fase en la que se construye el germen de la identidad de sí, sus actitudes agresivas de demanda son rechazadas por la madre (eres un niño malo), y las depresivas y de inhibición, reforzadas al hacerle sentir que de esta manera sí es aceptado (eres un niño bueno). Así será como la madre, ante su incapacidad para atender las demandas del hijo, podrá soportar la angustia que esta situación le produce.

La consecuencia de esta dinámica relacional supondrá el desarrollo y arraigamiento de un **sentimiento de profunda carencia** en el niño, que en el curso de su progreso físico, psíquico y emocional no podrá sentirse nunca realmente satisfecho en sus necesidades genuinas.

Este sentimiento de carencia, que se establece junto con una percepción sensitiva y sensorial distorsionada y displacentera de sí mismo, va unido al de ser emocionalmente **malo para sí mismo**; extendiéndose posteriormente a la madre y al mundo en general, ya que el sentimiento de rabia con que se reacciona ante la persistente frustración, va generando impulsos hostiles de destrucción y de odio, que le harán también sentirse **malo para los demás**, por lo que tampoco éstos podrán satisfacerle. Es decir, aunque él se sienta permanentemente necesitado —y en la exigencia de ser satisfecho desde su natural derecho a la atención y a la relajación—, íntimamente no se sentirá merecedor de ello.

De la polaridad necesito (quiero)/no merezco (rechazo) surge un mecanismo de descalificación, o mejor de degradación, ante el intento de incorporar gratificaciones bien sean materiales o emocionales: “me dan lo que no merezco, luego lo que me den, y quien me lo de, no valen nada”. Esta degradación de sí mismo como receptor —y del mundo externo como fuente de satisfacción— originará la perpetuación no sólo del sentimiento de carencia, sino también del sentimiento de inadecuación para la demanda; resultando realmente así porque la demanda no se realiza desde la necesidad genuina, sino que se exige desde la pulsión neurótica carencial. Por esa misma razón, le resultará difícil vincularse emocionalmente mediante el subimpulso tierno con los objetos y con las personas, al no habersele dado la oportunidad de hacerlo consigo mismo, ni con la madre, o con los objetos sustitutivos que ésta le ofrecía. Por el contrario, se vinculará a través del subimpulso agresivo, que se manifiesta como exigencia. Y del odio cuando ésta no es satisfecha.

Este sentimiento de no ser bueno consigo mismo ni con los demás condicionará la sensación autopercptiva de ser intrínsecamente malo, siendo

procesado con la fantasía de que lleva en su interior a un ser monstruoso, o con una sensación de suciedad interior que contaminará o destruirá su vida y sus relaciones. La consecuencia de tal autopercepción es un **intenso sentimiento de vergüenza de sí mismo** que si bien les produce sufrimiento y les hace perder oportunidades de satisfacer sus deseos, también les protege en su tendencia a invadir los límites ajenos, y para no arriesgarse sin seguridad de aceptación: «*Durante la meditación me venían oleadas de vergüenza sin ningún pensamiento, el calificativo de vergüenza venía un instante después. Creo que la vergüenza es para librarme de expresar mi deseo, para no seguir haciendo cosas, no aspirar a cosas para seguir en el rollito de la carencia. Me siento super-vulnerable cuando expreso mi deseo. No tengo derecho a sentirme si no me dan permiso. Me da vergüenza la vergüenza*». En el subtipo social del carácter oral —el subtipo más vergonzoso de todos— puede aparecer una actitud contrafóbica de la vergüenza que podría llevarles a conductas disparatadamente transgresoras de los límites, lo que de rebote les ocasionará más vergüenza y autocensura.

Tienen tendencia, pues, a establecer intensos vínculos de dependencia a través de los componentes hostiles del subimpulso agresivo, especialmente a través del odio, ya que la experiencia inconscientemente procesada y codificada es la de que cualquier intento de gratificación provoca más frustración. Ello es así porque, al haber percibido originalmente que la satisfacción de sus necesidades carecía de contenido tierno, le resultaron insatisfactorias y tan poco *nutritivas* que le mantienen en un estado de carencia, de abandono emocional, y movilizan su hostilidad. Resultado todo ello de una relación mayoritariamente basada en contactos sustitutivos y no íntimos.

Por tanto **su impulso natural tendrá una expresión distorsionada que ira orientada a la destrucción de todo aquello que, real o fantaseadamente, le pueda originar mayor frustración, es decir, cualquier intento de gratificación**. Estos sentimientos de odio, aunque presentes en todas las personas orales, son más intensos en el subtipo sexual del carácter oral ya que es el que dispone de más energía agresiva libre. En este subtipo, la intensidad de tales sentimientos puede llegar a hacer de él una persona realmente molesta y dañina: odiosa en definitiva.

El sentimiento de tener derecho a ser gratificado —básico e inalienable, como se ha dicho, cuando su expresión es adecuada— persiste junto a la sensación permanente y real de carencia, lo que le llevará a que sus demandas, vehiculadas sobre todo mediante impulsos hostiles, se trans-

formen en exigencias. Exigirá de manera hostil e inadecuada que se le satisfaga en la medida en la que siente que el mundo está en deuda con él, para inmediatamente, en caso de ser satisfecho, y al no poder establecer con ellos un vínculo tierno de identidad, degradar tanto la propia satisfacción como a quien se la proporciona. Con **ello perpetuará la insatisfacción** —la permanente sensación y creencia de que el mundo está en deuda con él—, lo que le dará motivo para seguir exigiendo como pauta base de su desarrollo psicoemocional: partiendo primero de sus demandas, y luego de sus exigencias, conseguir por lo menos tener a la madre dentro de su campo de visión. “Ya que no puedo tenerte como necesito, estarás al menos pendiente de mí”.

Condicionado por semejante experiencia en su desarrollo, el adulto oral tendrá dificultades para establecer y mantener vínculos emocionales tiernos y positivos, más o menos permanentes, con sus iguales, dado que no los pudo establecer consigo mismo a través de la madre, al tiempo que mantendrá la carencia para poder exigir desde ella. La dinámica de esta estructura caracterial le predispone a un tipo de relación en la que, mediante su autodegradación —porque él está degradado ante sí mismo—, degradará cualquier intento de contacto personal o situacional, y quedará siempre en un estado de minusvalía emocional frente a los demás, con quienes se compara constantemente: “Si no fui bueno ni para mí mismo ni para mi madre, no lo puedo ser para nadie, y nada bueno pueden tener ellos para mí. Lo que me den, es como lo que yo me di y como lo que mi madre me dio: insuficiente y displacentero. Ellos tienen y disfrutan, y yo no”.

Sin embargo, y como mecanismo compensatorio, mantienen la ilusión de **ser seres especiales e incomprensidos**, con la esperanza de que algún otro ser especial venga a rescatarlos, proporcionándoles una experiencia amorosa total y maravillosa, y con la que indudablemente encontrarán su identidad perdida: *«Cuando tú te expresaste amorosamente yo sentí lo de siempre, que mi anhelo no se colmaba, y ahí entra mi mecanismo: prefiero seguir en la fantasía porque hay alguna esperanza de que en algún momento se llenará. Luego me he pasado la semana pensando en que, por favor, no me rechaces. Veo que tomo partido más por el anhelo que por la necesidad»*. Cada nueva relación afectiva es vivida al principio como potencialmente maravillosa, pero inmediatamente vendrá la desilusión, el “tampoco esta vez”, e iniciarán una nueva búsqueda con la frustración, la desilusión y la angustia del vacío como punto de partida. Obviamente, se trata de un círculo sin fin porque parten de una actitud

compensatoria de su propio déficit: *«En el fondo a lo que me cuesta renunciar es que yo soy una persona superespecial, que tengo que tener a alguien superespecial y tener experiencias superespeciales. Ésta es la fantasía a la que no puedo renunciar, sobre todo a la cualidad de arrebatarse a la otra persona».*

Este sentimiento de penuria afectiva y de carecer de valor para sí mismo y para los demás, en tanto que los demás sí poseen esa capacidad para el disfrute, es percibido a través de la cualidad energética del subimpulso tierno, pero muy contaminado por la cualidad energética hostil del subimpulso agresivo; siendo por ello recibida como una agresión hostil de los demás hacia él. Por otra parte, como se ha dicho, la expresión de sus sentimientos y sus deseos de relación está casi exclusivamente vehiculada a través de impulsos hostiles agresivos, lo que contaminará mayoritariamente su capacidad afectiva, al ser el componente hostil la cualidad energética más libre del subimpulso agresivo. Semejante percepción de sí mismo y del otro cristalizará en **sentimientos de envidia** hacia el bienestar de los demás. No se trata de un sentimiento de envidia ante los bienes materiales de los otros, sino de la capacidad que se les atribuye de “ser feliz” y de “tener lo que desea”: *«Con sinceridad tengo que reconocer que no sólo quiero ser querida, sino también admirada; todo está en mí. Pensando en esto he conectado con la envidia tal cual: la sensación de insatisfacción me viene de lo que la vida les ha dado a otros y no a mí, que los ha tratado de otra forma. La sensación es que nunca he sido apoyada. Es una indignidad muy grande, una sensación de frustración por no ir derecha a por las cosas».*

Con frecuencia estos sentimientos de envidia son negados y transformados en **una idea sobrevalorada de la intensidad de su sufrimiento**, considerando la propia vida “de una intensidad emocional cualitativamente superior”, y a quien no sufre como una persona vulgar e intrascendente, carente de originalidad y despreciable. Esta sobre valoración defensiva de su sufrimiento les proporciona, además, una pseudointensidad de vida con la que compensarán la falta de intensidad vital genuina que es propia de la estructura defensiva desenergetizada del carácter oral. C. en una de sus primeras sesiones lo expresó así: *«Parece ser que yo sólo me siento a través del sufrimiento. De pequeña para ser vista y considerada desarrolle mecanismos de sacrificio, pero lo único que conseguí fue darle pena a mi madre. Ahora lo que consigo fácilmente no lo considero. Yo sólo tengo consideración de mí a través de un importante sacrificio».*

Es a través de este mecanismo de **negación y de proyección de los impulsos agresivos hostiles** que no han quedado inmovilizados por la identificación consigo mismo como sujeto y objeto de su displacer, como justifican sus sentimientos destructivos de odio¹⁰. Al propio tiempo se defienden de la angustia que tales sentimientos originan y dan salida a parte de esta energía libre del subimpulso agresivo —que de otro modo quedaría estática y susceptible de transformarse también en angustia— mediante la **dramatización de su sufrimiento**, tal y como corresponde a su estructura psicodinámica histérica.

Cuando tales mecanismos no han podido establecerse adecuadamente bien por la extrema intolerancia del medio o de la madre, o son insuficientes, se estructurarán casos clínicos de extrema gravedad autoagresiva, como ocurre en la anorexia psicógena, próxima a la psicosis. En este caso, se constituyen —tal es la distorsión perceptiva de sí mismos— alrededor de una percepción deliroide del esquema corporal y de su contenido, y de **la tenacidad** al servicio de la autodestrucción como manifestación de la inversión en la dirección y en la función del subimpulso agresivo hostil, el cual, vuelto antitéticamente contra sí mismo, cumplirá una función defensiva contra la angustia originada por los impulsos destructivos dirigidos hacia la madre. La tenacidad, más patente en el subtipo de conservación, cumple también la misión de compensar el déficit de capacidad agresiva para autosatisfacerse proporcionándoles, en el intento de gratificarse, una falsa sensación de intensidad, pero que focaliza exclusivamente en la competitividad, incluso consigo mismo como sucede en el caso de la anorexia. Los logros, si los hay, ponen más de relieve su insatisfacción —“eso no es”—, por lo que finalmente tal tenacidad es otra fuente más de sufrimiento.

Esta dinámica energética y emocional propiciará el que los orales sean personas que, si bien no contactan adecuadamente con el placer ajeno, si son muy sensibles al sufrimiento del otro, con el que empatizan y se identifican con mucha facilidad. Originarán así un sentimiento compasivo que irá encaminado a comprender y a acompañar al sufriente, sufriendo con él pero con cierta tendencia también a prolongar el sufrimiento más de lo necesario, puesto que es éste el que les hace sentirse vinculados emocionalmente. Éste será uno de los destinos del componente tierno libre, que

¹⁰ Cuando el oral se da cuenta de la importancia de sus sentimientos de envidia, su proceso terapéutico da un cambio cualitativo que rápidamente alivia las tormentosas relaciones, beneficiándose ellos mismos, los demás y el propio proceso terapéutico, que queda considerablemente dinamizado.

si no está excesivamente contaminado por la hostilidad originará **sentimientos compasivos y de solidaridad genuinos** desde la experiencia común del sufrimiento y del deseo de ser útiles y aceptados.

Otra de las manifestaciones del subimpulso tierno libre —cuando se dirige hacia el mismo— la constituye su capacidad de ironizar y bromear sobre los males propios y sobre los de los demás. Esta manera de hacer soportable la mala sensación que tienen de sí, junto con su ocasional vivacidad y aguda inteligencia para penetrar en las intimidades de los demás, les hace ser frecuentemente personas divertidas y socialmente bien aceptadas; aunque puedan, dependiendo de su habilidad para manejar los límites, resultar también temidas o molestas.

Su casi permanente contacto con el sufrimiento propio y ajeno, su rica vida interior, sus cualidades dramáticas y su aguda intuición, junto con su necesidad de hacerse ver, les hace ser personas con capacidades para la creatividad artística en todas sus expresiones, pudiendo llegar a ponderar equilibradamente el componente dramático y cómico de sus creaciones, y ser ecuánimes en la consideración de la obra de los demás.

En conclusión, las personas orales, en función de la patología de su estructura caracterial, son personas que sufren y que tienden a hacer sufrir a los demás. Pero, globalmente, son bien aceptadas socialmente por sus cualidades, y resultan estimulantes en las relaciones interpersonales, siendo un buen antídoto contra el aburrimiento relacional. Sin embargo, su tendencia a invadir los límites, a no tener nunca suficiente y a permanecer dependientes pueden convertirles en personas molestas ante las que hay que estar siempre alerta; lo cual, en su ponderada medida, podrá también resultar estimulante. Un amante oral puede ser una fuente de conflictos, pero nunca de aburrimiento.

❖ CONCEPTO DE MASOQUISMO

Antes de comenzar a desarrollar el carácter masoquista, es conveniente aclarar la significación psicoemocional del término; es decir, a qué nos referimos en este contexto cuando hablamos de masoquismo.

W. REICH¹ llegó al descubrimiento del mecanismo psicoemocional del masoquismo tras poner en duda —y demostrar posteriormente— el punto de vista freudiano sobre el mismo, que lo consideraba “una tendencia especial del instinto a obtener satisfacción del hecho de sufrir un dolor físico o moral”; algo que aquél consideraba erróneo ya que el “impulso de muerte” —un impulso biológico a la autodestrucción o al displacer— del que partía tal argumentación, no existe.

El Thanatos fue un argumento utilizado para explicar el masoquismo, pero sin ningún fundamento biológico o clínico demostrado. Una simple especulación para salir del atolladero teórico en el que estuvo estancado durante muchos años el pensamiento psicoanalítico, hasta que REICH descubriera que el origen de la angustia está en la estasis energética: “...la angustia es una manifestación de la misma excitación del sistema vegetativo que en el sistema sensorial se experimenta como placer sexual”, sólo que, en el caso de la angustia, tal excitación queda interrumpida en su expresión, en su fluir espontáneo hacia la manifestación.

Tal estasis energética surge cuando la alternancia entre relajación y tensión es obstaculizada por una perturbación; es decir, cuando el libre flujo del instinto se interrumpe o dificulta, tanto en lo referente a la satisfacción de las necesidades como en la obtención de relajación y placer. Al quedar interrumpido el fluir espontáneo de la energía del instinto se evita la relajación y se mantiene un estado permanente de tensión y displacer (angustia), puesto que la relajación “es el restablecimiento del estado original de reposo y va implícito en el concepto de instinto”.

Según el principio del placer / displacer, la tendencia natural de todo instinto conduce hacia su manifestación para obtener satisfacción, relajación

¹ *Análisis del Carácter*. Edit Paidós. 1972. Págs. 219 y sig.

y placer; o bien hacia la evitación de un displacer mayor, sea este real o fantaseado. Precisamente, la ley fisiológica y psicoemocional de la compulsión a la repetición se cumple a partir de la repetición de una experiencia satisfactoria, relajante o placentera, o de la evitación de un displacer real o imaginado.

Así, cuando la tendencia natural a procurarse satisfacción, relajación y placer es frustrada, aparece una reacción emocional, también natural, de rabia. Si la expresión de la rabia es a su vez obstaculizada e impedida, se impide también la descarga tensional, originándose la estasis energética que dará lugar a la experiencia vegetativa de tensión, la cual a su vez producirá —por contención de la excitación que debería conducir a la relajación— la vivencia de angustia. Esta tendencia natural a la satisfacción no entra en contradicción con el principio de realidad, que consiste en postergar voluntariamente la satisfacción de la necesidad o del placer ante la expectativa de una mayor satisfacción sensorial, emocional o espiritual, o para evitar un displacer consecuente y real: es decir, se trata de una renuncia consciente, no de una resignación impotente.

Por todo ello, no es cierto que el masoquismo, como rasgo del carácter o como estructura de carácter, consista en experimentar placer mediante experiencias que otras personas experimentarían como dolor, ya que esto no se da en ninguna manifestación de la vida. Lo que sucede es que el intento de obtener placer a través de una determinada experiencia siguiendo la manifestación espontánea del instinto, el principio de placer, está obstaculizado por la fantasía del miedo al castigo, una consecuencia de las experiencias previas ligadas a la manifestación de dicho impulso y de ese concreto intento. Unas experiencias en las que la rabia originada por la frustración del intento de obtener satisfacción fue, a su vez, también frustrado y descalificado reiteradamente, lo que originó más angustia, y que nada tiene que ver con el principio de realidad sino con una "realidad" enferma. El rasgo masoquista intenta evitar el contacto con la frustración repetida y descalificadora —y la culpa ante la emoción de rabia— impidiendo la satisfacción de una necesidad o de un deseo.

El masoquismo es un intento —real en épocas infantiles, pero fantaseado e inconsciente en el adulto— de evitar displaceres mayores (el castigo y la angustia), evocado por un deseo de satisfacción. Este intento de evitación de un displacer fantaseado queda fijado como pauta de conducta estructurada en un rasgo del carácter, o como una suma de rasgos masoquistas en el carácter masoquista propiamente dicho, como consecuencia de la

compulsión a la repetición, en este caso, a la evitación del displacer y la angustia; nunca en la dirección de obtener displacer y dolor. Se cumple, pues, con la función básica del carácter y de los rasgos del mismo: la defensa y la prevención de la angustia.

Los rasgos masoquistas en cualquier tipo de carácter son, por tanto, intentos de evitar un castigo fantaseado ante el deseo de satisfacción de una necesidad o de la obtención de placer; un intento, pues, de evitar la culpa y la angustia que de la fantasía de satisfacción se derivaría, situación que es evocada como un displacer mayor que la falta de satisfacción. Ahora bien, lo que ocasiona dicho intento de evitación es una estasis energética producida al quedarse interrumpida la manifestación del impulso, originando así un estado de tensión permanente que vendrá a sustentar una situación de angustia crónica. Es una angustia que será activada cada vez que se tome contacto con la necesidad de satisfacción y se evoque de forma consciente o inconsciente la situación original. Es así como se origina la “ciénaga masoquista”: cuando la persona actuando desde un rasgo masoquista trata de evitar la sensación de tensión que señala la necesidad, opone al incremento de la necesidad de satisfacción una mayor estasis energética de contención, en un intento de evitar su temor inconsciente. Lo que originará mayor tensión, mayor displacer y mayor angustia. Y cuanto más empeño ponga en ello, tanto más se enredará en la impotencia y en la descalificación.

Así pues, los rasgos masoquistas no implican un disfrute con el dolor o con el sufrimiento, sino una dificultad para la obtención de placer. Hay una intolerancia específica ante el incremento de la excitación previa al placer cuando ésta supera una determinada intensidad, porque evoca, en su experiencia inconsciente, un displacer mayor a través de la fantasía de castigo por la emoción de rabia que aparece ligada a la frustración original y, por tanto, intentará evitar que la excitación progrese espontáneamente. Una evitación que conducirá a la estasis energética, a la tensión, al displacer y a la angustia: en suma, al sufrimiento masoquista. Exclusivamente en el caso de una estructura perversa de la personalidad que implique masoquismo sexual, el dolor se experimenta como parte de la excitación sexual; pero éste es un caso extremo de la patología y, por tanto, poco frecuente.

Al igual que los rasgos orales, algunos rasgos masoquistas están, en mayor o menor medida, presentes en todas las estructuras caracteriales como aquellas pautas de conducta estructuradas y repetitivas que nos dificultan

la obtención de satisfacción y placer. Tales pautas, con ligeras variantes, están en su mayoría presentes en el carácter masoquista, y suponen en su conjunto una desconexión global del contacto con la necesidad y el deseo como estrategia de evitación de la angustia. El carácter masoquista está, por ello, sometido a una tensión extrema y permanente.

❖ LA FASE ANAL DEL DESARROLLO

La estructura del carácter masoquista queda fijada durante la fase anal del desarrollo, que comienza aproximadamente a partir del año y medio, y que se prolonga hasta los dos y medio o tres años.

Aproximadamente a partir del año y medio, comienzan a madurar los plexos nerviosos con sus correspondientes terminaciones nerviosas motoras y sensitivas que inervan el aparato excretor, la vejiga de la orina, el recto y sus correspondientes esfínteres. La maduración de estas terminaciones nerviosas permite que el niño comience a tener noticias sensoriales de esta parte de su cuerpo. Hasta este momento evolutivo no puede haber una percepción sensorial lo suficientemente clara como para permitirle ir tomando conciencia de las sensaciones que se experimentan al tener la vejiga o el recto llenos. Es decir, hasta ese momento no advertirá la tensión propia de la necesidad de evacuar al no tener suficientemente desarrolladas estas terminaciones del S.N.P. Simplemente, a medida que la vejiga urinaria y/o el recto se llenan, los vacía como un reflejo automático; no es capaz aún de contener ni de controlar.

A partir de dicha etapa se abre para el niño un nuevo abanico de experiencias sensoriales que van a brindarle noticias de esta zona de su cuerpo. Estas nuevas experiencias están marcadas fundamentalmente por dos tipos de sensaciones: la de tensión cuando la vejiga o el recto están llenos, y la de relajación cuando son vaciados. De tal manera que va siendo ya capaz de percibir claramente ambos estados, e ir tomando consciencia de que es la tensión lo que señala la necesidad de evacuar, y que este acto produce placer y relajación. El placer y la relajación son siempre la consecuencia natural de la satisfacción de cualquier necesidad, y sobre todo de las necesidades básicas.

Hasta este momento, su atención sensorial estaba centrada en la zona oral por ser la más desarrollada sensorialmente, y realmente la única parte de su cuerpo con cierta capacidad de discriminación perceptiva. La si-

tuación cambiará al iniciarse la maduración de la zona anal, con lo que el enfoque de su atención varía, comenzando a centrarse en esta parte de su cuerpo, que poco a poco vendrá —tratándose de un nuevo descubrimiento— a acaparar toda su curiosidad y su atención sensorial, y le llevará a dejar las sensaciones orales en un segundo plano. Irá integrando así esta parte recién descubierta de su cuerpo y, gradualmente, a medida que van madurando sus terminaciones nerviosas, adquirirá capacidad suficiente como para discriminar las percepciones sensitivas; una capacidad fisiológica no desarrollada antes.

Como las sensaciones que comienza a experimentar ahora acaparan su atención porque le resultan novedosas e intensas, todas las experiencias por las que pase durante esta fase evolutiva dejarán una huella mnésica sensorial y emocional superpuesta. Tal y como ocurre cada vez que una nueva zona del cuerpo madura y adquiere realce sensorial.

Paralelamente, su musculatura y su sistema locomotor y manipulador se desarrollarán suficientemente, e irá siendo capaz de adquirir destreza y seguridad en la bipedestación y en la marcha, al tiempo que coordinará mejor el manejo de las manos. Desde la bipedestación verá de otra manera el mundo de los adultos, alcanzará lugares y objetos que antes estaban fuera de sus posibilidades. Se desplazará a mayor distancia y con más seguridad, pudiendo incluso intentar alejarse de la madre.

Irá conquistando mayor grado de autonomía, y con ello también más experiencias, gratificadoras y/o frustrantes; permiso y complacencia o prohibición y castigo. Y, quizás con demasiada frecuencia, ambigüedad y contradicción en las respuestas de los adultos, ante las cuales el niño puede —y suele— confundirse (en lo que se refiere a la toma de conciencia de sus propias manifestaciones y de su experiencia de las mismas) por la respuesta ambigua y contradictoria que le devuelve el mal pulido espejo de los adultos: “¿por qué antes sí y ahora no?”, o viceversa. O nada.

Con este significativo cambio en la vivencia y en la consciencia de las relaciones, irá madurando emocional y cognitivamente a medida que vaya confrontándose con el medio en el que tiene que vivir y sobrevivir. Y lo hace —no sin rebeldía, y más o menos exitosamente— según su creciente capacidad para ir dándose cuenta de como es la respuesta de los adultos, de quienes depende, a la expresión de sus necesidades, a la vez que tiene que ir adaptándose a las demandas de estos mismos adultos para poder encontrar satisfacción a alguna de sus necesidades, en especial a la nece-

sidad básica de seguridad. Aproximadamente a partir de los dos años, el niño será capaz de comenzar a controlar el esfínter anal —y algo más tarde el esfínter de la uretra— al ir las terminaciones nerviosas recubriéndose de su vaina de mielina, con lo que se posibilitará el control voluntario y la capacidad de ir asumiendo hábitos de evacuación y de higiene, una capacidad hasta entonces inexistente.

Este nivel de maduración sensorial, sensitivo y motor del S.N.P. se produce en correspondencia recíproca e interdependiente con la maduración del S.N.C., de modo tal que el incremento de la capacidad de discriminación perceptiva sensorial y emocional potenciará el desarrollo de la corteza cerebral. A su vez, el desarrollo de la corteza posibilitará que dichas sensaciones tengan un significado y puedan ser codificadas sensitiva y cognitivamente; es decir, comenzará a desarrollar su ser racional en la medida en que pueda estructurar su pensamiento. Este nivel de maduración de la corteza cerebral va a posibilitar que el niño dé un importante salto en el desarrollo de su pensamiento y de su lenguaje, y comience a poder formar frases complejas mediante la utilización de verbos.

A partir de este momento evolutivo comenzará a tener la suficiente maduración cognitiva como para ir introyectando las normas que provienen de su medio familiar, y también para ir dándose cuenta de que el hecho de poder ejercer control voluntario sobre sus esfínteres le proporciona el poder de dar o no dar algo de sí mismo, algo que sale de su propio cuerpo. A la vez, va conociendo las consecuencias que este dar o dejar de dar, este Sí o NO, tiene sobre el medio en el que vive y se desarrolla. Va descubriendo que tiene cierto poder sobre sí, sobre los que le rodean y, especialmente, de las consecuencias que ello tiene sobre la madre. Significa en suma, que comienza a sentirse capaz de influir voluntariamente sobre el medio en que vive, y a desarrollar una intuición que posteriormente cristalizará como consciencia de sí y de sus actos. Pero también percibe —y sufre— las manipulaciones de que es objeto por parte del medio y que infundirán confusión, tanto en este germen de consciencia de sí como en su autonomía.

El nivel de madurez cognitiva que le permite la estructuración del pensamiento y del lenguaje, y que le da capacidad para ir introyectando normas; la mayor amplitud y discriminación de sus experiencias emocionales en la relación con los padres, con los que puede compartirlas verbalmente y hacerse entender; la capacidad de tener más control sobre su cuerpo, de ir o de venir, de dar de sí o no dar, de hacer o de no hacer a voluntad, todo ello conlleva el principio del desarrollo de su consciencia moral, de lo que

puede/debe y no puede/no debe hacer, de lo que está bien y lo que está mal en su medio familiar. Es decir, el niño comienza a hacer suyas las normas de convivencia que observa y comprende, y también las que le son impuestas. Esto supone que se puede dar el paso desde el adiestramiento en la convivencia a la educación en las relaciones recíprocas, mediante el uso por parte del niño del lenguaje hablado; paso que, obviamente, resulta fundamental.

A partir de este momento evolutivo, no sólo experimenta sino que también es capaz de compartir sus experiencias y confrontarlas; igualmente de oscurecerlas, transformarlas o silenciarlas. Es el pasaje de “lo real” a “lo imaginario”, ese pasaje oscuro que en la teoría psicoanalítica lacaniana viene del territorio de lo “inefable”; ese territorio al que, aún siendo el pilar estructural básico, sólo tenemos acceso a través de la pura experiencia sensorial, sensitiva y emocional, por estar más allá de los pensamientos y de las palabras.

Así pues, a medida que se desarrolla esta fase evolutiva, el niño va teniendo más clara consciencia de sus necesidades y de sus posibilidades, de lo que necesita, de lo que quiere y de lo que no quiere. Ya es capaz de entender claramente los mensajes verbales de los padres y de comunicar verbalmente sus experiencias y poder confrontarlas. Va aprendiendo que sus necesidades e incipientes deseos no siempre coinciden con lo que se le pide o se le impone. Comienza a comprender el poder de una palabra que ha oído repetidamente: NO. La llena de significado propio y, a través de ella, inicia su proceso de individualización del otro, porque este NO significa capacidad para oponerse a las acciones que se ejercen sobre y que no desea; es decir, por primera vez puede oponerse de una manera manifiesta a los deseos de los demás —fundamentalmente los padres—, afirmando su individualidad ante ellos. NO, quiere decir: “Yo soy yo y tu eres tu. No soy parte de ti, no tengo por qué complacerte siempre. Respétame, no me obligues a aceptar lo que no quiero, a ir contra mis necesidades”.

Es la experiencia en el ejercicio de la capacidad de decir NO lo que le hace diferente del otro y le devuelve a sí mismo; no solamente es una oposición terca al deseo de los padres, aunque a veces también lo sea. Si esta situación es bien entendida por los padres y educadores, si se entiende como la expresión de la necesidad básica que el niño tiene de diferenciarse de los “otros”, madre incluida, y se atiende y se respeta como el inicio en el uso de una herramienta verbal necesaria para su diferenciación y autonomía, se sentarán las bases adecuadas para que el niño vaya adquiriendo seguridad en su incipiente autonomía e individualización.

Todo este proceso de afirmación ante el otro, se refuerza —hacia el final de la fase anal— con su necesidad de exhibirse como individuo y de mostrar su cuerpo y lo que puede hacer con él; es decir, de exhibir lo que es y lo que sabe de sí. Ante esta manifestación de su recién adquirida individualidad, espera que se le apoye, que se le mire y se le admire, y necesita que se le devuelva seguridad y una buena imagen de sí mismo. Manipularlo, ignorarlo, descalificarlo o, peor aún, humillarlo supone un serio inconveniente para la idea que se va forjando de su estar autónomo en el mundo; estas actitudes hacia el niño significarán posiblemente una fijación nuclear para que se estructure el carácter masoquista.

Pero no olvidemos que este proceso evolutivo se hace posible porque, fisiológicamente, el niño es capaz de ejercer el control voluntario sobre su sistema muscular, tanto sobre los esfínteres —y con ellos sobre sus hábitos de higiene— como sobre el resto del cuerpo, posibilitando la bipedestación, la marcha, la manipulación y la fonación; todo ello, cada vez con mayor eficacia y en pocas semanas por lo relativamente rápido que va madurando su S.N.C. De no ser así, no podría introyectar las normas necesarias para ir formando su consciencia social y, de poder hacerlo, no conseguiría que fueran operativas. Precisamente, en esto consiste un proceso evolutivo sano: en el permitir y favorecer que todos los sistemas del organismo maduren de forma progresiva y paulatina, según la demanda intrínseca a su propia naturaleza, armónica e interdependientemente.

Es ésta, pues, una etapa en la maduración en la que se produce un paso muy importante desde la fase oral. Si durante esta última fase, el niño se encuentra en una situación fusional con la madre —a través de la cual va conformando su incipiente YO, al hacer suya pasivamente la imagen especular que la madre le devuelve sobre su ser-en-el-mundo: “niño bueno, niño malo, niño listo, niño tonto, niño guapo, niño feo”, etc., por poner ejemplos sencillos—, durante la fase anal se produce la separación de éste estado fusional, la individualización del niño, a partir del desarrollo de nuevas capacidades básicas inherentes al propio proceso de maduración: la conciencia de sus necesidades y su capacidad para confrontarlas e influir en su medio; la individualización como ser autónomo que se diferencia del otro y de sus necesidades; el control sobre su cuerpo, su lenguaje, la bipedestación y la comunicación; así como el inicio de la formación de su consciencia social. Éstas son la bases para el desarrollo de la persona como individuo autónomo e independiente, diferente de cualquier otro y capaz de saber sobre sí mismo y de procurarse activamente bienestar. Y, precisamente, es esto lo que queda lesionado en el carácter masoquista.

❖ ETIOLOGÍA

En el carácter masoquista, la función orgánica cuya maduración y desarrollo va quedando bloqueada en primer lugar, es la capacidad para la discriminación perceptiva de necesidades fisiológicas y emocionales básicas, al quedar interrumpido el ciclo natural de satisfacción de dichas necesidades: tensión (que da noticias de la necesidad) o displacer (cuando la tensión alcanza cierto nivel) → satisfacción (eliminación apropiada de la tensión) → relajación (vuelta al estado de reposo) → placer.

Específicamente en el caso del carácter masoquista, la confusión perceptiva y el bloqueo ocurren porque, de manera reiterada en dicho ciclo natural, se alcanza cierta satisfacción, pero el tránsito por este estado no conduce a la relajación sino al mantenimiento de la tensión o a la aparición de nuevas tensiones, y ello porque la satisfacción resulta inadecuada o contradictoria con la genuina necesidad del niño.

De esta manera la percepción inicial de la tensión que da señal de una necesidad y que tras la satisfacción debería quedar asociada a la relajación, queda vinculada a mayor tensión o incluso a displacer. Esta codificación sensorial distorsionada dará lugar a que, siguiendo el principio del placer (o de evitación del displacer), por evitar la tensión y el displacer que experimenta asociado a la inadecuada satisfacción de una necesidad, se evite el contacto con la misma; y a que la disposición vaya en el sentido de interrumpir la satisfacción antes de que le evoque el estado displacentero que experimentó en su día a consecuencia de una satisfacción impuesta en función de necesidades ajenas.

Es decir, el desarrollo de este niño durante la fase anal va a estar condicionado por la vivencia que le proporciona el hecho de que, en su experiencia, la consecuencia natural de la satisfacción de las necesidades no sea la relajación y el bienestar, sino el aumento de tensión y el displacer. Tal experiencia, siguiendo el principio de economía energética y de evitación del displacer, dará lugar a que se vaya distanciando de la percepción de sus necesidades genuinas, posponiendo o evitando su demanda de satisfacción. Así llega a alienarse de las mismas, y a sustituirlas por las necesidades ajenas que mejor se adecuen para su adaptación a las demandas del medio en que vive. Evitará de este modo las sensaciones de displacer y angustia que se derivan de la propia estasis energética, como consecuencia de la insatisfacción total o parcial de sus necesidades reales, y del sentimiento de rabia provocado por las

frustraciones reiteradas en la demanda de satisfacción de necesidades tan básicas.

Si, como ocurre en el carácter masoquista, semejante disfunción es mantenida de forma persistente en el tiempo se irá produciendo una distorsión en la asociación de los procesos sensoriales, emocionales y cognitivos que acompañan a la percepción de las necesidades, así como a su manifestación y satisfacción. Tal confusión perceptiva dificultará notablemente la capacidad del niño a la hora de tomar conciencia de los estados que simultáneamente percibe y que le dan cuenta del sí mismo. Encontrará dificultad, tanto en identificarlos con claridad como propios, como para mantenerse en contacto íntimo con ellos el tiempo necesario; esta dificultad, que entorpece el contacto consigo mismo y con el medio, es un obstáculo importante para que de forma activa pueda procurarse la satisfacción y la relajación adecuada, a fin de alcanzar equilibrio en un estado placentero.

De forma paralela sucede que, al no ser respetadas las necesidades genuinas del niño tal y como él las siente, al imponérsele satisfacciones para necesidades que no siente y no demanda, o que son inadecuadas y contradictorias con las que siente realmente como propias, quedará dificultada también su capacidad para evitar las tensiones y el displacer. Ocurre así, porque se bloquea uno de los más importantes mecanismos de diferenciación y afirmación: el significado y contenido de la palabra NO, su eficacia resolutive, mediante la cual el niño intenta establecer límites a las experiencias que le resultan displacenteras, y sustraerse a las demandas que le resultan desagradables.

Todo esto, en mayor o menor medida, sentará las bases que más tarde dificultarán su capacidad para estar en contacto íntimo con sus deseos, para sentirlos como propios y para, a través de ellos, ir reafirmando su individualidad como ser autónomo, con sus necesidades y sus deseos diferentes de los de cualquier otro individuo.

De manera resumida, el carácter masoquista se estructura sobre la disfunción básica que supone un desarrollo insuficiente y un arraigamiento distorsionado del **Sentimiento de Seguridad Básico en la individualización** para la autonomía de ser y para procurarse activamente satisfacción a sus propias necesidades y, posteriormente, a sus deseos. La falta del suficiente desarrollo de este Sentimiento la expresa así la paciente E. a la que tomare como ejemplo en este capítulo: *«Yo siempre me he visto muy*

*poca cosa y con muy poca fuerza, ha sido como subirme a carros que no eran míos. Si hago lo que yo quiero siento que me voy a apartar del grupo y que me van a dejar de lado. **Me puede más eso que las ganas que yo pueda tener**».*

Lo diferencial en la disfunción nuclear del carácter masoquista es que se va estructurando a partir del momento en que **el niño es obligado a ponerse en contra de sus necesidades básicas reales mediante coacción**, bien sea por la fuerza o por el chantaje emocional, incluso a veces de manera violenta.

Con independencia de la forma en que se ejerza tal coacción, la consecuencia no será otra que la descalificación, la negación y/o la humillación del niño en la manifestación de sus necesidades y su forzamiento hacia la satisfacción de las necesidades impuestas. De modo tal, que la asociación entre la tensión de la necesidad y el placer de la satisfacción quedará bloqueada, al igual que el reconocimiento e identidad de sí a través de sus propias sensaciones.

Es coaccionado y obligado a ponerse en contra de las demandas derivadas de su proceso evolutivo, que son intrínsecamente necesarias para completar satisfactoriamente la maduración del desarrollo durante la fase anal. Es igualmente obligado a ponerse en contra de lo que siente de sí, pudiendo en alguna medida llegar hasta el olvido sensorial y sensitivo de sí mismo, y sucesivamente también al olvido emocional y a la distorsión cognitiva. Como alternativa más económica, quedará abocado a ir distanciándose paulatinamente de sus propias percepciones y a sustituirlas por las demandas de la madre o de la función madre, pasando a ser más o menos confluyente con ella, y pagando como precio —a consecuencia de la estasis en el fluir espontáneo de la energía— el tener que soportar un estado de tensión interna permanente. Esta disposición sólo será posible si las percepciones vehiculadas por el subimpulso tierno, quedan distorsionadas y bloqueadas, ya que éste constituye la cualidad energética que informa de los estados internos, es decir la experimentación íntima del sí mismo. El subimpulso agresivo, al disponerse antitético de sí mismo, y quedar bloqueado en esta función de defensa, resultará poco operativo para la autosatisfacción.

De este modo se origina la **disociación de sí** y se estructura la **confluencia, principales mecanismos de defensa** psicoemocional del carácter masoquista. En un determinado momento de su psicoterapia, ya

avanzada, E. se refiere así a este mecanismo: *«Acaba de derrumbarse la única estrategia que conocía: el comprender a los demás, el servir de apoyo a otros, de comodín incondicional para quien quiera echar mano de mí».*

Veamos todo el proceso expuesto hasta ahora a través del ejemplo más sencillo, el relacionado con la alimentación. El proceso naturalmente sano, es que cuando el niño sienta la tensión propia de la necesidad de ingerir alimentos —tensión que irá codificando como hambre—, experimente y aprenda mediante esta experiencia que la tensión desaparece comiendo, y que después se sentirá satisfecho y relajado. Para él comer comienza como un juego, una actividad lúdica que le origina placer, contacto emocional y alegría, y que quiere aprender a realizar por sí mismo; aunque esto último no ocurra con la rapidez y la pulcritud que, tal vez, su mamá desearía.

En el caso de la fijación masoquista, la mamá, generalmente una mujer más que ansiosa, angustiada, pretende que su hijo coma no sólo rápidamente y sin mancharse, sino que además coma lo que ella considera que es necesario para su correcta nutrición. No que coma lo que necesite, sino que “le coma” para que crezca sano, fuerte, grande y guapo, y que no le dé problemas; sin tomar en consideración la cantidad que el niño necesita para saciar su hambre, para sentirse satisfecho. Su propia angustia le hace desconfiar de la capacidad de su hijo para saber lo que necesita comer, angustia que se activa cuando sus expectativas no se cumplen. Es ella quien no puede relajarse en tanto su hijo no satisfaga su necesidad de seguridad, es ella quien no puede distenderse hasta no tener las necesidades del niño bajo control, para de este modo contener su propia angustia. Es decir, las necesidades básicas del niño se ponen en función de las necesidades de la madre, de su necesidad de contener la angustia; esto es, pondrá las necesidades básicas del hijo en función de la contención de su angustia.

Así las cosas, cuando el niño se sienta satisfecho se negará a comer más, dirá NO con su actitud y con su palabra. Pero la madre, que no puede respetar este límite porque se sitúa por debajo de sus expectativas, ante este NO del hijo se angustiara más y continuará obligándole a comer hasta donde ella considere que es lo adecuado. Y tal vez, lo hará ante el temor de que su niño vaya a caer en la temida enfermedad de desnutrición, o simplemente porque lo que “hay que” comer es precisamente “eso”, con lo que, quizás, se vea libre de la desazón de no ser “una madre buena y

responsable en el cuidado de su hijo". Efectivamente, para que la madre se quede tranquila, lo que "debe" comer es "eso"... Otra cuestión será que el niño pueda quedar embuchado como si de una oca se tratase.

Mediante la repetición de esta experiencia y, en general, de casi toda la vida relacional, el niño asocia que tras la tensión de la necesidad no aparece la relajación de la satisfacción, sino que ésta es sobrepasada y lo que a continuación experimenta es un aumento de la tensión y el displacer que supone el "tener que" comer sin apetito, y la desagradable sensación de un estómago dilatado y excesivamente repleto.

Al tiempo que sufre semejante violencia alimenticia, percibe la impotencia de no poder poner sus límites. Que su NO sólo sirve para enfadar a la madre y empeorar las cosas, para provocar más angustia y más presión, sumando a la coacción física la coacción emocional, añadiendo el chantaje: "si me comes sí/ si no me comes no". Experimenta, además, que la sensación y la relación que comenzaron siendo lúdicas y agradables, que presentaban buenas expectativas, acaban en una situación displacentera, tanto en relación con su propio organismo como en la relación con su madre; generalizándose más tarde esta última a la relación con el medio.

Como ha venido repitiéndose a lo largo de este trabajo, la satisfacción de cualquier necesidad, sobre todo de las necesidades básicas, resulta naturalmente placentera. Y lo es sobre todo en esta época en la que, a través de la percepción y de la satisfacción de sus necesidades, el niño va descubriendo sensaciones, emociones y relaciones muy importantes y novedosas, y va igualmente experimentando su autonomía y su poder como individuo.

En el carácter masoquista, no obstante, esta dinámica entre la madre y el hijo —una dinámica que también suele extenderse a otras personas del círculo familiar del niño— distorsionará el ciclo tensión → satisfacción → relajación. Y lo hará no sólo en relación con la alimentación, que nos ha servido de ejemplo, sino en todas, o casi todas, las necesidades básicas que el niño tiene en esta época: el control de esfínteres, que generalmente no se deja a su maduración espontánea; la necesidad lúdica de alejarse de la madre, de correr, tocar etc.; la necesidad de oponerse y diferenciarse; la necesidad de mostrarse y de exhibirse; la necesidad de saber lo que siente y lo que le satisface..... En fin, se distorsiona la satisfacción de la necesidad básica de ser aceptado tal y como es, de ser protegido y respe-

tado. *«Con el trabajo sobre el resentimiento, he podido vivir el “AHORA TE QUIERO / AHORA NO TE QUIERO porque no te portas bien”. Y he visto a mi madre, y he visto el miedo ante la mirada de “pues ya no te quiero hasta que no te portes bien”. Llegaba incluso a no hablarme y recordarme aquello de “ojo por ojo...”».*

Lo que resulta importante en la comprensión del carácter masoquista es, precisamente, conocer que así, de esta manera, se niega a sí mismo, se aísla, se separa y se aliena. Y lo hace en principio, de sus necesidades básicas; en segundo lugar, de sus deseos; en último término llega a alienarse emocionalmente de las personas que le rodean, porque al no percibir sus necesidades y no confiar en su capacidad para poner límites, evita pasar por la situación de experimentar un incremento de la tensión y el displacer. Si tampoco experimenta el deseo, obviará la situación de frustración; y, finalmente, si no se produce la relación emocional, tampoco se vivirá el dolor de la autonegación. Éste es el núcleo del carácter masoquista: llega a separarse tanto de sí mismo que se olvida de sus necesidades y deseos auténticos, y no lo hace para frustrarse sino para evitar una frustración mayor, aunque ésta sea en el adulto una fantasía inconsciente, elaborada a partir de vivencias originales cuya impronta ha quedado sensorial y sensitivamente impresa. Es decir, persigue la búsqueda de la relajación y del placer, pero lo hace a través de la evitación de un displacer que se fantasea como mayor que el que realmente podría experimentar en el presente; un presente que es percibido notablemente anestesiado debido a la distorsión del subimpulso tierno.

La experiencia de E. refiriéndose a una relación de pareja: *«Yo lo que quiero es estar con él, pero me da mucho miedo sentir esto. Además, me viene mi padre y su historia con las mujeres, que antes de dejar a una estaba años con otra. Pienso que me puede hacer lo mismo a mí. Pero esto son tonterías, lo que me da miedo es mi sentimiento. El lo único que piensa es pasárselo bien en la vida, y eso es una frivolidad. Yo para pasármelo bien tengo que hacer muchísimo esfuerzo y convencerme de que me lo estoy pasando bien. Si me pongo a ser frívola y feliz, me van a dar de lado, van a hablar de mí; **es como tener una obligación**, y me preocupo de que me vean un poco triste porque no quiero dar la imagen de ser feliz, como si dejara de lado la obligación que tengo de pensar en los otros, en mis obligaciones. Si soy feliz, dudo de que pueda querer a la gente, y de que me quieran a mí. **Si soy feliz dudo de que me pueda ocupar de la gente a la que tengo que cuidar**».*

❖ DINÁMICA ENERGÉTICA

La tensión natural que activa la percepción de cualquier necesidad (Vg. el hambre) —y que en otras condiciones se experimentaría como previa a la satisfacción (comer), al cese de la tensión (relajación) y al placer (satisfacción)—, en las personas con estructura de carácter masoquista se experimenta, y se procesa y codifica corporalmente, como pronóstico de displacer y angustia.

Por ello, la información que recibe de sí mismo, el contacto que establece con sus procesos íntimos a través del subimpulso tierno, queda distorsionada. La información sensorial que, en busca de la satisfacción y la relajación, debería disponerle a la acción, en realidad le predispone a la evitación de dicha experiencia. En la medida en que va viendo frustradas las expectativas de satisfacción placentera de sus necesidades, éstas son percibidas como señales de posible conflicto.

Lo natural es que, ante la expectativa de vivir una experiencia frustrante y displacentera la reacción espontánea sea la oposición activa, el NO querer. Cuando este límite no se respeta sino que es violentado, el niño reacciona con rabia y pasa de la oposición a la defensa activa, a la defensa hostil; y lo hace mientras dure el intento de imposición, o hasta que se quede sin fuerzas y se rinda. Este intento de defensa, de poner límites, vendrá vehiculado por el subimpulso agresivo, cuya finalidad original —como se ha dicho— es la de procurar satisfacción y bienestar, y evitar la tensión y el displacer. En el caso del carácter masoquista tal finalidad no llega a alcanzarse, sino que su manifestación agresiva se muestra ineficaz e impotente para poner límites a la invasión; e incluso impotente ante la posibilidad de retirarse físicamente de la situación, de huir.

El subimpulso agresivo va quedando bloqueado en su expresión y función naturales, invirtiendo su dirección y disponiéndose antitético de sí mismo en función de defensa, no frente las frustraciones externas sino ante las sensaciones internas y —más adelante— las fantasías asociadas, vividas como origen de frustraciones y displacer. Más adelante, esta fantasía displacentera asociada a la pulsación de la necesidad, evocará las experiencias reales anteriores y activará la contención del subimpulso agresivo siguiendo el principio de evitación del displacer.

En la medida en la que la tensión acumulada por la repetición y por la duración de las experiencias frustrantes pueda descargarse a través de la

rabia (vehiculada por parte del componente hostil del subimpulso agresivo), y resulte eficaz aunque sólo sea parcialmente, se logrará alcanzar un estado de relativa relajación; o al menos de menor tensión. Pero si dicha expresión de rabia se bloquea también por encontrarse como obstáculo una frustración muy intensa, duradera y repetida —generalmente en forma de coacción, descalificación y/o chantaje—, no existirá posibilidad de disminuir el estado de tensión. La experiencia informará al niño de que el contacto con la rabia es generador de mayor tensión, de más frustración e impotencia y, por tanto, de auto descalificación. En consecuencia, le resultará energéticamente más económico no contactar con ella.

De esta manera, irá asociando cualquier estado de tensión no con la necesidad de satisfacción, sino con los sentimientos de frustración y de displacer. Esta asociación, que se origina a partir de experiencias reales, se irá extendiendo posteriormente a las fantasías de satisfacción y de individuación que asociará, a su vez, a las expresiones de rabia que también tuvieron que ser inhibidas en su día, y al aumento de tensión que ello origina.

Posteriormente, y a lo largo del desarrollo, se estructurarán los mecanismos de defensa psicoemocionales como forma de contener —con el menor gasto energético posible— la rabia y la autoafirmación. Sobre esta disposición energética básica, el niño tenderá a identificarse con el padre más agresor, con el más frustrante, y a confluir con el menos agresor con lo cual limitará la pulsión de sus propios impulsos hostiles. Sin embargo, limitará simultáneamente su capacidad de autonomía y diferenciación. Así refiere E. la relación con sus padres: *«Mi madre siempre con la mirada de estar juzgándome y dándome la sensación de una persona que no está orgullosa de mí. Yo siempre he querido ser chico, desde pequeña porque creía que mi padre hubiese querido que fuese chico. Siempre me he vestido de chico y me resulta desagradable resaltar lo atributos de mujer, arreglarme y eso. Con mi padre he funcionado bien. Lo he puesto en un pedestal, le he contado todo, pero no me puedo salir de lo que espera de mí a cambio de que estuviese siempre pendiente de mí. Mi medalla es disfrutar mucho con lo que a él le gusta, hacer cosas que no me apetecen para hacerle sentir que es muy interesante, inteligente... Parece, por lo que siempre me ha dicho, que he sido su ojito derecho, aunque eso siempre me ha venido un poco grande y no me ha permitido darle un disgusto»*. Respecto a este párrafo de E., es importante señalar que su padre es un gran seductor, lo que propició que ella desarrollase defensas psicopáticas y que su instinto dominante sea el sexual, confluyente con sus parejas y pasivamente seductora.

La consecuencia de semejante dinámica energética será que el carácter masoquista se hallará sometido a un estado displacentero de tensión permanente, muy lejos del estado de relajación; este alto y permanente estado de tensión les hará especialmente sensibles a mínimos aumentos de su tensión de base, hasta el punto en que desarrollará intolerancia a cualquier incremento de la tensión interna: *«Siento una ansiedad que me entra de momento, como si me absorbiesen por dentro, que me quita el aire. **Me la produce cualquier cosa que desestabilice mi estado emocional**, sea buena o mala, cualquier cosa que me impresione me produce vacío en el estomago»*. Siguiendo el principio de evitación del displacer real o fantaseado, la solución más económica, la única posible en este caso, será el distanciamiento de la percepción de las necesidades (con lo que disminuye la percepción de la tensión que las señala) y el apaciguamiento de la tendencia espontánea a la satisfacción (puesto que en su experiencia está procesado que esta tendencia aumenta la insatisfacción). Lo conseguirá mediante la distorsión en la percepción de la información del subimpulso tierno, y del cambio de dirección y de función del subimpulso agresivo, el cual se dispone en función de defensa.

Este estado de intensa tensión interna, junto con la dificultad para tolerar los incrementos de tensión necesarios para tener adecuado conocimiento de los propios estados internos, es percibido a través del subimpulso tierno. La distorsión de su percepción, (que le lleva a percibir como sensación no deseable, incluso displacentera, aquellos incrementos de tensión que indican necesidad de satisfacción o que son precursores de experiencias placenteras), le evitará una posible experiencia de frustración humillante; frustración generalmente tan temida como fantaseada en el individuo adulto, quien consciente o inconscientemente asociará tales incrementos a las vivencias reales originarias. De esta manera el subimpulso tierno se pone en función de defensa, bloqueando y distorsionando su misión de informar de los estados internos naturales² porque, en el proceso de su desarrollo y arraigamiento, dicha información se enjuició como precursora de tensión, displacer y angustia: *«Tengo miedo a las sensaciones agradables. Se sufre mucho haciendo fuerza para parar esas sensaciones agradables, **y debería disfrutarlas**. Es como si estuviese haciendo algo malo y me fuesen a pillar. Lo estaba disfrutando pero con culpa; me sentía culpable de estar pasándomelo bien, pero me lo estaba pasando bien»*.

² Obviamente, me refiero a los estados que se derivan de la propia naturaleza orgánica del ser, tanto los biológicos como los emocionales, los cognitivos y los espirituales.

Como resultado de esta dinámica energética, el equilibrio final supondrá que la mayor parte del componente energético del subimpulso agresivo cambiará su dirección y su función, tornándose antitético de sí mismo. Es decir, quedará bloqueado y perderá su capacidad de expresión resolutive ya que su contenido energético es puesto en función de defensa, con lo que se contendrá a sí mismo y proporcionará la energía necesaria para la elaboración y el mantenimiento de los mecanismos de defensa.

Parte del componente energético del subimpulso tierno es puesto también en función de defensa. Con ello pierde parte de su función para señalar los estados naturales de tensión o relajación, a cambio de reforzar los mecanismos de defensa que contienen la expresión agresiva; por tanto, en este cambio de función del subimpulso tierno, dicho subimpulso queda igualmente bloqueado y, además, contaminado por la energía defensiva (retroflexiva) hostil del subimpulso agresivo. La mayor parte del componente energético del subimpulso tierno queda libre, pero su función de discriminar sensorialmente los estados internos, su capacidad de informar sobre el sí mismo emocional y sensorial se pierde al aparecer distorsionada su información en la consciencia perceptiva. Al quedar prácticamente exenta del componente agresivo necesario para que pueda ser afirmada frente al mundo, la energía tierna que finalmente quede libre será poco operativa y quedará reducida a una actitud pasiva, porque al estar contaminado el subimpulso tierno por la energía hostil del subimpulso agresivo, fácilmente se transforma en resignación y en queja,

Así expresaba E. su resignación, ya un poco avanzada la psicoterapia: *«Viendo los toros desde la barrera. Así me siento, como un gato escaldado y asustado al ser consciente de que no he sabido ver y sentir la realidad mía y de los demás. Y me digo que es sólo para descansar un rato. Ya saldré cuando esté un poco más fuerte. Y ahora me doy cuenta de que estoy detrás de esa barrera pero lamiéndome las heridas, más pendiente de lo que sucede al otro lado que dentro de mí. Y pasan los días y esa fortaleza no llega porque **no he conseguido descubrir la clave de lo que es estar dentro de uno para enfrentar al mundo y salir de este escondite con confianza de que sabré moverme en él.** Al menos aquí dentro he conseguido dar rienda suelta a todos los sentimientos de rabia, tristeza, odio, culpa, miedo... que nunca me permití sacar. Unos son verdaderos, otros mecanismos antiguos, otros son mentira, pero durante un tiempo no he sabido separarlos y valorarlos honestamente. Era una catarata que me ha tenido derribada al suelo. A veces consigo levantar la cabeza, miro alrededor y siempre aprendo, veo algo o siento*

algo nuevo de mí. Dura poco, no sé qué me empuja a volver a ese estado que por un lado es de pesimismo, miedo, tristeza, todos rozando la obsesión y por otro como una atracción fatal de volver a sumergirme en la angustia. Fuera me falta el aire. Me parecía sospechoso llevar algunas horas despreocupada, sin regar y alimentar mis obsesiones. Atracción fatal». Es decir, la ciénaga masoquista.

❖ ESTRUCTURA CORPORAL

El carácter masoquista se estructura corporalmente en función de su principal mecanismo de defensa muscular: la contención energética. Si en el carácter oral el principal mecanismo de defensa corporal es la desenergización, el masoquista se coloca en el otro extremo. Es un carácter muy cargado energéticamente, pero su energía está bloqueada y contenida en el tronco mediante bloqueos tensos a nivel de las articulaciones de los hombros, de la cadera, del cuello y del diafragma. Unos bloqueos que interrumpen el flujo de la energía hacia los brazos y las manos, así como hacia las piernas y los pies; dificultando también la comunicación energética entre la cabeza y el tórax, y entre éste y el abdomen.

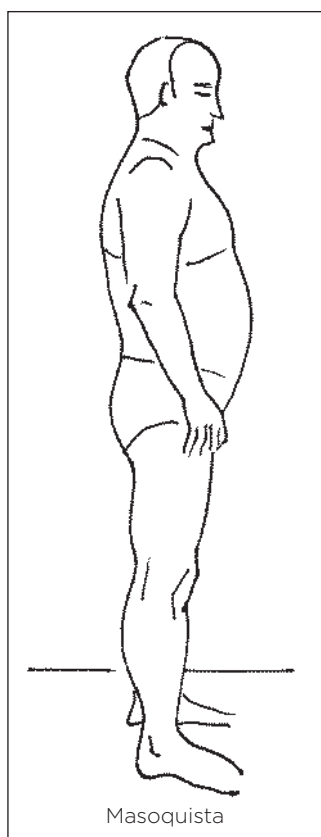
Los bloqueos —que no son tan intensos ni abarcan a todas las articulaciones como ocurre en el carácter esquizoide— no ocasionan un corte total del flujo pero sí producen el suficiente estancamiento como para que la carga energética estase del tronco y de la cabeza del masoquista sea notable, y se perciba como una tensión constante, como una presión que pugna impotente por expresarse y que es descrita como “una olla a presión” o como “una bomba a punto de estallar”; una percepción que cristaliza en miedo a la propia descarga energética, aunque sea a través del placer.

La sensación de gran presión interior alimenta sensorialmente la fantasía catastrófica de lo que ocurriría “si alguna vez llegase a estallar”. Esta fantasía, que está a su vez condicionada por la compulsión a la repetición para evitar un displacer mayor imaginario, es utilizada cognitivamente para reforzar el mecanismo de contención: “No puedo permitírmelo; es peligroso”. En palabras de E.: *«Siento que tengo un corsé y me da miedo el día que me lo quite, puede ser un peligro: que me lo pase muy bien y que se lo pasen muy bien a mi alrededor. Que fuese muy espectacular»*. En esta última frase, E. expresa muy claramente su deseo de exhibición, que le evoca a la vez el miedo a la humillación.

Aunque desconectado de las frustraciones reales originales, el miedo al castigo posterior a la descarga energética cierra un circuito en el que el aumento de la tensión produce más contención, y ésta a su vez incrementa la tensión, llegándose así a uno de estos dos extremos: a quedar con mayor frecuencia inmovilizado y atrapado en la “ciénaga masoquista”, donde cualquier intento por salir empeorará las cosas; o, en determinadas circunstancias de extrema tensión, a una explosión colérica y descontrolada, con lo que se cumpliría la fantasía catastrófica de la “bomba nuclear”.

Así pues, la constitución muscular y la morfología corporal del carácter masoquista se dispone en función de contener y bloquear energéticamente la expresión y satisfacción de los impulsos, en especial del subimpulso agresivo. La antítesis energética —la inversión y cambio de función de los impulsos que ocurre precisamente en la musculatura estriada— implicará también un cambio en la dinámica muscular, pasando de estar al servicio

de la expresión a hacerlo en función de defensa, de la contención, pero a costa de estar sometida a tensión constante y de perder, por ello, su capacidad de relajación en reposo.



Los músculos, al encontrarse en estado permanente de trabajo, alcanzan un volumen relativamente considerable, tanto más cuanto más patológica sea la estructura del carácter. En consecuencia, el masoquista tendrá generalmente una musculatura de fibras cortas que, incluso en estado de aparente relajación, mantendrán una tensión constante, condicionando un desarrollo hipertrófico de la musculatura que, en algunos casos, puede impresionar como de gran potencia. Realmente son músculos dispuestos para un esfuerzo puntual importante pero no sostenido, puesto que al partir de un estado de tensión mayor que el tono natural de reposo alcanzarán más pronto la fatiga. Además, el sobre desarrollo de la masa muscular y la limitación de la respiración propia de este carácter, dificultarán la oxigenación necesaria para mantener un esfuerzo sostenido por encima de la tensión a la que permanentemente están sometidos.

La cara de las personas con estructura masoquista tiene, casi sin excepción, una expresión bondadosa y apaciguadora; los ojos, que suelen ser grandes y la mirada tierna, dejan traslucir con frecuencia un sentimiento de tristeza y de resignación que, en general, no es procesado de forma consciente.

Resulta llamativo que, con excepción hecha de los ojos y de la mirada, no haya ningún rasgo facial que destaque y que dé realce a su expresión. Es una cara plana, redondeada y sin "líneas de carácter", que condiciona a describirla de un modo genérico como "cara de niño bueno y un poco triste". Una cara con tan poca expresión cumple perfectamente la misión de pasar desapercibida, de no destacar entre otras; es la defensa que el masoquista desarrolla y estructura ante su necesidad de no resaltar o no diferenciarse en forma alguna, porque destacar o llamar la atención invariablemente le evocará su exhibicionismo frustrado y humillado, y le movilizará angustia: *«No me arreglo para que no me miren ni estar en el centro, porque eso no es importante. Por favor, que no me miren, un piropo me puede poner nerviosa. Me hace sentir incómoda»*.

En función del mayor o menor contacto que la persona tenga con sus emociones de rabia y pena, los músculos maseteros pueden estar muy desarrollados, duros y dolorosos a la presión, o poco desarrollados, planos y blandos cuando el contacto con dichas emociones haya sido mayoritariamente anestesiado. La situación más frecuente es que se tenga algún contacto íntimo con estas emociones y que los músculos maseteros, ejerciendo su función de contención, se hipertrofien y mantengan las mandíbulas en constante presión y movimiento rumiante (bruxismo), lo que puede ocasionar trastornos dentales. No deja de resultar coherente con esta desconexión general del masoquista, el que este movimiento rumiante aparezca sobre todo mientras la persona duerme. Algunos especialistas no encuentran otro remedio que prescribir una especie de mordedor, que la persona se coloca al ir a dormir para evitar que las muelas se desgasten y se inflamen las encías.

Con bastante frecuencia, **el cuello** suele ser musculoso, ancho y corto, impresionando como robusto y apto para importantes esfuerzos. Y así es realmente, aunque el esfuerzo permanente que estos músculos realizan estará al servicio de la contención, estructurando un anillo de tensión que bloqueará el flujo de energía entre la cabeza y el tórax. Tal bloqueo, uno de los más importantes del carácter masoquista, proporciona el soporte energético para la tendencia al pensamiento obsesivo en un circuito ce-

rrado, al dificultar el contacto entre las funciones intelectuales y las emociones correspondientes, así como el paso a la acción; al propio tiempo, el bloqueo del cuello, al dificultar el flujo energético, propiciará que la angustia masoquista cierre el circuito del pensamiento catastrófico sobre el pensamiento paralizante, y viceversa.

En los casos de franca patología, la tensión permanente a la que están sometidos los músculos anteriores y posteriores del cuello dará lugar a su hipertrofia y a una morfología voluminosa. Pero, al ser un anillo de tensión, también producirá un efecto estrangulador que comprometerá la libre circulación de la sangre en el cerebro, predisponiendo a la hipertensión endocraneal. Este efecto estrangulador será el responsable de las brascas e intensas cefaleas que aparecen en las personas masoquistas cuando hacen un esfuerzo tenso y duradero; por ejemplo, cuando se les pide que golpeen fuertemente y de forma mantenida, o cuando aumentan la tensión a fin de contener determinadas excitaciones fantaseadas como peligrosas, ya que se bloquea la circulación de retorno y se produce un aumento en la tensión intracraneal.

Estos intensos dolores de cabeza, que se conocen como cefaleas tensionales, suelen ir acompañados de náuseas y de vómitos y/o de sensación de asfixia cuando son consecuencia de un esfuerzo violento. Sin embargo, ello no quiere decir que las personas masoquistas estén necesariamente más predispuestas a los dolores de cabeza que otras personas, salvo en las circunstancias descritas. Estas cefaleas, que dependen de la intensidad del anillo de bloqueo cervical, hay que diferenciarlas de las jaquecas, migrañas y cefaleas sintomáticas de otras afecciones: no resultando complicado si se tiene en cuenta las circunstancias del comienzo, la evolución del dolor y el cuadro sintomático que lo acompaña.

El anillo cervical de tensión se prolonga hacia **la cintura escapular**, fundamentalmente a través de los músculos esterno-cleido-mastoideo, el trapecio y los músculos vertebrales. Toda la musculatura de esta cintura está tensa y muy desarrollada, dando a **los hombros** y a la parte superior de la espalda una morfología redondeada, y la tendencia a ser de una consistencia dura y dolorosa a la presión, si es que conserva aún su capacidad de sensar emociones, especialmente las de rabia. Si, como es frecuente, esta zona ha perdido su capacidad sensora y se ha convertido en una zona emocionalmente muerta, los músculos estarán aún más tensos y contraídos, serán más duros, pero menos dolorosos a la presión al perder

también su sensibilidad, llegando a extremos en los que, al ser masajeados, la percepción sensorial táctil es descrita por la persona masoquista como “una sensación de acorchamiento frío”. Cuando vaya recuperando la función sensora, comenzará a tener noticias sensoriales de esta parte de su cuerpo; primeramente, como dolorosa a la presión y, seguidamente, con sensaciones de hormigueo y de dolor espontáneo; recuperando finalmente su sensibilidad, color y temperatura normales. Es un proceso semejante al que sentimos cuando vamos recuperando una pierna que se nos había quedado “dormida”.

Especial atención merece el triángulo interescapular, la zona donde se sensan las emociones de rabia. En esta zona, y sobre la cuatro primeras vértebras dorsales, suele desarrollarse un acumulo de grasa que hace relieve a modo de una almohadilla, con poca sensibilidad al tacto, fría y de coloración más pálida que el resto de la espalda. La aparición de este “morrillo” es signo inequívoco de un fuerte componente masoquista en cualquier tipo de carácter, que, sin embargo, puede no estar presente en el carácter masoquista. La existencia del “morrillo” está directamente relacionada con la inhibición en la capacidad para sentir y expresar las emociones de rabia y los movimientos agresivos de rechazo con los brazos. Es decir, guarda relación con la disposición no consciente de la persona a soportar invasiones y cargas.

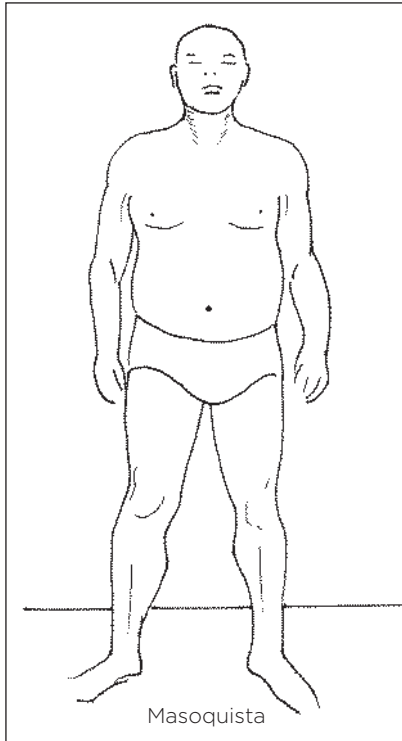
Los brazos guardan proporción morfológica con el resto del cuerpo. Son de musculatura generalmente desarrollada y nunca impresionarán como débiles; las manos suelen ser fuertes, de dedos cortos y con tendencia a tener la palma ancha; una mano que con frecuencia podemos describir como “trabajadora”.

Lo más característico de sus brazos es que la conexión energética con el tórax y el centro energético del corazón está dificultada por el anillo de bloqueo alrededor de su articulación con los hombros. Aparecen cargados de energía, pero ésta fluye con dificultad desde y hacia el centro. La consecuencia de dicho bloqueo es la escasa predisposición que el masoquista tiene hacia las caricias y la espontaneidad creativa manual, y su mayor inclinación hacia la reproducción artesanal; encontrándonos en casos extremos con una clara torpeza manual. Es raro que una persona masoquista se exprese a través de las manos en una actividad que no tenga un importante componente de repetición organizada, más o menos mecánica, ya sea trabajo, arte o contacto emocional. Por ello, aun siendo personas tiernas, la relación con ellas puede tender hacia la frialdad en el

contacto, el poco estímulo y el aburrimiento sensorial y emocional. Una paciente, distinta de E., me refirió en una ocasión: *«Mi marido me dice que no le quiero, que no me ocupo de él, y yo le digo que le atiendo bien, que le hago buenas comidas y le cuido. Él me responde que todo eso está muy bien, pero que lo él quiere es que yo le toque, y es verdad que no le toco casi nunca, ni le beso. Y no sé por qué, porque sí le quiero y mucho».*

El tórax masoquista es muy característico: aparece intensamente cargado de energía, es amplio, redondeado y duro; lo describimos como “tórax en tonel”. Los músculos pectorales están bastante desarrollados, y las costillas forman unos arcos circulares que pierden su forma aplanada en la parte anterior. Son de consistencia muy dura, de modo que ofrecen mucha resistencia cuando, para ayudar a movilizar el aire residual, se intenta comprimir el tórax con la presión de las manos. Posiblemente es el tórax más duro de todos los caracteres. Impresiona como un pecho de amplia capacidad respiratoria, pero tal impresión está muy lejos de la realidad ya que sus pulmones, forzadamente expandidos, guardan una gran cantidad de aire residual que no se moviliza en la respiración. La dificultad está precisamente en la pérdida de la capacidad de la contracción pulmonar necesaria para expulsar el aire residual, debido a la tensión del diafragma, cuya cúpula aparece aplanada y bloqueada en inspiración forzada.

Los movimientos respiratorios en el carácter masoquista son poco eficaces porque las costillas tienen escasa movilidad para ampliar la capacidad torácica en sentido ascendente, ya que, aún en reposo, se encuentran casi al límite de su capacidad de expansión, y no son nada flexibles. **El diafragma**, el principal músculo respiratorio, ayuda poco porque también se encuentra casi en el extremo de una inspiración forzada y con la cúpula aplanada, de modo que apenas puede expandirse y contraerse muy poco más. De forma que la situación respiratoria básica en la que normalmente se encuentra el masoquista es una inspiración forzada, mantenida y bloqueada, con el tórax expandido y el diafragma en la parte más baja de su movimiento. Por ello, su capacidad para movilizar aire residual es muy escasa y la oxigenación de la sangre insuficiente, sobre todo en relación a su importante masa muscular, fatigándose rápidamente ante cualquier esfuerzo mantenido. Una situación semejante a la que provocamos al prepararnos mediante una inspiración profunda para hacer un esfuerzo puntual e importante: es el esfuerzo que el masoquista realiza para contener sus emociones, y



que mantiene permanentemente de manera inconsciente.

Tal situación de bloqueo diafragmático y respiratorio constituye, como se ha dicho, uno de los más importantes mecanismos de defensa corporales del carácter masoquista; un mecanismo que, al limitar su respiración, restringe también la pulsación de la carga energética que sirve de vehículo de las emociones y de las necesidades y, por tanto, restringe su percepción sensitiva consciente. Es decir, contribuye de manera determinante —con la disminución de la intensidad de las excitaciones vegetativas— a limitar la carga energética circulante y, en consecuencia, a dificultar su percepción emocional consciente. Se trata de un

movimiento respiratorio al que, además de apretar la mandíbulas, todos recurrimos con frecuencia cuando queremos contener la expresión emocional de un sentimiento, la rabia o la pena fundamentalmente; sólo que en el masoquista ese movimiento está cristalizado y fijado en su estructura muscular, en una función defensiva de contención permanente y de funcionamiento automático, aunque los sentimientos no sean del todo conscientes, o sean sólo meras fantasías.

La otra función defensiva que cumple el bloqueo diafragmático es la de dificultar el flujo energético entre el tórax y el vientre, y su progresión hacia la pelvis. La tensión a la que está sometido el diafragma viene a estrechar más los angostos orificios de comunicación entre ambas zonas del cuerpo, orificios por los que pasan arterias, venas, nervios, vasos linfáticos y los meridianos de energía más sutil. De este modo, la toma de conciencia emocional de las necesidades básicas y del componente afectivo de las experiencias placenteras se encuentra dificultada y comprometida. Aunque el contacto energético no esté completamente bloqueado, como sucede en el carácter esquizoide, su percepción sí está notablemente distorsionada, originando la confusión que describen así: “no sé que siento, es una presión; como si estuviese a punto de estallar”. Expresan de esta manera la vivencia de un tórax y una pelvis energéticamente muy cargados pero

con poca capacidad para discriminar las sensaciones. A esa escasa capacidad para sentir, para darse cuenta y para expresar las emociones, hay también que añadir la dificultad y el distorsionamiento del flujo energético que se dirige a los brazos y a la cabeza. Esto explicaría desde el punto de vista energético por qué las expresiones de la cara, salvo los ojos, y de las manos tienen tan pocos matices emocionales.

Toda esta situación se puede resumir en que la toma de conciencia emocional de las necesidades y de la experiencia placentera está muy distorsionada y contaminada por la angustia. Ésta se sustenta sobre la estasis de una carga energética torácica notable, pero de la que se tiene una percepción difusa y distorsionada, y con pocas posibilidades de expresión y de satisfacción. Esta situación de carga energética estatica es la que proporciona la sensación de presión interna, la cual es procesada cognitivamente con la fantasía de la explosión (en vez de su expresión), y a la que asocian consecuencias posiblemente catastróficas: destrucción de las personas o situaciones con las que se encuentra confluyente, y a través de las que vive vicariamente su deseo. Una fantasía que vendría a tapar su miedo a la autonomía: *«Mi madre está muy mosqueada y muy dolida, y no ha pasado nada. Y yo tengo miedo a descontrolarme ante ella y a ponerme a llorar. Tengo miedo a sentirme débil ante ella»*. Miedo a la autonomía que en E. está arraigado a este tipo de experiencias con la madre: *«Cuando me iba y mi madre me decía, “que te lo pases bien”, yo me sentía culpable. En el fondo le estaba dando un disgusto pero no tenía armas para decirle que no me fuera. Me iba pero con sensación de no hacerlo bien y de culpa»*.

El abdomen del masoquista suele ser redondeado, blando, cálido y algo prominente debido a la presión que el diafragma descendido hace sobre las vísceras, a las que no sujeta suficientemente. Y excepcionalmente también, porque los músculos abdominales están más bien laxos, a modo de mecanismo para absorber la tensión interna. La afición a las comidas y bebidas de muchas calorías junto a la tendencia a la vida lenta y, probablemente, el bajo metabolismo, contribuyen al acumulo de grasa en dicha zona del vientre, lo que les dará con frecuencia un aspecto ligeramente panzudo³, aún sin llegar necesariamente a la obesidad. Todo ello hace que su vientre impresione como un lugar en el que apetece reposar la cabeza, una zona acogedora y tranquilizante. Un vientre piadoso.

³ Los otros caracteres “panzudos” son, con más frecuencia, el pasivo-femenino subtipo de conservación y menos el social, y el psicopático de conservación, ambos con un importante componente masoquista.

La espalda de estas personas suele, en general, impresionar como una típica espalda de carga, con los músculos dorsales muy bien desarrollados y tensos, y recubierta de una capa de grasa a modo de almohadilla. A este aspecto contribuye el que su anchura se mantenga por igual a lo largo de todo el tronco, sin estrechamiento en la cintura, que también suele ser ancha. En los casos de franca patología, la parte superior, la que corresponde a la columna dorsal, tiene tendencia a arquearse, como si soportase un peso constante; tal peso obligará a la columna a corregir aún más su curvatura lo que les llevará hacia la cifosis, y les dará cierto aspecto cheposo.

Esta rectificación de la columna dorsal orientada a la cifosis, se relaciona con la rectificación de la curva lumbar, que se aplanará hacia la lordosis. Esto se produce inicialmente al tener que mantener la pelvis en una posición de rotación anterior, en situación de descarga, a fin de que la columna vertebral pueda conservar una cierta función dinámica de absorción de las fuerzas verticales. Semejante aplanamiento lumbar ocasionará frecuentemente problemas traumáticos vertebrales por compresión de los nervios radicales situados al final de la médula espinal: lumbalgias, ciática y otras radiculalgias.

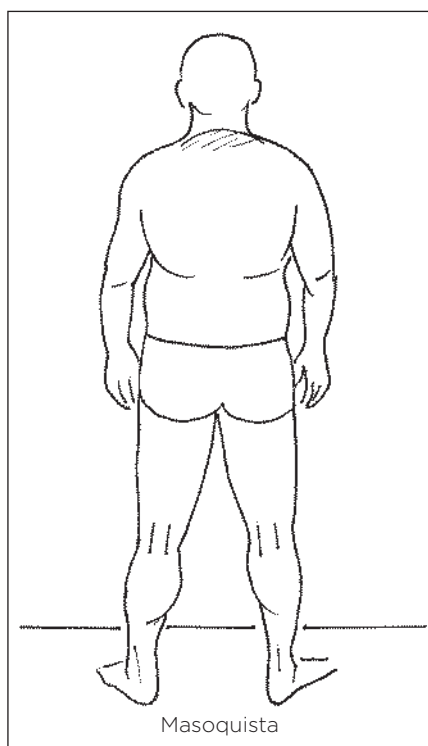
Los frecuentes problemas de lumbago se ocasionan porque la necesidad —originada por la pérdida de elasticidad y verticalidad de la columna— de compensar y reforzar la sujeción de cada vértebra hace que los músculos largos de la espalda se hiperdesarrollen y se tensen mucho en su inserción con el hueso sacro, llegando a situaciones de contractura dolorosa por cansancio crónico. Ésta es una situación a la que se puede llegar por sobrecarga emocional contenida y prolongada. Estos compromisos dolorosos de la columna lumbar —no exclusivos del carácter masoquista aunque sí más frecuentes— se derivan de la necesidad de mantener la pelvis en una posición de rotación muy adelantada, lo que, en una relación dinámica recíproca, les ocasiona una tensión muscular crónica que vendrá añadida a la que condiciona su tendencia a la cifosis compensatoria de la columna dorsal.

La posición de **la pelvis** es muy característica del carácter masoquista así como de rasgos masoquistas en cualquier otro tipo de carácter. Está en una rotación anterior forzada y muy adelantada, una posición típica de descarga energética que señala una necesidad de mantener la pelvis lo más descargada posible de excitaciones vegetativas. Es un mecanismo por el que se intenta evitar la percepción de estasis energética, y que disminuye la excitación de la carga energética contenida. Se busca así controlar la

sensación de angustia que va ligada a la pulsión de la estasis energética, pues su fluir hacia las piernas y el tórax está dificultado por los bloqueos en todas las articulaciones de la cadera y por el músculo diafragmático.

En la pelvis, tanto en sus músculos externos como en los internos, se encuentran algunas de las tensiones más importantes del carácter masoquista. Los glúteos llaman la atención porque, aunque poco desarrollados y planos, están tensos y dolorosos a la presión. Este escaso desarrollo de los músculos de las nalgas junto a la posición muy adelantada de la pelvis, da a la persona masoquista —o con fuerte componente masoquista en su carácter, cualquiera que éste sea— el aspecto de carecer de culo, ya que, al borrarse el relieve de los glúteos y la curvatura lumbar, se prolonga en un mismo plano recto desde la espalda. Este aspecto lo describe Lowen como el de “un perro apaleado que huye con el rabo entre las piernas”; en cualquier caso es una descripción que, en general y más llamativamente en los tipos más patológicos, se ajusta a la realidad y que utilizamos habitualmente de modo descriptivo. No olvidemos que es en la zona de las nalgas donde se sienten emociones de miedo y también las de inquietud

ante las expectativas y las fantasías de recompensa o de castigo. Es por ello una zona especialmente bloqueada en éste carácter.



En el carácter masoquista, especialmente en las mujeres, existe una tendencia a acumular grasa en el segmento pélvico, al igual que en las nalgas y en la zona superior de los muslos. Este acúmulo de grasa puede enmascarar la disposición de la pelvis sobre los ejes longitudinal y transversal, pero si localizamos correctamente las crestas ilíacas y el inicio del coxis, su situación queda claramente ubicada y ayudará a confirmar o descartar un diagnóstico dudoso.

Las tensiones internas de la pelvis pueden llegar a ser extremas, especialmente en el suelo de la misma,

en el periné, comprometiendo la sensibilidad genital y afectando a la sujeción y a la posición de las vísceras que contiene, de forma que no es infrecuente la aparición de problemas en las funciones de evacuación, como puedan ser el estreñimiento crónico o la vejiga neurógena. El periné no llega nunca a estar relajado, y se mantiene en una posición tensa y elevada, que compromete el orificio de salida del recto, la vagina, la próstata, la uretra, etc. Esto me lleva a decir que el masoquista vive “con el culo prieto”, aun cuando su contacto con el miedo no sea procesado conscientemente.

La misión defensiva que cumple esta extrema tensión intrapélvica implica que las excitaciones vegetativas pélvicas queden muy apagadas y suficientemente controladas, que la energía no se mueve. Éste es el soporte energético de la necesidad vital de que *“nada desestabilice mi estado emocional”*, con el fin de evitar la movilización de la angustia, ya que cualquier movimiento energético o excitación vegetativa —y cualquier cambio en la rutina de vida— es susceptible de ser fantaseado conscientemente —o percibido y procesado inconscientemente— como posible generador de conflicto y, consecuentemente, de angustia. De otra parte, una vida rutinaria y mecánica creará un sentimiento difuso de insatisfacción, un sentimiento que puede, con el tiempo, acabar fácilmente en depresión subcrónica y en accesos de angustia.

Esta situación tiene su manifestación más clara en la forma en que la mayoría de los masoquistas viven la excitación sexual previa al orgasmo, y que es un exponente de cómo viven cualquier excitación en general, y en particular la excitación previa al placer. Cuando la excitación sexual va aumentando y alcanza niveles próximos a la descarga orgásmica, la persona masoquista siente tensión, inquietud y necesidad de alivio. Incapaz de soportar esta tensión porque inconscientemente le evoca su fantasía catastrófica asociada a la satisfacción y al placer, contrae “voluntariamente” toda la musculatura de la pelvis, del vientre y de los muslos, provocando de esta manera un rápido incremento de la tensión y una descarga orgásmica rápida y fugaz que se acompaña de sensación de cansancio; una sensación confundida con frecuencia con la de satisfacción. De este modo alivia una tensión no tolerable, junto con la fantasía de angustia, pero lo hace a costa de perderse la excitación placentera del juego sexual y de la prolongación del coito, lo que le producirá cierto estado de insatisfacción y frustración, así como una desvalorización del contacto erótico y sensual. No suele haber, por tanto, anorgasmia ni frigidez, pero sí orgasmos insatisfactorios y relativa impotencia.

Hablando de sus experiencias sexuales, al inicio de la psicoterapia, dice E.: *«No es para tanto. Me acomplejo y me bloqueo cuando el otro se lo pasa muy bien. Me excito mucho pero no puedo llegar al orgasmo con la penetración; lo consigo con mucho esfuerzo»*. Añadiendo más avanzado el proceso: *«Como me pasa con el sexo, a los 10 o 15 minutos ya no me da gusto, me da miedo, vergüenza y no quiero saber lo que hay en mí. No querer saber lo que hay dentro es lo que más me para. Empiezo bien pero luego hago fuerza para que sea que no. Tengo orgasmos, pero me los hago yo; cuando termina el otro luego me masturbo. **Me da vértigo, como si no me pudiera agarrar a nada**»*.

La movilización pélvica, junto con el desbloqueo del cuello y del diafragma, son las piedras angulares de la psicoterapia bioenergética en el carácter masoquista, siendo a través de ellos como el masoquista podrá recuperar el contacto con su fuerza para poder confrontar y establecer límites, así como para el encuentro consigo mismo para su diferenciación y autonomía.

Las piernas proporcionalmente son robustas, dispuestas para soportar y transportar un considerable peso. En absoluto suelen ser piernas ágiles ni proporcionan un movimiento airoso; por el contrario, le prestan un desplazamiento con apariencia de pesadez, ya que, generalmente, al echar a andar golpean primeramente con el talón, apoyando seguidamente la planta del pie completa, no la almohadilla del borde exterior y el antepié. El resultado es también un caminar ciertamente sonoro, aún cuando vayan descalzos.

Los pies suelen ser grandes y anchos, con tendencia a aplanar el arco plantar, lo que les dará poca flexibilidad pero una gran base de sustentación. Y así es su **arraigamiento**: sólido, concreto, poco flexible y circunscrito a su territorio inmediato, sin establecer una buena conexión —a causa del bloqueo energético de la pelvis— entre su contacto con la tierra, la realidad y sus vivencias. Precisamente por ello, por su dificultad discriminatoria, necesitan en vez de arraigarse, “enraizarse”, como ellos mismos suelen decir. Esta manera de arraigarse muestra corporalmente un contacto con la realidad circunscrito a lo concreto, y con dificultad para discriminar emocionalmente, que no cognitivamente, entre lo importante y lo accesorio para su propio bienestar; muy apegados corporalmente, tienen poca disposición a la imaginación creativa y a la introspección emocional y espiritual. Son personas de objetivos imperiosamente concretos y prácticos, excelentes atalayas de observación para preservar la calma en su territorio.

❖ DINÁMICA EMOCIONAL

La estructura psicodinámica de la personalidad sobre la que se sustenta el carácter masoquista es obsesiva y, probablemente, su tendencia a la ideación obsesiva es más constante que en otros caracteres, aunque no se manifieste clínicamente a través de los síntomas obsesivos propios de una neurosis obsesiva. Su tendencia a la obsesión, más que en el hacer, donde desde luego aparece, se encuentra en el movimiento rumiante de los pensamientos en torno a su sensación nebulosa de insatisfacción emocional. Este pensar en circuito sobre la sensación, les dificulta la capacidad para sentir ésta y discriminarla emocionalmente y poder llevar a cabo una acción eficaz sobre el sentimiento de insatisfacción: *«Yo pido opinión sobre todo. Necesito saber qué opinan los demás sobre mi vida; necesito saber que estoy en la media. Yo nunca estoy en lo que está pasando, o estoy antes o después, y puede ser una tontería muy grande pero me pone en rabia contra mí misma. ¿Será que no tengo la conciencia tranquila y me siento culpable de algo?, ¿de ser un fraude, de defraudar a mis padres, de la relación con mi exmarido, de no dejarme ser feliz?».*

Desde el punto de vista del Eneagrama, se corresponde con el **Eneatipo IX**, al que se le da el nombre de Pereza. Sin embargo, el carácter masoquista no es en absoluto una persona perezosa respecto del trabajo físico; suele ser más bien una persona excesivamente trabajadora, al punto de la autoexplotación, ya que utiliza la actividad física como modo de narcotizarse y alienarse de sí mismo. Más adecuados, como señala Claudio Naranjo, son los términos Acidia y Olvido de sí, ya que la pereza va referida exclusivamente a todo lo relacionado con la introspección y el desarrollo espiritual. Aunque no es por falta de voluntad, sino consecuencia de que su profunda desconexión con los propios impulsos les dificulta enormemente el conocimiento de sí y la toma en consideración de sus aspectos íntimos y fundamentales, cuestiones estas que confunde con las accesorias y externas. Semejantes circunstancias les orientarán generalmente a “ser buenos” de cara a los demás, pero no para sí mismos. Es más, existe en ellos cierto rechazo, incluso fóbico, a ocuparse de sí mismos, lo que resulta evidente en el trato que dan a su imagen social.

Aún cuando en los Eneatipos algunos descriptores se refieran al Eneatipo IV como “el carácter masoquista”, esta adscripción me parece errónea desde el punto de vista de la estructura del carácter. En el Análisis del Carácter de W. Reich encontramos que muchos de los rasgos por él descritos al exponer el carácter masoquista son referidos hoy en día al carácter

oral. Realmente, el carácter oral es el más masoquista después del propiamente masoquista, pero no en lo que respecta a su estructura sino en cuanto a sus rasgos de defensa. No hay que olvidar que el carácter oral no estaba suficientemente bien perfilado en la época en que Reich escribió su libro *El Análisis del Carácter*. Como el lector podrá deducir de ambas descripciones, se trata de diferencias importantes. Quizás una de las más significativas y evidentes, aparte de la estructura energética y corporal, sea el uso resignado que se hace de la queja en el masoquista, frente a la del oral, mucho más confrontativa, provocadora e incluso violenta. Por mi parte, suelo afirmar que mientras el masoquista se resigna y “santifica” el sufrimiento, el oral lo dramatiza, culpabilizado explícitamente al otro.

Siendo los rasgos masoquistas, junto con los orales, una de las defensas más constantes e importantes, suelen estar presentes como principal resistencia en otros caracteres, por tanto se hace necesario identificarlos y tenerlos en cuenta a fin de que las psicoterapias progresen adecuadamente. Un ejemplo de ello son los Eneatipos IV, VI y VII, en los subtipos de conservación, que tienen como principales resistencias importantes componentes masoquistas. Estas resistencias están descritas por los psicoanalistas lacanianos como “goce”, mientras que Reich y Lowen las describen como la “ciénaga”; ambos términos se refieren a todas aquellas actitudes que tienden a instalarse en el “disfrute” infantil frente al bienestar adulto y sano.

La dinámica emocional del carácter masoquista está en función de garantizarse la aceptación y la protección amorosa, pero a cambio de renunciar a su individualización y a su autonomía. Su eslogan podría ser: “Yo seré bueno, seré sumiso y obediente tal y como tu quieres, y así me querrás”. Oigamos a E. sobre este tema: *«Yo me ocupo de que el otro se sienta muy bien para que dependa más de mí. Que se sienta superior para que pueda hacer conmigo lo que quiera; que se sienta superior, que yo no voy a ser un problema para él. Puro chantaje, y todo con una pinta que no lo parece. Yo no parezco sumisa, nadie se cree que pueda tener eso escondido. Lo que yo quiero de la pareja es que me quiera mucho, con la seguridad de que no le voy a hacer nada malo y si lo hago me va a perdonar. **Lo que siento yo es secundario.**»*

Como quedó expuesto al describir la fase anal del desarrollo, a lo largo de la misma el niño va saliendo de su situación fusional de dependencia y adquiriendo mayores parcelas de autonomía en el medio en el que se desenvuelve. Y sucede así gracias a que sus sistemas orgánicos van madurando y haciéndose más eficaces. Sus S.N.C. y S.N.P. alcanzan el nivel de

maduración suficiente para permitir una mejor discriminación perceptiva tanto de los procesos internos como de su relación con el mundo exterior, del que comienza a ser capaz de ir diferenciándose.

El desarrollo muscular y la capacidad de coordinación psicomotriz alcanza un nivel de maduración suficiente como para que el niño sienta progresivamente una mayor seguridad en los movimientos, en su caminar y en la capacidad para autosatisfacer algunas de sus necesidades: corretear y alejarse, comer solo, manipular objetos con cierta finalidad, etc. En el desarrollo de todas estas actividades, el niño, además, experimenta satisfacción, placer y, sobre todo, una sensación de Poder: de poder ser, de poder estar y de poder hacer y manipular el medio en el que vive. A ello contribuye de manera decisiva su capacidad para controlar los esfínteres del ano y de la uretra, pues con ellos controla lo que "da" al mundo; lo que, en su percepción, no es ni más ni menos que una parte de sí mismo. Semejante desarrollo conlleva la progresiva incorporación del yo corporal al concepto de sí mismo.

Al propio tiempo, sus construcciones cognitivas van alcanzado complejidad. Comienza a poder construir largas frases que incluyen verbo, así como a tener cierta noción del presente, el pasado y el futuro. Es decir, su capacidad de comunicación verbal experimenta un desarrollo notable. El yo y el tú van siendo claramente delimitados de forma que puede ir posicionándose frente al otro y expresar con bastante claridad sus demandas. Consigue también ir haciendo suyas las normas que se le indican, o se le imponen. Es decir, se va capacitando para el desarrollo de su sentido moral normativo, de su yo normativo, a través de la confrontación entre lo que puede o no puede hacer (límites reales), y lo que debe o no debe hacer (límites normativos). En este proceso de construcciones psíquicas intervienen la imaginación y la fantasía; en un principio como sentimientos y, con posterioridad y de modo cada vez más importante, como cogniciones.

A medida que avanza en esta etapa del desarrollo y deja atrás la situación fusional anterior, en la que era activo en la demanda pero dependiente de cara a la satisfacción de la misma, y progresa en la consecución activa de las necesidades, irá adquiriendo parcelas de autonomía, que resultarán básicas para el posterior desarrollo de su ser individual y de su libertad.

Esta capacidad de autonomía que le permite ir distanciándose del otro, sobre todo del otro-madre, va preparando el terreno para que los vínculos anteriores establecidos en función de la necesidad de ser satisfecho, va-

yan siendo sustituidos por vínculos afectivos. Es precisamente la distancia y la diferenciación, lo que posibilita la aparición y desarrollo de los afectos y del amor al otro como proyección del amor a sí mismo, no tanto porque satisfaga las necesidades biológicas básicas, sino porque satisface también otras necesidades primordiales como son las de apoyo y contacto emocional tierno; contacto cuya carencia ocasiona sentimientos de frustración, rabia y, finalmente, angustia, cuando aquélla es persistente.

En esta época, el niño se siente querido, y siente que su afecto es bien recibido cuando se considera aceptado en sus manifestaciones. El rechazo a lo que expresa es vivido como un rechazo a la integridad de sí mismo, pero lo vive ya como ser rechazado por el otro; a diferencia de lo que ocurre en el carácter oral, en el que es el propio sujeto quien se rechaza a sí mismo al experimentarse como origen de su propio displacer, al no poder aún diferenciarse suficientemente del otro, del exterior.

No hay un rechazo a sí mismo en el carácter masoquista, lo que hay es resignación por tener que renunciar a sí mismo y someterse a las imposiciones del otro; un mecanismo de economía energética en la adaptación y evitación de los sentimientos de frustración, rabia, displacer y angustia. Esto se consigue mediante su **principal mecanismo psicoemocional de defensa: la disociación y la confluencia**, a través de los cuales las necesidades y deseos propios, con cuyas pulsaciones se ha perdido contacto, van siendo sustituidos por las imposiciones del otro, en tanto que se disminuye la capacidad de discriminar entre lo propio y lo ajeno. Esto implicará renunciar a la propia individualidad, supondrá perder autonomía y libertad, y también una vida vicaria a través de las necesidades y los deseos del otro, a cuya satisfacción dedicará afanosamente la mayor parte de su propio interés y energía.

Como hemos podido ver en algunas citas de E., mediante el mecanismo de confluencia evitará el contacto con la angustia que resulta de la frustración y, por tanto, con sus sentimientos hostiles. Pero el vivir a través de otro deja un poso de insatisfacción permanente, que va intensificándose a lo largo de la vida. Este sentimiento es experimentado por la persona masoquista como una paulatina y lenta pérdida de interés por la vida, más allá del quehacer cotidiano. Su vida va apareciendo ante él en un discurrir lento y monótono, en el que no hay un sufrimiento agudo pero tampoco propiamente alegría. Toma el aspecto de un estado subdepresivo crónico, que va acompañado con frecuencia de una sensación de cansancio y de dolores musculares.

El sufrimiento en el carácter masoquista se instala de una manera insidiosa y soterrada; no es un sufrimiento agudo, intenso y dramatizado como en el carácter oral. La persona masoquista tiende a “santificar” su sufrimiento mediante la resignación, en vez de dramatizarlo como se ha dicho que hace el carácter oral. Lo más frecuente es que el masoquista no considere que exista una línea continua de sufrimiento en su vida —lo contrario que en el carácter oral—; más bien considera que ha habido poco sufrimiento y escasos sentimientos hostiles. Ello es debido a la información deformada que recibe de sí mismo, consecuencia de la distorsión perceptiva del subimpulso tierno y de la inhibición del agresivo.

Acompaña, al tiempo que hace suyo, el sufrimiento de los demás, pero lo hace sin una resonancia emocional profunda, sin que el sufrimiento del otro le impacte como sufrimiento propio; más bien lo vive con sensación de angustia por cuanto desestabiliza el “plácido” discurrir de su vida. Es como una actitud piadosa con poco sentimiento de piedad. Obviamente este sentimiento cambiará dependiendo de la propia patología de la persona y del vínculo que se haya establecido con la persona que sufre, ya que el contacto con el dolor emocional está más próximo que el contacto con el sufrimiento.

La mayor fuente de este sufrimiento de baja intensidad del carácter masoquista lo constituye precisamente la falta de ilusiones genuinas, de alegrías y de satisfacción en lo cotidiano. Tras una experiencia terapéutica muy exitosa, dice E.: *«La euforia duró dos días más, luego un bajón, me sentí culpable pero me di cuenta; caí en lo mismo de siempre y perdí la ilusión. Caí en la exigencia de pedir como si estuviese esperando el no y poniendo al otro en una situación muy desagradable, porque no sabía ni que necesitaba y pedía sin pedir, con exigencia y manipulación. Esta vez lo he visto muy bien»*.

La frustración que deriva de estas carencias originará una actitud de resignación y un estado de ira fría y de resentimiento. Al estar distanciado de sus propias emociones y de sus necesidades existirá poca implicación con la vida; por ello el sufrimiento va instalándose lenta e insidiosamente, y va haciéndose más patente a medida que las frustraciones —no sentidas con consciencia clara— van acumulándose, en la medida en que no reciclan vida de la propia vida. El masoquista no se ilusiona con su vida ni con sus proyectos autónomos; se ha borrado de su consciencia como individuo diferenciado y se ha resignado a la renuncia de sí. Se ha resignado y se ha olvidado.

Una renuncia que dista mucho de ser deseada y consciente; una renuncia impuesta por coacción, y ante la que ha tenido que doblegarse y someterse como un mal menor para evitar el sufrimiento y la angustia intensos; una renuncia que ha tenido que olvidar para evitar el contacto con el dolor de tener que oponerse a sí mismo.

Sin embargo, este proceso de alienación de sí no ha sido incruento. En un principio, el niño se rebela ante la imposición de “satisfacciones” que no necesita, no siente y no desea, mientras las suyas propias no solamente no son reconocidas ni atendidas adecuadamente, sino que son negadas, lo que resulta distorsionador para la percepción que tiene de sí. Por ello, reaccionará con intensa rabia tanto ante las frustraciones por las necesidades no satisfechas, como ante la imposición de satisfacciones no deseadas para necesidades que no siente.

La emoción de la rabia es un componente hostil defensivo del subimpulso agresivo, el cual tiene como fin alejar el objeto origen del displacer y no su destrucción, como ocurre con las demás emociones hostiles: la ira, el odio y la cólera. Se trata de una reacción natural y espontánea en cualquier ser vivo ante la frustración y el displacer. En el caso de la rabia original masoquista el objetivo es doble: de una parte va dirigida a reclamar satisfacción y reconocimiento, y de otra a apartar el objeto que le produce displacer, generalmente la madre o quien esté en esa función. En mayor o menor medida se producirá un fracaso en ambos objetivos, ya que son obstaculizados coercitivamente con distintos grados de violencia. Dependiendo del éxito parcial alcanzado en los mismos, el carácter se estructurará con mayor o menor patología.

Frente al rechazo en su demanda de reconocimiento y de satisfacción de sus necesidades, el niño experimentará el sentimiento de estar siendo rechazado por lo que él siente de sí mismo; y ello es así porque lo que percibe y manifiesta de sí es la expresión directa de lo que es. En esta pugna por manifestarse contra los obstáculos externos, su recurso principal será la fuerza de la rabia, la cual no es solamente obstaculizada sino también devuelta contra el propio niño bajo la forma de recriminaciones y chantajes emocionales, que, a su vez, originarán mayor tensión, displacer y frustración, y, consecuentemente, más rabia. Pero su experiencia en la manifestación de la rabia será igualmente frustrante por cuanto que no alcanzará la finalidad de proporcionarle afirmación de sí y satisfacción; antes al contrario, le colocará en una situación de impotencia y, finalmente, en la sumisión como recurso de defensa y de economía energética: **su NO**

se hace impotente; su capacidad de poner límites, ineficaz; al tiempo que se sentirá humillado en la expresión de sí mismo.

«Me siento obligada a dar explicaciones de por qué vivo como vivo. Me siento ridícula cuando doy explicaciones sin que me las pidan, y si las doy porque me las piden me siento imbecil..., pidiendo perdón por lo que hago porque siento que voy a molestar, que está justificado. Yo me recuerdo de pequeña, con mi padre o mi madre dejándome en ridículo. ¿Por qué me lo decían así? No tengo recuerdos de mi madre, cuando pienso en la niña siempre pienso en mi padre, ¡hasta me habló de la regla y de la anticoncepción!, yo me veía en él reflejada mal y no me gustaba, me sentía humillada ante él y con la preocupación de que no voy a llegar a lo que esperan de mí.»

De otra parte, la rabia dirigida contra el objeto frustrante —sea la madre o quien cumpla dicha función— habrá de ser contenida y desviada, ya que, aparte de no ser operativa para alcanzar su objetivo, el niño no está en condiciones de permitírsela dada su dependencia vital. En dicha situación, el recurso más económico —y tal vez el único posible— no es otro que el distanciamiento de sus propias necesidades y la aceptación de las que le son impuestas; la renuncia a su necesidad de diferenciación y la confluencia con los deseos de la madre: “yo seré lo que tú me impongas, lo que tú desees”.

Semejante renuncia implicará también la evitación del contacto con los propios sentimientos tiernos —es decir, los que le dan cuenta de sí— y de los agresivos, que surgen espontáneamente ante la frustración de sentirse rechazado y obligado a ponerse a disposición del otro. El precio a pagar será el **olvido de sí**, como forma de defensa ante la intensa angustia que le causará el hecho de haber sido negado y humillado, y el quedar inmerso en un estado de resignación y de ira contenida. Este estado cristalizará, quedando como núcleo del carácter masoquista. El mayor o menor grado de patología de este carácter dependerá fundamentalmente de la intensidad y de la duración de las frustraciones en la dinámica necesidad → manifestación → satisfacción → placer, y también de las posibilidades energéticas del niño en ese momento.

Así pues, la expresión de la rabia queda contenida e inhibida, queda **vacía de fuerza**, pero el impulso en sí no desaparece sino que permanece en función de defensa, de contención de sí mismo, y apaciguado por parte del subimpulso tierno antitético: precisamente ésta es la parte del impul-

so que da energía a la resignación y al resentimiento. En consecuencia, su manera de manifestarse no será activa, directa y conectada con su origen genuino; será pasiva y sin claridad en su objetivo. Por ello, cuando se manifiesta esta forma de rabia, lo hará en forma de agresión pasiva y sádica, mediante la retirada del afecto, a través del vacío emocional y por medio de la queja auto descalificante; estrategia que colocará al otro en la impotencia ante su vacío emocional.

Toda esta dinámica la expresa E. en el momento de iniciar su psicoterapia: *«Me siento incapaz de poner límites y estoy obsesionada con estar bien con todos. Nunca me peleo con nadie, nunca saco agresividad con nadie. No me fío de mí y estoy en función de la expectativa del otro. Cuando digo mi opinión me siento agresiva, me descalifico, pero cuando me enfado, aunque no sepa por qué, retiro todo lo que doy, retiro todas la medallas que pongo, desaparezco»*.

En la estructura masoquista, la queja cumple una doble función: de un lado es la forma de pedir sin hacerlo directamente —en realidad, no sabe claramente lo que necesita—, limitándose a manifestar en forma de queja su sensación de carencia, su insatisfacción y su estado de frustración crónica. De otra parte, es su forma de agredir, sin hacerlo tampoco de forma directa, cuando siente que el otro u otros con quienes confluye no le proporcionan el estado de satisfacción anhelado, pese a que él sí satisface los deseos de ese otro. Aunque la satisfacción de los deseos de ese otro no sea por generosidad, sino por su dificultad para conocer lo que él mismo quiere y para poner límites, aunque sea por su dificultad para decir NO ante las demandas reales o fantaseadas de la persona o personas con las que está confluyente, el masoquista supone que debe obtener de ellas lo mismo que da, suposición que, generalmente, no se ve satisfecha. Ante esta frustración, desde el punto de vista de la agresión, su estrategia consiste en colocar al otro en la impotencia, cumpliendo con ello dos objetivos: que nada cambie y que ese otro se sienta descalificado pasivamente. “En mi caso, ni siquiera tú puedes ayudarme; yo no puedo, pero tú tampoco”, es algo que oímos los terapeutas con cierta frecuencia.

Al no tener conciencia clara de su necesidad, su demanda tampoco puede ser clara, y por eso se manifiesta en forma de queja difusa y persistente, que difícilmente —al no ser detectada— podrá ser atendida en la mayoría de las ocasiones, dado que el otro tampoco llega a conocerla al no haberse hecho la demanda clara y explícitamente. El resultado final será, como se ha dicho, el colocarse a sí mismo y al otro en la impotencia, generando

resentimiento y retraimiento emocional, tanto más cuanto mayor sea la insistencia en esta forma de demanda. Ésta es la “ciénaga masoquista”: en definitiva, una repetición y puesta al día de la situación traumática original.

La salida de semejante situación pantanosa no pasa tanto por la rebeldía activa ni por la manifestación directa de la rabia que acompaña al estado de frustración crónico, sino por la toma de conciencia de las genuinas necesidades, por la identificación de los deseos propios frente al otro y por la aceptación de la angustia que el proceso de diferenciación y autonomía lleva consigo. Cuando la persona masoquista contacta directamente y sin distorsiones con su subimpulso tierno, y toma conciencia de sí mismo y de sus deseos y necesidades, encuentra fuerza sobrada para poner límites, para decir NO y pasar de la queja a la protesta. Por ello el núcleo de la acción terapéutica en el caso del carácter masoquista reside en ayudarlo a tomar contacto con su propia fuerza. Cuando establecen este contacto, en general, los masoquistas se ponen prontamente en acción para reclamar directamente su espacio y procurarse la propia satisfacción, orientando su reconocida capacidad de centrarse en lo concreto de su necesidad, con el preciso objetivo de resolverlo en beneficio de su bienestar. No son personas que suelen perder tiempo en dudas.

A esta rápida toma de decisiones de cara a la confrontación les ayuda mucho, como se ha dicho, su predisposición a lo concreto, a lo resolutivo en la práctica cotidiana. En cuanto queda desbloqueado el mecanismo de defensa (en primer termino la disociación de sí para que luego puedan distanciarse de la confluencia) que les tenía anteriormente abocados a una actividad compulsiva, y hundidos en la dificultad para discriminar entre lo que es importante y necesario y lo secundario, pasan a la acción resolutiva.

La finalidad de la disociación de sí no es otra que distraerles de sí mismos a fin de evitar el contacto con la insatisfacción genuina de no ser, con la frustración y la rabia, y con la necesidad de confrontación para diferenciarse. Esta evitación del contacto íntimo inmoviliza la energía y la fuerza necesaria para la diferenciación y para la autonomía, una energía estatica que da soporte a la confluencia para llenar el vacío de ser. A través de ellos evitará, a su vez, el contacto con la necesidad de afirmarse frente al otro para lograr ser diferente y autónomo en sus necesidades y deseos.

Semejante mecanismo de defensa implica la identificación con las necesidades y deseos de los demás, y la compulsión a satisfacerles; pero lo hace no tanto con la intención real de satisfacer al otro, sino más bien

como expresión de su necesidad de estar ocupados en un quehacer externo y constante, de emplearse en las más diversas tareas cotidianas, como manera de desviar la atención de sí mismos y de las propias necesidades —incluidas las físicas—, y dar alguna dirección a su vida.

Esta actividad compulsiva en torno a las necesidades y deseos de los demás, hace que se comporten como personas volcadas en la atención al otro, incluso por encima de ellos mismos, por lo que semejan ser personas muy generosas. Pero tal generosidad no es consecuencia de una actitud realmente desprendida, sino de la mencionada dificultad para identificarse como personas independientes y autónomas, personas con vida propia y con capacidad para poner límites a las demandas de los demás mediante un uso sano del NO. Realmente es una pseudo generosidad resignada y resentida, una necesidad neurótica de ponerse a disposición del otro para “que le de vida”. Un rasgo del carácter que puede observarse fácilmente en los políticos pertenecientes a este grupo, sobre todo en el subtipo social: hay en ellos una fusión con la ideología del partido, con escasa aportación original pero con mucha dedicación obediente; son políticos que apoyan sin cuestionar a los líderes al carecer de fuerza para ejercer su propio liderazgo (tal es el caso de Whinston Churchill).

Acerca de esta generosidad obligada, y de su toma de consciencia, E. me escribe, ya casi al final de su proceso terapéutico: *«Acaba de derrumbarse la única estrategia que conocía. El comprender a los demás, el servir de apoyo a otros, de comodín incondicional para quien quiera echar mano de mí. Se derrumba al ver que se van mis hijos, que mi última pareja ha rechazado entrar en el juego, que yo misma tampoco quiero seguir ahí. Se hace más profundo el dolor al ver que no tengo ni idea de cómo atenderme a mí misma primero... Y me siento una estafa, una mentirosa, un fraude. La primera reacción fue de mucho desprecio hacia mí. De mucha rabia contra el mundo, contra la gente que parece feliz, que no me necesita. De desesperación por no tener a quién dedicarme. Y por descubrir encima que eso no era amor verdadero y limpio. Que siempre ha estado cargado de exigencias hacia los demás y de obligatoriedad por mi parte. Ver que esa dedicación no era desinteresada. No veía otra forma de estar entre los demás. Y si yo no soy libre, los demás tampoco tienen derecho a serlo. Sólo podía ver mi debilidad, necedad, manipulación y victimismo. De pronto me vi como un arma peligrosa que por donde pasaba sembraba el rechazo, el dolor. Eso creo que ha sido el peor momento. Me quedaba en la cama horas y días sin poderme mover por miedo a repetir todo aquello, a seguir haciendo daño».*

Aunque el masoquista es el carácter de la no acción y de la mucha actividad, cuando toda esta capacidad de dedicación a lo concreto y accesorio es liberada de la compulsión repetitiva a la actividad alienante, poniéndola al servicio de la toma de conciencia de sus necesidades reales, entonces suelen pasar a ejercer una acción impecable y resolutive en propio beneficio. En el camino de la sanación, semejante cambio de actitud les acarreará problemas relacionales con las personas de su entorno, las cuales consideran que pierden un servidor aparentemente incondicional, alguien que les resuelva los problemas cotidianos, y le devuelven la imagen de que han cambiado a peor y que ya no son tan buenos y serviciales como antes. Con la consiguiente retirada de "cariño". Es decir, se les evoca su más temida fantasía, su trauma emocional original: "si no haces lo que quiero, no te querré". Un trance muy difícil para las personas masoquistas y durante el cual van a necesitar apoyo, ya que es el momento de máxima angustia, pudiendo ir su defensa dirigida al abandono de la psicoterapia.

Después de un trabajo sobre las figuras parentales, E. escribe: *«Mi padre se me quedó mirando con desconfianza. Él me ha visto muy cambiada y me está dando mucha caña, y yo me callo, no salto como antes saltaba. Mi madre me mira con reprobación, con mirada ofendida, como si ella supiese que no es cierto lo que me pasa, como haciéndome desconfiar de lo que yo siento, porque ella sabe más que yo de mí»*.

Este quehacer pseudo generoso conlleva una actitud interna de resignación puesto que no se lleva a cabo libremente, con una conciencia clara, sino que se ven abocados a él. El masoquista espera, no obstante, ser recompensado, confía en que el otro, aquel a quien satisface, atienda sus necesidades reales; unas necesidades que él mismo desconoce, pero que implícitamente supone que el otro sí debe conocerlas; expectativa sobre la que construye la confluencia. Como generalmente esto no sucede así, al ser las demandas reales no expresadas —por desconocidas, tanto en lo referente a la necesidad como a la insatisfacción—, el masoquista, que espera una actitud también confluyente por parte del otro, generará un sentimiento de resentimiento. Sentimiento este último que sólo expresará mediante la retirada del afecto, mediante el distanciamiento emocional. Dejará de estar presente, quedando, sin saber muy bien por qué, la relación en el vacío. Aunque con escasa conciencia de ello, éste será su modo de agredir pasivamente.

De otra parte, la distorsión perceptiva que mantienen consigo mismo hace que no perciban hasta tiempo después lo que les ha dañado. No obstante,

sí que lo acusan intuitiva y corporalmente, y en función de esta percepción no consciente se retraen emocionalmente como forma de defensa, dejando un vacío a su alrededor. Cuando toman conciencia —en caso de mantener su dificultad para la confrontación, por la angustia que les provoca—, la situación traumática irá pasando al olvido, pero dejando un poso de resentimiento que deteriorará la relación consigo mismo y con los demás. Sin embargo, cuando son capaces de producir confrontación, ésta suele ser directa y sin rodeos. La dificultad específica está en la toma de conciencia de su necesidad de respetar y ser respetados en su propio espacio, y de los beneficios que de ello se derivarán para mejorar su calidad de vida emocional.

La persona masoquista es muy sensible a la descalificación, a la humillación, a no ser tenido en cuenta. Por ello, desarrolla una actitud que podemos llamar contrafóbica, que le lleva a intentar pasar lo más desapercibido posible. Se trata de un estado psicoemocional que se deriva directamente de la situación infantil traumática, aquella en la que no fue tenido en cuenta en sus necesidades, aquella en la que fue humillado en la expresión y manifestación de sí mismo. En consecuencia, intentará evitar a toda costa cualquier situación que le ponga en el trance de pasar por una experiencia semejante, incluso al precio de no manifestar sus opiniones, sus gustos o sus capacidades. Intentará siempre mantenerse en un segundo lugar y pasar desapercibido, hasta en su aspecto físico: *«Cuando yo acabé la carrera no quería saber más, ni investigar, porque si sabía más lo iba a tener que contar, y yo no quería contar nada a nadie, ni tener nada que decir. Me rendí pronto. No creo que sea interesante lo que yo tenga que decir»*. Sin embargo, en esta posición secundaria estará necesitado de ser reconocido en su abnegación y en su esfuerzo, porque de lo contrario aparecerá resentimiento y la retracción social y emocional.

Los masoquistas manejan mal los límites; un mal manejo por sobrelimitación de sí mismos, lo que le hace ser personas temerosas de invadir los espacios ajenos. Temen tanto ser invadidos como ser rechazados, —lo primero por su dificultad para poner límites a los demás, lo segundo por su dificultad para reclamar y confrontar—, lo que podría llegar a devenir en una excesiva prudencia que puede llevarles al retraimiento social. Necesitan permiso para entrar pero, en muchas ocasiones, no se atreven a pedirlo.

Como ya ha manifestado E., desarrollan también una actitud fóbica al halago y a cualquier manifestación de los demás que busque realzar, o sim-

plemente mostrar, sus valores. No es que rechacen el reconocimiento, sino que éste les moviliza la angustia ligada a esa frustrante experiencia de humillación a que dio lugar su intento de exhibición infantil, su intento de mostrarse tal cual y como se sentían ante el mundo de los adultos. Es decir, establecerán una asociación de peligro entre deseo de reconocimiento y humillación. Intentarán, pues, inhibir cualquier actitud, aspecto o valor que les haga destacar ante los demás, dado que todo ello será procesado como exhibicionismo, precursor de la experiencia de humillación. Unas situaciones que, aunque les procuren una satisfacción silenciosa, son vividas igualmente con angustia y con desconfianza; hasta el punto que prefieren resignarse a no tenerlas, aun a costa de reducir al mínimo posible su atractivo físico e intelectual; cualquier cosa antes que pasar por el trance de vivir la angustia asociada al reconocimiento. Pero lo necesitan, necesitan el reconocimiento íntimo, no el reconocimiento aparente; precisan el reconocimiento personal más que el social.

Por estas mismas razones tolerarán mal las situaciones nuevas, las situaciones susceptibles de crearles el compromiso y la obligación de mostrarse, ya que tienden a vivirlas con angustia, como desestabilizadoras de su equilibrio apaciguador neurótico. Ello les aboca a una vida rutinaria, que fácilmente caerá en la mecánica de las ocupaciones diarias, lejos de la creatividad y del erotismo que le dan chispa a la vida. Alejados también de poder dejar atrás sus preocupaciones cotidianas, para pasar a preocuparse y ocuparse de su desarrollo personal como seres libres y autónomos; quedando dependientes de que algún otro —no saben muy bien quién—, les llene su insatisfacción —sin saber bien cual ni de qué manera—. Y por más que se afanen en salir de semejante situación, no lo conseguirán dado que su punto de vista está puesto en la actividad externa y no en la acción interna, lo que también les aboca a la “ciénaga masoquista”.

Cuando la persona masoquista llega a tomar conciencia de su necesidad y de su deseo, tomará también contacto con la genuina fuerza de su propio ser y desarrollará la capacidad para decir NO, la capacidad de poner los límites necesarios y de moverse activamente hacia la autosatisfacción. Se desvelará entonces su verdadera naturaleza, su capacidad de amor, su capacidad de renuncia cuando sea necesario, su disposición para la entrega generosa, haciéndose visible una persona segura y acogedora, de la que se desprenderá una sensación de solidez y confianza, y con gran capacidad para mediar en los conflictos de los demás, ya sean personales, familiares o sociales.

Pero dicho movimiento deberá pasar por el contacto con su fuerza y no, como muchos terapeutas creen, con la capacidad de expresar la rabia. La expresión de la rabia será una consecuencia de la apertura de la conciencia sobre sí mismo, y de su contacto con las necesidades frustradas mediante la percepción sin distorsiones del subimpulso tierno. Al quedar éste más libre, se liberará también una parte del subimpulso agresivo —no necesariamente y en primer lugar el componente hostil—, sino que éste (la rabia) aparecerá cuando la demanda directa de las necesidades se vea frustrada o simplemente obstaculizada, ya sea por él mismo o por otros. Así pues, la búsqueda de la expresión de la rabia nunca será un objetivo prioritario. Si la expresión de la rabia se toma como el objetivo prioritario de una psicoterapia, ésta no producirá ningún cambio saludable; más bien favorecerá el sentimiento masoquista de la impotencia y la auto descalificación, el sentimiento de no poder ni física ni emocionalmente con la rabia. Muy alejada del objetivo terapéutico, reforzará por el contrario la situación pantanosa en que se encuentra; una situación de impotencia que alcanzará también al terapeuta.

En este sentido, quisiera recalcar que a la persona masoquista no le falta capacidad de decisión ni ganas de vivir bien; no disfruta con el sufrimiento sino que intenta con ahínco evitarlo. A la persona masoquista le falta poner la atención en sí mismo, despertarse del “sueño de los santos” y de la abnegación impuesta y tomar conciencia de su derecho a manifestarse como ser autónomo e individual. Poco a poco irá conquistando su propio territorio, ya que no suelen ser personas cobardes, tramposas, ni manipuladoras; acostumbran a ser personas con un gran deseo de vivir una vida plena y agradable. Si en todos los casos el objetivo de una psicoterapia pasa porque la persona sepa de sí, en el caso del masoquista éste es casi el único objetivo, que no será ni rápido ni fácil porque la resistencia ante la expectativa de la vivencia de la angustia es mucha:

«Me detengo un poco más en esta sensación ocasional de levantar la cabeza. Aún no he conseguido entender la relación causa-efecto cuando esto sucede. Sé que me ha empezado a pasar cuando disfrutaba de algo. Un paseo por un monte, por un río, una reunión con gente que aprecio de verdad, un momento de tranquilidad y risas con mis hijos... me da un momento de lucidez y de tranquilidad en el que de pronto parece que encajan todas las piezas de mi vida, incluso las menos buenas. La sensación de incertidumbre, melancolía y miedo no chirrían, no dominan sobre los demás elementos, conviven con ellos sin distorsionar el conjunto. No

consiguen quitar el valor a las cosas que están bien. Puedo echar de menos a mis hijos, darme cuenta de mi torpeza para estar sola, para escuchar lo que pide mi cuerpo, pero en esos momentos sé que ellos están bien y que yo aprenderé... Y me relaja sentir la paciencia acariciando todo esto. Incluso al pensar en X todo es diferente. Sé cómo le hice daño, un daño tan sutil que nadie lo vio desde fuera. Incluso lo explico y los pocos que me han escuchado no lo logran comprender. Mi desconfianza hacia él, las exigencias y condiciones detrás de "si me quisieras", la falta de respeto hacia sus propios miedos y su historia. Y todo agravado por la intensidad que me desbordó. Nos desbordó tanta intensidad, a mí me hizo pelearme con él, conmigo, escapar, chantajearle. Y ahora, al limpiarla de rabia, odio, impaciencia, el monstruo de toda esa atracción, deseo, necesidad de no perderlo, se convierte en un tesoro que no supe apreciar, ni cuidar ni entender.

Esa intensidad la viví como negativa. Hoy sé que era positiva, que era un regalo que no supe aceptar y disfrutar. Por eso la perdí.»

Mucha y paciente ha de ser, pues, la atención dispensada al masoquista durante el proceso terapéutico a fin de no ponerle en situaciones de auto humillación o de descalificación. Por tanto, la confrontación debe ser cuidadosamente medida según sus reales posibilidades, y no amoldarse a la impaciencia del terapeuta, por más que éste se pueda sentir poco gratificado, aburrido, o incluso desarrollar una sensación de impotencia. Colocar al terapeuta en la impotencia es un recurso del componente masoquista de cualquier carácter, tanto más del masoquista. Y entrar en este juego es hundirse también en la "ciénaga masoquista".

❖ EL INICIO DE LA SITUACIÓN EDÍPICA

El carácter psicopático se fija durante la fase fálica del desarrollo, que abarca, aproximadamente, desde los dos años y medio hasta los tres años y medio o cuatro. En esta fase evolutiva se inicia el nudo gordiano del desarrollo, la situación edípica. Esta situación, el Complejo de Edipo, se va a prolongar a lo largo de esta fase y de la siguiente, la fase genital, y durante este tránsito el niño tratará de encontrar su lugar en la familia, tanto entre ambos progenitores como entre éstos y los hermanos, así como entre estos últimos; un lugar desde el que luego, tras la fase genital y la de latencia, con el carácter ya estructurado y cerrado, se proyectará socialmente.

Por ello, una “buena solución” de éste conflicto asegurará un nivel de salud razonable, y viceversa. Dicha solución vendrá condicionada en gran medida por la energía estásica que haya necesitado fijar en función de defensa durante el tránsito por las fases anteriores; una función que supondrá la contención de la angustia y el mantenimiento de los mecanismos de defensa y de los rasgos de carácter ya estructurados, puesto que éstos van a determinar unas estrategias de relación poco móviles, incluso rígidas. Por tanto, la capacidad del niño para satisfacer sus necesidades y poder ubicarse de la manera más saludable y económica posible en su “lugar edípico” —y desde aquí, en su lugar social—, dependerá de la energía libre, de la energía no fijada en función de defensa, que pueda ser dirigida en una función expresiva de buscar y situarse en su lugar de poder; dependiendo también, como iremos viendo, del destino de esta energía libre durante ambas fases del desarrollo.

Considero como muy probable que el subtipo instintivo de los caracteres en general (sexual, social o de conservación) dependa del modo en que este conflicto edípico se solucione. En función de que el niño detecte dónde reside —consciente o inconscientemente, y en ese preciso período— en mayor medida el interés del progenitor dominante o de la familia, es probable que el hijo perciba en alguna de estas áreas un mejor punto de apoyo en su búsqueda del lugar propio. Orientándose en función de dicho interés, canalizará la mayor parte de su energía instintiva en función defensiva en esa dirección, al tiempo que la sustrae de las dos restantes. Un mecanismo que se puede

estructurar bien por sumisión, cuando el interés del progenitor es impuesto mediante la seducción y la manipulación —lo que, de otra parte, señalaría la propia carencia instintiva del progenitor en cuestión—, o bien por rebeldía, si se intenta imponer por la fuerza de la coacción; indicando en este caso la desviación instintiva del progenitor excesivamente dominante.

En los caracteres psicopáticos y rígidos, esta resolución determinará indudablemente no solamente el subtipo instintivo, sino también el subtipo de carácter dentro de ambos grupos, como veremos más adelante: que se desarrolle sobre una estructura histérica u obsesiva de la personalidad. En estos caracteres, lo que se pone en juego son estrategias orientadas a la satisfacción directa del deseo: del deseo de poder ser y expresarse, en el caso del carácter psicopático; y del deseo de contacto amoroso erótico, en los caracteres rígidos. Sin embargo, la distorsión más frecuente —y que determinará la patología del carácter en cada persona— ocurre al confundir el *poder ser* con el deseo de poder, el contacto *amoroso tierno* con el deseo sexual, y a ambos entre sí; suplantándose siempre el genuino deseo de contacto amoroso y pleno consigo mismo y con los demás. En el carácter psicopático, el conflicto se establece entre ser fuerte y seducir para mantener el poder, o ser débil, seducido y anulado; conflicto que lleva a una percepción de sí mismos en la que ser fuerte se confunde con ser duro y ser tierno con ser débil.

En la estructuración de los tres caracteres anteriores —esquizoide, oral y masoquista—, la satisfacción de las necesidades del niño se centra en torno a la relación con la madre; de modo tal que cualquier persona, fuese quien fuere, que entre en esa díada, lo hará en función madre. A partir de la fase fálica, esta relación comienza a variar porque la necesidad del niño demanda progresivamente la función padre; esto es, demanda al padre real como figura de referencia en su proyección hacia la familia ampliamente considerada, y hacia la sociedad, posteriormente. Se hace necesario, pues, que la díada madre/hijo se abra y de paso a la triada madre/padre/hijo.

Es la función padre la que va a posibilitar y a potenciar el desarrollo y el arraigamiento del subimpulso agresivo en su función de conseguir de forma autónoma independencia y satisfacciones. Unas satisfacciones que alcanzan no sólo a las necesidades sino también a los deseos. No se trata tanto de que “la madre mire al padre¹”, sino de que la propia evolución de la maduración biológica y psicoemocional del niño demanda la presencia del padre, la función

1 Expresiones acuñadas por Lacan en su revisión y puesta al día del Complejo de Edipo.

padre; por esta razón el niño se “vuelve” hacia él, hacia el padre. La madre, sin abandonar su función genuina de madre, deberá dejar espacio “mirando” también al padre o, en su defecto, a cualquier otro objeto de deseo que no sea el hijo. Pero, dado que es la madre quien tiene el poder afectivo real en la familia, la función padre, su operatividad, dependerá no sólo del padre real, sino también de la investidura emocional que la madre deposite en él.

Por decirlo de manera muy sencilla, el conflicto edípico puede resumirse en un juego dinámico de identificaciones, proyecciones, sublimaciones y negaciones, en función de alcanzar un lugar de poder que compense la carencia amorosa; todo ello sin connotación sexual alguna, aunque sí erótica. El dar al erotismo una connotación predominantemente sexual, es propio de la distorsión de los adultos

Recordemos que el subimpulso tierno se desarrolla, estructura y arraiga impulsado por las necesidades que van apareciendo a medida que el organismo del niño madura, y que está sustentado por la función madre. A través de la función que cumple este subimpulso es como son percibidos los estados interiores de cualquier índole relacionados con la polaridad tensión / relajación, que marca la necesidad y la satisfacción de la misma. El nivel de salud, el nivel de energía libre disponible con que se llegue al período edípico del desarrollo dependerá, pues, de que el subimpulso tierno haya tenido un desarrollo y un arraigamiento saludable; y éste, a su vez, de que la función madre haya sido adecuada a la hora de dar satisfacción a las necesidades del niño en los diferentes momentos evolutivos.

A través de la función del subimpulso tierno percibimos los estados de tensión que nos darán cuenta de nuestras necesidades a todos los niveles; también apreciamos por medio del mismo subimpulso los estados de relajación y los estados placenteros posteriores a la satisfacción de las necesidades: es decir, tal y como se ha dicho, mediante el subimpulso tierno el niño tiene conciencia de sí. A partir de ahora, dicha función comenzará a ser perceptiva no sólo de las necesidades sino también de los deseos, y dará cuenta de ellos, considerados en un sentido amplio, puesto que éstos se originan a partir de íntimos estados carenciales, tanto en lo que se refiere a las necesidades biológicas básicas como a las psicoemocionales esenciales, que también son básicas. Ambas empiezan a ser asociadas a los afectos, cada vez más desarrollados y discriminados, hasta el punto de que éstos pueden llegar a sustituir a la propia necesidad y convertirse en sí mismos en una necesidad real o fantaseada. **A tales necesidades, revestidas de los correspondientes afectos, les damos el nombre de deseos.**

Las necesidades son, en principio, siempre reales, pero pueden ser distorsionadas cuando aparecen atravesadas por estados emocionales relacionados con situaciones más o menos traumáticas del pasado, y así proyectarse hacia el presente y/o hacia el futuro como fantasías; unas fantasías generalmente evitativas, alienadas de la necesidad y del deseo genuino, lo cual, por otra parte, no implica que pulsen con una menor tensión, sino más bien al contrario al haber quedado insatisfechas. Los deseos podrán ser reales o ser fantaseados, pero en cualquier caso pulsarán como necesidades que tienden a su satisfacción, o a generar displacer y angustia si la tensión se sigue manteniendo. En este momento del desarrollo, el deseo del niño de abrirse hacia el padre y hacia la socialización, pulsa como una necesidad básica; así pues, la madre —también la función madre como sustentadora en general del subimpulso tierno— deberá tener como objetivo prioritario evitar distorsionar el contacto y la percepción íntima del niño consigo mismo. En suma, tendrá que encauzar, posibilitar y facilitar, o al menos no obstaculizar, la relación del hijo con el padre a fin de que, a través de esta relación, el niño pueda alcanzar un desarrollo y arraigamiento sano del subimpulso agresivo.

La función del subimpulso tierno es básica durante todo el desarrollo. De su sano arraigamiento va a depender, en gran medida, la capacidad de movilización energética para el contacto con el mundo exterior, siendo esta última la función del subimpulso agresivo. Dicha función del subimpulso agresivo, la capacidad y cualidad del contacto con el mundo exterior, está condicionada por la capacidad y la cualidad de la percepción en el contacto con el mundo interior, por la consciencia de sí. A su vez, la consciencia del sí mismo, que hasta ese momento está vehiculizada por la función energética del subimpulso tierno, estará en relación directa con la mayor o menor distorsión que haya podido producirse en la percepción de este último subimpulso durante su desarrollo y arraigamiento.

En esta nueva etapa, durante la fase fálica, será el subimpulso agresivo el que empezará a tomar el mando evolutivo ya que necesita comenzar a desarrollarse, y lo hará centrífugamente potenciado, ayudado y confrontado por la función padre. Este cambio en la importancia de las funciones madre/padre que marca el inicio del Complejo de Edipo, va a determinar que el carácter psicopático se estructure en dos variantes, en función de la figura con la que, durante el despliegue de subimpulso agresivo hacia el mundo exterior, se haya identificado el niño: el padre o la madre, tanto en cuanto a figuras reales como a funciones. Ello nos va a dar dos subtipos de carácter que, pese a que la estructura corporal

y la dinámica energética sea la misma, presentarán ciertas diferencias morfológicas y relacionales:

- Eneatipo VI, que es la variante en la estructura de la personalidad obsesiva cuando la figura de identificación ha sido el padre, la cual, aunque no exclusiva, resulta estadísticamente más frecuente entre varones.
- Eneatipo III, variante sobre la estructura de la personalidad histérica en que la figura de identificación ha sido la madre, más frecuente entre mujeres, aunque tampoco exclusivamente.

❖ LA FASE FÁLICA DEL DESARROLLO

Durante la fase fálica del desarrollo, enmarcada por el inicio del Edipo, es cuando comienzan a madurar las inervaciones sensitivas de los órganos genitales externos. El organismo del niño empieza a percibir estas partes de su cuerpo, que aparece como “lugares” nuevos y capaces de transmitir sensaciones, experimentadas sensitivamente como placenteras. También descubre que manipulando sus genitales obtiene placer, por lo que se dedicará a su exploración. Recordemos que la satisfacción de cualquier necesidad básica va siempre acompañada de placer, y que la necesidad de desarrollo, evidentemente, es una necesidad básica. En ese período la manipulación de los genitales cumple una función similar a la que desempeña el chupeteo durante la fase oral.

Mediante la exploración de esta parte de su cuerpo recién descubierta, el niño va identificándola como propia por medio de la experiencia de placer que su manipulación le produce, y que al estimularla colabora activamente a su pleno desarrollo. Paralelamente —y estimulada por el desarrollo de los órganos genitales—, la corteza cerebral, todo Sistema Nervioso Central, y esta parte del Periférico va acelerando su desarrollo a través de una relación dinámica y recíproca de estímulo / respuesta. A este período se le denomina primera fase masturbatoria, sin que ello implique obviamente ninguna connotación sexual, aunque si entraña contenidos eróticos y emocionales. Si bien el niño explora simplemente una zona nueva y sensitivamente placentera —al igual que ocurría anteriormente con la zona oral o la anal— ahora, además, tiene componentes más complejos que cuando descubrió éstas; ya que en este momento está también en juego el inicio de la consolidación de las relaciones in-

terpersonales, incentivada por la curiosidad en la exploración del otro. Y naturalmente es necesario que así sea.

Al iniciar la fase fálica, el niño tiene un sistema muscular bastante bien desarrollado, capaz de proporcionarle cada vez más seguridad en el caminar y en la manipulación de objetos. Aunque comienza a caminar, a estar sobre los dos pies, más o menos a partir de los 10 ó 12 meses, se trata de un caminar muy inseguro. Empieza realmente a poder moverse en el espacio con relativa seguridad durante la fase anal; y durante la fase fálica, su coordinación psicomotriz le permite caminar con la suficiente seguridad como para dejarse llevar por el impulso de su curiosidad y atreverse a alejarse, a salir y a separarse de manera intencionada y no casual. También cuenta ya con la suficiente capacidad como para que la manipulación de objetos sea eficaz en la relación con lo que será su socialización, tanto en el ámbito familiar como fuera de él.

Una de las necesidades básicas que comienzan a desarrollarse es la de la curiosidad, una capacidad que va a necesitar ahora para potenciar y para completar esta fase del desarrollo. En este período el niño es muy curioso, es un explorador nato, siente mucha curiosidad por todo lo que le rodea: quiere saberlo todo, quiere explorarlo todo, quiere alejarse, quiere investigar, y necesita dar satisfacción a esta necesidad. Pero también precisa tener la seguridad de que van a estar detrás de él, de que cuando vuelva la cabeza se va a encontrar con su papá o con su mamá. Él sale, sale a explorar y necesita volver a un sitio seguro y acogedor, donde se valoren sus logros. No necesita la reprimenda innecesaria ni mucho menos, la descalificación de su "hazaña". Es el momento evolutivo en el que debe desarrollarse y arraigarse adecuadamente otro de los componentes del **Sentimiento Básico de Seguridad: el sentimiento básico de seguridad en la capacidad de independencia.**

Siente mucha necesidad/curiosidad de explorar su cuerpo, e igualmente el cuerpo de los demás. Ahora los niños empiezan a acariciarse, empiezan a tocarse, a investigar, etc. Es cuando el niño desarrolla una actitud curiosa ante los genitales de papá cuando hace pipí, y los pechos de mamá cuando se desnuda. Está muy interesado por estas partes del cuerpo, y parece estar al acecho de cualquier oportunidad para satisfacer su curiosidad acerca de las diferencias anatómicas entre su papá y su mamá, y entre sus amigos y amigas. El desarrollo de su curiosidad exploratoria es nuclear en esta etapa evolutiva, pues de ello va a depender, en gran medida, el buen desarrollo y el arraigamiento del subimpulso agresivo, necesario

primeramente para explorar el mundo a su alrededor y, posteriormente, para integrarse en él a fin de poder procurarse satisfacciones de forma cada vez más independiente, así como para establecer relaciones sociales y laborales satisfactorias en función de sus necesidades y deseos.

Desde el inicio de la fase fálica, comenzará el niño a poner sus intereses más allá de la familia y se proyectará en su mini-sociedad, en el entorno familiar, en el colegio, en el parque para el juego con otros niños, etc. Es decir, a través del desarrollo de la función del subimpulso agresivo, se aproxima a los demás, y en tal movimiento necesita estar soportado por la función padre, que cumple la misión de “dar permiso” apoyándolo sin exigencias en su desarrollo cuando resulte necesario; no penalizando incluso los posibles errores o travesuras, aunque sin dejar, en todo caso, de confrontarle con sus límites reales. En estas situaciones, la función madre deberá ceder paso a la función padre de una manera paulatina, según se vayan desarrollando las capacidades del hijo; con independencia del hecho de que en momentos concretos sea la madre la que mayor relación tenga con el niño.

De manera didáctica podemos resumir la relación entre la función madre y padre, y la dinámica entre los correspondientes subimpulsos tierno y agresivo, diciendo que la función madre es la que propicia el desarrollo y el adecuado arraigamiento de la energía del Impulso Unitario. Partiendo de un buen contacto íntimo consigo mismo podrá desarrollarse la cualidad energética agresiva sustentada por la función padre, porque en caso contrario se comenzaría con una deficiencia, con un handicap tanto mayor cuanto más deficiente haya sido el desarrollo del subimpulso tierno. **En otras palabras: la madre proporciona la posibilidad energética básica y el padre el apoyo necesario para desarrollarla y utilizarla en beneficio propio, para la propia satisfacción.** Desde el punto de vista energético, esta dinámica resulta nuclear en la estructuración de todos los caracteres, y en el carácter psicopático de manera todavía más determinante.

Resumiendo pues, la etapa fálica se caracteriza por la maduración de las terminaciones sensitivas y motoras de los genitales externos. También por la necesidad del niño de curiosear, de explorar, de socializarse, jugar con otros niños; por la necesidad de satisfacer sus deseos y de que se valoren sus logros, de desarrollarse y proyectarse más allá del ámbito íntimo familiar. Pero todo ello siempre con el apoyo familiar, con la seguridad de que cuando regrese de sus pequeñas aventuras no se encuentre con el vacío, ni con dobles mensajes, ni con el rechazo, sino que allí estén esperándole las personas en las que confía y de las que necesita confirmación y protección.

Al igual que ha venido ocurriendo en fases anteriores, cuando esta nueva zona del cuerpo madura, el niño amplía la percepción de su esquema corporal incorporando lo que anteriormente *no existía*, porque no se la prestaba atención; a partir de ahora irá tomando consciencia de esta inédita parte de su cuerpo a través de su exploración sensorial y sensitiva y la consiguiente obtención de placer. Poco a poco, y a medida que la maduración de la zona genital se va produciendo, afloran una serie de experiencias con nuevas sensaciones, unas sensaciones que el niño va explorando, descubriendo y que despiertan poderosamente su atención. Consecuentemente, el niño irá retirando su atención de la zona anal y la fijará preferentemente en las sensaciones procedentes de su zona genital.

Por ello, como en las fases precedentes, cualquier experiencia de toda índole que experimente a lo largo de esta etapa se codificará sobreimpresa a las percepciones sensoriales y sensitivas que reciba de esta parte de su cuerpo; una zona que, como se ha dicho, está descubriendo y que acapara buena parte de su atención. Todas las experiencias se codifican a la vez sensorial, emocional y cognitivamente, pero siempre sobre la base de las percepciones sensoriales al ser éstas más inmediatas, más intensas y placenteras, y poner al niño en contacto íntimo con su cuerpo.

Potenciado por el estímulo de sus descubrimientos diarios, el desarrollo de la corteza cerebral permite que, semana tras semana, el niño vaya adquiriendo más vocabulario y sea capaz de formar frases complejas, de expresarse y preguntar con claridad y precisión. Su “¿POR QUÉ?” de ahora tiene un valor semejante al NO de la fase anal: le ayuda a construir su mundo cognitivo y emocional, su idea de sí mismo, su idea de sus padres —a quienes tenderá a idealizar—, de sus iguales, de los otros adultos y del mundo. También será capaz de proyectar hacia el mundo exterior sus afectos, deseos, ilusiones, inquietudes y sus miedos. Será igualmente capaz de asumir sus propios límites y de aceptar los que le vienen impuestos, las frustraciones, siempre y cuando éstas se apliquen adecuadamente.

❖ ETIOLOGÍA

Como se ha dicho anteriormente, durante la fase fálica, a partir de los dos años y medio aproximadamente, el Complejo de Edipo comienza a desarrollarse. Si bien este *conflicto* puede quedar “abierto” y prolongarse indefinidamente a lo largo de la vida adulta —situación, de otra parte, común—, didácticamente consideramos que queda estructurado, que

queda “cerrado” al final de la fase genital, cuando se inicia la fase de latencia. Y con él queda también estructurado el tipo de carácter. Sin intención de entrar (no es éste el lugar adecuado) a desarrollar semejante complejo, si quisiera agregar a lo ya dicho algunas características que considero imprescindibles para comprender mejor la etiología del carácter psicopático.

Esencialmente, la situación edípica se caracteriza porque, tras la individualización conseguida durante la fase anal, el niño continúa con el movimiento de separación de su madre. La tentativa ahora será la de salir definitivamente de la relación fusional mantenida con ella hasta este momento. Ahora comenzará a adquirir una importancia primordial el padre, como persona investida de afecto y que está fuera de esta relación fusional; una figura a quien el niño empieza a percibir como muy valiosa en su necesidad exploratoria, en su necesidad de proyección social. Por ello necesita atribuirle la autoridad que intuitivamente siente que le permitirá satisfacer, mediante su apoyo y su permiso, las nuevas necesidades, y, entre las mismas, la de adecuar a la realidad su propia sensación de omnipotencia: “mi padre lo puede todo”, frente a “mi padre no lo puede todo”. Una autoridad, por otra parte, que es conferida al padre como resultado de algo que el niño percibe: esto es, que el padre es importante para la madre, quien ha sido hasta ese momento su principal apoyo.

Este movimiento psicoemocional de separación de la madre y “vuelta hacia el padre”, lleva implícita la búsqueda de su sitio en la familia, de su lugar de poder entre el padre y la madre, así como en las relaciones con los hermanos y demás miembros de la familia, o próximos a ella. Pero también trasciende a la familia, porque sienta las bases para la proyección social del niño. La familia es una especie laboratorio donde el niño se entrena de cara a las relaciones sociales, desarrollando recursos y alianzas, inhibiendo actitudes y conductas poco operativas, etc. Todo ello aún a costa de tener que renunciar a una parte de sí, renuncia que en este momento implica no sólo a las necesidades, sino también a sus deseos, expectativas y logros, y, de una manera fundamental, a su sensación de omnipotencia. Es decir, a costa de aceptar con mayor o menor angustia los límites y las frustraciones que su proceso de socialización conlleve, contemplado éste desde la óptica, a veces exclusiva, de sus padres y su familia. Tal proceso implicará que el niño tendrá que identificarse, al menos en parte y bien sea por sumisión o por rebeldía, con los deseos impuestos por aquéllos; unos deseos generalmente derivados de las frustraciones narcisistas de los propios padres, cuyos límites también hace propios.

Semejante situación se solucionará en mayor o menor medida, en función del nivel de energía que haya sido necesario inmovilizar para mantener las inhibiciones y sustentar los mecanismos de defensa. El niño intentará resolver su conflicto identificándose con uno de los padres —habitualmente, el del mismo sexo, al ser éste con frecuencia quien le resulta más frustrante— a través de la identificación con el agresor. Esto es: haciendo suyas actitudes y conductas propias del progenitor con el que se identifica, ya sea una identificación positiva, o una negativa y rebelde. Un proceso, de otro lado, que se inicia en la fase fálica, que se desarrolla a lo largo de toda ella y de la fase genital, y que no concluye hasta finalizada ésta.

La necesidad de encontrar su sitio de poder en la familia, le impone el desarrollo una actitud competitiva en la relación con los demás, para mantener, como mínimo, lo que se tiene y, de ser posible, para obtener una mayor satisfacción de sus deseos. Lo que implicará, a su vez, el establecimiento de alianzas con uno de los progenitores frente al otro; alianzas que alcanzará satisfaciendo, en parte o en todo, las demandas del progenitor con quien necesite aliarse, que, en el caso del carácter psicopático, suele ser a menudo el del sexo opuesto. Sucede así porque el progenitor del mismo sexo le resulta con mayor frecuencia, por las condiciones propias de cada historia individual, una figura de difícil acceso emocional. Esto le llevará a una situación de dependencia y de relativa indefensión ante el progenitor de distinto sexo, a que se encuentre a su merced justo cuando su necesidad básica de independencia resulta cada vez mayor.

Un paciente psicopático de estructura obsesiva, Eneatipo VI subtipo social, al que llamaremos M, refiere así esta situación: *«Yo era incapaz de enfrentarme a mi padre, sentía mucho miedo. Mi madre siempre enferma me manipulaba a través de la pena. Tenía poca relación con mis hermanos por estar en un internado y mi única expectativa era cumplir con la expectativa de mi madre, me colocó en un lugar de principito, y yo con sentimientos de deuda porque ellos me costeaban los estudios. La sensación de hermano yo no la tengo. Prefiero estar en el deseo de otros que en el mío, cumplir con la expectativa del otro que con la mía, si yo cumplo mi deseo el otro no existe y yo lo necesito: mi felicidad está en cumplir los deseos de otros. Si yo no hago lo que tú quieres me vas a dejar de querer. **Mi madre me amenazaba con que se iba a morir y yo me quedaba en puro abandono si no hacía lo que me estaba pidiendo. O eso o la amenaza de violencia de mi padre**».*

Es diferente la dinámica que aporta P, varón de carácter psicopático, pero de estructura histérica, Eneatipo III subtipo sexual: *«Siento que mi padre me daba miedo de pequeño y me refugiaba en mi madre, y para eso me tenía que dejar manipular por ella, esto implica sentir que mi padre no me quería. Cuando mi madre me salva siento que mi padre no me quiere. Ahora no quiero saber nada de mi padre para no sentir el dolor que me produce que él no está, **no fue capaz de imponerse a mi madre**, por eso yo lo castigaba y de eso me vengaba».*

Inmerso en semejante dinámica relacional, el niño comienza a percatarse de que deberá actuar de forma activa haciendo cosas y obteniendo logros que agraden a los padres y por los que reciba valoración y gratificaciones; lo que, en principio y desde su inocencia, espera conseguir satisfaciendo sus propios deseos. Es decir, espera que satisfaciendo sus propios deseos también sus progenitores se sientan satisfechos, que lo reconozcan y que no le pongan dificultades en su empeño de situarse en el lugar que desea y que siente que merece.

Sin embargo, el niño futuro psicopático se irá dando cuenta de lo que los padres esperan y desean que sea y que se comporte de una determinada manera, lo que con frecuencia no coincide con sus propios intereses. Tiene que aprender a posponer y a renunciar a sus intereses y a sus deseos para satisfacer los intereses y deseos de los progenitores, especialmente los del progenitor aliado para defenderse de la posible hostilidad del otro progenitor, a quien evita satisfacer porque considera (acertada o equivocadamente) que le ha retirado parte de su afecto. Es decir, satisfacer al aliado y evitar al oponente, o potencial enemigo. Con otras palabras: tener contento al padre que le protege y en quien se apoya, y estar alerta o en franca hostilidad frente al progenitor que pudiera quitarle tal apoyo. O según la expresión de otra paciente de estructura histérica, Eneatipo III subtipo sexual, a quien llamaremos A: *«Tener hombres a los que seducir y mujeres con las que competir».* En todo caso, un tenso y cansado trabajo para la vida.

A. refiere así la relación con sus padres: *«Mi padre es una figura a la que quiero y que me da lástima, pero le necesito para funcionar y me siento dependiente de él. Mi padre me necesita a mí más que yo a él. Yo siempre doy la imagen de que no necesito a nadie y que los demás me necesitan a mí. Cuando murió mi madre yo tenía 14 años, fue un sufrimiento horrible que no quise asumir; murió de infarto en mis brazos. Me quedé hueca y dije “no”, y asumí su papel: mi madre se ha muerto pero aquí estoy yo, y me puse a ordenar la casa y su ropa. Mi madre*

prefería a mi padre que a mí, ponía en riesgo su vida haciendo el amor con mi padre, sin importarle que me pudiera dejar sola. Yo me pasaba todo el tiempo cuidándola y vigilándola con mucha angustia para que no tuviese ataques, aunque tenía claro que ella prefería a los hombres de mi casa, y no podía tolerar que quisiera más a mis hermanos que a mí; a la vez la rechazaba porque no me daba la seguridad que yo necesitaba. Mi padre no se daba cuenta de mí, seguía a sus historias, pero yo fui la madre de mi padre, la mujer de mi padre, la amiga de mi padre, así tenía la garantía de que como me necesitaba cuando yo quería lo podía coger; como yo asumí el papel de mi madre, cuando lo necesito está ahí, pero no tengo la sensación de que mi padre me haya cuidado, sino de cuidarle yo a él, y no lo tolero cuando se pone de víctima; no quiero ser como mi padre y hago todo lo contrario. Tal vez por todo esto no tolero a las mujeres solas, que les falta la figura masculina. Ahora a los hombres los utilizo, pero los necesito. Los machaco por dentro pero ellos me dan seguridad, como con mi padre, lo quiero y lo rechazo. Los quiero y no soy legal en los sentimientos».

Así pues, el futuro carácter psicopático no sólo deberá posponer la satisfacción de sus deseos, sino que se verá en la necesidad de renunciar a buena parte de ellos y a sustituirlos por los deseos de uno de los progenitores, generalmente el progenitor de sexo opuesto, con quien busca aliarse. Éste, a cambio de ofrecer reconocimiento y protección y de mostrarse complacido, le impondrá sus propios deseos mediante la seducción y la manipulación. Complaciendo a este padre intentará garantizarse un lugar de poder desde el que proyectarse socialmente con suficientes garantías de seguridad, ya que el otro progenitor —generalmente el del mismo sexo— no le resulta una figura tranquilizadora sino más bien inquietante, y con quien irá desarrollando una relación de competitividad.

En la vida adulta, puede reflejarse como refiere M: *«Todo lo que significa que trabajo y familia me pone en la exigencia y en la alerta, y en estar siempre ocupado en cosas. Pero allí soy alguien y no donde no me conoce nadie. Me tienen que ver en el trabajo, si no hubiese nadie yo no iría. Vuelvo para que me vean, por eso vuelvo corriendo aunque no me apetezca, para que me vean los que me pueden evaluar, los jefes, para que no me lo puedan echar en cara. Y **tengo que estar para que ellos me sigan reconociendo como lo que soy**».*

Mientras que A. lo expresa así: *«Realmente soy una mujer necesitada, buscando en un camino desconocido y desbordada, como si tuviese*

*una limitación importante..., pero doy una imagen que no tiene nada que ver conmigo, no muestro los sentimientos. Como si dijera: no te preocupes, mientras que yo esté aquí no va a pasar nada. Y a partir de ahí cuidando a todo el mundo y yo por los suelos tirada y diciendo a todos que no se preocupen que yo estoy aquí, la madre de todo el mundo. Me he dado cuenta de que he negado sistemáticamente mis necesidades y deseos, **dando por supuesto que mis necesidades y deseos eran los de los demás. Ahora me doy cuenta de que estoy pendiente de que mi padre esté pendiente de mí.***

En este momento del desarrollo el niño necesita tener la seguridad de que puede relacionarse con otros sin poner en peligro nada de lo ya conseguido en el núcleo familiar. Necesita sentir que el estar con otros de la forma en que desea le ayudará a obtener su sitio tanto en la familia como fuera de ella. Su necesidad real ahora es, pues, la de sentirse apoyado en su proyección social, la de ser reconocido en sus éxitos y en sus logros genuinos, la de sentirse comprendido en sus fracasos y la de ser confrontado amorosamente con los límites reales y con las normas sociales. Pero en el caso del carácter psicopático, fundamentalmente, tal necesidad es manipulada a través de la seducción y el engaño, poniéndole en función de objeto de satisfacción narcisista de uno de los padres.

En un momento de su proceso psicoterapéutico M. expone esta situación de seducción y traición con estas expresiones cargadas de rabia y dolor: *«Me he dado cuenta de que no soy el hijo preferido de mi madre, no sé cómo me lo he creído hasta ahora; lo que he sido es el abanderado de mi madre. Estoy rabioso, ¡cómo me ha seducido y yo me he dejado!, para creer que era el preferido y estar ahí sustituyendo a mi padre. Esto me hacía sentir vergüenza ante mis hermanos y lo intentaba disimular; incluso sentía culpa de que ella me resaltara sobre los demás.*

*¿Cómo permitió que un niño de 12 años se fuese a un internado? Si yo soy su preferido y quiere estar conmigo, ¿por qué renuncio a mí?... **No soy su preferido, soy su capricho para cumplir sus deseos..., me ha engañado, y yo me coloco ahí para satisfacerla.** He sido un estandarte; **yo no he recibido amor, sólo halago, pero nunca he sentido la confianza de una madre, sólo utilización.** Y, ¿ahora qué pasa?, voy buscando el ser preferido de las mujeres, de las mujeres con un carácter fuerte, o el diferente por la distinción, el hombre de su vida, y eso me ha costado sumisión a ellas, automáticamente estar a su servicio a cambio de que me quieran, también una cosa de poderío mío siendo yo el hombre en rivalidad con los hombres que están a su*

alrededor. Como que me dan poder, pero a cambio de tener que renunciar a lo que yo quiero. Lo que más me jode es que yo he renunciado a todos mis deseos, sumiso a ella, con pánico de decirle que no a algo. Ella me halagaba y yo me creía que eso era un lugar de privilegio. Ella era quien me daba miedo metiéndome miedo con mi padre. No es a mi padre a quien apaciguo, es a ella».

El progenitor seductor mostrará su satisfacción por las gratificaciones que en el ámbito social su hijo le proporciona, y así potenciará sus logros; pero éstos no serán igualmente atendidos en lo que respecta al ámbito íntimo de la relación familiar. Es decir, no serán revestidos de la aprobación y del afecto correspondiente ni los logros obtenidos para dicho progenitor, ni mucho menos los propios para sí mismo. Como consecuencia de ello, el niño no se sentirá seguro y dudará de que sus esfuerzos vayan a proporcionarle la seguridad de aceptación que necesita; tampoco los logros, para su progenitor o para él mismo, le aportarán ni la suficiente seguridad ni la necesaria gratificación en relación a sus propias acciones.

En semejantes circunstancias, dispondrá la energía del subimpulso tierno en función de defensa para distanciarse de sus propios deseos, mientras que el subimpulso agresivo lo dispondrá en función de tratar de conseguir esos logros que le demanda el progenitor seductor, tratando con ello de obtener la seguridad y satisfacción que necesita. Lo que no alcanzará ya que no depende de él, sino del revestimiento afectivo que reciba tras haber intentado satisfacerle; y este revestimiento es bastante precario, cuando no francamente hostil. Es decir, se instalará en la actitud de **duda** acerca de su capacidad para satisfacer al otro, y en el sentimiento de **inseguridad** sobre su capacidad para la propia satisfacción².

Sin embargo, la demanda, más o menos explícita, del progenitor seductor para la satisfacción de sus propios deseos, se lleva acabo de manera diferente en cada uno de los dos subtipos de este carácter, diferencia que estará también en la raíz etiológica de cada uno de ellos y que será conveniente tener en cuenta, sobre todo en el inicio de los procesos de psicoterapia. En el subtipo obsesivo (EVI) la demanda se hace mediante coacción y descalificación, usando el “nunca lo haces suficientemente bien” o, peor aún, “siempre lo haces mal”. En el subtipo histérico (EIII), la misma demanda de satisfacción narcisista, el progenitor seductor la lleva a cabo a

² Es posible encontrar parecida dinámica en la biografía de otros caracteres, si bien, al producirse en otro momento del desarrollo, las consecuencias serán distintas.

través de la seducción y de la sobrevaloración, mediante la exigencia de “puedes hacerlo aún mejor” o, incluso con mayor exigencia, “está bien, pero es necesario esforzarse y hacerlo aún mejor”. Esta diferencia etiológica marca los diferentes sentimientos y actitudes que tienen cada uno de los dos subtipos respecto a sí mismo y hacia el mundo: en el subtipo obsesivo de duda, como modo de frenar la acción que, en su experiencia, suele motivar ser descalificado y sentirse rechazado; mientras que en el subtipo histérico se muestra como sobreseguridad, modo de no frenar la acción para sentirse valorado y no dar lugar a ser rechazado. Diferencia que ha quedado expuesta en los relatos de A. P. y M., y que quedará algo más clara en los relatos que restan.

Dice M: *«Mi sentimiento interno es siempre de que no voy a dar la talla y por el contrario tener que quedar bien para conseguir que hablen bien de mí. Cuando me lo decía mi madre me daba mucho gusto, yo la veía que se empavonaba de satisfacción, pero luego, en realidad no era su preferido, era mi hermana. Ahora estoy siempre necesitando la aprobación de los demás y no tolero la crítica negativa: yo no me reconozco a mí, siempre estoy fuera. Necesito mi auto reconocimiento pero tengo miedo de no llegar al listón que me tengo puesto».*

Así pues, el carácter psicopático se estructura en el centro del Complejo de Edipo, justo en el momento en que el niño comienza a alejarse de la orilla materna sin haber alcanzado aún el lado paterno; justo cuando comienza a sentir la necesidad de añadir a su autonomía la independencia como ser social que es, y ello sin tener que renunciar a sí mismo. En semejante momento el niño es seducido, trampeado y manipulado. Se encuentra, pues, atrapado en el centro de la seducción edípica. Éste es el núcleo de la fijación del carácter psicopático, con todo lo que esto implica respecto de la seguridad y la confianza en su independencia frente al otro, así como de la dificultad para el contacto con el sentimiento íntimo de satisfacción de sí.

Como se ha dicho, el tipo de relación con el progenitor de distinto sexo será mediante la seducción: el niño es seducido y puesto en la necesidad de seducir, y de hacer trampas para satisfacer algunos de sus deseos. Esto le colocará en la paradoja emocional de tener que identificarse con el progenitor del mismo sexo para completar su identificación de género, pero con el correlato de ser seducido por el progenitor del sexo opuesto, lo que con frecuencia produce una identificación por rebeldía. Menos veces puede suceder que la seducción y, de forma parcial, la identificación

se produzcan ambas con el progenitor de distinto sexo. Y ello es posible al originarse una (re)negación de parte de la necesaria identificación con el progenitor del mismo sexo, ya que el niño no pudo reconocer ni aceptar esa parte del progenitor del mismo sexo porque le resulta excesivamente traumatizante; por ejemplo, la parte descalificada y sumisa frente al otro progenitor. La consecuencia de esta última dinámica es que los varones desarrollarán una estructura histérica de la personalidad, mientras que en las mujeres será obsesiva; justo lo contrario de lo que habitualmente suele ocurrir, lo cual puede ocasionar una dificultad de identificación y, como consecuencia, un trastorno narcisista de la personalidad, patología que se ve en clínica con mucha más frecuencia en los caracteres psicopáticos, sobre todo en psicopáticos varones con estructura histérica³. Aunque esta identificación no de lugar a ningún tipo específico de patología clínica, sí proporcionará algunos rasgos de carácter peculiares en sus actitudes relacionales consigo mismo y con los demás.

Veamos cómo relata P. (varón histérico) esta última situación: *«Mi madre es muy posesiva y, desde luego muy manipuladora, chantajea emocionalmente y económicamente y es muy brillante dialécticamente para convencer. El cariño de mi madre puede matar, un exceso de cariño mal entendido. Utiliza todas las armas a su alcance. Te dará todo pero te pasará factura en cualquier momento como no te ajustes a su plan. Igual con el afecto. **Hay un 90% de coincidencia entre los análisis que hace mi madre y los que hago yo. Hay un cierto mimetismo sospechoso.***

*Mi padre no es agresivo, sino que recibía las agresiones dialécticas de mi madre sin capacidad para responder. Su familia es así, poco brillante. Yo he asumido los patrones de la familia de mi madre. Mi padre es poco brillante, siempre ha perdido todas las batallas dialécticas con mi madre, y **la relación con él es difícil porque cuando hay una posibilidad se pone sensiblero y me molesta.** Yo repetía a mi padre las críticas que le hacía mi madre, pero más mordaces que las que ella le hacía; acabó refugiándose en su cuarto.*

Lo que a mí me han inculcado por la familia de mi madre es el valor de la fuerza, los valores machistas, pero en el fondo soy un cobarde, me da miedo enfrentarme con la gente y necesito echar mano del enfado. Aplico el ojo por ojo. Así, he tenido que usurpar los valores sociales superficiales de mi madre para obtener poder. El dinero sólo es un me-

³ Los trastornos narcisistas de la personalidad también suelen darse en el carácter pasivo-femenino, donde se dan un edipo invertido.

dio para obtener poder, yo estoy siempre por encima de mis posibilidades económicas, como mi madre, y he tenido bastantes éxitos. Pero mi padre siempre se ha sentido frustrado conmigo porque yo le trato igual que mi madre, sólo que más cruel, le dejaba hecho polvo. Desde el punto de vista social, la familia de mi madre pintaba mucho y la de mi padre nada y yo hice mío el ideal de mi madre, mi abuelo». A esta larga exposición tengo que añadir, para que se aprecien bien las identificaciones, que su madre acabó dos carreras universitarias, y el padre ninguna. Mientras que P. comenzó dos carreras universitarias, abandonando una cuando le faltaban cinco asignaturas y la otra en el último curso. Y su situación en el momento de iniciar la psicoterapia es que se sentía incapaz de concluir ningún trabajo, más que en el último extremo y bajo fuerte tensión y angustia, aunque afirmaba que su trabajo le gustaba.

El estar fijado en el núcleo de la seducción edípica implica que la obtención del lugar de poder en la familia dependerá de la relación de seducción con el respectivo progenitor, aunque al precio de tener que renunciar a los deseos, ambiciones y expectativas propias, y sustituirlas por aquellas que satisfagan a dicho progenitor. Cómo queda claro a través de los anteriores relatos este tipo de relación tiene tres consecuencias importantes: la primera será la renuncia o la postergación ilimitada de las propias necesidades emocionales y de los deseos propios, sustituyéndose la satisfacción real por una satisfacción fantaseada y narcisista, por una imagen ideal de sí mismo. La segunda, un permanente sentimiento de insatisfacción por cuanto las necesidades emocionales reales no son satisfechas, sino que las que se cumplen son las del progenitor, las de la imagen ideal ante éste, cuyos logros son valorados socialmente pero no reconocidos en la intimidad afectiva de la relación. Y la tercera, el “tener que” estar constantemente en el trabajo de mantener la seducción; es decir, de satisfacer a dicho progenitor ya que es a través del mismo como se siente participe de su poder y de su lugar; si bien no con un poder propio. Razón por la que nunca se sentirá suficientemente seguro de poder tenerlo y conservarlo, permaneciendo en constante alerta para su defensa.

Dice P: *«Desde los 14 años siempre he estado en pareja. Mi intento siempre ha sido controlarlas, aunque mi apariencia sea liberal. Una vez seducidas dejaba de desearlas, no me interesaban mientras estuviesen entregadas. Cuando me he sentido inseguro o mal, he tenido necesidad de seducir a alguna de una manera compulsiva, como un bálsamo para mi ego mal tratado».*

El resultado de todo ello es un tipo de persona cuyo carácter está en función de la acción constante para obtener unos logros con los que supone satisfacerá al progenitor seductor, de cuyo poder participa; es decir, actuará de conformidad con el introyecto de los deseos reales o fantaseados de éste, sin estar nunca seguro de conseguirlo. El “listón” del logro se mantiene siempre cada vez más alto mediante la constante exigencia de “dar la talla”, unido al miedo a no poderlo conseguir de manera suficiente. Y es a través de esta exigencia de alcanzar el éxito —sin estar nunca seguro de ello—, como estos caracteres se van a proyectar en sus relaciones personales, sociales y laborales; con un oculto sentimiento de inseguridad y temiendo la crítica, la descalificación e incluso el castigo de “no hacerlo suficientemente bien” para satisfacción del otro.

Esta dinámica queda implícita en las siguientes palabras de M: *«Necesito excitación y estrés para darme marcha y no sentir tristeza. Cuando estoy para dentro conmigo sin hacer nada, me siento como sin fuste, como vacío. Necesito estar siempre para fuera, haciendo para otros. Ni me permito pararme, ni me lo permiten. Estar con los demás para no estar conmigo. Me da miedo que salga lo que salga por el otro, también por mí, pero más por lo que siento que el otro me exige, no sé qué monstruo habrá dentro. Yo pongo la exigencia en el otro, como que si no hay otro no existo, pero a continuación me pierdo. Es como si mi deseo propio, separándome del otro, no tuviese fuste, vida; no lo valoro, valoro el del otro..., **es más una cosa de quedar bien**»*. Es decir, de no quedar mal.

El carácter psicopático se estructura, pues, en torno a la necesidad de obtener y conservar el poder a través del logro de una meta y sin estar nunca seguro de obtenerlo, y mucho menos de conservarlo. Para ello sacrifican el contacto tierno consigo mismos, distanciándose lo más posible del íntimo sentimiento crónico de insatisfacción, y primando el desarrollo del subimpulso agresivo a fin de alcanzar éxitos para otros. Sacrifican su intimidad en aras de una fantasía de independencia, hasta el punto de confundir ternura con debilidad. Se convierten en personas temerosas de mostrarse tiernas por temor a ser manipulados, seducidos y condicionados en su independencia, temor que da lugar a tal confusión. Son también personas desconfiadas frente a las intenciones de los demás, lo que les lleva estar en permanente estado de vigilancia y control.

A ello se refiere P: *«Mis planteamientos los racionalizo dejando de lado mis sentimientos, incluso un poco artificialmente. Soy superfi-*

cial al analizar los acontecimientos y pongo distancia. No tengo sensación de emociones, sólo sensaciones; de tristeza es muy raro, y de alegría también, y no digamos de euforia. Y en expresión de M: *«El amor es cosa de comprar y vender, yo tengo que darte para que tú me quieras. Es como si en mi vida no hubiese otra película: yo no puedo recibir si no doy, por eso tanto reproche si no me dan reconocimiento. Yo te doy para que me quieras, dame para que yo te quiera: la transacción es el reconocimiento en el poder»*. Lo mismo dice A. con otras palabras: *«En mis relaciones afectivas no pregunto por miedo a saber qué pasa, y siento inseguridad y culpa. Como si me tuviese que hacer una lista para no fallar, y no exteriorizar mi estado de ánimo por miedo a que descubran que no soy tan especial»*.

Por lo que respecta a la estructura de la personalidad en el carácter psicopático, la dinámica referida no resulta esencialmente diferente en el caso de la estructura obsesiva (Eneatipo VI) y en el de la histérica (Eneatipo III). Ambas dinámicas están en función de la obtención de un sitio de poder sin estar nunca seguros de conseguirlo y, sobre todo, de poder mantenerlo; así como en función de la exigencia en el logro y en el control de sí mismos y de las situaciones, a fin de tener cierta garantía de que no van a ser manipulados. Sólo que el histérico ejercerá en primer lugar la seducción —y si es necesario la coacción— para manipular el deseo, y el obsesivo usará primeramente la coacción —y si resulta necesario la seducción— a fin de manipular directamente el poder.

Así seduce P: *«No me gusta sentir miedo; en el fondo sé que soy un cobarde. El miedo es un sentimiento que no controlo. Cuando he tenido miedo siempre he interpuesto a otra persona, y yo siempre detrás del que más pega, pero liderando yo. No me siento mal cuando estoy en segundo puesto y en realidad el que manda soy yo: si quisiera desbancarle tendría problemas; yo valoro donde está el poder real»*. Sin embargo, M. dice: *«No he tenido el rol de padre en este grupo y me he sentido como sin sitio, como en mi familia. Mi idea es que tengo que pelear por el poder, aunque me cueste mucho. Cuando no me posiciono en el lugar de poder, en el de padre, me cuesta mucho ubicarme en algún sitio. No me siento bien en el lugar de igual a igual, no es mi sitio. Quiero el sitio de poder para que me miren y respeten mi autoridad»*. Y claramente refiere A. cómo utiliza la seducción y obtiene el poder a través de la manipulación del deseo: *«Quiero a un hombre a quien cuidar, para que me cuide a mí. Yo quiero ir con un hombre a*

*mi lado, un hombre que me pasee... sí, porque querer... **Que me sienta protagonista, que sea su mujer, su hembra, que diga: esta mujer es mía, que me de cierta seguridad**».*

❖ DINÁMICA ENERGÉTICA

Decíamos antes que el subimpulso tierno es la cualidad energética que da información a la persona acerca de y desde su propia intimidad, no sólo de los estados de tensión originados por las carencias, sino también de los estados de relajación motivados por la satisfacción de las mismas. En esta fase, en la fase fálica, el subimpulso tierno comenzará a dar información en torno a la vivencia de nuevas necesidades —investidas ahora de subjetividad emocional, y proyectadas sobre el mundo social—, de los estados de tensión emocional a causa de su carencia, y de los de relajación debidos a su satisfacción. Parte de estas necesidades, con su importante carga emocional, son ahora los deseos.

La relación dinámica entre los subimpulsos tierno y agresivo viene condicionada por la situación en la que se fija el carácter psicopático, y que tiene como resultado la adopción de una actitud fóbica frente la ternura, la supuesta debilidad y la dependencia; y una sobrevaloración de la actitud agresiva orientada a la obtención de unos logros que satisfagan sus fantasías de seducción y de poder, y que nutran aquella imagen de sí mismos con la que se identifican a fin de mantener un cierto sentimiento de identidad y de seguridad.

Así pues, el subimpulso tierno se dispondrá en función de defensa antitético de sí mismo, dificultando de esta manera el contacto con las propias necesidades y con su componente emocional, como modo de estrategia para distanciarse de la angustia que la pulsión de las necesidades no satisfechas lleva consigo. El precio a pagar será, sin embargo, un permanente distanciamiento de la información necesaria para permitir un verdadero cuidado de sí mismo. De este modo, la percepción de la función del subimpulso tierno se encuentra distorsionada, con la carga energética inhibida y en su mayor parte estática, al estar en función de defensa conteniéndose a sí misma.

Esta circunstancia supone la inmovilización parcial de la naturaleza energética de este subimpulso, una estasis en su fluir y, por tanto, un posible origen de pulsión de angustia, que aparecerá ligada tanto a la propia in-

satisfacción de la necesidad en sí como a la insatisfacción íntima debida a la falta de contacto. Este estado de tensión estática, identificado como pulsión de angustia, se intentará neutralizar a través del subimpulso agresivo, y se hará orientando su naturaleza expresiva hacia una constante actividad externa y de control sobre las influencias del medio, al igual que sobre las propias emociones. *«Siempre he intentado organizar la vida a todos y ahora ya está todo el trabajo hecho y no sé qué me queda para mí. Tengo que hacer cosas para distraerme»*, contaba A., cuando su hijo se emancipó y su hermano se fue a vivir con su pareja.

La distorsión perceptiva del subimpulso tierno hará que, partiendo de esta pulsión estática vivenciada como una sensación cercana a la angustia, el individuo perciba sus emociones como potenciales enemigas de sí mismo, y se defiende de ellas a través del autocontrol y la autoexigencia. Ambas actitudes no son más que la expresión del bloqueo del subimpulso tierno y de su percepción, distorsionada y contaminada por la cualidad energética del subimpulso agresivo. Una distorsión y una contaminación que son debidas a que parte de la cualidad energética agresiva es utilizada a fin de inhibir y contener la expresión tierna, sustituyéndose el contacto íntimo por la exigencia que impone la **necesidad de control**. El corolario no será otro que la dificultad para atenderse tiernamente y para cuidar del propio bienestar; dificultad que por su contaminación agresiva devendrá en una mayor o menor autoexploración. Por ello, no solamente serán excelentes capataces frente a los demás sino sobre todo para sí mismos.

La necesidad y la capacidad de control, la ponen de manifiesto el siguiente párrafo de la autobiografía de A: *«Con 16 años me enamoré. Él era mayor que yo, guapo, interesante, seductor y con estatus. Trabajaba con él, era su secretaria y con él descubrí el sexo. Me sentí totalmente seducida, creo que ésa fue la única vez en mi vida en la que realmente he sido seducida por un hombre. Fue una relación extraña, digo extraña porque la viví como una mezcla de placer y sufrimiento, de sumisión y reto al mismo tiempo. Me sentía amante y no amada, duró hasta que me quedé embarazada a los 20 años. Nos abandonó a los dos. A partir de ese momento me juré a mí misma que ningún otro hombre volvería a abandonarme, y puse en marcha mis dotes seductoras que tan magníficamente había aprendido desde muy niña. Ahora era yo la seductora y no la seducida. Durante mucho tiempo me sirvió en mis relaciones amorosas, la verdad es que ni sentía ni padecía. Me viene a la memoria una frase que leí en una novela: “La gente herida es peli-*

grosa. Saben que pueden sobrevivir". Y así es como me sentí herida y es así como sobreviví. Me puse espléndida, cojí a mi niño y me marché a otra ciudad. Ahora cuando siento que no controlo una situación, rápidamente le doy la vuelta; si todo está controlado yo estoy bien. Si todo está bien, yo estoy bien».

M. como buen obsesivo, expresa así su necesidad de control: *«Tengo necesidad de tenerlo todo bien estructurado, como respondiendo al esquema que los demás tienen de mí. Es como para no dejar salir lo que hay en mí, sólo dejo salir una parte. Es como miedo a ser feliz, a disfrutar de la vida. Estoy más en un esquema de cómo hacer las cosas que en cómo las deseo yo».*

Sin embargo, P. lo siente de otra manera: *«Estoy metido en el teatro y no voy a dejar de representar mi papel. Pienso que algún día llegaré a sentirme como me he representado. Tengo necesidad de que los demás se sientan seguros conmigo, y eso no va con mostrarme cómo soy. Soy como el guerrero de la tribu que todo lo tiene controlado. Tengo necesidad de explicar las cosas que pueden ir mal a los demás para que vean que los controlo».*

Pese a que, como se ha dicho, parte del subimpulso agresivo se disponga antitético de la pulsión tierna, la mayor parte de su capacidad energética quedará libre. Mas al haberse perdido el equilibrio dinámico entre ambos subimpulsos su actividad estará abocada a una acción compulsiva al servicio de una fantaseada sensación de peligro y de la necesidad de seguridad. Sensación que sólo será relativamente neutralizada ocultando el sentimiento de debilidad (ternura) y obteniendo la aprobación de los demás, ya sea desplegando ante ellos la seducción o consiguiendo su respeto infundiéndoles temor: "Que los demás me sean sumisos, que me admiren por amor, o bien me respeten por temor". La necesidad de tener el máximo dominio posible sobre las situaciones será para ellos garantía de seguridad; pero como dicha seguridad nunca parecerá suficiente al faltarles la confianza que procura un contacto íntimo y sin distorsiones, siempre estarán en guardia. Éste es su "trabajo": neutralizar al otro mediante la seducción o el temor, o ambas cosas. Aunque ello implique renunciar a la propia satisfacción, a la propia intimidad.

Semejante disponibilidad de la cualidad energética del subimpulso agresivo es lo que permitirá a este carácter permanecer en una actividad y un esfuerzo constantes a fin de mantener su imagen y sus logros. Y los nece-

sitan, porque debido a la falta de contacto íntimo, tendrán dificultad para sentirse satisfechos con sus *logros*, así como para sentir la seguridad de que éstos son merecidos y que nadie se los va a quitar; vivencia que se acrecienta sobre todo cuando tales logros no son resultado de un intenso esfuerzo, o como resultado de un reto. Esta misma disponibilidad es la que les permite, aparte de mantenerse en constante alerta, dar sustento energético a sus principales **mecanismos de defensa psicoemocionales: la proyección** para el subtipo obsesivo, **y la identificación** para el subtipo histérico.

La estrategia energéticamente más económica para satisfacer los deseos del progenitor seductor será identificarse con los mismos y con la imagen que a través de ellos perciben de sí; es decir, identificarse con la imagen mediante la cual se sienten valorados. Dicha función la cumple parte de la cualidad energética del subimpulso tierno, proporcionándoles una falsa sensación de contacto amoroso. Sin embargo, estará contaminado por componentes hostiles del subimpulso agresivo, originados a partir de la rabia sentida al frustrarse la satisfacción de sus deseos genuinos. Esta legítima e inhibida rabia se mantiene y manifiesta en actitudes de reto afectivo y de seducción.

Por medio del mecanismo de proyección, vehiculado por la disposición que la energía agresiva tiene hacia el mundo exterior, sin que exista el suficiente arraigamiento tierno en ellos mismos, colocarán fuera de sí, situando en el otro ese potencial enemigo que no perciben en sí mismos. Atribuyen al mundo, a su entorno social la causa de su sensación de inquietud, esa sensación cercana a la angustia, que realmente es consecuencia de su insatisfacción íntima y de la estasis energética; viniendo a filtrarla a través de la percepción cognitiva de sí mismos y del mundo, estructurada en función de la culpa y consecuencia real de su renuncia al contacto íntimo consigo mismos, y de su actitud seductora y tramposa hacia los demás. Su **fobia a la debilidad y al contacto íntimo** vendrá justificada en la transferencia al otro de ese temido enemigo manipulador, seductor y tramposo; el otro, los demás tienen la "culpa" de su angustioso miedo a ser manipulado y sometido, al tiempo que sienten la exigencia de mantenerse en actitud controladora y alerta para defenderse de posibles ataques, en una vivencia dual del mundo: o amigo o enemigo. Con la proyección, si bien se defienden de la angustia interna, repiten y perpetúan también la situación traumática original, ya que les obliga a estar permanentemente atentos a las demandas externas: sociales, laborales, familiares y afectivas.

Este miedo a la debilidad y a la intimidad, lo expresa P. con mucha claridad: *«Al tener una relación sentimental estás en dependencia y expuesto al ataque; no expresar los sentimientos ayuda a no profundizar en la relación. Recuerdo que cada vez que mi padre expresaba sentimientos a mi madre, inmediatamente recibía un corte o una descarga de agresividad. Pensaba que mi padre era más débil en todo. Yo me siento muy agobiado cuando alguien me expresa cariño, me distancio y me pongo agresivo o irónico, y si yo me pongo mínimamente cariñoso y el otro está al 100%, me reboto».*

Este bloqueo de la ternura lo siente así A. en la relación actual con su padre: *«Cuando mi padre me abraza me da tristeza en lugar de sentirme feliz, me da pena, exactamente igual que cuando contacto conmigo. Es como si tuviese vergüenza de que mi padre se diese cuenta de que yo tengo ese sentimiento, que lo quiero de verdad. Es conmigo, por dentro, hacía él tengo como una barrera».*

Desde el punto de vista de M. la experiencia es así: *«Tengo que resolver cosas, si no hay vacío, un hueco en el pecho..., si no hay pelea no hay nada..., no hay vida, me quedo sin fuerzas. Peleo para hacerme presente. Aquí estoy yo, que me vean a mí, y lo hago como sea. La vida es como un examen y yo tengo que aprobarlo; para eso no se puede ser flojo ni débil, y si lo soy no lo tienen que notar, lo disimulo con el enfado. Quiero mostrar a los demás la imagen de que yo puedo con todo. Pedir es como sentirme por debajo, hacerme más pequeño que el otro».*

Puesto que sospechan que el mundo se va a comportar con ellos de modo similar a como lo hizo el progenitor seductor, de igual modo actuarán ellos mismos —estén identificados o se muestren rebeldes con el deseo del agresor— con el mundo exterior, sobre el que proyectarán “algún” supuesto “enemigo interior” que les haga sentir inseguros. Son incapaces de percibir que semejante comportamiento no tiene otro destinatario que ellos mismos. La distorsión en su percepción del contacto y de la actitud tierna, así como el mecanismo de proyección es lo que viene a dificultarlo. La causa de su sentimiento de insatisfacción y desconfianza será esta actitud de escasa ternura hacia ellos mismos. Como reconoce A. avanzada su psicoterapia: *«Tengo necesidad de sentir qué siento, porque tengo la sensación de no llegar al contacto con los sentimientos profundos, porque me pierdo de mí pendiente de los demás».*

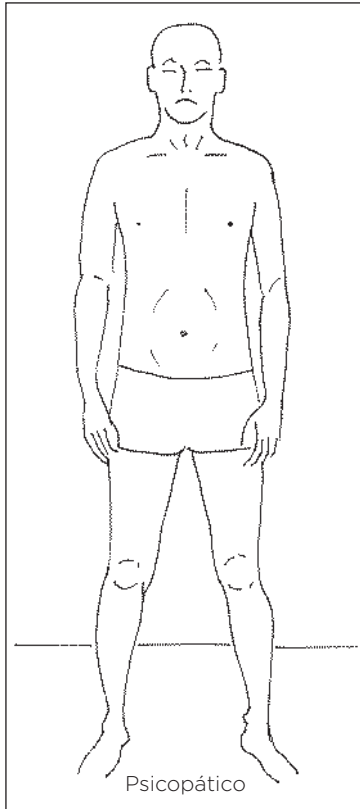
❖ ESTRUCTURA CORPORAL

Entre los diferentes subtipos del carácter psicopático existen algunas diferencias en cuanto al aspecto corporal morfológico, si bien no en la estructura muscular ni en la dinámica energética. Tales diferencias pueden inducir a cierta confusión diagnóstica si no son exploradas en profundidad, pero en cualquier caso ayudan a un mejor diagnóstico de las fijaciones defensivas del individuo en otras etapas del desarrollo. Las más significativas son las que derivan de estructuras defensivas masoquistas propias de los subtipos de conservación, que presentan un aspecto más redondeado y blando; y también las rígidas en los subtipos sociales, que les proporciona un aspecto más rígido. Ambas dificultan la apreciación del desplazamiento cefálico de la energía.

Energéticamente lo que caracteriza a todos los tipos psicopáticos es el desplazamiento de la energía del diafragma hacia arriba, hacia la cabeza. El tórax, la cabeza y los brazos están más energizados que el resto del cuerpo; es decir, su energía fluye más libremente en la parte superior del cuerpo, flujo que queda interrumpido en el abdomen, la pelvis y las piernas, debido al bloqueo diafragmático que divide el cuerpo en dos mitades, con un desarrollo claramente diferente. A diferencia de otros caracteres que no suelen percibir su bloqueo diafragmático y al que, generalmente, no hacen referencia, el psicopático, con mucha frecuencia, tiene conciencia de su bloqueo diafragmático y se refiere al mismo con expresiones tales como: “cuando suspiro o respiro profundamente el aire no me pasa de aquí”, colocando su mano en el plano del diafragma.

Este desplazamiento energético hace que sean tipos “alzados” hacia arriba, con una disposición morfológica en forma de V, marcada por un mayor desarrollo muscular del tórax, hombros, brazos y cuello. Su cuerpo puede llegar a impresionar como pertenecientes a un adulto y a un adolescente unidos por la cintura, con una desproporción entre la anchura de hombros y la aparente estrechez de la pelvis.

La disposición natural del cuerpo humano, sobre todo en los varones, es que el tórax tienda a la forma en V, pero esta disposición es muy marcada en el carácter psicopático. Y resulta aún más llamativo en las mujeres, en las cuales, debido a la anchura de los hombros, semejan tener una pelvis poco desarrollada, aunque no sea así anatómicamente hablando. Por ello, cuando una persona, sea varón o mujer, vista de espaldas llame nuestra atención por la anchura de sus hombros en



relación a la pelvis, debemos pensar en primer lugar en el carácter psicopático.

En la **cabeza** hay sobrecarga de energía contenida, sobre todo, por el bloqueo y las tensiones de la nuca; uno de los más importantes bloqueos presentes en éste carácter. Semejante sobrecarga cefálica es consecuencia del necesario control racional sobre las emociones, manifestándose en un pensamiento dubitativo acerca de los propios deseos y decisiones. El psicopático tiene una percepción cognitiva distorsionada de sus necesidades y de sus deseos, que pone en duda mediante su propio juicio crítico con el que busca protegerse de cualquier expresión activa y espontánea. Una inhibición de la expresión emocional que vendrá reforzada por el juicio descalificador que proyecta sobre los demás: *«Siempre estoy pensando en lo que los demás esperan de mí*

y en que no voy a dar la talla, no paro ni un momento. Y la verdad es que nunca me he planteado qué es el otro para mí. Me lo he planteado intelectualmente pero nunca me he posicionado emocionalmente, sólo uno al que yo iba..., e inmediatamente aparece el miedo», me dice M.

La cara de estas personas llama la atención especialmente por la **mirada**: mirada inquietante y escrutadora, siempre en movimiento, como si de un radar se tratara. Es una mirada controladora, que con frecuencia produce cierta inquietud y sensación de inseguridad. Con la misma, marcan en un principio una distancia de seguridad, hasta sentir que tienen la situación controlada; entonces la expresión puede pasar a una mirada seductora, o, en caso contrario, hacia la franca hostilidad amedrentadora. Es decir, dependiendo de cómo se sientan en cada ocasión, de cómo perciban el ambiente y a las personas, tenderán a *hacer suya* la situación o a *mantenerla a raya y vigilada*. Tan desarrollada está esa función radar que no resulta extraño encontrar psicopáticos con el reborde ciliar muy prominente, a modo de una visera, como para poder ver mejor sin ser deslumbrados por los rayos del sol, al tiempo que tienden a entornar los párpados a fin de aumentar nitidez del campo de enfoque: cerrando también el

diafragma ocular, con lo que pasan de una visión en gran angular a una en teleobjetivo, de la foto en grupo al retrato.

La cara, con frecuencia, suele tener los rasgos más bien duros y fríos, aunque puedan ser bellos; salvo en el subtipo de conservación, que posee una expresión más blanda, redonda y tierna. Una cara que, en cualquier caso, no pasará desapercibida a causa de su mirada, de su bien desarrollada mandíbula, de su reborde ciliar y sus algo prominentes pómulos. En general, su aire de *firme decisión parada* —sea en la hostilidad o en la seducción— nos predispone a permanecer a la expectativa ante ellos. Unos rostros tipo son el del Che Guevara como subtipo sexual, y el de José María Aznar como subtipo social.

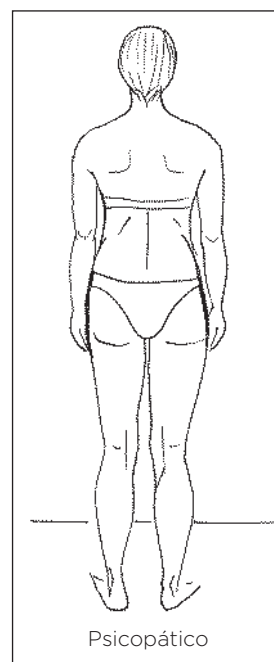
En **la nuca**, desde la base del cráneo hasta el inicio de la columna dorsal, se localiza una de las zonas de bloqueo con mayor tensión. Al tacto, los músculos espinales, a ambos lados de la columna, se perciben como dos cordeles duros, dolorosos a la presión y que oponen resistencia al movimiento pasivo de la cabeza, tanto a la rotación como a la flexión y la extensión. La espasticidad de dichos músculos se pone especialmente de manifiesto al intentar relajar su cuello, mientras la persona permanece en la posición de arco en flexión, con la cabeza colgando. La resistencia al movimiento pasivo se hace aún más patente debido a que, invariablemente, el psicopático intentará “ayudarnos” en tal maniobra, en una colaboración voluntaria (¿Cómo podría dejar su cabeza en manos de otro?) que trata de disimular la tensión, aunque con esta ayuda la aumente. Como refiere M., el origen de esta tensión puede haber sido así: *«Yo me apabullaba con los gritos y amenazas de mi padre, me paralizaba con la boca cerrada y obedecía. Yo me sentía con un vacío y ambivalencia, y no sabía a quien acudir, a mi padre o a mi madre, no me daban confianza, sólo me quedaba obedecer. No podía descansar en ninguno de los dos. No tuve la posibilidad de sentirme un hombre al lado de mi padre»*.

El resultado anatómico de este exceso de tensión crónica supondrá que la curva fisiológica de la columna cervical se rectifique aplanándose, con lo que se consigue una aparente elevación y una retirada hacia atrás de la cabeza y, con la misma, de la mirada. Como resultado la columna vertebral también rectificará espontáneamente la curvatura dorsal y la lumbar, para poder conservar su dinámica de absorción de fuerzas verticales. Todo ello será origen de diversos tipos de algias radicales como consecuencia de la compresión de las raíces nerviosas cervicales y lumbares, y de la propia espasticidad de los músculos (lumbagos y ciáticas).

Dicha tensión es consecuencia —y también expresión— de la tendencia compulsiva a controlarse y a controlar como consecuencia de su fobia a la espontaneidad emocional. Es decir, por una parte impiden que sus sentimientos y sus emociones tengan una expresión espontánea, lo que puede ponerles en riesgo de “ser vistos”, además de llevarles a considerar que se traicionan a sí mismos; de otra parte, para imposibilitar que algo del mundo exterior pueda entrar sin pasar el control de seguridad. Seguridad (desconfianza - paranoia), autoridad (autoprotección - autoritarismo) y deber (indecisión - dogmatismo): éstas son las construcciones racionales que necesitan para distanciarse emocionalmente del miedo a la manipulación y a la dependencia, y poder contenerlo. Por otro lado, conductualmente se manifestarán mediante una actitud que, ya sea de supuesta admiración más o menos sumisa o de supuesta rebeldía, siempre aparentará independencia. Será con tal actitud contrafóbica de la dependencia con la que intentarán identificarse, puesto que necesitan creer en ella. Sin embargo, sólo conseguirán poner en tela de juicio sus propias y genuinas capacidades, aquellas facultades con las que, a causa de la distorsión perceptiva tierna, han perdido el contacto.

La actitud de control sobre las propias emociones y sobre el medio externo resulta más patente cuando el carácter se arraiga sobre la estructura obsesiva de la personalidad (Eneatipo VI), lo que les dará un aspecto más racional y frío que al subtipo histérico (Eneatipo III); diferencia más aparente y superficial que real. Aunque ambos subtipos tengan necesidad de controlar y de controlarse, **la energía que ponen en función de defensa para vigilar al mundo exterior es más notoria en el carácter obsesivo porque predomina el mecanismo de defensa de la proyección; en el tipo histérico hay más energía defensiva destinada a la misión de controlar la propia emocionabilidad, dominando el mecanismo de defensa de la identificación.** Podemos decir por ello que el obsesivo aparece como un tipo frío, en tanto que el histérico como un tipo enfriado; una manifestación más de cómo la diferente dinámica emocional de las estructuras obsesiva e histérica de la personalidad se manifiesta en un mismo tipo de carácter. Éste es el mecanismo de P: *«Mi estado ideal es no sentir nada. Cualquier sentimiento, incluso de felicidad me hace sentir mal. Si es un sentimiento real lo niego y me defiendo con el hacer cosas, tener una vida ajetreada, o me aílo con el alcohol»*. Mientras que M. lo vive de esta otra manera: *«Los otros siempre están esperando que te aflojes, que te muestres necesitado y débil para ponerse encima; por eso yo tengo que estar siempre presente y dando la sensación de que domino la situación y que voy a cumplir»*.

En la mujer psicopática, en la que estadísticamente aparece en general la estructura histérica con mucha mayor frecuencia que en el varón, se puede observar muy a menudo una actitud fóbica ante cualquier situación que implique la posibilidad de un descontrol emocional —por ejemplo, en el uso de sustancias que puedan disminuir el control consciente y deteriorar la imagen de sí mismas—; también ante la posibilidad de “perder la cabeza” en el apasionamiento amoroso, es decir, en la entrega. Clínicamente, se caracterizan por presentar con mucha frecuencia cuadros agorafóbicos —éste es el caso de A.— como síntoma ansioso: los famosos y frecuentes “vértigos”. Con sus propias palabras: “miedo a perder el control en la calle, en medio de la gente”.



El varón está mucho más seguro del control sobre sí mismo, pero desconfía más del control sobre el medio. En idénticas situaciones, como pude observar en una sesión de grupo, uno de ellos lo expresó con estas palabras: “yo me puedo abandonar si tengo a los demás controlados (dominados), o si estoy muy seguro de que tú los controlas (así yo sólo tengo que desconfiar de ti)”. En situaciones de terapia grupal, en las que se supone que están relajados y en actitud introspectiva, de vez en cuando se les ve levantar la cabeza, “periscopear” al grupo y, si todo está en orden, volverse a abandonar.

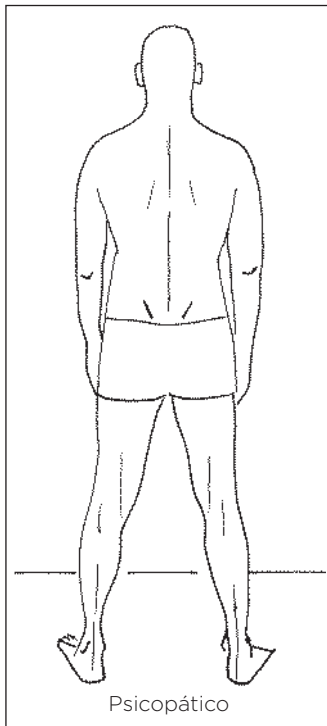
La cintura escapular está bastante desarrollada, es fuerte, y exhibe una musculatura que puede llegar a ser llamativa, sobre todo en el subtipo sexual tanto masculino como femenino; ambos muy aficionados a todo tipo de culturismo físico: hay casi una adicción a los gimnasios.

En el carácter psicopático puede observarse muy bien la relación con la morfología tipológica de Kretschmer que, aunque habitual en todos los caracteres, no posee una apariencia tan manifiesta como en éste: los subtipos sexuales corresponden a la tipología de constitución atlética, los sociales a la tipología leptosómica y los de conservación a la pícnica.

Los músculos de la cintura escapular están, pues, bien desarrollados, con un claro relieve bajo la piel y bien constituidos, aunque con cierta

hipertonía de base que les sitúa en la necesidad de tener que vencer una dificultad inicial para la acción inmediata. Aún así tienen un buen tono de trabajo y dan apariencia de fortaleza. Los brazos presentan idéntica estructura y desarrollo: son brazos recios, muy aptos y capacitados tanto para rechazar como para sujetar. Las manos son hábiles y fuertes, sin impresionar como toscas al guardar relación armónica con el desarrollo de los brazos. Así pues, los brazos y manos aparecen dispuestos en función de la agresión.

También **el tórax** es bastante típico. Un tórax con tendencia a disponerse en una marcada forma de V, ancho hacia la cintura escapular, y notoriamente más estrecho por debajo del diafragma, hacia la “cintura de sastre”. A diferencia del redondo tórax en tonel del carácter masoquista, el del psicopático es un tórax plano, en el que el diámetro transversal domina claramente sobre el anteroposterior. Pero al igual que en la musculatura de la cintura escapular, los músculos pectorales y dorsales están igualmente bien desarrollados, dando la impresión de ser un tórax, más que potente, fuerte.



Al inspirar —en una respiración espontánea natural— dilatamos tanto el pecho como el abdomen, elevando las costillas y bajando el diafragma afín de alcanzar el máximo de capacidad de la caja torácica. Los pulmones se expanden pasivamente, siguiendo las paredes de la caja por la presión negativa que hay en ella y originando también una presión negativa en el interior de los pulmones, que permite que el aire entre en ellos. Durante la espiración, las costillas bajan y el diafragma se eleva, con lo que la caja torácica reduce su capacidad, y con ella los pulmones, expulsando el aire.

La respiración espontánea en las personas de carácter psicopático no sigue esta dinámica de movimientos naturales sino que realizan un movimiento paradójico, que consiste en que en la inspiración el trabajo recae casi en exclusiva sobre los músculos intercostales, con la ayuda de los músculos de la cintu-

ra escapular; paralelamente elevan el diafragma y contraen el abdomen. Es decir, inspiran hinchando el pecho y elevando los hombros, al tiempo que elevan el diafragma y contraen el abdomen, con lo que el aumento de capacidad que se consigue elevando las costillas se pierde al elevar el diafragma. Con este movimiento, en el que existe una contraposición funcional entre los músculos costales y el diafragma, la expansión de los pulmones queda muy limitada y la ventilación resulta escasa: es una respiración poco eficaz desde el punto de vista de la oxigenación. Semejante tipo de respiración paradójica es típico y propio del carácter psicopático, de modo que en la psicoterapia bioenergética hay que tenerla en cuenta desde el principio, y centrarnos en la relajación del diafragma hasta conseguir recuperar el movimiento respiratorio natural. Será el camino más corto para que recuperen la conexión entre las emociones y las necesidades, de manera que puedan ser sensadas al unísono. Así recuperarán el contacto emocional con sus necesidades, el darse cuenta de ellas para poder atenderlas.

A consecuencia de esta respiración paradójica, crónicamente mantenida, el diafragma no llega nunca a relajarse completamente, manteniendo una tensión constante que lo bloqueará en una posición elevada, a medio camino de una espiración natural. Es decir, en una posición que de por sí ya reduce la capacidad pulmonar, y desde donde inicia el movimiento inspiratorio, elevándose aún más. Una estrategia corporal en función del control emocional, puesto que al disminuir la oxigenación se disminuye también la excitación vegetativa que acompaña a las sensaciones y emociones, con lo que su control requerirá menos gasto energético. Pero con tanto subir el diafragma para controlarse y “sacar pecho”, se asfixiará en su propio control: esto es lo verdaderamente paradójico de la respiración psicopática, que también se va a manifestar en todos los aspectos de su vida emocional. *«En cuanto siento algo de ansiedad es como si me fuese a asfixiar, me falta el aire, y tengo que ponerme a hacer cosas sin parar, lo que sea. Lo malo es que con frecuencia me voy a comprar cosas que no necesito y luego ando asfixiada de dinero»*, me comentaba A., cuando tenía dificultades para pagar sus sesiones.

Aparte de la limitación de la capacidad de ventilación de los pulmones y, por tanto, de su oxigenación, el tenso bloqueo del diafragma dificultará el flujo energético entre el tórax y el abdomen, entre el pecho y el vientre. Es decir, obstaculizará la conexión sensorial entre las emociones y las necesidades: las necesidades serán percibidas pero distorsionadas y con escasa carga emocional; una baja carga emocional que, a su vez, facilitará su racionalización y control.

El diafragma, al tiempo que resulta ser el más importante músculo respiratorio, cumple con la función de separar herméticamente el tórax del abdomen, manteniendo ambas cavidades como compartimentos estancos. Sin embargo, está atravesado por numerosas vías de comunicación que conducen impulsos motores, sensoriales, sensitivos, y atravesado también por los meridianos de energía más sutil; e igualmente da paso a los conductos de los fluidos corporales, el esófago, las arterias, las venas y los vasos linfáticos. Todas estas vías atraviesan el diafragma por orificios que mantienen su estanqueidad, y que suponen angosturas que dificultan el flujo energético responsable del mantenimiento de la unidad funcional entre la mitad superior e inferior del organismo. Además, el músculo diafragmático se inserta por unos pilares tendinosos en la columna vertebral, por lo que la tensión mantenida tendrá incidencia sobre las vértebras, los discos intervertebrales y los orificios de salida de las terminaciones nerviosas medulares, tanto las motoras como las sensoriales.

Así pues, el diafragma constituye un “músculo bisagra” que mantiene naturalmente abiertas las vías de comunicación entre ambas partes del organismo, pero que se “cierra” parcialmente en estados de tensión crónica. Al estrecharse la angostura de tales orificios naturales, se dificultará en ambos sentidos el flujo energético libre y espontáneo de las excitaciones vegetativas que nos advierten de nuestras necesidades básicas, y de su carga emocional para la autosatisfacción y el autocuidado. Esta interrupción parcial de la excitación origina una distorsión perceptiva en la pulsión de las necesidades, lo que supone que serán sensadas emocionalmente sin que la carga energética sea lo suficientemente intensa y discriminativa como para que el subimpulso agresivo se dirija hacia su satisfacción. No hay que olvidar que semejante déficit en la carga energética de las emociones ligada a las necesidades disminuirá la intensidad de los deseos, haciendo en términos energéticos más económica su racionalización y desviación hacia un objeto sustitutivo, ya que tampoco resulta clara la discriminación emocional ni cognitiva del objeto real del deseo⁴.

Si tenemos en cuenta esta “función bisagra” del músculo diafragmático, y la interrupción parcial del flujo energético que su tensión crónica origina, se entenderá fácilmente que la mayor parte de la carga energética del organismo quede estancada en la parte superior del cuerpo —del diafrag-

⁴ Considero que un deseo genuino es una necesidad real investida de carga emocional y afectiva. Esta necesidad real puede ser sustituida por una necesidad fantaseada y el deseo ser sólo un objeto sustitutivo.

ma hacia la cabeza—, donde circulará en circuito casi cerrado y con una distorsión racional en la percepción de las necesidades, de las emociones y de los deseos. Estancamiento que conllevará la necesidad de un mayor desarrollo muscular para su contención defensiva: una mayor tensión de la pulsión energética precisa de una mayor tensión en la contención muscular. Entendemos que esto explica también la circunstancia de que la parte inferior del cuerpo, desde el diafragma hacia las piernas, esté comparativamente menos desarrollado muscularmente que el superior. La razón es que como consecuencia de la necesidad autoimpuesta de disminuir durante la fase fálica del desarrollo las propias pulsiones, a fin de contenerlas y sustituirlas por las necesidades y deseos de los padres y del medio, el estímulo energético necesario para su desarrollo en la etapa madurativa ha sido precario y ha llegado con dificultad.

Es bien conocido que el mecanismo que utilizamos cuando queremos dominar cualquier emoción consiste, precisamente, en inspirar hinchando el pecho y contrayendo el vientre con elevación del diafragma, al tiempo que se aprieta la mandíbula. Esta estrategia, puntual en los demás caracteres, es permanente en el psicopático porque, al tener ya desarrollados parcialmente los impulsos dirigidos hacia el mundo exterior, necesita —a diferencia de lo que sucede en anteriores etapas del desarrollo— contenerlos de forma activa para protegerse y satisfacerlos mediante demandas seductoras orientadas hacia el medio.

El abdomen tiende a ser plano, con una consistencia más bien dura. Se puede apreciar cierta tensión muscular debido a que, durante el movimiento inspiratorio de la respiración paradójica, los músculos del abdomen son sometidos a un trabajo extra. A ello hay que añadir, además, la tendencia primeramente consciente y voluntaria y posteriormente automática de ir “metiendo barriga”, lo que con el tiempo endurecerá la musculatura abdominal. Igualmente podremos apreciar una disminución de la sensibilidad fina y de la temperatura en la piel del abdomen, más pálida en general que la del resto del cuerpo, a consecuencia de la disminución de las excitaciones vegetativas abdominales y del flujo energético superficial.

La pelvis llama habitualmente la atención por la marcada diferencia, sea aparente o real, que presenta en relación al desarrollo del tórax y, sobre todo, de los hombros. Semeja una pelvis estrecha: realmente —y en general— se trata de una pelvis menos desarrollada de lo que correspondería a la morfología de semejante cuerpo; característica que destaca más en las mujeres, sin que ello suponga que se trate de mujeres de pelvis ginecológicamente estrecha.

La pelvis está colocada en una posición de retroversión⁵, ligeramente rotada hacia atrás, relativamente cargada y en función de contención y con **las nalgas** duras y tensas. No hay que olvidar que es en la zona de las nalgas donde se sensan las excitaciones que acompañan a las expectativas de futuro inquietantes, entre ellas el miedo, algo evitado sistemáticamente por el psicopático. Si existen algunas experiencias especialmente ansiógenas para éste, son precisamente las expectativas de futuro, sobre las que no puede ejercer control alguno. Ya lo advierte el decir popular: “tener el culo prieto de miedo”.

La posición en ligera retroversión de la pelvis no es diagnósticamente tan notoria como en el carácter rígido, en el cual, como veremos, está en franca retroversión. En el carácter psicopático, las nalgas tampoco tienen el tacto leñoso del carácter esquizoide, si bien es quizás, tras éste, el tipo caracterial que mayor tensión acumula en ellas, con el añadido de resultar más dolorosas a la presión que en el carácter masoquista. Esta tensión en los músculos glúteos se corresponde con la que presentan en los músculos intrínsecos de la pelvis y del periné; una tensión que sin ser tan intensa como en el carácter masoquista, si es responsable de ciertas disfunciones sexuales por dificultar los flujos energéticos de las excitaciones vegetativas de origen erótico y sexual.

No resulta raro encontrar cuadros de disfunciones sexuales en las personas psicopáticas, bien sea como episodios de cierta duración ligados a determinadas circunstancias vitales, o como disfunciones claramente establecidas y permanentes: eyaculación precoz e impotencia relativa en el hombre, y frigidez y dispauremia en la mujer. No se trata de anorgasmia, frecuente en el carácter oral. En el carácter psicopático, si no existe frigidez no hay anorgasmia; en tanto que en el oral no suele haber frigidez pero sí anorgasmia. Las disfunciones sexuales son consecuencia de la necesidad de controlar, no sólo la excitación sexual, sino también la descarga orgásmica; y ello debido a que la sexualidad está en función de defensa contrafóbica frente a la posibilidad de abandonarse y de ser manipulados. También obedece a una estrategia de poder que persigue el éxito, la seducción y la conquista, y no tanto el placer o la satisfacción —que despiertan un interés secundario—, y mucho menos la entrega. Por tanto, las disfunciones sexuales en este carácter están en relación con la inseguridad que provoca el miedo a parecer tierno y débil, y por tanto sus-

⁵ La posición de la pelvis la referimos en relación al pubis, no a las crestas ilíacas como se hace en otras disciplinas.

ceptible de manipulación seductora; teniendo igualmente que ver con su exigencia de control sobre la necesidad de satisfacer, aunque sin sometimiento, las demandas externas. Semejante control gobernará también la expansión y la descarga de la excitación placentera en todo el organismo, limitándola a la zona pélvica genital.

Como sabemos, existe una notable diferencia entre eyaculación y orgasmo. La eyaculación es simplemente un mecanismo fisiológico por el que se llega a la descarga, vaciándose las vesículas seminales. Un hombre joven que durante cierto tiempo no haya hecho el amor ni se haya masturbado, eyaculará espontáneamente con una polución nocturna. Pero semejante mecanismo es similar a la acción de orinar, que también produce cierto placer, especialmente cuando hay una necesidad imperiosa. Por contra, el orgasmo es la experiencia orgánsmica sensorial, sensitiva, motora y emocional —con cese de las funciones cognitivas— que acaba con la eyaculación en el hombre en el curso del acto del coito, o la masturbación como sucedáneo (obviamente, en la masturbación no hay cese de las funciones cognitivas, sino más bien al contrario). Aunque generalmente coinciden, se puede tener una eyaculación sin verdadero orgasmo y un orgasmo sin eyaculación.

Así pues, como se ha dicho, las disfunciones sexuales en este carácter tienen que ver con la tensión pélvica y con la necesidad de controlar todas las sensaciones de la pelvis. Un control y unas tensiones que están en relación con la rigidez emocional propia de la mayor o menor patología del carácter psicopático. Lo que no puede ser de otra manera por cuanto este carácter se estructura sobre la fase fálica del desarrollo, en la que las sensaciones genitales pasan a un primer plano y dominan la atención del niño. La pulsión de estas sensaciones constituye la base sensorial sobre la que el niño se desarrolla psicoemocional y relacionalmente durante dicha fase, unas sensaciones que aparecen al mismo tiempo que los deseos de proyección social, y sobre las que será necesario establecer el suficiente control como para no dejarse “arrastrar” por las mismas. Un control, por lo demás, bastante rígido. Si se consigue liberar suficientemente estas tensiones pélvicas, se liberarán también las sensaciones que estaban siendo contenidas —en el adulto, ya sexuales— y las emociones a ellas ligadas. Es decir, es un camino para liberar la función controladora del carácter, las defensas en definitiva.

Recordemos, que en el carácter masoquista las tensiones pélvicas, mucho más importantes que en el psicopático, están también en una función

de control; sin embargo, lo que persiguen es la insensibilidad y una reducción en la intensidad de la descarga, pero por intolerancia frente a la propia excitación en sí misma, cuando ésta sobrepasa el dintel evocador de la angustia original que surgía en el curso de la satisfacción de ciertas necesidades. Además, dada la fase del desarrollo en el que se estructura, en el carácter masoquista de lo que se trata, pues, es de evitar las sensaciones más ligadas a las excitaciones anales que a las genitales, aunque ambas sean pélvicas.

En consecuencia, al estructurarse el carácter psicopático fue necesario controlar las sensaciones genitales emergentes, destinadas originalmente sobre todo a estimular la exploración por parte del niño. Sin embargo, esto tuvo lugar al mismo tiempo que éste estaba siendo seducido y manipulado a fin de conseguir que renunciase a sus propios deseos, a sus objetos de interés y de satisfacción, sustituyéndolos por los del progenitor narcisista y seductor. El control sobre las sensaciones genitales tiene que ver, en el adulto, con el control que el carácter psicopático necesita ejercer sobre sus propias emociones y deseos, y está en relación con su dificultad para la confianza y entrega, pues todas ellas le evocan el riesgo de ser manipulado y de perder la independencia.

No controlar el componente emocional tierno que acompaña a las sensaciones genitales significará rememorar la situación original de manipulación y, por tanto, la angustia original ante la decisión de tener que posponer el “yo al tu, lo mío a lo tuyo”, hasta el extremo de renunciar a lo propio y sustituir el deseo genuino por el impuesto, a fin de no perder la protección del aliado y poder mantener su dominio.

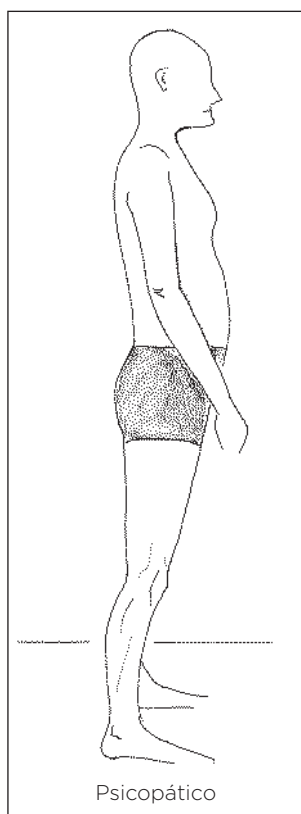
Entonces, ¿qué significado tienen la eyaculación precoz y la frigidez como defensa emocional?: interrumpir o impedir la excitación vegetativa placentera antes que correr el riesgo de ponerse en el trance de perder el control y entregarse tiernamente al otro, en quien ve un potencial avasallador. Se trata de un recurso extremo de defensa, a la vez que una forma de venganza frente a ese “otro” que en una ocasión le manipuló, una manera de ponerle preventivamente los límites que no pudo establecer entonces, y que le impidieron dar satisfacción a su necesidad. Es como una inmolación del propio deseo ante el deseo del otro, pero atribuyéndose la culpa.

Las piernas muestran también un desarrollo muscular no acorde con el de la parte superior del cuerpo, sobre todo en relación con los brazos.

Son de aspecto escasamente desarrollado, piernas poco robustas pero ágiles, con una musculatura preparada para la marcha, la carrera y el salto. Es decir, orientadas en función del subimpulso agresivo, pero apenas aptas para el arraigamiento. Las personas psicopáticas tienen, en general, una notable dificultad para mantenerse estáticas, no siendo raro que padezcan el síndrome de “piernas inquietas”. Esta relativa dificultad es la manifestación corporal de su dificultad emocional para esperar a que los acontecimientos ocurran sin que ellos los controlen; una espera que les origina notable ansiedad. Utilizando un símil taurino, podrían ser unos excelentes banderilleros que corran hacia el toro o delante de él; sin embargo la actitud del torero impasible, que espera a que el toro embista les supondría una angustia que podría llegar a ser paralizante.

Detrás de las rodillas, en las corvas, se sitúa un punto de importante tensión que nos habla de la dificultad que el carácter psicopático tiene para “doblar la rodilla”: algo que invariablemente es procesado como una de-

rrrota y raramente como un reconocimiento del otro, ni como aceptación de los propios límites. Como lenguaje corporal nos señala su miedo a la sumisión. Semejante punto de tensión les obligará a mantener las corvas en un ángulo de flexión excesivo, resultándoles difícil y doloroso mantener las piernas en total extensión, al tiempo que interrumpirá el flujo energético en sentido ascendente y descendente, y acrecentará su dificultad de arraigamiento.



Los músculos pueden desarrollarse de dos maneras distintas: un músculo voluminoso y corto, con mucha potencia pero poca resistencia, como sucede en el caso del carácter masoquista. O bien con un desarrollo longitudinal, que no tendrá tanta potencia de arranque pero mucha mayor resistencia al esfuerzo prolongado, tal y como ocurre con la musculatura de las piernas del psicopático. Es la diferencia que existe entre un nadador y un levantador de pesas. En cuanto al volumen, los músculos de las piernas de las personas psicopáticas, no son voluminosos pero sí desarrollados en cuanto a potencia de marcha, agilidad y resistencia.

El pie tenderá a poseer un arco plantar alto, con un empeine elevado, que le facilitará la carrera y el salto. Como el mayor flujo energético está desplazado hacia la cabeza, también el arraigamiento se desplaza hacia la misma, siendo el arco plantar alto una consecuencia de su tendencia al arraigamiento en la capacidad racional, y como una respuesta corporal a la necesidad de estar siempre preparado para el ataque o la huida. Corriendo detrás o delante de personas, situaciones y objetivos, saltando obstáculos, persiguiendo o sintiéndose perseguido: así es como se pasa la vida la persona de carácter psicopático.

❖ DINÁMICA EMOCIONAL

El psicopático es una persona desconfiada que necesita estar siempre en acción, por ello ni se fían ni tienen tiempo para reposar la cabeza en un hombro ajeno. Reposar la cabeza equivale a bajar la cabeza, y esto es verdaderamente angustioso para ellos, porque lo procesan como peligroso a través de la asociación al juicio: a cabeza bajada, cabeza cortada. El psicopático, pues, sacrificará la intimidad para intentar conservar la independencia; una reminiscencia de la situación traumática original en la cual sus acciones sociales eran apoyadas siempre y cuando estuvieran en función de los deseos narcisistas del progenitor seductor; lo que sucedía sin que se diera el reconocimiento íntimo afectivo, que es lo que realmente valida el logro y el propio reconocimiento para el hijo.

A pesar de que el psicopático es una persona en constante persecución del logro a través del permanente reto personal, no siempre son personas de éxito. No resulta infrecuente encontrar personas de este carácter que casi nunca alcanzan el éxito, apareciendo con frecuencia como unos perdedores. En mi experiencia, semejante actitud, aunque pueda tener diversas facetas, se explica por dos razones fundamentales:

Una primera, porque la identificación con el progenitor agresor —aquél con el que no se han establecido alianzas— es una identificación por rebeldía y, por tanto, el no complacerle es el resultado de un impulso hostil de venganza y de desafío, el cual forma parte de la propia estructura del carácter; y que al mismo tiempo le permitirá mantener la fantasía de ser independiente. Tal situación suele darse cuando el progenitor que seduce es el de distinto sexo, pero utilizando al progenitor del mismo sexo, pasando entonces a ser el demandante “oculto” de la exigencia, puesto que finge estar pidiéndole al hijo satisfacer los deseos del progenitor del

mismo sexo. Éste es el caso de M: *«En mi familia sólo recibía exigencia de que tenía que dar buenas notas porque mi padre trabajaba para mí. Yo era el único estudiante de la familia y tenía que responder. Ella, mi madre, era la que me decía: tu padre trabaja para que tú estudies, y tú tienes que traerle buenas notas. Ella era la que me exigía. Hay un mensaje de mi madre que distorsionó la relación con mi padre: “quien lleva los pantalones soy yo, no te acerques mucho a él...” Yo siento que mi madre me atrapó, me chupó, y me imposibilitó acercarme a él».*

La segunda, deriva de la sensación de inseguridad intrínseca del carácter que, ante la duda de alcanzar el éxito, prefiere aplazar la resolución final de su meta. Con dicho aplazamiento intentará mantener la fantasía de omnipotencia, mediante la ilusión de que no lo concluyen “porque no quieren” pero que “si quisieran” lo concluirían. Evitan así enfrentarse a sus auténticas limitaciones, manteniendo su narcisismo a buen recaudo. Esto suele darse cuando el progenitor de distinto sexo es claramente manipulador y exigente, siendo el padre del mismo sexo una figura degradada por no participar suficientemente de los intereses del cónyuge; una figura a la que ni se puede retar ni se puede satisfacer. Tal y como hemos visto en el caso de P., quien no concluyó sus estudios porque: *«Dejaron de interesarme; cuando las cosas se me ponen fáciles pierdo el interés, pero podría acabarlas si quisiera».*

La distorsión en la percepción del subimpulso tierno los hará poco tiernos consigo mismos y escasamente atentos a sus necesidades básicas. Y ello pese a que pueden cuidar obsesivamente su aspecto físico y su belleza, pero se tratará de cuidados meramente superficiales en función de la imagen —ya sea de hermosura, eficiencia, fuerza, de peligro o de ternura acogedora— que, como se ha dicho, constituye una herramienta fundamental de cara a la seducción o amedrentamiento del otro.

En todos ellos —se desarrolle el carácter sobre una estructura de personalidad histérica (E-III) o lo haga sobre una estructura obsesiva (E-VI)— hay una identificación defensiva con la imagen, en función del subtipo que determine el instinto dominante. Si éste es el sexual, se potenciará la imagen de fuerza y belleza, de masculinidad o feminidad; si es el social, de búsqueda del prestigio a través del cumplimiento del deber laboral, social o de pareja, y de la autoridad; si el instinto dominante es el de conservación, se procurará cuidar la imagen de calidez y eficiencia en función de la seguridad. Y vivirán en el esfuerzo constante por mantener y engrandecer dicha imagen, aunque nunca estén suficientemente seguros de haberlo

conseguido de modo estable. Por ello no bajarán la guardia, no estableciendo nunca relaciones tiernas ni tolerantes, sino vinculaciones racionalizadas en las que siempre estará presente la relación de poder, la sumisión o la rebeldía. En definitiva serán relaciones de dependencia negada.

Ya sea desde una posición de sumisión o de rebeldía, intentarán siempre estar por encima del otro, afanados en el intento de dominar activamente, de forma más o menos disimulada. No es que se sientan por encima de los demás o que se crean poderosos, es precisamente porque no es así por lo que perseveran infatigablemente en el afán de conseguirlo, de mantenerlo y no "enmedallo". Con frecuencia pueden aferrarse y defender con apasionamiento aparente ideas de otros, en tanto que éstos les sirvan de escudo para controlar y mantener a raya a "esos enemigos que me quiere arrebatar el lugar que tanto me ha costado conseguir".

Quien se sabe seductor y confía en que lo es, no necesita seducir, simplemente es así; quien está seguro de su poder, sencillamente lo ejerce. Quien habitualmente se afana en la seducción es aquel que no está seguro de serlo, que para creérselo medianamente necesita confirmarlo constantemente. Aquel que exhibe y amedrenta mediante el poder, y se pelea por alcanzarlo es quien no está en absoluto seguro de su propia parcela de poder personal. Ambos están, por tanto, permanentemente en la duda de "¿lo tendré o no lo tendré?", es decir, "¿seré o no seré?". Así de claro lo vive M: *«Yo me considero el hombre más fuerte y me gusta seducir a la mujer más fuerte, la llevo a mi terreno y le doy lo que sea, me pongo a sus pies, como con sumisión, subirla y yo quedarme en segundo lugar: déjame que parezca que mando y me pongo a tu servicio. Porque el poder no lo tengo yo, no me lo creo. Yo todo lo relego al tema del poder, pero no tengo claro que realmente tenga yo el poder o no; es una cosa ambigua, de descoloque, de estar desubicado. No lo tengo claro, no diría yo cuál es mi espacio, saber cuál es mi espacio y cuándo lo tengo que defender»*.

El hecho de que el psicopático sea una persona esencialmente desconfiada, es también consecuencia de la distorsión perceptiva de su subimpulso tierno; una distorsión que implicará la pérdida de contacto no sólo con sus necesidades, sino también con sus propias capacidades y con las posibilidades de satisfacerlas. No confían en ellas, y no pueden confiar en sí mismos precisamente porque no las perciben suficientemente, porque las perciben distorsionadas en función de su necesidad de que otros se las confirmen. Lo que no sucederá a menos que consideren que han compla-

cido o dominado a ese otro, al oponente de turno, al poderoso y confirmador contendiente, lo cual no está en absoluto garantizado. No creen en sus propios recursos, no tienen fe en sí mismos, ni tampoco esperanza en que la vida les procure lo que necesitan sin que tengan que renunciar a su propia intimidad para conseguirlo: *«El no saber lo que tengo que hacer me genera mucha angustia y pongo en peligro mi situación personal. No tengo pauta de cómo debería actuar para solucionar mis problemas»*, me dice P.

Puesto que el deseo del niño es reemplazado por el del correspondiente progenitor, siempre permanecerá la sensación de que "esto no es lo que yo quería, no es lo mío". Y verdaderamente no es el suyo, no es el deseo con el que tenían establecido el contacto íntimo. Este foco de duda, de no identidad aporta como resultado un sentimiento de insatisfacción crónico, ese sentimiento que, como se ha dicho, le mantendrá en constante búsqueda, en permanente actividad para conseguir un objetivo, que una vez alcanzado ya no le servirá, ni le dará la satisfacción del logro porque se trata de un deseo sustitutorio. Con lo que, inmediatamente, tendrá que plantearse un objetivo más elevado o más difícil, o simplemente distinto: *«Esa imagen ideal es una meta, un reto, y el no conseguirlo me crea un sentimiento de culpa, porque todo lo que tengo es bueno, pero no me satisface. Mi necesidad es sentirme más importante siempre, esté en la posición que esté»*, se queja P.

Sucede como en la historia del burro que persigue la zanahoria: frustración y agotamiento, pero siempre adelante. Detenerse es arriesgarse a encontrar el vacío, a toparse con el miedo a la nada, algo que sospechan que llevan en su interior, y que es el resultado de su falta de contacto íntimo y tierno. Por ello, aun siendo tipos cobardes como consecuencia de su miedo al propio miedo, el enfrentamiento (tipo contrafóbico), o la acción evitadora del miedo (tipo fóbico) será un acicate más en su persistente huida frente al vacío: *«Cuando estoy tranquila me planteo si estoy sintiendo, por eso reto al vacío en la carretera (era agorafóbica). Tengo que triunfar para no sentir el fracaso, porque cuando fracaso entro en mí y tengo miedo de que no haya nada. Tengo que triunfar para no entrar en los sentimientos, no conectar conmigo. Distanciarme, estar de espectadora, controlar»*, dice A. además de añadir: *«El reto de la carretera es como el sobreesfuerzo que hacía para agradar a mi padre»*.

Veíamos en el caso del carácter masoquista, que el niño era obligado a ponerse en contra de sus necesidades básicas; sin embargo, en la es-

estructura psicopática el niño es seducido para que renuncie a sus deseos y satisfaga los deseos del padre o de la madre: es decir, que satisfaga las necesidades narcisistas de éstos. Un cambio significativo. En el masoquista hay coacción mediante la fuerza, por medio de la violencia incluso se fuerza al niño a ponerse en contra de sus necesidades. En el psicopático, inmerso en el núcleo del Edipo —presentes ya los deseos, y con los impulsos parcialmente desarrollados y dirigidos hacia el exterior— no se produce una coacción violenta del niño sino una manipulación seductora, que irá orientada al mundo familiar y social.

El conflicto edípico puede reducirse a una confrontación por alcanzar alguna parcela de poder en la familia. El psicopático no ha tenido más remedio que resolverlo dejándose seducir y seduciendo al progenitor que le puede investir del suficiente poder para defender su lugar frente a quienes podrían arrebatárselo, sus iguales, sean hermanos o no. Esquemáticamente, la fórmula cognitiva podría ser: "mientras yo esté seduciendo y me muestre seducido por el poderoso, participo de su poder". No se trata, por tanto del propio poder personal, sino de un poder por participación o por delegación, y que, en consecuencia, no es suyo sino de quien se lo reconoce. Se trata de una diferencia importante respecto de los caracteres rígidos, los cuales sí disponen de poder, disponen incluso de demasiado poder, aunque sea éste fantaseado. En el carácter psicopático se carece de seguridad, por ello se hace necesario mantener seducido al poderoso para participar así de su poder, y sumisos a los posibles rivales, bien por la seducción o por la amedrentación.

En el caso de A. el poderoso es el hombre en general, por eso siente la compulsión a seducirlos, cuando en realidad es ella la seducida, como más adelante se dará cuenta, aunque en el momento de esta cita lo sienta así: *«Cuando les doy a los hombres lo que necesitan, luego los borro, como si liquidase el asunto. **Le doy a los hombres lo mismo que a mi padre: a mi padre cuidados y a los hombres sexo; no creo que haya otra cosa.** Es el campo en el que yo puedo dar satisfacción; la sensación de dar a mi padre es la misma que a los hombres, a su nivel correspondiente, hasta que otra vez me pidan, me busquen, yo no ofrezco. Es la sensación de que los manipulo, los utilizo... no sé para qué... para que no me duela, para que eso no altere nada mi sentir, para no sufrir, todo controlado. Una vez que terminé con la obligación de dar lo que me piden, se terminó el asunto; que no puedan pasar sin mí, que los tenga cuando quiera y como quiera. Como si quisiera vengarme de todos los hombres del mundo: seducirlos y luego darles el*

hachazo; buscar la seguridad y luego deshacerme de ellos, porque los hombres son los que han triunfado en mi casa. Mi madre se inventaba escenas para tener a mi padre por encima de mí. Un hermano triunfaba con mi madre y el otro con mi padre. Entonces yo más macha que los hombres». En esta cita las implicaciones edípicas son obvias.

Esa inseguridad y esa desconfianza harán que sus demandas nunca sean claras y evidentes, y que difícilmente exterioricen sus necesidades. Se trata de un tipo tramposo consigo mismo, alguien que utiliza la seducción a fin de satisfacer sus necesidades sin arriesgarse, una persona que huye de parecer necesitado. No es honesto, ni veraz consigo mismo. Se oculta, se embauca, se miente con tal de no tomar contacto con su necesidad, de modo tal que ni él mismo se encuentra finalmente. No puede enfrentarse a la verdad de sí mismo: su único deseo es encaramarse al poder, lo que le otorgará una precaria sensación de seguridad de poder estar, y por ello considerará a los demás simples escalones.

Ésta es la situación angustiosa con la que M. hace su demanda de psicoterapia: *«Soy mi perseguidor para boicotear mi deseo, me doy miedo para estar en el círculo vicioso de la duda. Con éste creo que evito exponerme, colocarme delante del otro con lo que yo quiero, competir. Pienso que me van a engañar, que me van a manipular; yo he seducido mucho, he manipulado mucho y ahora me acobardo de que me lo hagan a mí. Cuando me imagino el peligro de que me van a dejar de querer me pasmo y soy capaz de claudicar de lo mío..., me callo y luego actúo de una manera que no me gusta, muy cobarde, muy traidora..., pero me da mucho miedo colocarme delante del otro, no se mantenerme en mi criterio; el riesgo es entrar en competencia y que vean que no valgo. Yo creo que no me atrevo a demostrar lo que valgo y ver mis limitaciones; creo que evito darme cuenta de mis limitaciones y de mis capacidades. Unas veces doy la imagen de ser más listo de lo que soy, y otras veces de ser más tonto. **O de más o de menos, pero nunca lo que soy.** Siempre necesitando la aprobación de los demás y no tolero la crítica negativa. Yo no me reconozco a mí, siempre estoy fuera. **Necesito mi autoreconocimiento pero tengo miedo de no llegar al listón que me he puesto».***

Consecuentemente, su modo de relación preferido será dentro y desde una estructura piramidal del poder, donde lo que importa es mandar y, si no queda más remedio, obedecer mientras se consigue el mando; pero en cualquier caso, las cosas están claras y no hay que decidir por uno mis-

mo. Se trata de una persona que se mueve mediante niveles de autoridad, de arriba abajo: el que está arriba es quien manda, y los demás son los que obedecen de acuerdo con el escalafón. Pueden rebelarse contra la jerarquía, pero siempre teniéndola muy presente: *«Cuando no tengo las cosas claras, antes que arriesgarme a la crítica y si no tengo mi lugar de poder, pienso que las cosas hay que hacerlas como manda el poder, el papá, la mamá, el terapeuta...»*; añade M. en la misma sesión inicial. Necesitará tener siempre claro su nivel en la pirámide de autoridad, y cuanto más mejor, de forma que, escudándose en el puesto que desempeña, desplegará una actitud dominante y autoritaria.

Aunque en su modo de relación pueda aparentar cierta sumisión y obediencia ante la autoridad, invariablemente mantendrá una actitud interna de rebeldía, vigilando constantemente a fin de aprovechar las ocasiones que se le presenten de usurpar el poder. De entrada, intentará colocar al otro en una situación de desventaja aparentando ser el más fuerte, el más duro, o pretendiendo ser el más sexual, el más guapo, el más trabajador, el más cálido, etc. Pero siempre partiendo de una posición de ventaja, utilizando también para ello su radar controlador, con el objetivo de descubrir los puntos débiles del otro, ya que en muchos casos no les interesa tanto mostrar su valía cuanto la desvalorización del supuesto rival: *«Pienso que el mundo más que hostil es despreciable, a todos los considero inferiores. Una persona suficientemente inteligente no debería estar trabajando constantemente, otros deben trabajar para él. A mí me daba vergüenza que me viesen estudiar, y ahora que me vean trabajar personas conocidas, mi mujer. Una persona poderosa es la que toma decisiones en vez de trabajar. No acepto la situación de sumisión en que me coloca la relación comercial. Sólo me relaciono relativamente bien con hombres que están muy por encima y acepto su liderazgo con reservas; con los iguales tiendo a que me vean superior, y los inferiores no me interesan»*; contaba P. también en una de sus primeras sesiones.

En el aspecto relacional, podemos subdividir el carácter psicopático en dos grandes grupos en función de la actitud defensiva más manifiesta: el psicopático amedrentador y el seductor.

El amedrentador sigue la estrategia del ataque preventivo, para lo que utilizará la táctica de infundir miedo, de asustar a los demás y así mantenerlos alejados. Lo hará potenciando su aspecto físico amenazador, usando su mirada dura y retadora, o mediante su discurso o su voz bronca; intentarán dar a entender lo peligroso que puede resultar acercarse dema-

siado a ellos, y si pese a esto hay quien traspasa su barrera de seguridad, pretenderán que lo hagan sobrecogidos, con sentimiento de inferioridad y/o asustados. Dentro de este grupo no está únicamente el psicopático del tipo ogro de aspecto amenazador, también se encuentra aquel que pone en juego una belleza y una sexualidad exuberante y potente, o el que hace uso de una eficiencia y una calidez excesiva y difícil de igualar por cualquiera.

Éste es el tipo de relación que relata P: *«Sentí una gran angustia cuando tuve que separarme de mi madre y enfrentarme al mundo hostil de los compañeros del colegio, y de alguna manera lo he mantenido no enfrentándome a lo que me da miedo. A partir de los 12 años comencé a racionalizar con política, literatura de calidad, música, relacionándome con los profesores. Con los hombres he tenido problemas de relación desde siempre; mis amigos siempre han sido maltratados por mí. Siempre he rechazado a las parejas de mis amigos, como si fuese posesivo o celoso. Someto a los amigos a pruebas absurdas e intolerables: si yo pienso algo lo digo y te aguantas, porque yo tengo que ser sincero, y que me demuestren que me quieren a pesar de todo. En realidad lo que hay es una descarga de agresividad por la necesidad de que me reconozcan como alguien sincero. Tengo la necesidad de ser agresivo con los que me rodean, con todos».*

El tipo seductor esgrimirá la estrategia de dominar sin hostilidad, mediante la táctica de la seducción, de la atracción. Recurrirán a la amabilidad, a una actitud de servicio y de ayuda, a la bondad e, incluso, a la ternura. Son extraordinariamente hábiles para hacer sentir el miedo propio a los demás, sin manifestarlo, apareciendo posteriormente como el indudable salvador; aunque previamente se asegurará de que el otro haya tomado las medidas necesarias para que él no se sienta inseguro. Estrategia de M: *«Quiero comprarme una casa y no lo hago porque no estoy seguro. Yo boicoteo el deseo de mi mujer quedándome pasivo hasta que lo enmascaro con que la quiero y doy».*

En ambos casos, lo que verdaderamente buscarán, lo que les importa realmente es ponérselo difícil a los demás, que nadie se plantee ser tan fuerte, tan guapo, tan sexual, tan eficiente, tan leal, tan cálido, tan simpático o tan elegante como él intenta aparentar ser. Lo que les interesa es mantener su imagen, aquélla con la que se identifican, y mantenerla lo suficientemente alta como para disuadir a posibles rivales, es decir, a todos los demás. Si falla la imagen, todo se tambalea, aparece la inseguridad

y con ella la angustia. En este caso la estrategia de defensa no será otra que la retracción social, la táctica del enfado y la elección de un culpable sobre quien descargar toda la frustración.

No resulta infrecuente que en ocasiones, durante periodos más o menos largos, se queden en la inactividad práctica. Esto parecería estar en contradicción con la afirmación de que nos encontramos ante un carácter abocado a la acción; pero no es así puesto que lo verdaderamente difícil para un psicopático es el momento de la decisión, momento en el que pueden quedar bloqueados. En tanto se deciden o no, se ocuparán compulsivamente en acciones sustitutivas de la decisión que no son capaces de tomar.

Es en el momento de tomar la decisión, en el instante de ir en una determinada dirección cuando les asaltará la duda sobre si la dirección es la correcta, de si estará suficientemente bien o sobre si provocará tales o cuales consecuencias. Pero la incertidumbre en torno a lo acertado de su decisión y de la consecuente acción, no estará tanto en función —como en el caso del perfeccionista— de obrar correctamente sino en evitar la censura y la crítica; que nadie pueda decirles que lo han hecho mal, y que puedan castigarles. Inhiben la acción que desean realizar entrando en la duda sobre la decisión a tomar; no en función de la acción en sí misma, sino en función de la supuesta y temida censura por parte del otro: en el obsesivo por miedo a la descalificación; en el histérico por miedo a la falta de calificación suficiente. Por ello, su refugio en el deber constituye el adecuado recurso de protección, pero con el correlato de sustituir el quiero por el debo, el deseo por la obligación, hasta perder de este modo el disfrute de la satisfacción, como muy claramente dice M: *«Tengo miedo porque pongo en duda lo que mi intuición me dice y me quedo pendiente de lo que dicen los demás. Se apodera de mí la incertidumbre y el miedo, y le doy más credibilidad a los demás y me pongo en duda yo, y pongo en duda el contacto conmigo; pongo en duda mi propio sentir y lo que yo creo. Entro en duda cuando no atiendo mi necesidad y ni pido, y quiero mostrar a los demás la imagen de que yo puedo con todo. Cuando yo supongo que el otro espera algo de mí y yo tengo que cumplir las expectativas que supongo que espera el otro, me pongo en la exigencia de tener que demostrar».*

Como señalé anteriormente, la contención y la distorsión en la percepción del subimpulso tierno —la falta de contacto con el sí mismo— y la desviación en la dirección del subimpulso agresivo —orientado en función de defensa para satisfacción de deseos y necesidades ajenas— les dificulta la

identificación y, por tanto, la satisfacción de sus propias necesidades y deseos, condicionándoles a percibir la ternura y el contacto tierno consigo mismos y con los demás como una debilidad. Mostrarse necesitados ante los demás, o satisfacer las demandas tiernas propias o comprometerse con las ajenas, moviliza en ellos angustia porque sienten que les coloca en una posición de inferioridad ante el mundo —como se encontraban ante el padre seductor— reactivándoles el miedo a ser manipulados y atrapados, el miedo a perder su independencia. Respecto a la vivencia de la independencia, dice M: *«La independencia, lo que es la independencia, yo no la conozco: ser yo mismo sin el otro, ir por mi cuenta; yo no lo conozco. Yo hago para ser y anhelo no tener que hacer nada para demostrar nada a nadie, pero no me fío porque entonces me pueden manipular y me quedo solo y eso significa conflicto. También tengo miedo a no querer al otro, a distanciarme del otro, a odiar al otro; tengo miedo a mi independencia... porque el otro me va a castigar y me voy a quedar solo, adulto»*.

Por ello, y aunque necesitan y desean ser y mostrarse tiernos, como la debilidad les aterra, desarrollan actitudes fóbicas frente a cualquier indicio de ternura y, por tanto, de debilidad. Ocultan sus necesidades y se muestran duros, fríos y controladores; tan precavidos que no se deciden a tomar decisiones que puedan implicarles, de forma real o fantaseada, en relaciones de intimidad, como anteriormente se refería a ello P. Se muestran mucho más duros de lo que realmente son y se sienten: *«Yo nunca digo lo que necesito, procuro hacer sentir al otro la necesidad; o ya me las arreglaré para satisfacer mi necesidad sin tener que expresarla. Pero nunca puedo estar seguro de si me satisfacen porque los engaño o porque realmente me quieren»*. Podemos decir que son personajes duros y frágiles, como el cristal. O como dice A. de una manera más tierna: *«Me pregunto: ¿si no hubiese sido mona, divertida y eficaz, mi padre me hubiese querido?»*

Es muy importante comprender la confusión nuclear entre ternura y debilidad que la distorsión psicopática establece. A estas personas les resulta difícil el conectar con los sentimientos tiernos y amorosos (por ejemplo, la pena o especialmente, la tristeza), el reconocerlos como propios, y más aún el expresarlos. Les moviliza mucha angustia porque son procesados conjuntamente con sus sentimientos de inseguridad y debilidad.

Escuchemos las siguientes frase de A: *«Tengo vergüenza de decir “te quiero”, como si fuese un sentimiento débil”. “Si lo que quiero es afec-*

to y no sexo, ¿por qué no lo pido?, me da como vergüenza". "No he dejado entrar en mí a las personas..., como no querer enfrentarme a mis verdaderas necesidades... Tener una familia normal, compartir...". "Cuando me quieren me encojo y siento pena, y pienso que tengo que hacer algo a cambio, que le debo algo. Toda mi vida he tenido que trabajar el cariño de los demás. Me estoy comportando como mi padre". "Las crisis de ansiedad pueden ser como un espacio de rabietta, de llamada de atención. Como miedo a que los demás me puedan... cuando eres débil los demás se aprovechan».

De ahí su fobia a asumir las responsabilidades derivadas de errores o fallos, experimentadas con sentimientos de culpa al no ser simplemente procesados como tales errores o fallos sino como una muestra de debilidad, lo que incrementará su inseguridad. Éste es el substrato emocional de la distorsión cognitiva existente entre responsabilidad y culpabilidad: la responsabilidad es procesada como culpabilidad. Para defenderse frente al mencionado sentimiento de culpa, desarrollan una gran maestría para evadir la responsabilidad mediante la táctica de echar las culpas sobre el otro. Culpando al otro, aparte de evadir la responsabilidad, lo colocan en un plano de inferioridad, poniéndose luego, con el oponente ya derrotado, en el rol de salvadores.

Tomando como ejemplo la relación de pareja, el psicopático evitará reconocer su parte de responsabilidad (culpa) en una disputa o en una crisis, acusando, arremetiendo y machacando a su pareja; y cuando sienta que la ha derrotado y, por tanto, él se encuentre en una posición de poder, entonces se presentará como el rescatador, el que viene a salvar la situación. El que la dinámica persista o no en el tiempo dependerá de la capacidad confrontativa del otro miembro de la pareja, pero no resulta infrecuente que, antes que reconocer su parte de responsabilidad o culpa, pase al acting hostil o se vaya.

En las relaciones en general, y especialmente en las de pareja, ante cualquier tipo de tensión, su dificultad para tolerar que las cosas ocurran de forma espontánea, sin que él las controle, les lleva a tomar actitudes intervencionistas. El psicopático, por razón de su natural desconfianza y por su intrínseca impresión de culpabilidad por no hacer las cosas suficientemente bien, se colocará siempre en una posición paranoide, temiendo que la culpa real sea suya y que a causa de ello se va a ver confrontado; se considerará en falta permanentemente, con temor a ser descubierto y acusado, aunque no sepa de qué. En semejantes situaciones de tensión o crisis in-

tervendrá tratando de demostrar que la responsabilidad y la culpa están en el otro, y presionará para que “confiese”. No se tratará tanto de demostrar su inocencia, como de hacer aparecer al otro culpable. No buscará tanto aparecer el mismo como bueno, sino que el otro aparezca como malo.

Con esta actitud intervencionista y agresiva contendrá su angustia de espera, pero a costa de interrumpir el proceso natural de resolución de la crisis, precipitando los acontecimientos. Y si pierde la batalla en la que paranoicamente se ha metido, lo que a medida que se le conoce ocurre con mayor frecuencia, su recurso será: “Ya decía yo que los otros no estaban bien intencionados; hice bien en desconfiar”, incluso cuando la situación origen de la crisis no guardase inicialmente con él relación directa.

En una persona con una estructura cognitiva paranoide, que se siente perseguida con facilidad al haberse sentido realmente perseguida en un periodo de su infancia, el mecanismo de defensa más económico y más operativo será la proyección: el poner en el mundo, el proyectar en el otro al enemigo origen de su angustia, el atribuirle el sentimiento de culpa y todo lo que no es asumido como propio, como pueda ser la identificación con el agresor real o fantaseado, y que constituye el introyecto perseguidor de sí mismo. Así pues, **identificación y proyección serán los dos mecanismos de defensa más operativos de este carácter.** Fundamentalmente la proyección en el obsesivo (E VI), y la identificación en el histérico E III); si bien ambos están presentes en los dos subtipos, puesto que no puede haber proyección si previamente no ha habido identificación: esto es así porque lo que proyectamos son introyectos, los “padres malos”, con los que nos hemos identificado aunque no los hayamos asumido, porque ponen en peligro la imagen de cómo creemos que debemos ser. Y la ponen en peligro ante nosotros mismos; el “otro” es una excusa.

M., también en su demanda inicial, expresaba: *«Tengo angustia, indecisión y duda en cómo hacerlo bien. La idea paranoica me aparece, es como un fantasma inmenso que me agobia: cómo voy a estar o cómo vas a estar tú, qué vas a pensar de mí y cómo voy a quedar delante de ti y qué vas a pensar de mí, que soy un tonto y que no voy a dar la talla. Un juicio recriminatorio de mí mismo. **Quiero situarme en el mundo real, bajarme de una idea que yo tengo: ser bueno, generoso, entregado, amoroso..., es una mentira, el mundo no es así. Yo me he colocado en un lugar para el que no estaba preparado para estar, y me las van a dar por todos los lados. Tengo mucho miedo a lo que yo me he imaginado que es la vida.**»*

El mundo íntimo de las relaciones interpersonales es para los psicopáticos considerablemente dual, dividiéndose entre los que están con él y los que están en contra, entre amigos y enemigos. El “amigo” tiene que ser leal, un amigo incondicional que, además, deberá reconocer su autoridad en algún aspecto: es decir, que no se trata de un igual. Tiene que apoyarle, y si su intencionalidad le resulta dudosa, pasa al bando de los “enemigos”. No suele haber un término medio. O amigo —que es el que, según la estructura autoritaria, se muestra seducido y complaciente, tal y como él se comportó con su padre seductor— o posibles enemigos, todos los demás, que serán personas de las que hay que desconfiar y, por tanto, mantener controladas. Éste es su esquema básico, la actitud de la que parte el tipo psicopático en sus relaciones, una condición que estará siempre presente y que se manifestará en función de la patología propia de cada persona en concreto: el **otro**, siempre está o por arriba o por debajo, y a ambos se les teme (al de arriba por lo que *puede* hacer, y al de abajo por lo que *podría* hacer), por ello deben permanecer bajo su control —seducido— y, si es posible, bajo su autoridad —amedrentado—; o de lo contrario alejado, a fin de que no le suscite inquietud, preocupación y mucho menos angustia.

Cuando M. se plantea tomarse el alta en su psicoterapia, me lo comunica así: *«Tengo la sensación de que necesito andar solo; se ha cerrado un ciclo y comienza otro. He venido despacito, retardando lo más posible el momento de la separación, porque tengo la sensación de que voy a sentirme solo, con intranquilidad por tener que caminar solo, sin acompañante. Tengo miedo de que si luego te necesito me digas que ya tomé mi decisión, que apechugue y sea consecuente, que no puedo equivocarme. Necesito saber que estarás siempre, como el padre que no tuve. Yo sé que tengo derecho a equivocarme, pero necesito confiar en que puedo volver a ti, que vas a estar cuando yo te necesite. Mi deseo es caminar solo y tener la seguridad de que puedo contar contigo. Yo sí sé lo que siento por ti, lo que no tengo claro es lo que tú sientes por mí. Tengo miedo de que cuando te necesite no te encuentre; realmente es miedo a pedir desde la necesidad y fuera de un contexto reglamentado. Realmente tengo desconfianza en poder pedir cuando necesite. Pensar que me voy hoy y no voy a volver la semana que viene me da miedo. Es muy pueril, pero es así y no me queda otra alternativa que afrontarlo»*. Tres semanas después se tomó el alta.

Así pues, la estrategia que siguen para disponer de cierta seguridad personal será la de buscar aliados para poder apoyarse, y crear enemigos, y conseguir que “den la cara”, para poder proyectar sobre ellos sus mie-

dos personales, conscientes e inconscientes; especialmente el miedo a la pérdida de la independencia. Semejante estrategia le mantendrá en una constante alerta, una permanente necesidad de control a fin de que no se vea su propia inseguridad y también para evitar los riesgos que fantasea a partir de su deseo de usurpar e imponer el poder. En la escala de la patología, dicha distorsión cognitiva comprende desde las sensaciones y los enfoques paranóides hasta la paranoia delirante.

El psicopático tiene miedo a la entrega emocional que entraña el compromiso, dado que lo que su experiencia fijó es que cuando permanece confiado y entregado es objeto de manipulación, de seducción y de anulación; que pierde su independencia en aras de la satisfacción de deseos y necesidades ajenas y que queda a merced de un “padre/madre” seductor/a. Partiendo de esta experiencia, lo que el psicopático adulto siente es que si baja la guardia pierde el control y se coloca en un plano inferior, convirtiéndose en objeto de seducción, manipulación y anulación; colocándose de nuevo en el trance de perder su independencia. En consecuencia, no puede parecer tener necesidades, no podrá ser tierno ni mostrar debilidad ni ineficiencia, con independencia de cual sea su sentimiento real.

Consecuentemente, la sexualidad genital no estará en función de la obtención del placer ni del contacto tierno, sino en función de defensa, para mantener la imagen de sujeto dominador, y dejando de lado la relación tierna que verdaderamente necesitan. Dice A: *«yo sexualizo cualquier situación, cualquier contacto, y así siento que domino la situación»*. Semejante tipo de relación les lleva a estar siempre preocupados por su capacidad para satisfacer al otro sexualmente y no a sí mismos, a la actitud de fantasear la “fabricación del deseo”. Es decir, en lugar de esperar a que el deseo aparezca, actuarán como si ya estuviese presente, y si luego aparece, no se dejan llevar por él. Irán por delante del deseo con la expectativa de que se haga presente o que, por lo menos, se produzca la suficiente excitación como para posibilitar un coito exitoso. Así, el hombre estará pendiente de su potencia y la mujer de su capacidad de mostrar excitación: un recurso para escapar de su necesidad de contacto tierno, mientras fantasean que dominan mediante su capacidad de seducción.

No resultará inhabitual, pues, que en una relación semejante, en la que tras lograr una satisfacción puramente narcisista, aparezcan con frecuencia posos de íntima insatisfacción, se sucedan episodios de impotencia y frigidez; episodios que les generarán angustia, preocupación y miedo ante posibles repeticiones, ante futuros fracasos. Un resultado no descartable

será la instauración cada vez más frecuente de estas disfunciones en una espiral sin salida: el miedo a la falta de deseo —y de potencia— dificultará la aparición del deseo e imposibilitará unas relaciones sexuales satisfactorias. El miedo al fracaso origina fracaso. Así pues, con relativa frecuencia, el coito es algo “por lo que hay que pasar” con tal de mantener la imagen dominadora, con tal de “dar la talla”; pero también frecuentemente será algo no deseado en sí mismo, algo más bien temido.

El objetivo que motiva la relación sexual podría resumirse de esta manera: la búsqueda de placer es sustituida por la fantasía de que una mujer (o un hombre) seducida/o será una mujer (o un hombre) no peligrosa/o, unido al introyecto de que “hay que cumplir”. También en la actividad sexual, nos encontramos con un carácter esforzado, un carácter que sacrifica la intimidad por miedo a perder su independencia; sin darse cuenta de que la necesidad de ocultar su miedo es lo que constituye su dependencia real, y como manifestación de la misma su obsesiva necesidad de mantenerse en el poder y en la rebeldía como actitud interna. Actitudes estas que le proporcionarán una falsa sensación de independencia. Se trata de un carácter esforzado en ocultarse y cobarde en mostrarse.

Como la exhibición de fuerza, belleza, eficiencia, poder o autoridad son actitudes defensivas frente al miedo que siente a entrar en relación con iguales, lo que constituye su cobardía, el psicopático evitará la confrontación directa y, con frecuencia, se retraerá. Pero también puede ser héroe⁶, en el sentido de actuar contrafóticamente: una reacción contra el miedo es precisamente el salir, el huir hacia delante. Por ello, el psicopático es un carácter abocado a la actividad, además de ser una persona con facilidad para el *acting*. Pero enfrentar la responsabilidad de sus actos será una de sus mayores dificultades, ya que aceptar aquella equivaldrá a reconocer sus errores, sus fracasos; y admitir el fracaso le hace sentir culpable y tener que cesar en su actividad, lo que implica la posibilidad de verse abocado a confrontar su insatisfacción y, consecuentemente, la temida sensación del vacío interior, su debilidad y su dependencia.

La duda compulsiva del obsesivo (o la seguridad contrafóbica del histérico), consecuencia de su inseguridad a la hora de actuar o de revisar lo actuado en función —no desde un punto de vista ético ni moral— sino del

⁶ El tipo psicopático da con frecuencia líderes carismáticos, que actúan por convicción propia, no contrafóticamente: El Comandante Ernesto “Che” Guevara, entre un montón de ellos.

juicio crítico del otro, les servirá también como mecanismo para contener su tendencia a la actividad permanente y al riesgo que supone el temido acting; puesto que ambos le llevarían —el primero, en grado de posibilidad, y el segundo, irremisiblemente— a una pérdida de control y al fallo, su mayor temor. No se trata pues de una duda ética o moral respecto de su actitud ante el mundo, sino que lo decisivo, lo que realmente condicionará su obrar será la mirada y la consideración del otro. El punto de vista del otro estará siempre presente en forma de preguntas tales como: “¿habré hecho lo correcto para ser juzgado bien o seré juzgado mal?, ¿lo habré hecho de manera suficientemente correcta para que opinen bien de mí?, ¿me deseará lo suficiente para que siga seducido?”. El estar siempre pendientes de la opinión ajena constituye una dependencia de la que se defienden mediante la racionalización, al tiempo que les distrae de sí mismos por medio del “hay que”, del deber hacer o del deber ser. En definitiva, la duda evita el miedo al castigo, al castigo que implica la amenaza: “no haces bien lo que es importante para mí, y no te quiero”. Por eso su actitud y su comportamiento estarán en función de lo que consideran que las personas importantes en su vida esperan de ellos: su necesidad, más que su interés, no será otro que el quedar bien.

Tal actitud les coloca generalmente en la situación del cazador cazado. Primeramente, con su radar controlador detectan a las personas que, según las circunstancias del momento, puedan tener interés en ellos; seguidamente, intuyen lo que esa persona puede esperar de ellos, y a continuación se lo ofrecerán con una actitud seductora; esto es: se dejan seducir creyendo que seducen. De este modo, mantienen la fantasía de que son ellos los que han seducido cuando en realidad se han puesto a disposición de su presunta víctima. El tomar consciencia de la trampa que supone este mecanismo —que resultará relativamente fácil en terapia— entrañará para ellos, además de una sorpresa, un cambio en su actitud y en la consideración de sí que vendrá a contrarrestar su tendencia a la racionalización constante de sus emociones. Se trata de una de las defensas que conviene desmontar cuanto antes porque facilitará considerablemente el proceso.

Cuando A. se da cuenta de su trampa seductora, lo siente así: *«El hecho de haber poseído a muchos hombres me ha hecho creer que he sido amada por todos ellos, la más amada, la más deseada y la verdad es que son ellos los que me han seducido a mí cuando han querido; he estado a su disposición por mi necesidad de estar protegida por el amor de hombre. He vivido engañada en que yo estaba llena de amor.*

Esto me hace recordar la relación que yo me fabriqué con mi madre y luego con mi padre cuando nació mi hermano. No fui capaz de admitir que ella estaba con mi hermano, y esa falta de amor que no he querido ver con mi madre, es como si faltara una parte de ella en mí y llenarlo con sexo, que yo creo que se desencadena en la adolescencia, cuando mi madre murió; entonces me acurruqué en mi padre y el mero hecho de que se girara hacia mí me dio miedo a que me deseara, pero ni me tocó». Y algunas sesiones más adelante refiriéndose a la relación con el padre de su hijo: «Parece ser que para una vez que fui a pedir afecto recibí sexo, y a partir de ahí pensé que siempre iba a ser así. Como que es la forma, como que me veo en ese deber, como que cuando te acercas a pedir afecto es eso lo que te van a dar».

En general, el carácter psicopático mantiene una relación de seducción con las personas de distinto sexo y una competitividad ambivalente con las del mismo, en tanto conserva una actitud de hosca rebeldía interior, sólo en ocasiones francamente manifiesta. Rebeldía, por supuesto, muy bien racionalizada, que se tolera como un mal menor puesto que son temerosos de las dificultades que les origina en su proyecto de vida manifestarla. No obstante, como lo que esta rebeldía les evita es la toma de consciencia de la dependencia y de la necesidad de reconocimiento, les resultará necesario mantenerla. El disolverla supondrá para el psicopático alcanzar un aceptable estado de salud emocional, porque significará comprender que la rebeldía no es otra cosa que una forma contrafóbica de la dependencia, pero dependencia al fin y al cabo: están supeditados a algo o a alguien a quien satisfacer, están bajo el dominio de algo o de alguien contra quien buscan rebelarse y entrar en competición.

Ésta es la manera en que M. lo vive y lo expresa: *«Me gustaría saber qué pasa con los tíos; me monto historias para seducir a las mujeres y a los hombres dejarlos aparte, así tengo dominada la situación. No es el hombre quien me atrae para establecer relaciones, como si me olvidase del hombre. Nunca he mantenido relaciones con una mujer sola; cuando veía que una iba acabando me dedicaba a otra. Me empiezo a sentir incómodo con esto que hago, es un poco joder al hombre, y me está pasando con mis amigos y con las novias de mis amigos: compulsión de ir a por ellas; un juego peligroso. Creo que me falta una parte masculina de apoyo y seguridad, y es que mi padre no me dijo nunca que me quería, y cuando se estaba muriendo le pregunté si me quería y me dijo que sí. Fue una liberación».*

Evidentemente, existen otros caracteres seductores —por ejemplo, los rígidos—, pero en éstos la seducción es consecuencia de un desarrollo pleno de los impulsos, algo intrínseco al carácter, por lo que no necesitarán esforzarse para seducir, pues simplemente “son” así. El psicopático, en cambio, es una persona que seduce esforzada y activamente, fantaseando la seducción como recurso consciente y necesario para su supervivencia. En realidad, no es una persona seductora sino que actúa la seducción. Algo similar a lo que sucede con la sensación de poder: no se siente persona poderosa, pero se comportará como si lo fuera; no es una persona seductora, pero se relacionará desde el empeño de serlo. La seducción no es algo espontáneo en él, sino el resultado de un esfuerzo para protegerse. Por ello, el psicopático puede resultar de una “naturalidad” bastante superficial y artificiosa.

Ahora bien, una vez se desembarazan de toda esta parafernalia les surge esta duda, como expresa M: *«¿Y ahora qué hago yo? No sé cómo me voy a relacionar, no sé cómo actuar. No sé relacionarme sin estar arriba o abajo, no sé hacerlo sin estar siempre en la pelea con el otro»*. Esta situación, suelo empezar diciendo que es suficiente con continuar haciendo “como si”, sólo que a partir de ahora habrá que actuar como si se tuviera fe en uno mismo y como si existiera el coraje para mostrarla, incluso aunque uno esté muriéndose de miedo. Como si uno se concediera el derecho a equivocarse y a rendirse, pero asumiendo su responsabilidad, la responsabilidad relativa a la parcela de poder real conseguida. Y no me olvido de ayudarle a esperar pacientemente a que la semilla fructifique en el momento propicio.

❖ EL DESENLACE DE LA SITUACIÓN EDÍPICA

Afirmar que el Complejo de Edipo es una situación compleja parece una redundancia, pero no lo es si tenemos en cuenta que de tanto hablar de *Edipo* puede ocurrir que olvidemos lo realmente complejo que es, no sólo para el niño, sino también para los padres y para la familia.

El pasaje edípico es universal. A partir de él se da la posibilidad de cumplir con la necesidad individual de ocupar un lugar propio —un lugar de poder— en el seno de la familia y de la sociedad, sean ambas del tipo que sean. Y para ello el individuo necesita aceptar las normas que regulan las relaciones interpersonales, sociales y laborales que rigen en la sociedad en cada momento histórico. Bucear en el origen psicodinámico de dichas normas se queda fuera de nuestro interés presente. Sólo decir que, como es lógico, tales normas variarán en función del tipo de estructura familiar y social, así como del momento histórico concreto.

Por ello creo que, si bien la situación edípica es universal como punto crucial a partir del cual se estructuran tanto la personalidad como el carácter de modo definitivo, teorizar sobre su evolución y desarrollo individual no parece universalizable, y dependerán de las normas sociales y culturales del momento histórico correspondiente. Para nosotros queda circunscrito al momento actual de nuestra sociedad occidental —aún patriarcal y con valores éticos, morales y humanísticos muy difusos—, donde el poder personal y genuino se confunde con el poder de dominar y someter a los demás, así como con el poder de desarrollar estrategias para evadir al máximo posible la aceptación de las normas. Una perversión de la Ley natural de comer sin ser comido, o al menos procurando ser comido lo más tarde posible; perversión a la que se le suele dar el nombre de **narcisismo**.

Como se expuso en la introducción a la situación edípica del carácter psicopático, en ése momento lo que está en juego es el lugar de poder; es decir, la consideración que el individuo tiene sobre sí mismo en cuanto al puesto que le corresponde —como ser individual, independiente y libre— en la familia, en la sociedad y en la vida en general. Que esta considera-

ción se ajuste a un razonable equilibrio entre los principios de realidad y placer depende del sano desarrollo y arraigamiento de los subimpulsos tierno y agresivo, y éstos a su vez de las funciones materna y paterna, como ya hemos visto reiteradamente.

Ambas funciones, como es lógico, dependen a su vez de la capacidad de la madre y del padre de cumplirlas, respetando las demandas que la propia naturaleza le impone al niño en su desarrollo, y apoyando y potenciando las capacidades que —tanto desde el punto de vista físico como intelectual y emocional— va desarrollando para autosatisfacerse; ayudándole igualmente a respetar sin distorsión los límites que su propia naturaleza y la realidad de las relaciones que necesita establecer le imponen.

Así pues, parece bastante claro y lógico, que los movimientos emocionales y cognitivos que conducen evolutivamente al niño a la situación edípica, vengan determinados por las demandas naturales de su maduración psicoemocional; demandas de las que no se puede sustraer, y que ocurren de forma paralela a la maduración de los sistemas orgánicos y sobre los mismos. Por esto, nos parece que el inicio y desarrollo del Complejo de Edipo no depende tanto de que la madre mire a tal o cual lugar, sino de la naturaleza de las propias demandas de la maduración individual del niño.

Para que esta situación se inicie sanamente y llegue a buen fin, la madre debe darse cuenta y respetar el movimiento emocional del hijo para afianzar su identidad y ampliar su libertad; siendo necesario para ello que renuncie, al menos parcialmente, a que el niño continúe siendo su objeto de deseo. Lo más sencillo, aunque no lo más común, es que vuelva de nuevo su deseo hacia el padre; ya que siendo por naturaleza propia la madre la depositaria del poder afectivo real en la familia, tiene también la potestad de investir de poder afectivo al padre. Y esto es lo que ahora necesita el hijo: sentir que el padre, que en este momento es muy importante para él, también sea importante para la madre.

Resumiendo, primeramente el niño —como salida definitiva a su estado fusional con la madre— se apercibe de la posibilidad de independencia y libertad que le ofrece el padre; seguidamente, la madre renuncia a la posesión del hijo, y permite y apoya tal movimiento; y, finalmente, la madre inviste al padre de poder afectivo para que pueda ser percibido por el niño como un receptor seguro y adecuado a sus intereses de expansión, sin poner por ello en peligro el amor de la madre.

Si el niño no ha tenido fijaciones importantes en las etapas anteriores del desarrollo, conservará la intuición y la capacidad de darse cuenta de las posibilidades que ofrece su entorno y de las posiciones que ocupan cada una de las personas con las que se relaciona. No es necesario que nadie le señale la posición de privilegio que, dentro y fuera de la familia, tiene el padre como persona capaz de moverse en el ámbito social, con independencia de la madre y del resto de los miembros de la familia. Así pues, se mueve espontáneamente hacia el padre como figura de proyección social; pero este movimiento debe ser permitido y apoyado por la madre, de tal manera que el poder de la función madre y de la función padre queden equilibrados.

Pero como el *complejo* es complejo, y las situaciones no suelen ser ideales, de modo que la eficacia que este movimiento espontáneo del niño pueda tener para la maduración, dependerá de manera determinante —además de las actitudes de los padres—, de la energía que, en función de defensa, haya quedado estasis en las etapas anteriores del desarrollo. A mayor energía estasis, menor capacidad para moverse por este angosto espacio de búsqueda de identidad y de libertad.

La madre debe soltarle, y el padre recibirle, teniendo en cuenta que el hijo intentará preservar ante todo el amor de la madre, y que la fantasía de su posible pérdida le ocasionará angustia. Si al intentar separarse de la madre, el niño no se siente aceptado por el padre —bien porque éste no lo reciba, o porque el niño no se sienta recibido o no lo alcance; o bien se sienta abandonado por la madre al ser ésta demasiado posesiva y reprocharle, a las claras o mediante coacciones y chantajes emocionales, su alejamiento— fracasará en su intento e iniciará un movimiento de regresión hacia etapas anteriores de su desarrollo. Concretamente a aquella donde más importante haya sido su estasis energético; evitando así quedarse “en tierra de nadie”, sin identidad y con la angustia que esto supone. Cualquiera de estos movimientos será definitivo para la estructuración de su carácter.

Comoquiera que el niño ha comenzado ya a proyectarse socialmente durante la fase fálica (y desde ese momento lo va a hacer decididamente, impulsado por la necesidad del contacto erótico recién descubierto en esta fase genital), a partir de entonces —y aunque los padres como tales formen el núcleo primordial— la proyección familiar y social de ambos toma especial relieve. Es decir: la actitud que ambos tengan con el sujeto y con los demás hijos, tanto en su relación como pareja, cómo en su rela-

ción como padres y como individualidades madre o padre, así como con otros posibles individuos implícitos en la familia, (sean seres de presencia real o recuerdos; incluso recuerdos fantaseados). Pero no solamente esto, sino que la proyección de la pareja, la de los padres por separado y de cada uno de los miembros de la familia, así como del conjunto de la familia en la sociedad circundante, toman también un valor de indicador de dirección para el niño en su movimiento para socializarse. Y ésta es una consideración muy importante a tener en cuenta, pues sin ella no se puede comprender bien la estructura definitiva de los caracteres rígidos.

En estos caracteres, la estrategia que el niño pueda seguir para conseguir “solucionar” su conflicto edípico y obtener así su parcela de poder personal (pues los rígidos lo logran, aunque no todos se contenten con “una parcela de poder”), determinará el subtipo de carácter, como se verá más adelante. La táctica utilizada determinará, como en los demás caracteres, el predominio de uno de los tres instintos.

❖ LA FASE GENITAL DEL DESARROLLO

Como se ha repetido al comentar cada una de las fases del desarrollo evolutivo, el proceso de evolución y maduración psicoemocional del niño se sustenta sobre el desarrollo y maduración de todos los sistemas biológicos del organismo en general. Sin embargo, para el tema que nos ocupa ahora nos interesa fundamentalmente el desarrollo del sistema locomotor y del nervioso —tanto el periférico como el central— sin llegar a considerar que estos dos sistemas evolucionan independientemente del resto; puesto que el organismo se desarrolla y madura de modo interdependiente en todos sus sistemas y, sólo con fines didácticos, se nos puede permitir considerarlos separadamente.

Así como en las fases evolutivas anteriores —preoral, oral, anal y fálica—, las zonas de mayor y más rica inervación sensorial y motora corresponden, respectivamente, a los sistemas sensitivo, alimentario, excretor y reproductor, en este momento del desarrollo del sistema nervioso y locomotor ha alcanzado el suficiente nivel de madurez como para que las excitaciones plasmáticas (energía sexual y su estasis, angustia) se expandan por todo el organismo, no quedando circunscritas sólo a determinadas zonas, como en las fases anteriores. Podemos permitirnos, pues, considerar que es en la fase genital cuando comienza a madurar el “sistema de unidad individual e identidad relacional” frente a los demás individuos, así como el

componente del **Sentimiento Básico de Seguridad** que cierra la estructuración del carácter: **el sentimiento básico de seguridad en la capacidad y libertad para la entrega amorosa tierna, erótica y placentera.**

Genitalidad supone, también, la posibilidad de un mejor contacto con la realidad. En los caracteres rígidos, la posibilidad de contacto con la propia realidad y con la realidad del mundo circundante —aunque, obviamente, dependa del nivel de salud individualmente alcanzado— está mejor arraigada, más libre y operativa que en el resto de los caracteres. Por esta razón, los caracteres rígidos pueden desarrollar capacidades sociales y laborales más adecuadas y satisfactorias. También supone que su sexualidad ha dejado atrás, al menos en gran parte, las fijaciones orales, anales y fálicas, y está asentada en la genitalidad y en la sensibilidad erótica; por lo que los rígidos están capacitados para unas relaciones personales y sexuales más placenteras e íntimas. Además, el mayor desarrollo cognitivo ofrece más posibilidades de utilizar la sublimación como mecanismo de defensa y, con ello, una mejor disposición a la creatividad.

En todos los niños —no solamente en los que estructurarán un carácter rígido—, este nivel de maduración, más o menos completado, lleva consigo un importantísimo cambio en la capacidad para las percepciones vivenciales, tanto de las experiencias consigo mismo cómo de las experiencias en las relaciones con los demás; ya que experimentará en todo su organismo tanto el placer como el displacer, con discriminación perceptiva clara de unidad integrada en sí mismo. Por primera vez, comienza a tener noción de un yo sensorial, sensitivo, emocional, cognitivo y corporal integrado en una unidad psicocorporal.

La maduración de las terminaciones nerviosas sensoriales de toda la superficie del cuerpo, de los órganos de los sentidos, incluidos los sentidos de evocación sensitiva, así como del sistema muscular, le disponen para la percepción placentera erótica. A partir de este momento evolutivo todo su organismo queda erotizado. Así, tanto en la relación consigo mismo como con los demás —fundamentalmente, los padres—, el erotismo va a tomar una relevancia determinante debido al incremento del placer sensorial que supone, y a la necesidad y al deseo de obtenerlo. De tal modo, que su actividad vendrá, desde ese momento, condicionada por la necesidad de eliminar la tensión de la carga erótica mediante el contacto corporal piel a piel, y también a través del movimiento. Obtiene así placer y relajación, y cumple con uno de los principios básicos de todo organismo vivo: la tendencia al placer y a la relajación, así como a la evitación del

displacer que, en este caso concreto, supondría no poder dar satisfacción a la necesidad surgida de la excitación sensorial erótica.

Si a esta nueva experiencia de la energía como erotismo —que ya podemos comenzar a considerar como sexualizable—, no se le da satisfacción a través de sus propios cauces de expresión, va a determinar un estasis energético que pulsará con especial intensidad pues ahora se trata de la contención de impulsos plenamente desarrollados, los cuales, como sabemos, tienden necesariamente a su satisfacción en un objeto de deseo, ya sea genuino o sustitutorio. Por ello, su estasis se va a experimentar como un displacer intenso y, potencialmente, como una intensa angustia.

Sin embargo, una de las características de los caracteres rígidos es precisamente la escasa vivencia que tienen de la angustia. Esto es así, porque todo su sistema muscular —y no sólo partes de él, como ocurre en las anteriores estructuras caracteriales—, cumple la función defensiva de contenerla y drenarla a través del movimiento y de dos tipos de estructura defensiva. En los **caracteres histérico y pasivo-femenino**, adopta una disposición en forma de coraza rígida y superficial, generalizada por toda la superficie del cuerpo, y que definimos como **disposición en malla**. En los **caracteres fálicos**, esta rigidez superficial y generalizada se dispone a modo de tubo rígido a lo largo del eje longitudinal del cuerpo, y conecta directamente la pelvis con la cabeza, por lo que la definimos como **disposición en viga**. Mediante esta coraza muscular se evita la necesidad de recurrir —como otras estructuras caracteriales— a grandes y profundos bloqueos y a tensiones musculares, lo que supone un ahorro energético, pero dificulta el contacto y la entrega amorosa profunda. Su principal bloqueo va a estar a nivel subcutáneo, dificultando la expresión unívoca del contacto genuino tierno y placentero, a partir de una distorsión en las percepciones de ambos subimpulsos —tierno y agresivo—, que les hará confundir el deseo de amor y entrega, con la necesidad defensiva de poder y posesión. Con ella intentarán garantizarse un fantaseado ideal de libertad.

Puesto que los caracteres rígidos son caracteres neuróticos, están sujetos a fijaciones más o menos importantes en las etapas anteriores del desarrollo; fijaciones que van a condicionar su maduración saludable, entre otras razones, porque influyen decisivamente sobre la capacidad para enfrentar y resolver el conflicto edípico en cada caso individual. Aunque estas fijaciones no hayan sido lo suficientemente importantes como para bloquear el desarrollo en etapas evolutivas anteriores, sí están en la base e influyen en la estructura definitiva de los diferentes caracteres rígidos, y de sus

subtipos. Así pues, teniendo en cuenta que las fijaciones orales están en el núcleo de todos y cada uno de los caracteres, encontramos que en el carácter histérico aquéllas son las más importantes y determinantes para la estructura final; en el fálico-narcisista obsesivo hay, además, fijaciones anales y fálicas; orales y anales más precoces en el pasivo-femenino; y esquizoides y fálicas en el fálico-narcisista compulsivo. Esto no implica que pueda olvidarse lo que quedó dicho en otras ocasiones respecto al hecho de que todos los caracteres participan de rasgos propios de otras etapas del desarrollo, distintas de aquella en la que quedó anclada su fijación principal; siendo precisamente este hecho uno de los factores que más contribuye a caracterizar cada individualidad.

❖ DINÁMICA ENERGÉTICA

Lo propio de la fase genital del desarrollo es, pues, que las excitaciones vegetativas —gracias a la maduración de todas las terminaciones nerviosas sensitivas y sensoriales—, se expanden por todo el organismo y por la superficie del cuerpo en forma de oscilaciones plasmáticas, tal y como es propio del movimiento energético en los seres vivos. Es decir, que sigue ya los principios de la economía energética adulta: estando anclada en la cabeza (pensamiento social realista) y en los genitales (función sexual genital).

Lo que señala la patología de los caracteres rígidos es la tendencia a evitar las sensaciones tiernas y las sensaciones sexuales profundas, sensaciones que pueden ser percibidas como movilizadoras de angustia, al evocarles la situación traumática original en la que se sintieron frustrados en sus deseos de entrega tierna y erótica. Tales deseos se producen en un momento evolutivo en el que los impulsos están ya plenamente desarrollados, por lo que su pulsación es especialmente intensa. Por tanto, su sistema defensivo está en función del distanciamiento y la distorsión en la percepción de las propias sensaciones eróticas genuinas y profundas, como disposición energética más económica ante la principal función defensiva, que no es otra sino evitar la entrega y el compromiso consigo mismo y con los demás. Como veremos, la necesidad de esta evitación está en el miedo a la movilización de la energía estásica en función de defensa, y con ello al posible contacto con la angustia y a la fantasía de pérdida de poder y libertad.

Desde el punto de vista bioenergético, la posibilidad de alcanzar un nivel de desarrollo saludable —y también la estructuración de los diferentes subtipos—, va a depender de las posibilidades de descarga y de satisfac-

ción de las tensiones energéticas que surgen de las necesidades de contacto erótico. Tales posibilidades guardan relación con los modelos morales más tolerados por el medio en el que se desarrolla en niño, los cuales influirán favoreciendo u obstaculizando la posibilidad de satisfacción de sus sensaciones sexuales profundas; o bien propiciarán dirigir las hacia un objeto de deseo sustitutivo aceptable por dichos modelos. Hay que decir que ante dichos modelos se puede adoptar una actitud de aceptación, de rebeldía o de sumisión. Tanto la rebeldía como la sumisión suponen, paradójicamente frente a su ideal de libertad, una relación de dependencia. Si esta energía sexual (en lo sucesivo por energía sexual entenderemos la función expresiva y creativa de la energía vital —del Impulso Unitario de la excitación plasmática— con equilibrio entre los subimpulsos tierno y agresivo) fuese percibida sensorialmente sin distorsiones, circulando por el organismo y expresándose libremente y sin bloqueos, nos encontraríamos ante el prototipo del carácter genital adulto, y por tanto sano, al que hace referencia Reich.

A diferencia de los caracteres que quedan estructurados en las fases anteriores del desarrollo, la característica energética de los rígidos la constituye el hecho de que los subimpulsos agresivo y tierno del Impulso Unitario están genitalizados y equivalentemente desarrollados, y que en su función de defensa se disponen parcialmente antitéticos cada uno de una parte de sí mismo. Esto quiere decir que, al encontrarse completada la fase fálica y los impulsos estar genitalizados al menos parcialmente, éstos sólo pueden gratificarse directamente; es decir, a través de una expresión genitalizada y orientada hacia la realidad del mundo exterior. También supone, que la función de contención y defensa es cumplida por ambos subimpulsos cambiando su dirección en antitética de su propia función original, pero sin que haya contaminación entre las cualidades energéticas de ambas funciones. En tal función defensiva los subimpulsos mantienen un equilibrio dinámico cada uno de ellos con la parte del propio impulso que no puede expresarse, creando una zona de falta de contacto emocional. El equilibrio dinámico entre los componentes del subimpulso que pueden ser expresados y los que han de ser contenidos, es variable respecto de cada uno de los dos subimpulsos, dependiendo de la patología propia del carácter en cada individuo: **en los caracteres fálicos hay mayor contención del subimpulso tierno, así como hay una mayor contención del agresivo en el histérico y pasivo-femenino;** la importancia de la falta de contacto provocada por esta antítesis energética, en la que cada subimpulso se contiene e inhibe parcialmente a sí mismo, variará en función de la patología personal.

Cuando un impulso, tras haber aflorado a la consciencia y ser confrontado con la realidad, alcanza su desarrollo genital, tiene que ser expresado de un modo u otro. Como en los caracteres rígidos los impulsos han alcanzado ya la genitalización en su desarrollo, tienen necesariamente que seguir su vía de expresión, conservando su carga sexual genital y sin poder renunciar ni contener la intensa gratificación que su satisfacción proporciona. Por ello, su contención como defensa no puede ser efectiva mediante bloqueos musculares, sino que se realiza y expresa a través de los rasgos caracteriales, sobre todo mediante actitudes corporales marcadamente erotizadas. Éstas serán más manifiestas en los caracteres cuya disposición se estructura en malla que en los que se estructura en tubo o viga; en esta última disposición la actitud defensiva se manifiesta más a través de una actividad sexual compulsiva o intelectualmente obsesiva. En ambos casos, se cumple la misión defensiva de evitar el contacto con la angustia que se puede liberar a partir de la percepción y toma de consciencia de las excitaciones sexuales profundas, y de la experiencia consecuente, ya sea real o fantaseada: la frustración en la entrega amorosa libre y completa, tierna y agresiva, hacia sí mismo y hacia los demás. Es decir, la frustración en la entrega al amor.

Así pues, la sexualidad genital cumple una función defensiva en los caracteres rígidos; función defensiva que inhibe e impide la expresión y satisfacción de una parte de la cualidad energética de los subimpulsos tierno y agresivo, y que es origen de una estasis energética. La inversión en la función de los impulsos necesaria para la contención —y la contención misma—, ocurre en los músculos a nivel de sus fascias, manteniéndose no mediante bloqueos profundos, sino a través de la coraza corporal superficial, de las actitudes corporales eróticamente expresivas, y de los mecanismos de defensa psicoemocionales; lo que da lugar a los diferentes subtipos y a las diferentes combinaciones de los rasgos propios de cada individuo.

La coraza corporal se estructurará, en malla o viga, con el objetivo de neutralizar la angustia; siendo ésta otra característica de los caracteres rígidos: la de tener poco contacto y poca tolerancia con la angustia. Pero al precio de perder contacto íntimo consigo mismo y de distorsionar la percepción de los deseos genuinos y, por tanto, de sus posibilidades de satisfacción. Tal distorsión les mantiene en un estado de insatisfacción permanente, estado que, aunque se experimente, se mantiene fuera de la consciencia al estar sustitutoria y compulsivamente desplazado hacia aparentes intereses de realización laboral, social o amorosa, con frecuencia marcadamente hedonistas, que proporcionan ilusión de satisfacción.

Dependiendo del equilibrio dinámico entre la contención —que no suele producirse en igual medida— de ambos subimpulsos, su sexualidad cumplirá con la función defensiva poniendo mayor acento en la parte tierna y seductora cuando el subimpulso agresivo está más contenido (como sucede en los caracteres con estructura en malla: histérico y pasivo-femenino), o por el contrario en la fuerza y la dominación si el que está más inhibido es el subimpulso tierno (en el caso de los caracteres con estructura en tubo: fálico-narcisista obsesivo y fálico-narcisista compulsivo).

Estando la sexualidad genital con sus componentes tierno y agresivo en función de defensa, los caracteres rígidos presentan, como se ha dicho, dificultades para el contacto emocional profundo y, como consecuencia, para la entrega amorosa hacia sí mismos y hacia los demás; lo que les lleva a adoptar diversas estrategias de evitación, que conformarán los distintos rasgos de cada carácter. Sin embargo, y pese a la falta de autenticidad en la entrega, los rígidos están bien capacitados para el contacto superficial debido a su capacidad para disponer sin bloqueos de los componentes de ternura y de agresividad de la sexualidad genital que quedan libres, **cumpliendo así la doble misión defensiva de entrar en contacto y de evitar la entrega amorosa.** También tienen la posibilidad arraigarse en la realidad mejor que el resto de los caracteres.

❖ ESTRUCTURA CORPORAL: LA CORAZA CORPORAL

Se caracteriza ésta por una rigidez sistemática y general en toda la superficie del cuerpo sin bloqueos musculares profundos, sino estructurándose a nivel de las fascias que envuelven a los músculos, y desde fuera hacia adentro. Esta particular coraza muscular —que se dispone inmediatamente debajo de la piel, y que ningún otro carácter posee—, es altamente eficaz para contener y movilizar energía antes de que su estasis sea percibida como displacentera y pueda sensarse como sensaciones de angustia. A tal fin, es transmitida a todo el cuerpo para ser contenida o expresada a través de las diferentes actitudes corporales, mediante contactos sustitutorios. O bien es transmitida con una función determinada exclusivamente a un parte del cuerpo, manifestándose como somatizaciones y conversiones.

Como se ha venido repitiendo, esta coraza muscular, que hace los efectos de una auténtica armadura, adopta fundamentalmente dos disposiciones: en malla y en tubo o viga. La disposición en malla es más propia de los subtipos “blandos”, y nos habla principalmente del importante componen-

te oral de estos caracteres, al comportar una desenergetización a nivel muscular profundo. La disposición en viga es más característica de los subtipos “duros”, y nos dice de sus fijaciones en las fases anal y fálica, con las que, en cierta medida, participa de sus tensiones pélvicas y cervicales.

En la disposición en malla, la rigidez se distribuye por todo el cuerpo por igual, como si estuviese envuelto en una cota de malla, no dando la impresión de tener ninguna tensión. Esto hace que la energía se distribuya por todo el cuerpo y proporcione facilidad y gracia a los movimientos, dándoles un marcado aire erótico y sexual; al genitalizarse el componente tierno del Impulso Unitario, el componente agresivo queda al servicio del contacto sexualizado como mecanismo de defensa ante la posibilidad de contacto tierno y entrega amorosa, según los límites tolerados. Por ello, no precisan de bloqueos espásticos como estructura defensiva de contención, ya que esta función la ejerce la propia disposición antitética de ambos subimpulsos sobre sí mismos. Si se traspasa el nivel de tolerancia es cuando puede aparecer la pulsación de la angustia, ya que moviliza la energía que quedó estatica a partir de la frustración amorosa. Por ello, esta disposición de la coraza muscular sirve para contener el exceso de excitación que la movilización de la energía estatica ocasionaría, evitando el contacto con la angustia y canalizándola hasta la musculatura para su drenaje a través del movimiento y la acción.

Ésta es la razón por la que estos caracteres tienen tan escaso contacto con la angustia, dado que nunca llegan a tener la suficiente carga estatica como para sentir una percepción sensorial displacentera, a pesar de no alcanzar un contacto y una satisfacción genuinos. Este mecanismo de defensa corporal está reforzado por el mecanismo de defensa psicoemocional de la represión, que provoca que el contenido profundo de los impulsos queda disociado de la conciencia. Tal función defensiva corporal y psicoemocional se hace especialmente evidente en el carácter histérico, a través de sus movimientos suaves, enérgicos y sexualmente seductores, con independencia de la actividad realizada, y sin conciencia real de su contenido erótico y sexual, lo que le evita tener que responsabilizarse de las consecuencias. Ésta es, precisamente, la función defensiva de la sexualidad genital puesto que, ante una respuesta igualmente erótica y sexualizada por parte del otro, se dispondrá en fuga, culpabilizándole y alegando inocencia.

En el caso de la disposición en viga o tubo, la rigidez se establece principalmente de forma superficial y a lo largo del eje longitudinal del cuerpo,

formando una especie de un tubo que conecta directamente la pelvis con la cabeza. Esto hace que la energía fluya fácilmente por la parte interna del mismo evitando que emerja hacia la superficie corporal, y a la consciencia. Es el modo energéticamente más económico de evitar profundidad y compromiso en el contacto; lo que realiza a costa de una mayor rigidez, frialdad, tensión y contención en los movimientos. También resulta esta disposición un excelente mecanismo para la contención de la excitación y la evitación de la angustia, ya que el exceso de carga se drena a través de la actividad sexual genital compulsiva y de la mental obsesiva. Si bien esto implica que ambos anclajes —cabeza y pelvis—, estén fundamentalmente en función de defensa, lo que supone la pérdida de posibilidades para la expresión espontánea, creativa y placentera. Es por esta razón por la que los caracteres fálicos tienen tendencia a los pensamientos rumiantes obsesivos y al acting sexual compulsivo.

Además, ambos caracteres fálicos han tenido mayor necesidad de inhibir el componente tierno que los otros dos caracteres rígidos. Esta mayor inhibición del componente tierno, junto a la necesidad de mantener relativamente controlado el componente agresivo —que al estar más desprovisto de ternura tiene tendencia a la expresión hosca, hostil y violenta, incluso sádica, con el consiguiente nivel de censura—, es lo que determina la mayor rigidez, frialdad y dificultad en el contacto; así como el incremento de la hostilidad mental (ironía, dogmatismo, crítica y descalificación, más dominante en el fálico obsesivo); y la hostilidad sexual (violentación, posesividad, celos y destructividad, más dominante en el fálico compulsivo). Ante tales situaciones recurren a sus específicos mecanismos de defensa psicoemocionales, para no tomar consciencia de sus deseos genuinos, de sus intenciones reales ni de sus acciones, evitando así responsabilizarse de ellos. Tales mecanismos son: la represión, común a ambos, y la formación reactiva y la negación respectivamente.

Aunque no es raro ver tipos puros de cada una de estas dos disposiciones básicas, no es menos frecuente ver también combinaciones de disposiciones en malla y en tubo, lo que confiere a la persona características peculiares. La disposición en malla proporcionará siempre características más blandas y movimientos más suaves a los tipos fálicos en los que predomina el instinto de conservación. En aquellos tipos en los que predomina el instinto social, con independencia del carácter rígido de que se trate, generalmente encontramos una mezcla equilibrada de ambas estructuras. Cuando el instinto dominante es el sexual, los caracteres fálicos estructuran su disposición defensiva energética y corporal exclusivamente en

forma de tubo; mientras que en los histéricos y los pasivos-femeninos con dicho instinto dominante, la estructura defensiva se dispone en malla. Estas combinaciones se hacen más evidentes al tener también en cuenta el punto de vista de la caracterología protoanalítica (Eneagrama).

La expresión de la cara varía notablemente de unos subtipos a otros. En general, los tipos histéricos y pasivos-femeninos tienen una expresión más blanda y dulce que los fálicos, y usan una mímica más rica, puesta también al servicio de la seducción. En los fálicos, la expresión es más dura y fría, como consecuencia de la mayor inhibición del subimpulso tierno, y con tendencia a la rigidez facial, que les da un aspecto más anguloso. De cualquier forma, en todos los caracteres rígidos la expresión es más abierta y franca que en el resto de caracteres, destacando siempre una mirada más viva, lo que transmite la sensación de que hay buena carga energética, buen contacto, y que la persona “sabe” lo que quiere y está dispuesta a conseguirlo. La falta de esta expresión de viveza característica de los rígidos, es un buen indicador de patología, ya que al no estar bloqueados en un estado emocional congelado, la expresión de la mirada tendrá siempre que ser coherente con su estado emocional presente.

Como se ha dicho, la mirada en el carácter esquizoide está congelada en el pánico; en el oral, en la pena y el sufrimiento; en el masoquista, en el temor y la resignación; y en el psicopático en la desconfianza y el control. Al no existir en el carácter rígido estos bloqueos emocionales, la expresión de la mirada debe corresponder a su estado emocional básico del presente, lo que le da esa expresión de viveza y de contacto. Si esta falta y permanece fijada en una determinada emoción, estaremos ante un excelente indicador del conflicto emocional que la persona, tal vez, no quiere o no puede poner en palabras, ya sea por resistencias o por estar fuera del campo de su consciencia. En el caso de que esta expresión se mantenga de forma crónica, nos servirá para trazar toda una estrategia de terapia.

El cuello, al ser largo, contribuye a darles su típico aire de agilidad en la expresión, aunque puedan existir tensiones cervicales, que se hacen más evidentes en los subtipos fálicos. Los cuellos cortos nos deben indicar que, posiblemente, exista un componente defensivo masoquista, que habrá que confirmar con otros rasgos del carácter. En la nuca se localizan algunas de las tensiones más importantes de este carácter, debido a su necesidad de controlar tanto su propia emocionabilidad como el componente emocional que están dispuestos a poner en juego en las relaciones interpersonales.

La columna vertebral puede llegar a estar dispuesta en marcada hiperextensión, de modo que las curvaturas fisiológicas cervical y dorsal estén siempre aplanadas, pudiendo llegar a estar prácticamente borradas; en tanto que la curvatura lumbar suele estar en hiperflexión por la tendencia a la retracción de la pelvis. La rectificación de las curvaturas fisiológicas de la columna puede originar serias perturbaciones en las correlaciones dinámicas del reparto de fuerzas, al quedar como una columna demasiado recta y rígida. En casos graves aparecen perturbaciones traumatológicas dolorosas, sobre todo en los dos puntos de máxima tensión, como son la parte superior de la región cervical y la inferior de la lumbar. Los músculos largos de la espalda, los espinales llamados “músculos del porte” y dispuestos a lo largo de ambas partes de la columna vertebral, pueden llegar a estar muy contraídos y tensos, resultando con frecuencia dolorosos a la presión, o incluso espontáneamente. Esta tensión mantenida da al tronco un aire altivo y elegante, aunque rígido.

Debido a la dinámica de absorción de las fuerzas verticales de la columna vertebral, las fuertes tensiones en la nuca se corresponden con las tensiones de la zona lumbar, patología somática frecuente en los caracteres rígidos. En general, cuando hay una contención emocional importante y mantenida, estas personas desarrollan patologías vertebrales óseas (artrosis), neurológicas (hernias de disco, ciáticas, radiculitis.....) y musculares (lumbagos). A esta patología contribuye decisivamente, como veremos, la tensión muscular necesaria para mantener la pelvis en retroversión de forma crónica.

Así pues, las fuertes tensiones localizadas a lo largo de la columna vertebral permiten mantener la cabeza muy erguida y la pelvis en retroversión; lo que a cambio de darles un aspecto de dignidad y orgullo —o bien de severidad y de altanería—, sacrifica la flexibilidad de la columna al imponerle una tendencia a mermar sus curvas fisiológicas, limitando en consecuencia su flexibilidad y su movilidad.

La cintura escapular no presenta ni tensiones ni bloqueos especiales. En caso de existir tensiones realmente importantes en la espalda y especialmente las de la nuca, pueden aparecer, como compensación dinámica, tensiones en dicha zona. Tales tensiones reflejas pueden provocar que los hombros se echen hacia atrás, dando un aspecto aún más provocativo si cabe, al tiempo que nos indican una mayor necesidad de controlar las emociones tiernas (miedo e inseguridad) y un peor manejo del componente hostil de la agresión (mayor distancia y frialdad en el contacto). **Los**

brazos y las manos están bien conectados energéticamente, de modo que suelen ser personas que las utilizan coherente y armónicamente en la expresión y en la creatividad.

El tórax también guarda armonía con el desarrollo del resto del cuerpo, sin aparecer bloqueado en inspiración o en espiración. Sin embargo participa, como el resto del cuerpo, de la rigidez generalizada de la mitad anterior del mismo, precisamente en las zonas donde se sensan los sentimientos tiernos. Esta rigidez señala una diferencia con el carácter oral, cuyo tórax es más blando y más fácilmente depresible a la presión con las manos. Ésta es una pequeña diferencia importante de cara a un diagnóstico diferencial, ya que algunos tipos rígidos presentan el típico arco oral muy marcado —más aún que el propio carácter oral— al estar menos defendidos frente a la oralidad. El tórax es, pues, proporcionado al resto del cuerpo y presenta una resistencia relativa a ser deprimido por la presión con las manos. Esta relativa dureza de la parrilla costal está en relación con la importancia de la contención emocional tierna; es decir, con la capacidad de mantener contacto con las propias emociones profundas. Conviene tenerlo en cuenta pues, una vez que entran en contacto emocional, su expresión no suele (no debería) encontrar dificultades, y si las encuentra es porque, previamente a la movilización energética y emocional, no se han trabajado bien las tensiones de la nuca ni del diafragma.

La profundidad de la respiración está controlada por la tensión del **diafragma**, la más importante de toda la estructura rígida. El diafragma no está bloqueado, sino tenso. Es decir, que aunque su capacidad para movilizar el aire pulmonar esté limitada, sigue siendo una función emocionalmente viva, sensible a los cambios energéticos, vegetativos y emocionales del resto del organismo. Es como si estuviese contenido, pero presto a dispararse emocionalmente en cualquier momento. Ésta es la razón por la que la localización de las sensaciones fuertemente displacenteras, propias de las crisis de angustia y de ansiedad (casi la única patología clínica frecuente en estos caracteres), sean referidas a la “boca del estómago”; como puede ser la típica sensación de ahogo, que no es tanto por la falta de aire como por la sensación de constricción de la garganta (“bolo histérico”) y por el aumento de tensión en el diafragma. En los caracteres con estructura en malla, estas crisis de ansiedad puede dar lugar a descargas en forma de “crisis histéricas” con desorden de movimientos (incluida la histeroepilepsia, ya poco frecuente pero vigente aún), o de hipotonía muscular y desvanecimiento, antes de que el contenido emocional que provoca la alarma ansiosa llegue a la consciencia.

Si en un momento determinado —como continuidad de una suma de vivencias movilizadoras de energía estásica—, un impulso que se había mantenido reprimido emerge hacia su manifestación sensorial, sensitiva, emocional o intelectual, y no está suficientemente contenido por las defensas caracteriales, su carga energética pulsa como sensación de angustia y se transforma, para poder ser tolerada, en síntoma clínico con expresión propia y simbólica. Por ejemplo, la constricción en la garganta viene a ser un último intento defensivo que actúa para limitar la capacidad respiratoria, y por tanto la movilización y disponibilidad energética, como método de urgencia para bloquear la percepción y la expresión del impulso no tolerable.

Ocurre precisamente así porque la tensión del diafragma, que no está bloqueado y es sensible a los estados emocionales, no es suficiente para bloquear la respiración en un momento de crisis. Por ello, localizan la angustia en forma de sensación de constricción (“un pellizco”) en el epigastrio, justo debajo de la cúpula del diafragma, como resultado de la contención involuntaria y forzada de su movilidad. En las estructuras en tubo, el sexo genital compulsivo y la ideación obsesiva cumplen una función de descarga con el fin de disminuir la intensidad de la percepción angustiosa en las situaciones de crisis, —semejante a la que cumple el cable a tierra de los pararrayos—, y por ello consideramos ambas manifestaciones, tanto la sexual como la ideacional, como síntomas clínicos; es decir, con una estructura y una simbología propias.

Cuando los mecanismos de defensa son insuficientes y la angustia hace aparición súbitamente, la sensación vegetativa extremadamente desagradable y atemorizante de estas crisis agudas de angustia proporciona un “material de distracción” más que suficiente, con el subsiguiente y casi siempre presente miedo a la muerte o a la locura; síntoma equivalente al miedo a perder el control de sí, a perderse en las propias emociones. De hecho, es frecuente que tras una o varias de estas crisis, la persona se atreva cada vez menos a ir sola por el mundo —incluso por su propia casa—, convirtiéndose en relativamente minusválida. Pero al mismo tiempo, estas crisis, como cualquier otro síntoma, proporcionan a la persona conciencia de enfermedad, y con ella la posibilidad de cambio.

La tensión diafragmática dificulta también la conexión entre la sexualidad genital como necesidad básica en los caracteres rígidos, y las emociones. Por esta razón las personas de caracteres rígidos pueden tener aparentemente buena actividad sexual genital, si bien acompañada de una vivencia generalmente insatisfactoria y frecuentemente frustrante, lo que puede

conducir a un incremento de la tensión interna con sensación de displacer emocional (tristeza y llanto postcoito), e incluso al displacer físico (inquiétude psicomotriz). Algo que tiene también que ver con la tendencia a la compulsión sexual, al uso de la sexualidad como función defensiva ante la entrega amorosa y a su utilización como herramienta de poder: a más insatisfacción, más necesidad; a más necesidad, más actividad y a más actividad, más necesidad de asegurarse la posesión y el poder sobre el otro.

Como se ha dicho antes, la sexualidad genital en los caracteres rígidos está en función de defensa frente a las demandas sexuales profundas y tiernas. Lo que equivale a decir, que está en función de la descarga del exceso de excitación vegetativa que, al no poder ser expresada libremente, origina una energía estática susceptible de ser percibida como sensación de angustia. Esta carga energética, expresada defensivamente a través de la sexualidad genital, se orienta al servicio del poder y del control, con el resultado de proporcionarle al rígido una sensación de seguridad y dominio, que les permite mantener a buen recaudo su afectividad tierna.

El carácter rígido, al carecer de bloqueos profundos, tiene una buena disponibilidad energética, que fluye bastante libre. Precisamente por ello, y por el hecho de tener que inhibir los componentes de los subimpulsos tierno y agresivo al no poderlos expresar espontáneamente, necesita de un acumulador energético que cumpla eficazmente una función de contención y, al mismo tiempo, de descarga de la energía sobrante. Tales funciones son las que cumplen la pelvis y la sexualidad genital. **La pelvis** aparece siempre cargada y retraída en retroversión crónica; es decir, en función de contención, lo que puede limitar notablemente el movimiento de descarga, el movimiento hacia adelante. Una pelvis retraída y rígida sólo puede moverse hacia adelante hasta un determinado nivel de descarga, paralizándose precisamente cuando los movimientos amorosos tienden a manifestarse en forma de impulso sexual.

Sin embargo, la pelvis de algunas personas rígidas, sobre todo en las de tipo histérico, da la impresión de estar muy suelta, y de permitir movimientos libres y amplios. No obstante, —y aunque tal movilidad pélvica puede ser un buen indicador de salud emocional— hay que tener en cuenta que en muchos de ellos la pelvis se muestra así de “libre” porque está profundamente desconectada del componente emocional, precisamente porque la tensión del diafragma dificulta, o incluso interrumpe, la conexión con la correspondiente emoción. En estos casos habrá, pues, que buscar tensiones más profundas en el diafragma y en la nuca.

Esta disposición de la pelvis tensa y en retroversión, contribuye a las tensiones crónicas y a los problemas musculares y radiculares que estas personas pueden tener en la región lumbar, y a las que solemos llamar “tensiones de carga”. Aún así, las nalgas no suelen estar tensas al no existir bloqueo en la pelvis, siendo los músculos extrínsecos, los dorsales de la región lumbar, los que la mantienen en retroversión. La posición de la pelvis es también un elemento de diagnóstico morfológico diferencial con el carácter oral, que tendrá la pelvis en antroversión o en posición neutra, con las nalgas bastante más blandas al tacto (bloqueo hipotónico). A veces, también nos sirve como diagnóstico diferencial entre el subtipo de conservación de este carácter y los caracteres masoquistas, en los que la pelvis está en antroversión clara y con las nalgas mucho más contraídas y duras al tacto.

En general, y tanto en hombres como en mujeres, las caderas guardan también proporciones armónicas con el resto del cuerpo. La morfología de unas caderas excesivamente estrechas es más propia de la estructura en tubo, o bien de posibles componentes psicopáticos en el carácter; por el contrario, la tendencia a poseer caderas anchas es más bien señal de la estructura en malla, o de posibles componentes masoquistas.

Las piernas sí suelen presentar tensiones, sobre todo en las corvas; pero en vez de estar —como en el carácter psicopático— en semiflexión crónica suelen aparecer en hiperextensión crónica. Lo que nos muestra que su contacto con la realidad, que su arraigamiento, carece en buena parte de flexibilidad, y no es todo lo seguro que ellos necesitan. Dicha tensión es como un extra que les aumenta la sensación de seguridad cuando están de pie frente a otro; algo semejante a lo que sucede en el carácter oral, sólo que en el oral el extra de seguridad lo necesitan frente a sí mismos¹. **Los pies** son armónicos, por lo que las variaciones en la disposición del arco plantar debe llamarnos la atención, pues nos da indicación de su modo de interactuar con el mundo: si aquél es manifestamente acusado y marca un empeine alto, nos pone sobre la pista de componentes psicopáticos (más tendencia al acting); mientras que la propensión al pie plano será señal inequívoca de la posible importancia de fijaciones orales (dependencia).

¹ Los caracteres rígidos, cuando están en estado depresivo, con frecuencia pueden suscitar dudas diagnósticas con el carácter oral. Sobre todo los Eneatipos I y II, aunque también el Eneatipo VII; así como el Eneatipo VIII con el carácter esquizoide.

En resumen, el conjunto del cuerpo impresiona como armónico y expresivo, de movimientos agraciados y elegantes, y mirada abierta y decidida; no dando nunca, ni tan siquiera las personas obesas, impresión de pesadez, salvo que integren importantes fijaciones masoquistas como componente de su carácter. Más bien, impresionan como altivos, seductores o desafiantes. El eje longitudinal del cuerpo únicamente suele tener el quiebre de la pelvis, y aún así está muy próxima al eje vertical. La piel, bien energizada, suele ser sonrosada y cálida.

Como características generales, los rígidos suelen ser personas con atractivo sexual y social, y que no suelen tener demasiados problemas para situarse en la vida social y laboral. Emprendedores, creativos y decididos, ponen toda su fuerza energética en alcanzar sus objetivos, ya sean éstos sanos o neuróticos; sin embargo, están condicionados y limitados por su importante narcisismo, que les hace poco tolerantes a las frustraciones y dependientes de su hedonismo.

No son frecuentes en las consultas de psicoterapia —y menos en las de psiquiatría—, a no ser que “quieran mejorar”, pero no porque necesiten ayuda para sanar nada. Cuando acuden demandando ayuda por “necesidad”, es casi invariablemente por crisis de angustia, por el miedo a perder el control que las mismas les suscitan; o bien porque la excesiva necesidad de control les conduce a un estado depresivo y ansioso. Otro motivo de consulta, suele ser la toma de consciencia de su dificultad para conservar las parejas sentimentales; un problema que, en mayor o menor grado, casi todos ellos sufren, ya que suelen establecer unas relaciones de uso, aunque con características diferentes en cada subtipo.

La tendencia a transformar la angustia en enfermedad hipocondríaca y en otras somatizaciones, se da sobre todo en el subtipo de conservación de los caracteres fálico-narcisistas obsesivos: un nutrido y difícil grupo de sufrientes, quizás los únicos rígidos verdaderamente sufrientes. Desde un punto de vista estrictamente psicopatológico, considero que los únicos enfermos verdaderamente hipocondríacos son personas pertenecientes a este subtipo, porque en la hipocondría se elabora una idea deliroide a partir de la necesidad, en último extremo, de estar preocupados por su imaginaria enfermedad. Un enfermo hipocondríaco no es aquel que cree tener diversas enfermedades —cada vez una distinta—, sino el que está convencido de que tiene una determinada enfermedad, convicción que mantiene incluso frente a pruebas objetivas que la descartan

❖ DINÁMICA EMOCIONAL

La estructura psicoemocional del carácter rígido se basa en la evitación del compromiso en el contacto erótico genital placentero y tierno, por temor al vacío afectivo que les evoca este contacto. Se distancian de este temor mediante una disociación entre la entrega amorosa y la entrega al placer, con tendencia a excluirse mutuamente: si hay entrega amorosa tierna se dificulta la entrega en el placer, y viceversa. Su dinámica cognitiva y emocional está en función de preservar su ideal de libertad, aún a costa de sacrificar su intimidad, de limitar su capacidad de entrega amorosa y de compromiso.

En la fase genital, el componente tierno del impulso unitario, al genitalizarse, se erotiza, sexualizándose más tarde; su carga energética —la excitación vegetativa— se distribuye a nivel profundo y superficial por todo el organismo, abriéndose a un nuevo ámbito de experiencias sensoriales, placenteras y displacenteras, que varían la dinámica tensión-relajación existente hasta el momento. El subimpulso agresivo se pone al servicio de este nuevo componente erotizado del subimpulso tierno, como vehículo de expresión de las emociones que acompañan a esta fase del proceso de maduración. En dicho momento el proceso está dirigido por el deseo de obtener placer erótico a través del contacto físico —piel a piel—, y por la necesidad de establecer nuevas relaciones sensoriales y emocionales —desconocidas hasta este momento— con el entorno, sobre todo con los padres. Éste es el momento en que el niño culmina la exploración de su propio cuerpo y el cuerpo de los demás, y deja atrás la primera etapa “masturbatoria” de la fase fálica, que coincide con la eclosión del Complejo de Edipo. A partir de éste momento va a quedar casi definitivamente determinada su estructura energética y psicoemocional.

Así las cosas, cuando, llevado por su deseo de contacto, el niño se acerca y no se siente suficientemente acogido y reconocido, experimenta la vivencia de ser rechazado en su totalidad por lo que está sintiendo de novedoso en sí mismo: por su impulso erótico-tierno. Y no solamente en su deseo de contacto, sino también en su necesidad de validar la capacidad de experimentar —simultáneamente e integrados— placer sensorial y emocional, consigo mismo y con los demás. Siguiendo, pues, el principio de evitación del displacer, tenderá a inhibir estas nuevas experiencias placenteras, que siente como propias pero que movilizan en él la angustia del rechazo.

Como los impulsos plenamente desarrollados, es decir genitalizados, no pueden regresar a etapas anteriores del desarrollo a menos que existan fijaciones muy importantes (y en este caso estructurarán patologías clínicas específicas y graves, como son los trastornos narcisistas), lo que prevalece es la necesidad de contacto, bien desde el componente agresivo, parcialmente desprovisto del componente erótico-terno, o viceversa. Por ello, el contacto consigo mismo y con los demás vendrá determinado por la intensidad de la inhibición parcial de cada uno de los dos subimpulsos, ya sea dominando la agresión sobre la ternura (Eneatipos I y VIII) o la ternura sobre la agresión (Eneatipos II y VII), o bien estando ambos equilibrados. Esto último supondrá un buen grado de salud si, además de equilibrados, están suficientemente libres.

Si el equilibrio y la libertad de expresión no se mantienen, el contacto consigo mismo y con los demás queda parcial e igualmente desequilibrado, lo que implicará una distorsión en la percepción emocional que acompaña al contacto. Tal distorsión se va a manifestar como una dificultad para el compromiso emocional al no haber experimentado la posibilidad de una entrega libre, espontánea y completa, sino una entrega condicionada por el rechazo parcial. Un rechazo que podrá incidir más sobre la inhibición en el componente terno o en el agresivo, pero que va a quedar disociado de la consciencia para evitar ser vivido como un rechazo total. Y ello se llevará a cabo con ayuda de los mecanismos de defensa psicoemocionales —siendo la represión (coraza caracterológica) común a todos los caracteres rígidos—, y de los mecanismos de defensa corporales (coraza muscular) para la contención y el drenaje de la energía estásica (angustia).

De las estrategias posibles utilizadas para resolver el conflicto edípico, como iremos viendo, dependerá la posterior reestructuración de cada uno de los diferentes subtipos en los caracteres rígidos. Dicha estrategia está siempre en función de obtener un lugar de poder en la familia desde el que proyectarse en el ámbito social; poder que se obtiene a costa de sustraerlo del reconocimiento de la autoridad de uno o de ambos progenitores, con lo que quedará mermada la capacidad de éstos para establecer al hijo límites verdaderamente operativos.

Esta necesidad de contención y posterior inhibición de las sensaciones eróticas profundas, y más tarde amoroso-sexuales, —vivenciadas con sus correspondientes emociones—, romperá el equilibrio energético entre relajación y tensión, por un déficit en la descarga mediante la expresión y la satisfacción directa. Al igual que ante cualquier otra frustración, la inme-

diata reacción es de rabia que, de ser a su vez frustrada, va a originar más rabia, pero al mismo tiempo la necesidad de contenerla e inhibirla. Como el impulso agresivo está plenamente desarrollado y no tiene otro camino que la gratificación directa, dicha rabia reactiva a la frustración tendrá que buscar cauces de expresión más tolerables y más adecuados a las exigencias del medio. La rabia —componente hostil del subimpulso agresivo— se socializa o se sublima en parte; posibilidad que, precisamente, les permite a estos caracteres situarse social y laboralmente a la altura de sus aspiraciones, aunque posiblemente —dependiendo de su equilibrio con el componente tierno— lo hagan con escasa consideración hacia las necesidades de los demás,

También en todos los tipos de éste carácter, la rabia, que originalmente fue una manifestación directa de protesta, se convertirá en hostilidad encubierta, y la dificultad para expresarla dará lugar a la necesidad de seducción y manipulación, y a sentimientos hostiles —desprecio, resentimiento, ira, odio o venganza— que deberán, además, estar suficientemente camuflados o justificados racionalmente, al punto de llegar, incluso, a la desconfianza y la negación de cualquier norma moral, o de la creación de una moral “a la medida”. De ahí que los sentimientos de culpa brillen por su ausencia: ni angustia, ni culpa, sólo una profunda insatisfacción. La agresividad, que originalmente estaría al servicio de la expresión tierna, se pone al servicio de la obtención de poder, y es usada como contacto sustitutorio, compensatorio y de defensa, que raramente se cuestionan.

La frustración nuclear es, pues, el rechazo del medio externo (de los padres, sobre todo) al erotismo infantil y, más tarde, la inhibición de las manifestaciones de éste erotismo genitalizado a partir de las propias introyecciones. Lógicamente, esta frustración mantenida origina temor al rechazo; temor que bloquea originalmente la expresión del deseo, que luego será parcialmente inhibido o distorsionado. Deseo y temor son impulsos de la misma naturaleza, y en la dinámica deseo de contacto/temor al contacto por miedo al rechazo, el temor es un componente del mismo subimpulso tierno que, escindido del impulso original y en función de defensa, se dispone antitético de sí mismo a fin de bloquear contacto con el deseo (se trata, pues, de un impulso que, en función de defensa, contiene y bloquea a parte del propio impulso). El bloqueo del deseo origina frustración y rabia; ésta, al ser infructuosa y mantenida en el tiempo, origina impulsos hostiles más profundos y destructivos que se van a manifestar emocionalmente en forma de ira. Por su destructividad, los impulsos de ira hacen que sea necesario inmovilizar una parte de esta función hostil destructora

del subimpulso agresivo. Por dicha razón, parte del subimpulso agresivo se dispone en función de defensa antitético de parte de sí mismo, como mecanismo de contención de la hostilidad; elaborándose posteriormente los necesarios mecanismos de defensa psicoemocionales: la formación reactiva, la idealización y la sublimación, sobre todo.

Es decir, la contención de la ira, a su vez, inmoviliza el impulso más profundo de la rabia por la frustración; la contención de ésta contiene, a su vez el impulso más profundo de dolor por el rechazo, y éste el deseo de entrega amorosa, erótica y tierna. Esta concatenación dinámica de impulsos contenidos que inmovilizan a su vez impulsos más profundos, es lo que da lugar a la estructura de la coraza caracterológica. Por ello es más operativo disolverla de fuera a dentro, desde los impulsos contenidos más superficiales a los más profundos: si disolvemos la ira, aparecerá la rabia, detrás de ésta la frustración y luego el dolor, para llegar finalmente a la necesidad y el deseo de entrega a la ternura.

Esta concatenación de contenciones del subimpulso agresivo no llega a neutralizar los contenidos energéticos por tratarse de impulsos ya genitalizados, expresándose directamente en rasgos del carácter dirigidos hacia el mundo exterior. Por ello, parte del subimpulso hostil, antitético y en función de defensa, revierte sobre el propio sujeto deseante, aunque lo suficientemente racionalizado como para ser bien tolerado por él mismo y justificado ante el medio social. Tales rasgos pueden ser la pulcritud extrema y la crítica obsesiva (E-I); la necesidad de una venganza tan indeterminada como generalizada (E VIII); la necesidad de seducir, humillar y abandonar en aras de una libertad también indeterminada (E II); o la persecución constante de una experiencia ideal, en detrimento del compromiso en el presente (E VII). En general, el "aquí y ahora" es sustituido por la estricta interpretación de la satisfacción inmediata y compulsiva del impulso, o por el "tal vez mañana", pero siempre con un camuflaje casi perfecto para la aceptación propia y, hasta cierto punto, también para la aceptación social.

Por tanto, y puesto que el impulso del deseo erótico-terno hacia los padres y el mundo está parcialmente inhibido, el sujeto siente la necesidad —y la angustia— de tener que contener sus propios impulsos agresivos (sobre todo los hostiles y fundamentalmente la ira), ya que la inhibición del componente tierno los convierte en impulsos con tendencia sádica, sumamente destructores y peligrosos para la supervivencia del propio sujeto. Tal hostilidad está dirigida originalmente hacia el progenitor que os-

tente el poder ante el niño y obstaculice la satisfacción de su deseo. Por ello, y porque los impulsos genitalizados necesitan ser gratificados directamente, el niño irá transformando su deseo de contacto tierno en deseo de poder, arrebatándose a dicho progenitor. A su vez, la hostilidad contenida y reprimida distorsionará la percepción del contacto tierno con el propio deseo original.

Ya que el impulso genital contenido y reprimido sigue pulsando al ser su carga energética —la excitación vegetativa originaria— muy intensa, necesita para su contención y drenaje de una coraza caracterológica y muscular sumamente eficaz, que evite que la estasis energética se experimente como angustia. Además de los mecanismos psicoemocionales de defensa generales, y los propios de cada subtipo, la contención de los componentes hostiles del subimpulso agresivo (fundamentalmente la ira e, incluso, la cólera) se realiza en la musculatura dorsal, es decir, en los músculos extensores que mantienen el cuerpo erguido. En tanto que la contención del impulso tierno (el deseo) se realiza en la musculatura de la parte anterior del cuerpo, es decir, en los músculos flexores que intervienen en el reconocimiento ante el otro y en la entrega: la parte tierna.

De esta manera, el equilibrio tensional entre los músculos extensores y flexores participan en que la regulación energética se consiga del modo más económico posible, y se lleva a cabo a través del antagonismo entre impulsos de la misma índole y carga, los cuales cristalizan y mantienen una rigidez muscular superficial y generalizada y dan lugar a la estructura de una auténtica coraza muscular, con los impulsos genitales agresivos y tiernos antitéticos cada uno de una parte de sí mismo en función de defensa, que originan estructuras dinámicas de falta de contacto emocional con merma de la creatividad (agresión directa y emocionalmente conectada) y de la capacidad de entrega (ternura). El deseo y el temor a la satisfacción del deseo (temor al vínculo emocional) será el equivalente de este conflicto a nivel psicoemocional.

Éste es el núcleo energético y emocional del carácter rígido, alrededor del cual se estructuran los diferentes subtipos en función de las posibles estrategias de cada individuo para, durante la situación edípica, ocupar su lugar de poder desposeyendo de éste al progenitor poderoso y frustrante.

Fundamentalmente, el deseo frustrado e inhibido es el deseo de ser reconocido por el adulto como sexualmente diferenciado y digno; proceso que culmina y se cierra definitivamente en la pubertad con el deseo de ser,

además, reconocido como adulto; es decir, ser reconocido como adulto sexual y digno. En la adolescencia —y ante la fuerte excitación erótica y sexual— el temor al rechazo como adulto sexual puede dar origen a que se tomen ante los otros adultos posiciones de rebeldía activa o pasiva; o con menor frecuencia, posiciones de sumisión y miedo a perder el control sobre las propias excitaciones.

Mientras haya equilibrio energético en la dinámica carga/descarga —mientras las defensas psíquicas y corporales sigan siendo eficaces, aún a costa de renunciar en mayor o menor medida a la capacidad de entrega amorosa—, no habrá vivencia de angustia, ni síntomas más allá de los rasgos del carácter. Lo que sí existirá es cierto sentimiento de íntima insatisfacción, cuya percepción estará directamente relacionada con la patología del propio carácter que haya desarrollado la persona; sentimiento que se intentará neutralizar a través de la agresividad libre, con un constante movimiento hacia adelante en busca de cómo ejercer su poder. Una acción sustitutiva, ya que, en definitiva, el genuino deseo negado no es otro que el de la búsqueda de límites y de contención para el impulso agresivo —genitalizado pero neurótico—, así como del contacto y la expresión de ternura para poder alcanzar la capacidad de entrega amorosa adulta. Para ello necesita tener la seguridad de que no va a ser rechazado; como esta seguridad falta, se la garantiza mediante la seducción o la fuerza desde un lugar de poder real o fantaseado. Éste es el destino de parte de la agresividad libre, que cuanto más desprovista esté del componente tierno tanto mayor será el riesgo de que se exprese como una actitud sádica.

Emocionalmente, oscilan entre la necesidad de ejercer su poder —percebido distorsionadamente en forma de deseos— y el deseo genuino y negado de ser aceptado como un adulto sexual también necesitado. Sin embargo, su miedo a la debilidad, a la necesidad y al rechazo determinará que su manera de pedir sea mediante la provocación y la rebeldía frente a la autoridad, frente a la norma, y frente a las personas de las cuales espera confianza y acogimiento tierno. Con ello perpetúan lo que temen: sentirse privilegiado pero insatisfecho como adulto entre los adultos, sacrificando la entrega amorosa profunda en aras de asegurar su ideal de libertad.

Mientras esta dinámica energética neurótica se mantenga, no habrá síntomas. Pero, como estos caracteres sufren cierta intolerancia ante las vivencias de excitación interna, y tienen imperiosa necesidad de canalizarlas hacia el mundo exterior, si las actuales experiencias frustrantes imponen

una mayor contención energética, es decir si no hay una gratificación inmediata, tal estasis se experimentará como muy displacentero —semejante a la angustia ante la que tiene una intolerancia límite—. La primera defensa consistirá en la agudización de los rasgos del carácter, los cuales aparecen ya como síntomas, como mecanismos de defensa *in extremis*; con lo cual, y en general, provocarán un aumento de las experiencias frustrantes. En esta dinámica, los mecanismos de defensa propios de cada carácter llegan a quedar comprometidos y no sólo a perder su eficacia ante la angustia, sino a provocar más angustia.

Así, uno de los últimos recursos para evadirse de la experiencia de la angustia son los síntomas clínicos “concretos”, tales como las somatizaciones, los desplazamientos fóbicos y la ideación obsesiva, siempre en torno a la sensación de no poder controlar su vida. El recurso defensivo *in extremis*, debido a la necesidad de contención de las excitaciones internas displacenteras, es caer en la depresión. Sin embargo, en dichas depresiones aparecen —además de los propios de la depresión— síntomas ansiosos, e incluso de angustia, con lo que al final resulta que la experiencia de angustia es inevitable. Todo ello con el agravante de que el desencanto, el desinterés, la falta de motivación, el agotamiento físico, la apatía, etc... son especialmente mal tolerados por estos caracteres, ya que siempre los han descalificado en los demás y, ahora, los procesan como descalificación personal. Si hay descarga genital no aparecerán síntomas pero sólo se identificarán con la sexualidad genital, con lo cual el sentimiento de insatisfacción aumentará, manifestándose como único síntoma.

El carácter rígido tiene una buena capacidad agresiva, que tendrá en la mayoría de estas personas una manifestación social sublimada, por lo que su tendencia a la satisfacción impulsiva, incluso hostil, queda generalmente neutralizada entre el deseo y el miedo a la frustración del deseo, al tratarse de impulsos antagónicos y de similar intensidad. Sin embargo, cuando se produce un desequilibrio hacia cualquiera de los dos extremos —la intensidad del deseo o el miedo a la frustración—, la regla será la manifestación hostil, más o menos violenta. Esta capacidad de agresión se manifiesta libremente en formas de genitalidad y de dominio, disociadas ambas de sus contenidos emocionales: sus relaciones sociales pueden llegar a ser muy frías y racionales; y sus relaciones sexuales —desprovistas de ternura— pueden devenir incluso violentas, ya sea a través de la manipulación o de la fuerza. La tendencia a la frialdad y a la violencia guarda relación con el predominio de la estructura en tubo, siendo por tanto más manifiesta en los tipos fálicos.

En los tipos de estructura en malla, la evitación del contacto con la angustia mediante la sexualidad genital, se produce a través de su expresión y neutralización por medio de un fluir flexible y continuo del movimiento corporal, y de conductas sexuales provocadoras, seductoras y manipulativas, directamente agresivas, pero exentas de contenidos manifestamente hostiles. Es la expresión de la sexualidad genital en función de defensa ante los impulsos tiernos profundos contenidos, que pulsan displacenteramente desde su estasis energética. La evitación de las actitudes y conductas directamente hostiles puede dar lugar a que la agresividad y la expresión creativa se vuelvan antagónicas, si una parte del subimpulso agresivo que vehiculiza la creatividad se dispone antitético en función de defensa conteniendo componentes hostiles más profundos de sí mismo. Entonces queda la potencialidad de la expresión agresiva parcialmente neutralizada, originándose así una dinámica psicoemocional de falta de contacto consigo mismo y con el mundo, al tiempo que se produce una estasis energética². En consecuencia, se ahorra excitación y probablemente angustia, pero se pierde capacidad de placer y de interacción erótica con la vida. El riesgo sintomático es un aumento de la sensación de insatisfacción y de la tendencia a la depresión.

En los tipos con estructura en tubo, el contacto con la vivencia de la angustia se neutraliza a través de una disposición energética que une directamente la cabeza y la pelvis; de tal modo que, ante la pulsación displacentera, o bien se exagera la compulsión a la ideación obsesiva o la compulsión a la actividad sexual genital. En el primer caso (fálico-narcisista obsesivo), existirá una tendencia a los pensamientos obsesivos, a la inseguridad por exceso de autocrítica y a la preocupación hipocondríaca. En el segundo (fálico-narcisista compulsivo), la tendencia será a los excesos sexuales más o menos violentos, a la prepotencia negadora de su profundo temor a la debilidad, o a la explotación del propio cuerpo como fuente de excitación enmascaradora de la angustia. En ambos casos, las tensiones de la nuca y la pelvis aparecen con más frecuencia que en la estructura en malla, siendo su aspecto general más rígido.

2 W. Reich: *Análisis del Carácter*. Paidós, 1976. Pág. 321: Falta de contacto.

❖ SUBTIPOS

• El Subtipo Histérico: Eneatipo II

«Su característica más sobresaliente es una *conducta sexual evidente*, en combinación con un tipo específico de *agilidad corporal* teñida de un matiz definidamente sexual..... En las mujeres, el carácter histérico se evidencia por una coquetería disfrazada o des-
embozada en el andar, en la mirada y en el hablar. En los hombres existe además blandura y cortesía excesiva, expresión facial femenina y comportamiento femenino»³.

Cuando se trata de un tipo puro, la coraza muscular se dispone exclusivamente en estructura en malla. Mediante la misma, el exceso de excitación energética es sexualizado y transferido directamente a la superficie del cuerpo, donde es contenido y expresado a través del movimiento pansexualizado al que se refiere Reich, aunque desprovisto de su componente emocional. Este mecanismo de defensa corporal es la causa de que estas personas tiendan a somatizar en la musculatura con dolores más o menos erráticos, en grupos de músculos en los que pueden ocasionar disfunciones, e incluso llegar a producir las clásicas conversiones, si bien éstas se ven actualmente con menor frecuencia, o más bien con menor apariencia, menos llamativamente. También hace que los histéricos impresionen como tipos de fácil excitabilidad.

Es el más emocional de los caracteres rígidos —todos ellos escasamente proclives a expresar sus emociones—, pero esta emocionabilidad está disociada de la consciencia, es decir, de sus instancias profundas⁴. El impulso —tanto el tierno con su actual carga erótica, como el agresivo y su manifestación sexual genital— está conservado pero su contenido emocional, reprimido. Su mecanismo de defensa específico es, pues, la **represión**, lo que permite que tanto la función del subimpulso tierno por medio de un pseudocontacto erótico, como del subimpulso agresivo a través de la sexualidad genital, cumplan de un modo muy eficaz y obvio con sus misiones de defensa. En esta función ambos impulsos son muy activos, incluso provocativos, hasta que se hace necesaria la implicación emocional. Entonces se vuelven pasivos, se infantilizan, e incluso se inhiben, o bien aparecen como síntoma sensaciones de angustia somatizada.

³ OC, pág. 201.

⁴ Claudio Naranjo se refiere a esta condición emocional como “falsa emocionabilidad”.

AM (Eneatipo II, subtipo sexual) transmite así su experiencia: *«De pequeña era novia de mi padre, de mi abuelo y de los amigos de mi padre, me tenían de preferida y lo decían. De alguna manera me he aliado siempre con la fuerza y la he hecho mía, negando mi necesidad de madre, mi necesidad de cuidado o de suavidad, y he sentido muy ridiculizado mi lado femenino, la suavidad, la sensibilidad, el llanto... Quedando todo esto relegado y, con ello, mi ser mujer, **quedando en una adolescente que no ejecuta y siendo siempre la mejor amiga de mis amigos, los que me atraían y sintiendo ahí el final del viaje.** Pues ha estado así en casa, el límite sin concretar y sin existir, y la fuerza en un juego entre los hombres fuertes de mi familia, especialmente entre mi padre y yo».*

Si la pulsación de la energía estásica aumenta como consecuencia de cualquier evocación que, consciente o inconscientemente, active los contenidos reprimidos y, en el intento de controlar más las sensaciones de angustia que dichas evocaciones podrían ocasionar, tales mecanismos fallan, suele ocurrir que, como mecanismo de defensa extremo ante la angustia movilizada, se necesite inhibir globalmente las funciones de todos los impulsos vitales. Esta situación conducirá —de persistir fijaciones orales relativamente importantes— a un estado de regresión depresiva, como de hecho ocurre en la mayoría de los casos.

La función defensiva del pseudocontacto erótico y de la sexualidad genital se lleva a cabo mediante su especialización y capacitación para detectar el riesgo de compromiso y de entrega emocional, y retirarse inmediatamente cuando así ocurre. Este movimiento de retracción energética (libidinal) podemos compararlo al que realizan los cuernos del caracol cuando los tocamos con los dedos: el contacto inhibe la función original y se dispone en alerta, en función defensiva, para retirarse dentro de su concha. Desde el punto de vista de la expresión relacional del carácter, esta función defensiva trae como consecuencia el que sean tipos con tendencia a repentinos cambios de estado emocional, de actitudes y de conductas de una manera inesperada e impensada, y sin tener clara consciencia ni resonancia emocional de las implicaciones que su pseudocontacto, ni mucho menos su retirada, pueda tener para los demás.

Esta facilidad defensiva para retraerse emocionalmente implica problemas en el establecimiento de relaciones emocionales arraigadas y en el mantenimiento de relaciones estables de pareja. Pero esta dificultad real es asumida por ellos —y justificada ante los demás— como el precio que tienen que pagar por mantener su libertad. Su concepto de libertad es

una distorsión cognitiva, una idealización al servicio de la función defensiva por su dificultad neurótica para el contacto y la entrega, por su miedo a comprometerse emocionalmente. Es a estas actitudes de falta de resonancia emocional profunda, con su escaso contacto con la angustia, a las que nos referimos con la expresión “bella indiferencia”, tal y como relata MG (Eneatipo II, subtipo social): *«Me gusta tener el dominio y la capacidad, ejercer la autoridad para poner distancia...; como soy autosuficiente en cualquier sentido, no necesito nada de nadie, sólo doy lo que quiero y nunca he compartido nada con nadie»*. Sin embargo, y a pesar de lo anteriormente dicho, unas cuantas sesiones más adelante, retoma el tema desde otro contacto con ella misma: *«Llevo una vida tan intensa para no contactar conmigo..., en realidad no me quiero mucho... me olvido de mí. Es precisamente por lo que estoy aquí: no me fío de mí..., lo único que me puede curar es el amor... pero como sentimiento que yo tengo que darme. Pero es algo teórico que sé y que me gustaría que llegara... Realmente no puedo sentir el amor..., pero sí puedo sentir amor por los demás..., aunque no les dejo que se pongan a mi nivel para poder ayudar»*.

La tendencia y la capacidad para extrovertir los estados emocionales disociados de sus impulsos profundos, y vehiculados por el subimpulso agresivo libre, vienen a reforzar su reputación de persona emocional y espontánea. Pero lo que en realidad sucede, es que sacrifican la posibilidad de contactos espontáneos tiernos, eróticos y sexuales en aras de seguir manteniendo una fantasía idealizada de libertad, permaneciendo inconscientes de su falta real de libertad interior para el contacto genuino tierno y erótico consigo mismos. De ahí su permanente sensación, más o menos consciente, de insatisfacción amorosa.

Así lo expresa AM, en un momento muy avanzado de su proceso psicoterapéutico: *«He establecido relaciones de pareja con hombres con los que siempre me he sentido muy superior y han quedado bajo mi dominación; una vez dominados he puesto el deseo fuera de la pareja, así siempre mi mirada está fuera y siento a la pareja como una carga que he de aguantar, eso me genera mucho cabreo con mis parejas y las trato mal, como si estuviesen en deuda conmigo por estar con ellas. Me doy cuenta de que las trato igual que mi padre a mi madre. Pongo el deseo fuera de la pareja, en algo ilegal, fuera de la ley y nunca llega a materializarse, pero necesito tenerlo porque si no me ahogo al tener el límite real de la fuerza de mi compañero. La otra cara de la moneda es que me enamoro siempre de personas que están fuera de mi alcance, asegurarán-*

dome siempre quedar fuera. Que no haya materialización, ser la otra; aquí me lío, pero creo que esto es la identificación con mi madre».

Mientras que MG, al inicio de su proceso, lo siente de una manera mucho menos consciente: *«Yo no estoy ejerciendo..., bueno, no tengo relaciones sexuales últimamente..., no es algo en lo que yo ahora me encuentre, lo lamento porque me gusta y es bueno. No estoy ejerciendo como hembra, pero me siento mujer. Yo no tengo relaciones porque a mí nadie me abandona. Yo soy la preferida pero no la elegida porque no se quedan. Sólo llegan hombres débiles... y yo soy ideal porque no pido nada».*

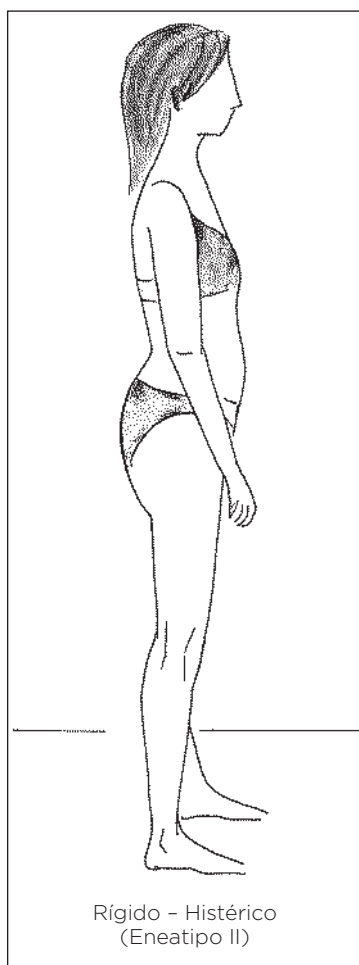
Citando a Reich: «...lo que parece un impulso sexual es sexualidad en función de defensa..... El hecho de que esta conducta sexual exprese también otros impulsos secundarios, tales como narcisismo primitivo o el deseo de dominar o de causar impresión, carecen de importancia en este contexto»⁵. Y no deben distraernos de que el hilo conductor de la terapia con estas personas es conseguir que sean conscientes de que la verdadera función de sus conductas y actitudes no es otra que la evitación de la angustia genital ante el contacto y el compromiso emocional. Sólo mediante la restitución de la confianza en su capacidad de gratificación genuina y profunda a través de la entrega a sí mismos y a los demás, como adultos iguales a cualquier otro, quedará la persona histérica libre de la angustia.

Reich lo explica con claridad: “El hecho es que las excitaciones genitales plenamente desarrolladas no se presten a otra cosa que a la gratificación directa; **su inhibición obstaculiza también severamente la sublimación de otros impulsos libidinales, porque les dota de un exceso de energía**”⁶. Aunque la Represión está en el origen del inconsciente y de su psicodinámica —y en la base de cualquier otro mecanismo de defensa—, desde éste punto de vista de Reich se comprende bien por qué este tipo caracterial no puede elaborar otros mecanismos de defensa psicoemocionales mas que la represión como contención fundamental de la angustia. Tampoco debemos olvidar que cuanto mayor sea la apariencia de impulso sexual mayor consolidación habrá de las estructuras defensivas, y por tanto de la inhibición en el contacto profundo. En otras palabras: la persona histérica estará tanto más desconectada emocionalmente cuanto mayor sea su apariencia de espontaneidad emocional y sexual.

⁵ OC, pág. 204.

⁶ OC, pág. 205.

Las tendencias depresivas que aparecen en los caracteres histéricos se deben a la activación de fijaciones orales. Aunque no haya una regresión propiamente dicha, al no haber existido una estasis energética suficientemente importante que determinase la fijación estructural del carácter oral, el niño tuvo que recurrir a posiciones de pasividad oral ante la intensa angustia originada por la frustración genital, lo que quedará inscrito como tendencia y como rasgo del carácter. Recuérdese, que al estar los impulsos plenamente desarrollados su carga energética está también plenamente desarrollada; por lo que la intensidad de la angustia que de su contención se deriva es igualmente intensa, y se necesitan de los recursos de la desenergetización oral pasiva para ayudar a su contención.



En el carácter histérico, el niño ha podido pasar por la fase oral del desarrollo sin fijaciones que determinen que se estructure un carácter oral. Ha podido ser así porque uno de los dos progenitores —generalmente el de sexo opuesto— ha ejercido su función desde una actitud tierna aunque seductora, y si no plenamente gratificante, tampoco excesivamente frustrante. Esta relación vendrá a compensar la falta de una genuina gratificación oral por parte de la función materna. Ahora bien, como este tipo de relación seductora tiene tendencia a mantenerse a lo largo de todo el desarrollo —erotizándose en la fase genital, donde será más o menos intensamente frustrada—, el niño queda atrapado en la necesidad de seducir activa y sexualmente al progenitor de distinto sexo a fin de obtener el poder necesario para afirmarse, como sujeto deseante y sexualmente diferenciado, ante el progenitor del mismo sexo —a diferencia del carácter psicopático que es seducido por el progenitor manipulador mientras él mantiene una actitud pasiva—. Pero, frente a la angustia que la ligazón incestuosa le causa, tendrá necesariamente que disociarse de la correspondiente emoción tierna.

Veamos como lo siente y dice MG: *«Yo he procurado superar y cuidar a mi madre porque no ha sido una referencia para mí. Mi padre le dedicaba toda la atención a mi madre y yo no tenía esa atención, aunque siempre he vivido como si me atendiese porque mi madre me lo decía. Yo he hecho heroiccidades por demostrar a mi padre que merecía su cariño. He demostrado y he pasado factura de reconocimiento y dignidad. Soy soberbia, pero no me siento orgullosa. Era yo quien lo tenía que hacer porque era yo quien entendía a mi padre. Yo tengo la capacidad de entender y actuar».*

Una dinámica que va a permanecer y a manifestarse como rasgo del carácter en su tendencia a desvalorizar, a descalificar y a desencantarse de las personas una vez seducidas: evitarán así la evocación de esa angustia genital originada por la fantasía del incesto deseado. Ésta es la manera de obtener su posición de poder para ubicarse y resolver el conflicto edípico, aunque el precio a pagar será su dificultad para establecer relaciones en las que exista a la vez entrega amorosa y entrega sexual, y que puedan ser capaces de comprometerse en la mismas.

En palabras de Reich: “El carácter histérico está determinado por una fijación en la fase genital del desarrollo infantil, con su ligazón incestuosa”⁷. Esto quiere decir que el niño ha sufrido un rechazo directo de su deseo de entrega amorosa y erótica en la época en la que se genitalizan las excitaciones plasmáticas; es decir, los subimpulsos del Impulso Unitario, de la Energía de Vida.

El patrón más frecuentemente repetido, como dinámica de relación en la época genital de los caracteres histéricos, es el que quedará marcado por el intento del niño de acercase a los padres de la misma manera en que lo venía haciendo: con deseo de contacto tierno; un deseo que ahora vendrá acompañado de un floreciente y fuerte impulso erótico. En este intento de contacto, el niño se siente rechazado independientemente de cuáles sean las razones reales para el rechazo (aunque generalmente suela ser el miedo de los padres a su propia excitación erótica —que interpretan erróneamente como excitación sexual genital—, a su escasa confianza en poder contenerse a sí mismos, o a sus muchos prejuicios morales). El hecho es que el niño se siente rechazado en tal intento. Esta situación es vivida como un rechazo a su necesidad de entrega amorosa, pero discrimina entre el contacto que anteriormente sí era posible y el que ahora no es aceptado, dándose

7 OC, pág. 202.

cuenta de que, desde su percepción, la diferencia está en la excitación placentera erótica. Por ello, para mantener el contacto afectivo, bloqueará la energía de su carga erótica, con la consiguiente estasis energética, entrando en contacto con la pulsión de angustia que la misma origina y que antes no sentía, estableciendo así la ligazón entre placer erótico y angustia, cuando lo que el niño siente es solamente deseo de contacto tierno y lúdico.

En el adulto, tal dinámica puede tener la siguiente expresión, como le ocurrió a AM durante un trabajo de grupo en el que se sintió seducida para luego ser excluida: *«He tomado consciencia de que en mí hay algo de aceptación de que para mí no hay, y esto ha estado así toda la vida, siento que se me caen los brazos y no puedo reclamar, me quedo desvalida de mí misma y aislada del mundo, me siento no valiosa, castigada, sola, abandonada. Me quedo muy pequeña, perdida, inmóvil sin atreverme a romper y montar un pollo y parar a todo el grupo para que me incluyan, para defender mi lugar y para incluirme. Ahí conecto con haber visto la vida siempre desde fuera. Me recuerda cuando, de pequeña, mis padre no me dejaban tiempo para ser niña y jugar con los otros niños, porque yo era mayor, y ahí me consolaban con que yo valía quedándome fuera, de paso cuidando a los niños y liberándoles a ellos de esa tarea».*

Así las cosas, el recurso al que recurrirá por resultarle energéticamente más económico, será disociarse emocionalmente de la experiencia que, al ser nueva y desconocida, procesará como causa del rechazo y, consiguientemente, origen también de la frustración y de la experiencia de angustia: experiencia que no es otra que el placer erótico. Esta disociación⁸, por la que el intento de satisfacer su deseo de contacto tierno y erótico con el progenitor de distinto sexo queda desconectada de su componente emocional, es lo que conocemos como el mecanismo de defensa de la represión; mecanismo por el que quedará relegado al inconsciente el componente emocional de las experiencias que podrían movilizar angustia.

La represión implica que la disociación entre la entrega amorosa y sexual permanezca en el adulto: podrá haber contacto tierno si no existe excitación sexual, o contacto sexual si no hay riesgo de contacto tierno. Con el resultado de que la entrega comprometida nunca será completa, siempre será provisional, porque una entrega completa evocaría la angustia genital

⁸ En el adulto histérico la disociación suele aparecer como síntoma cuando el contenido de la represión corre el riesgo de movilizarse por la intensidad de una experiencia vivida, e incluso aparecer como un brote psicótico: una bouffée délirante.

asociada a la fantasía de incesto. De éste modo, los subimpulsos tierno y agresivo del Impulso Unitario pierden su dirección unívoca, quedando definitivamente disociados. Dicho de otra manera, podrán sentir amor con quienes no sientan placer, o podrán sentir placer con quienes no sientan amor, pero tienen bastante difícil estar unívocamente en ambas experiencia. En los casos más patológicos no se producirá ni siquiera eso: estarán más frecuentemente en un “como si” de la ternura y del placer, en la “falsa emocionabilidad”.

Como señala MG: *«Creo que he conectado con un sentimiento de pena porque no me han querido: me sorprende que alguien me quiera y quiera cuidarme. No me lo creo: He tenido una aventura amorosa y me he sentido querida y cuidada, y con ganas de dejarme querer. Pero de repente me sentí dolida con mi ex marido y con las circunstancias de mi vida,... nunca me he sentido querida ni cuidada..., y se fueron las ganas».*

• El Subtipo Pasivo-Femenino: Eneatipo VII

Aunque es un carácter genital —con el yo asentado en la realidad y la sexualidad en la genitalidad—, se instala en una dinámica en la que se equilibran fijaciones pregenitales (orales y masoquistas), relativamente importantes, junto a las genitales. Así pues, hemos de tener en cuenta que estos restos pregenitales le dan peculiaridades distintas a las de los demás caracteres rígidos, como son la tendencia a la pasividad, al exceso de fantasía, amabilidad y cortesía, y a la necesidad de evitar la mayoría de los impulsos agresivos dirigidos directamente hacia un objeto, fundamentalmente los impulsos agresivos hostiles. Por contra, manifiestan una marcada tendencia a la oposición pasiva a cualquier forma de autoridad.

Esta actitud se origina a consecuencia de una tenaz resistencia interna a la autoridad del progenitor de sexo opuesto, al que se ha vivido como poderoso, posesivo y, sea de forma fantaseada o no, incestuosamente protector. Paralelamente se dará una inmovilización de la agresividad como defensa masoquista frente al impulso hostil hacia el progenitor del mismo sexo, que no ha servido como figura de identificación. Generalmente se da en el proceso de un edipo invertido, en el cual el progenitor del mismo sexo está invalidado como figura liberadora de la posesión seductora erótica del otro progenitor y, por tanto, como figura que complete su identificación de género. En el proceso de psicoterapia, esta rebeldía pasiva será la resistencia principal.

H. es un paciente varón, (subtipo sexual en el Eneagrama) que expresa así este conflicto:

«La sensación que me llega de la relación con mi madre es frustrante, árida y asfixiante. Yo creo que llegué a destiempo, no sé hasta qué punto fui deseado. Siempre ha habido un matriarcado de mi abuela paterna. Mi padre era un calzonazos y yo llegué a un avispero y él ni se enteró. Mi abuela tenía todo el poder y sus decisiones eran como leyes, siento que mi abuela no me quería ni me aceptaba como macho. A veces cuando veo a mi madre siento asco y me veo obligado a cumplir para parecer suficientemente macho.

En mi casa el poder siempre ha sido manejado por mi madre, pero no ha sido una relación clara y yo no me fío. Pero necesito a la mujer para que me de poder, para sentirme seguro. Quizás por eso cuando mi mujer toma decisiones me gratifico, aunque no coincida conmigo, pero también tengo miedo, me asusta que me falle. Yo sólo puedo ver a la mujer como a un ser humano y no seducirlas cuando no tengo miedo; reconozco que mi seducción son tácticas de apaciguamiento: Te quiero, no me jodas».

En la mayoría de las personas de carácter pasivo-femenino, la coraza muscular se estructura en malla, lo que le dará al cuerpo la tendencia a una morfología redondeada y dulce, con movimientos de aspecto femenino, de alguna manera semejantes al carácter histérico; y ello, pese a que la estructura psicodinámica de su personalidad es obsesiva y, por tanto, con escasa tendencia a la emocionabilidad. Asimismo, dicha estructura en malla contribuye a que, en el campo de las relaciones, impresione como dulce, amable, detallista, conciliador, blando, humilde y poco confrontativo. Como su subimpulso agresivo está más inmovilizado que el tierno, para expresar y confirmar su necesidad neurótica de poder desarrollarán tácticas intelectuales de seducción y auto-seducción.

Hablando de cómo H. establece sus relaciones, dice: *«Yo hago lo posible por hacerlas bonitas, hedonistas, evitando la confrontación aunque pierda mi autoridad real. Hago una seducción a través de lo agradable por miedo a perder la relación, el cariño, el contacto, porque mi miedo histórico es a ser manipulado y abandonado por la mujer, y miedo al rival. Me llama la atención cómo yo ante un rival me lo monto de inferior y utilizo la seducción para controlar y defenderme de que aparezca otro rival».*

Pero esto implicará que la carga energética pélvica disminuya notablemente por el desplazamiento de la energía genital al tórax y a la cabeza, con lo que se evitará así la intensa angustia genital en un carácter en el que la fantasía de incesto es especialmente importante, cuando no ha sido vivido como un hecho casi consumado⁹. Este desplazamiento de la energía explica el que sus mecanismos de defensa específicos sean **la sublimación y la idealización** y su posición de refugio preferida, la imaginación fantasiosa y pseudo creativa, ya que casi nunca es confrontada con la realidad. Así tiene H. su ideal de mujer: «*Idealizo a la mujer, me lo monto y lo hago a mi manera: entregada, libremente sumisa, perfecta, una señora mujer que se pliegue ante mí por mis características, que está exclusivamente dedicada a mí, que imagine lo que yo quiero y en seguida me complazca y goce conmigo, que vele mis sueños. Por otra parte nunca me he fiado de eso, y para intentar conseguirlo utilizo la manipulación verbal y si no lo consigo paso a la agresión emocional.*»

Tal mecanismo de desplazamiento energético evitador de la angustia, implica —por sobrecarga de excitación— un cierto bloqueo de la agresividad intelectual. Caracterialmente, el bloqueo de la agresividad intelectual se manifiesta como una tendencia a un exceso de actividad planificadora fantaseada, sin concreción real; y la descarga de la energía pélvica desplazada, como una disposición a la sexualidad pasiva (voyeurismo).

Veamos estas dos frases de H:

«*Tengo mucha actividad mental superficial: cosas pendientes que tengo que hacer, actividad para el futuro. Cosas pendientes y, sobre todo, cosas nuevas para hacer, siempre proyectadas al futuro.*»

«*Cuando me llega el deseo de una mujer lo tengo que satisfacer. Satisfacer su deseo me da la sensación de poder completarlas. ¿O es satisfacer mi deseo de agradar y de tenerlas controladas?*»

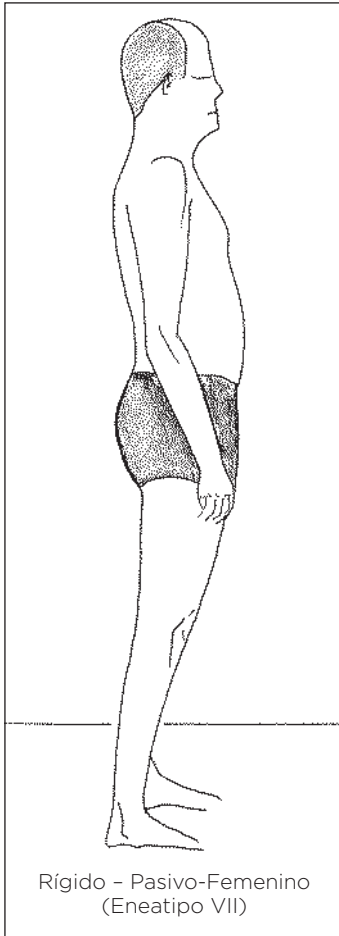
⁹ La palabra “incesto”, así como “castración”, son dos de las rémoras semánticas que arrastramos desde las teorías fóbico-sexuales del propio Freud. En este texto, entendamos por “incesto” no el hecho de desear tener relaciones sexuales con uno de los progenitores, sino el deseo de obtener completamente el poder que se atribuye al otro progenitor, junto con la fantasía de que esta trasgresión supone una provocación hacia el progenitor al que se desea suplantar, y que éste defenderá su lugar con hostilidad hacia el sujeto infantil. Así las cosas, el niño no se siente protegido por límites operativos que le protejan, tanto de su propio impulso trasgresor como de la hostilidad del progenitor al que se desea suplantar. Situación esta que suscita intensa angustia por la cantidad de energía que es necesario inmovilizar en función de defensa.

El desplazamiento energético al tórax contribuye al desarrollo de esas características que calificamos como femeninas, pero no podemos perder de vista el hecho de que, en realidad, se trata de impulsos sexuales en función de defensa y que, por tanto, estarán disociadas de sus componentes emocionales profundos.

Realmente el mundo ni les interesa, ni les influye. Sin embargo, la tendencia oral a apoyarse en los demás da la impresión, incluso a ellos mismos, de que tienen relaciones especialmente intensas con el mundo exterior. Además, su componente tierno —disociado y tan desprovisto de agresividad— les acerca a una pseudo-benevolencia piadosa, actitud desde la que manipulan también en función de su necesidad de mostrar poder sin por ello tener que confrontar: *«Realmente no he confrontado nunca el poder. Es como no querer competir con los demás, y menos frente a la autoridad»*, dice H, mientras que su rebeldía pasiva la pone de manifiesto de esta manera tan sutil en las primeras sesiones de su proceso: *«Tengo ganas de venir y de decir que no tengo nada que contar y que tampoco tengo por qué venir. No sé qué coño tengo que revisarme»*.

Es un tipo de carácter que aunque parecen establecer un contacto intenso, éste es solamente superficial y sin que haya realmente una relación de compromiso. Me atrevería a afirmar que se trata del carácter más fóbico al compromiso; más incluso que el esquizoide, pues al menos éste se compromete consigo mismo. Respecto al compromiso, dice H: *«Puedo controlar desde ahí, con unas reglas que yo puedo saltarme. Yo doy incondicionalidad formal, pero pido incondicionalidad emocional»*. Y en otra ocasión, refiriéndose a su situación económica: *«Estoy agobiado por las facturas, pero si tuviese más dinero me lo gastaría; el agobio hace que me mueva para no relajarme. Siempre he tenido mucho miedo a perder el trabajo, pero hice lo posible para quedarme sin él. Me pongo en situaciones límite para hacerme mover el culo y seguir avanzando, no acomodarme. Tengo que moverme, tengo que viajar, tengo que meter las narices»*. De este modo pone también de manifiesto su bloqueo del subimpulso agresivo, necesitando un plus de estímulo para poder ir hacia objetivos.

Estos rasgos del carácter se manifiestan, junto a otras actitudes, como tendencia a la promiscuidad sexual pasiva —mucho fantasía de sexualidad genital aunque poca satisfacción orgásmica real—, y en su dificultad para mantener relaciones estables no dependientes. Ambas tendencias evidencian y son consecuencia de la existencia de fijaciones orales y masoquistas.



En definitiva, la posición pasiva del carácter pasivo-femenino se deriva del miedo a su propia fuerza, a su propio impulso genital, que le evoca directamente la angustia genital incestuosa. El conectar con la fuerza agresiva de su impulso genital sexual, le coloca entre el deseo de completar el incesto y la angustia que ello moviliza, ya que los límites entre la fantasía y la realidad fueron —y aún lo son en el adulto— bastante difusos y dependieron casi exclusivamente de él mismo, puesto que el progenitor de distinto sexo no supo ponerlos con la suficiente claridad ni autoridad, ni el del mismo sexo cumplió con la función limitadora que propiciase el rescate. Racionaliza H: *«Si dejo que salga todo lo que hay, me asusta. Tiene que ver con la confrontación de lo que sea. A lo mejor también con un sentimiento de culpa..., lo que intento es contener el ensañamiento...»*

Es decir, el conectar con su fuerza genital le evoca la angustiosa situación original de tener que frustrarse, de autolimitarse, en su deseo de obtener el lugar de poder a través

del contacto tierno y erótico a fin de poder separarse del progenitor de distinto sexo —deseado y temidamente incestuoso—, bajo cuya simbiótica complicidad y protección disfruta pasivamente de un poder, que comparte vicariantemente, y que ejerce ante el progenitor del mismo sexo: *«¿Cómo puedo yo vivirme a mí independiente de la mujer, si necesito confirmarme en ella? Al tiempo siento algo gozoso en la rabia y en la posesión de ellas»*. Máxime, cuando el progenitor del propio sexo no es una figura de identificación ni un posible rescatador, al ser percibido como un padre/madre sometido o degradado, excesivamente débil, o ausente física o emocionalmente por representar una posición de difícil alcance: *«Un calzonazos que no vino nunca a rescatarme porque ni me vio»*.

Ante situación tan angustiosa, y frente a la que se le presentan dos alternativas nada atractivas —separarse del progenitor del otro sexo, lo que significaría perder la posición de poder y quedarse en vacío; o mantenerse

en simbiosis con él y permanecer en la constante vivencia de la angustia de incesto por la carencia de límites—, la elección más económica energéticamente es la desconexión del propio impulso genital, de la propia fuerza vital. Es decir, inhibir la intensidad del subimpulso agresivo genitalizado y ya plenamente desarrollado, sublimándolo a través de la intelectualización fantaseada y sin contacto con la realidad: esto es, utilizar un recurso defensivo masoquista. Es así como se posiciona ante el conflicto edípico y obtiene la necesaria parcela de poder. En el caso del varón, por ejemplo, no existe un padre que rescate al niño de la “tierna y exigente, amorosa y erótica” posesividad de la madre invasora, que consciente o inconscientemente estimula su excitación erótica y origina una intensa angustia genital. Razón por la que la figura de un “padre” fuerte y rescatador es siempre recibida con una sensación de tranquilidad.

Veamos la fantasía de H: *«No llego nunca a algo que deseo en el contacto profundo, ni con ella ni con nadie. Yo sigo la pista de un encuentro total, dejarme caer. Pero yo me paro cuando empiezo a sentir que mi deseo no va a ser correspondido. Un deseo que hasta ahora no ha sido correspondido. Pero hay esperanza. Y el deseo es un subidón energético que me permita conectar con planos muy altos. Es como si tuviesen que darse unas condiciones muy especiales».*

Desde el punto de vista psicodinámico, existe una identificación del yo con el progenitor del sexo opuesto (edipo invertido), el “único padre disponible”, bajo cuya complicidad se siente poderoso, pero al precio de caer en una actitud pasiva sustentada en la necesidad de tener que inhibir parte de su agresividad. De inhibir precisamente el componente que le conduciría hacia la satisfacción directa de su deseo, y ello a fin de disponerla en función de defensa para poder contener el componente erótico de su subimpulso tierno, lo que le evita la angustia del incesto pero también la individualización y la independencia completas.

Además, la figura de este progenitor objeto de intensos deseos incestuosos, es también temida como generadora de angustia al ser asfixiantemente posesiva. Ante ella que el niño se ve en la necesidad de tener que inhibir sus impulsos agresivos, incluidos los hostiles que más tarde se podrán manifestar de forma sádica, lo que implicará la renuncia a su posición fálica de independencia, aunque esté ya anclada y definida genitualmente: *«La relación con mi madre siempre ha sido de creerme que me quería, que yo era su preferido, pero no puedo fiarme porque me da el poder y me lo quita. Me doy cuenta de que yo dependo del poder de mi madre y de la mujer.*

Cuando yo he sido fiel ha sido por miedo, y siempre me lo monto para que mis mujeres corten conmigo. Estoy emparedado entre mi madre y la mujer, pero a mi madre ni la suelto ni la cojo, es como un no te acerques pero no te vayas lejos. Y lo que me gustaría es tener relación con una mujer femenina pero al mismo tiempo fuerte, que no me deje jugar».

Esta dinámica propiciará la identificación pasiva y sumisa con aquél, manifestándose en el adulto como una aparente sumisión ante las personas investidas de una autoridad similar, pero que oculta una actitud rebelde y provocativa, que podríamos calificar de pseudo-rebeldía por lo poco operativa que es en la realidad cotidiana. Se trata, pues, en realidad de un carácter en el que la posición “pseudo” está presente en muchas de sus manifestaciones.

En lo que respecta a la relación concreta, el progenitor del otro sexo, por su parte, ha permitido contactos eróticos reales desde una actitud de descuido, de inhibición o de disimulo —una actitud que no aprueba ni rechaza—, con la consecuencia de no poner límites reales y operativos a tales contactos. Unos contactos que son vividos por el niño como incestuosos y que dejan la relación a merced de la fantasía de éste, quien los experimenta como una trasgresión consentida pero no apoyada manifestamente, como algo tolerado siempre que no sea explícito. Es él quien transgrede, mientras que el progenitor de distinto sexo consiente pasivamente, a cambio de su ulterior complicidad, sumisión y silencio; lo que marcará la relación con un rasgo de perversión. Así, el incesto queda como una fantasía posible y deseable, nunca totalmente aceptada ni prohibida, en la intimidad de la ocultación frente al otro progenitor y ante los demás.

Relacionalmente, esta dinámica se manifiesta como rasgos del carácter, como una tendencia a la seducción tramposa, y también como una disposición a la fantasía de la trasgresión incestuosa y a las actitudes sexuales perversas y pasivas, ya sean éstas reales o fantaseadas. Da lugar, así mismo, a una estructura narcisística típica que se observa asiduamente en la clínica: la fantasía de poder nunca confrontada con la realidad: «*Siento la masturbación como un fracaso, pero al mismo tiempo es transgredir una ley, estar violando una norma moral importantísima; es como una adicción: que se jodan todos, yo lo hago; me dices que es pecado y me lo salto. Busco compulsivamente la sensación de placer, soledad y saltarme una norma. Cuando hay permiso hay miedo. Masturbándome no dependo de nadie, no tengo que arriesgarme a ver qué me dice la otra*», totalmente racionalizado para H.

En el varón, por ejemplo, se manifestará como dependencia y hostilidad encubierta hacia la mujer, al tiempo que sentirá admiración y sumisión. Éste es el miedo de H: *«Tengo miedo a dividirme en mi relación con las mujeres, miedo a perder algo irreparable, sobre todo a las mujeres fuertes»*. Y esta la decepción: *«En la relación con mi mujer yo pensaba que era de una forma: dulzura, respeto, ayuda y entrega. Ahora resulta que sólo era dependencia, y la veo en el otro extremo y entro en agresión cuando ella se rebota. ¡Que se ría de mí una jodida mujer!»* En cambio, experimentará un sentimiento de rebeldía pasiva como consecuencia de su necesidad de revancha ante el varón dotado de poder, expresión de su frustrado anhelo por no haber tenido un padre rescatador, y al que ha odiado por sentirlo como débil: *«En el fondo necesitaría a la mujer para confrontar al rival a través de los celos, aunque la verdad es que nunca he tenido que vencer a un rival, me las busco sin rival»*. En la mujer, la dinámica es idéntica, pero de signo opuesto y de apariencia más manifestamente agresiva.

Respecto del varón pasivo-femenino, dice Reich: “Este tipo se caracteriza por una exagerada cortesía y complacencia, blandura y tendencia a la astucia; esta actitud evita las tendencias masculinas activas y en especial el reprimido odio hacia el padre. Si bien tiene una identificación materna en el yo, y es así en realidad pasivo-femenino, tiene una identificación con el padre en el superyó y en el ideal yoico, sin ser capaz, sin embargo, de realizar prácticamente esta identificación, debido a la falta de una posición fálica. Siempre es femenino y siempre quiere ser masculino.”¹⁰ Éste es el drama de H:

*«Tengo sentimientos de ternura hacia mi madre, y de rabia y pena hacia mi padre, lo veo necesitado, pero me resulta muy difícil acercarme a él porque me impone la forma en que tengo que ayudarlo. La sensación que tengo es que a él no le gusta el acercamiento emocional. No recuerdo un abrazo de mi padre, ni un gesto de efecto, y yo quiero, **me gustaría estar de hombre a hombre** y tomar aparte en sus empresas.*

Mi necesidad imperiosa es encontrar mi motivación básica genuina, retomar mi virilidad».

Por lo que hace a la expresión, su mirada es viva y envolvente, cálidamente tierna, pero carece de firmeza, excepto si existen defensas psicopáti-

¹⁰ OC, pág. 167.

cas. De existir las mismas —esto es, si la posición fálica no ha sido completamente abandonada—, su cuerpo aparece menos redondeado, con una mayor tendencia al desarrollo del tórax, con una pelvis más estrecha y mayor firmeza en la mirada. Las manos, como expresión del componente oral¹¹, suelen ser blandas y débiles, y la pelvis laxa, redondeada y bloqueada como defensa contra el derrumbamiento masoquista¹². Las piernas serán más o menos débiles en función del componente oral. Como rasgo de éste carácter, la tendencia masoquista se muestra en una menor capacidad de resolución y en la propensión a aparecer como personas resignadas, lo que les vendrá a diferenciar del resto de los rígidos.

El carácter pasivo-femenino refuerza su necesidad de sentirse asentado en el poder mediante su capacidad para obtener y manejar la información intelectual, y en el discurso seductor; resultando ser unos más que excelentes vendedores. Compensa con ello su escasa capacidad para comprometerse con las propias decisiones y para ejercer en la vida como personas responsables y adultas. Es típico de este carácter el que generalmente se ganen bien la vida con una actividad distinta a la de su profesión, como si temieran confrontar en la realidad su valía personal y sus conocimientos como personas adultas; una actitud propiamente narcisista.

• El Subtipo Fálico-Nacisista Obsesivo: Eneatipo I

La estructura de su coraza muscular es, predominantemente, en tubo, lo que le confiere un aspecto rígido y severo, con muy escasa disposición a la manifestación emocional pese a tener una estructura de personalidad histérica. Hay, por el contrario, una predisposición —como manifestación de una mayor carga energética cefálica— a los pensamientos obsesivos y críticos y a la autoexigencia. Además, tiene este carácter importantes fijaciones anales que le llevan a la preocupación por el orden y la limpieza, sobre todo de su vida interior; así como a una austeridad comedida y elegante, manifestación caracterial de la contención parcial de sus impulsos agresivos hostiles, siendo como es su mecanismo de defensa específico y más operativo la **formación reactiva**.

¹¹ En cualquier carácter, el componente oral, al debilitar la genitalidad, dificulta el desarrollo muscular adulto.

¹² El componente masoquista está anclado en la sumisión a la madre invasora, y se manifiesta, en los varones como hostilidad encubierta contra las mujeres, y en las hembras como descalificación de la feminidad madura.

B. es un varón, subtipo social en el Eneagrama: *«Mi ideal es verme como un varón donde el eje esté en la perfección espiritual, luchar por lo que es justo como política social, todo en un marco de pureza interior, y el deporte como vía purgatoria. Todo esto me parece positivo, pero creo que me desconecta de lo real. Evita la espontaneidad de mí mismo».*

Es el más rígido de los caracteres rígidos, y esta rigidez extrema le lleva, en palabras de Reich, a que: «Toda su vida, en todos sus aspectos principales y secundarios, se desarrolla según un programa preconcebido, inviolable. Todo cambio en el programa se experimenta como displacer, en los casos más pronunciados provoca, incluso, angustia. Debido a la minuciosidad que le acompaña este rasgo del carácter puede ayudar al individuo a hacer muchas cosas; por otra parte también reduce considerablemente la capacidad de trabajo, pues excluye todo cambio rápido y toda adaptación a situaciones nuevas. Puede tener valor para el funcionario, pero es un obstáculo para el individuo que trata de dedicarse al trabajo creador o que depende de las ideas nuevas..... las cosas no esenciales se piensan una con minuciosidad no menor que otros asuntos que sean centro del interés profesional... Cuanto más rígido y patológico se presenta este rasgo, tanto más se concentra el pensamiento y la atención en cosas no esenciales, tanto más se excluyen del pensamiento los asuntos racionalmente importantes»¹³. Dice B: *«El perfeccionismo es un problema que condiciona mi libertad por el miedo a que si no lo hago bien no me quede tranquilo. No es tanto porque a mí me interese. Yo evito prolongar momentos de indecisión por miedo a la duda; por eso paso a la acción con rapidez».*

Esta descripción de Reich es consecuencia de la disposición de la estructura en tubo, por la que la energía fluye directamente de la pelvis a la cabeza y ocasiona una sobrecarga en el lóbulo frontal, la cual contamina y distorsiona cognitivamente las percepciones y las expresiones emocionales, dando origen a las ideas obsesivas que, a su vez, dificultarán la descarga pélvica. Como la pelvis permanece muy rígida y cargada —ya que difícilmente se descarga por completo—, se mantiene en un estado de sobreexcitación genital. En consecuencia vive con una imperiosa necesidad de descarga, a la vez que con sentimientos de culpa —al entrar en conflicto con su rígido código moral—, pues su actividad sexual, poco conectada con los sentimientos tiernos, tiende a la compulsión: *«Soy muy disciplinado, pero si me concedo una gana al aire no tengo medida. O todo o nada; es como una forma de perfeccionismo: si no puedo ser*

¹³ OC, pág. 206.

muy bueno, voy a ser muy malo. Intento ser bueno, pero como deje de serlo por algún motivo o algún fracaso, no tengo freno; los tonos grises nunca me han gustado. Por eso intento ajustarme a mi norma».

Para no experimentar esta estasis energética como angustia, recurren al mecanismo de utilizarla intelectualmente en función defensiva, mediante un obsesivo juicio moral; así queda contenida parcialmente aunque origina una estructura psicoemocional de falta de contacto, pues se trata de impulsos de la misma naturaleza pero antitéticos. La consecuencia es, por una parte, que la sexualidad sea experimentada casi exclusivamente como una descarga del exceso de excitación, y, por ello, escasamente gratificante; por otra, que dé lugar al puritanismo como formación reactiva. Como mecanismo de defensa, el puritanismo actúa conteniendo los impulsos sexuales más profundos e inhibidos. Y es, precisamente, esta vivencia intelectual de la culpa genital lo que le lleva a ser un carácter sobrelimitado por la severa autocrítica: *«Cuando me desmadro una noche, al día siguiente me siento fatal conmigo mismo y me impongo hacer deporte fuertemente para limpiarme de toda falta que he cometido el día anterior, y así me siento menos culpable».*

Podemos afirmar que la peculiaridad que los distingue de los otros subtipos rígidos es que se trata del único que suele dar sintomatología clínica en relación con la vivencia angustiosa de culpa, aunque en parte esté neutralizada con formaciones reactivas, como la exigencia de perfección que le permite transformar los sentimientos de culpa en sentimiento de perfección, y la rigidez de la coraza muscular.

El subtipo de conservación es concretamente el tipo caracterial en el que se da la auténtica clínica hipocondríaca. Este subtipo necesita contener su angustia mediante un estricto control sobre sí mismo, y de todas aquellas personas en las que tiene depositados sus afectos. Mediante la formación reactiva sustituye la angustia por la preocupación acerca de la seguridad de sus seres queridos. La hipocondría aparece por desplazamiento de la angustia transformada en preocupación sobre un determinado órgano, elaborándose la idea delirante de padecer una enfermedad, que será vivida como preocupación intelectualizada y no como vivencia emocional de angustia.

La función defensiva del subimpulso agresivo en este carácter, se manifiesta a través de la actividad intelectual, de la preocupación obsesiva por ideas, pensamientos y emociones secundarias, e incluso insignificantes. Este mecanismo, que por una parte impide la aparición de los impulsos

inhibidos, priva también de la espontaneidad en la acción, manifestación directa de la agresividad creativa; y lo hace a través de la indecisión, la duda y la desconfianza en el fluir natural. Todo ello justificado por la necesidad de perfeccionismo, que cumple así su función defensiva como fijación cognitiva y que ocasiona —aparte de un importante bloqueo afectivo tierno— una actitud de freno y de control. En las relaciones afectivas las consecuencias pueden ser semejantes a como describe B: *«Una vez superado el flash del enamoramiento es como si me dijese que ya he conseguido a esta persona y comienzo a apagarme sexual y emocionalmente, y comienzo a sentir rechazo a las manifestaciones de cariño de la otra persona. Con mi pareja, cuando hay una aproximación física es como si me incomodara. Es sequedad interior mía y me siento incapaz de superarla»*.

La manifestación del componente hostil de la agresividad¹⁴, se lleva a cabo también a través de actividades intelectuales como la ironía, la crítica, el juicio y la necesidad de imponer su criterio, basado en un determinado código ya establecido, y referido generalmente a una versión adecuada a sus necesidades neuróticas de partes de las leyes y de la justicia.

Así de claro lo expone B: *«Soy muy normativo; me siento mucho más cómodo cuando las reglas del juego están claras y me enfada que no se respeten: si hay normas están para cumplirlas; yo me las puedo saltar de vez en cuando sin demasiada culpa, siempre y cuando piense que lo que estoy haciendo es justo para mí»*.

Los rasgos racionalizadores originarán la principal resistencia a la psicoterapia, y no podrán eliminarse mientras no se consiga el desbloqueo afectivo tierno. Mas éste no se podrá alcanzarse mientras la persona no tome contacto emocional con la realidad de sus impulsos hostiles, que originalmente van dirigidos contra el progenitor causante de la frustración de sus deseos de gratificación erótica. Tales impulsos se manifiestan caracterialmente como ira, provocada inicialmente por la actitud de un progenitor que establece prohibiciones rígidamente, mediante dobles mensajes y en nombre de una moral que él mismo transgrede abiertamente o con ocultación y disimulo. El propio progenitor se permite satisfacciones que

¹⁴ Recuérdese que el impulso agresivo totalmente desprovisto de componente tierno se siente y expresa como sadismo, que no es tolerable por el rígido superyo del individuo. Es en función de la contención del impulso sádico que elabora defensas tales como el puritanismo, que le permite, por racionalización, una manifestación moralmente aceptable del mismo.

prohíbe en los demás, sin reconocerlo abiertamente. Es esta actitud de omnipotencia transgresora la que despierta los sentimientos de envidia en el hijo, derivándose de la misma los deseos iracundos de destrucción.

Así pues, la ira¹⁵, como pasión dominante en éste carácter, tiene su origen en la envidia que despierta la actitud de un progenitor que se interpone entre el niño y su objeto de deseo, en tanto que él mismo —transgrediendo la misma norma moral que impide la tendencia espontánea y natural del niño a satisfacer sus deseos reales o fantaseados de contacto tierno y erótico— satisface impunemente sus propios deseos. Estos sentimientos hostiles de ira más o menos enmascarada contra el progenitor omnipotente y trasgresor de su propia norma, dan como resultado su descalificación moral y su invalidación como figura de autoridad y respeto, frente a la que el niño —aunque no deje de desearle y envidiarle— va tomando el poder como imagen de “autoridad coherente y justa”.

«En mi casa, el poder y la autoridad eran mi padre, un déspota, pero a quien yo le daba la autoridad era a mi madre; aunque no pintase nada en lo concreto, para mí era la autoridad. Mi padre no tenía ninguna autoridad para mí; su capacidad de influencia en mis decisiones era mínima, en cambio la influencia de mi madre era total. Él no se merecía el respeto».

Éste es el modo en que obtiene durante el proceso edípico su lugar de poder: mediante la degradación moral del progenitor que detenta la autoridad familiar —generalmente el padre en nuestra cultura— y la identificación con un ideal de padre opuesto a la figura real experimentada por el niño¹⁶. Consigue así, por usurpación, un poder semejante al que él fantasea en el padre, pero que se justifica en unas rígidas normas de conducta moral que le otorgarían la legitimidad que le falta a su progenitor autoritario, y que le proporcionan seguridad en su lugar de poder. Nuestras observaciones apuntan a que esta descalificación moral se realiza, (mayoritaria aunque no exclusivamente), tanto en los niños como en las niñas, sobre el padre, en tanto que la madre permanece más o menos idealizada. Ello justifica la tendencia fálica a imponerse por la fuerza —aunque sea por la “fuerza de su razón”— que muestran las mujeres de este carácter.

¹⁵ La finalidad de la ira es la destrucción de lo que se interpone entre el sujeto y el objeto de deseo. Es decir, la destrucción de lo que frustra la satisfacción del deseo, sea cual fuere la condición del obstáculo frustrante.

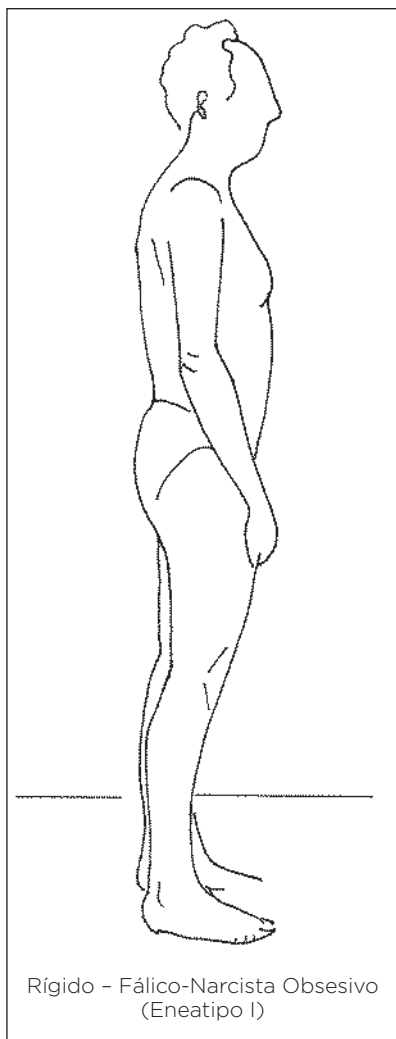
¹⁶ OC, pág. 193: Un carácter “aristocrático”.

Éste es el tipo de relación de B. con sus padres: «Las críticas que venían de mi madre me herían especialmente y me daba mucha pena la posibilidad de defraudarla o decepcionarla en cualquier ámbito. Las críticas de mi padre me generaban rabia pero no me las tomaba en serio; las de mi madre sí que me las tomaba en serio y las consideraba.

La relación con mi padre ha sido y es fundamentalmente fría, condicionada por su miseria interior. Yo adivino en él un deseo sincero de portarse bien con nosotros a nivel material, a nivel de las apariencias. Yo sentía rechazo hacia él y pensaba que ójala se muriera, y le hacía

responsable de mi infelicidad y de la de mi madre. De mi padre no he esperado nada a nivel emocional, sólo que no nos jodiera. Me sentía con incapacidad de contacto tierno con él. Era lo que más iba contra la imagen que tenía de mí, contra mi deseo de ser bueno. Mi padre ha sido el mayor secreto que he tenido hacia el exterior porque compartíamos miseria. Ahora pienso que mi padre no hacía nada por joder, pero por su propio caos interno machacaba a quien tuviera al lado. **Tiene una connotación de suciedad, pero es que era así.**

Mi madre está en el otro polo que mi padre. Es la persona que más quiero en mi vida, ha sido la tabla de salvación en periodos difíciles. Totalmente entregada, siempre está ahí cuando nos hace falta, y yo siento una deuda de gratitud infinita. Siento apego y dependencia emocional: no me dejes. Su figura ha sido fundamental y yo la admiro, mientras me avergüenzo de mi padre. Ella tiene algo de excepcional y admirable objetivamente. Ella siempre ha tendido a sobreprotegerme mucho y yo a jugar el papel de hijo pequeño. A mí me sale una vena protectora de mi madre, incluso la protegía de mi padre, y ella me lo agradecía».



Rígido - Fállico-Narcista Obsesivo
(Eneatipo I)

Aunque se inicia durante la situación edípica, el proceso de degradación moral del progenitor autoritario va consolidándose durante la fase de latencia e inicio de la pubertad y apareciendo manifestamente en la adolescencia, a medida que el niño va tomando conciencia de que el padre se permite —con impunidad y con falseamiento de conducta— a sí mismo lo que prohíbe para él. Su conducta “amoral” es detectada por el niño a través de la observación de las conductas y actitudes del progenitor autoritario hacia el otro progenitor —habitualmente, la madre—, hacia la sexualidad o hacia lo social y laboral; dándose así los tres subtipos (conservación, sexual o social) según el aspecto que haya acaparado más atención al haber sido más obvio y traumático para el hijo.

Una consecuencia de esta dinámica en los varones fálico-narcisistas obsesivos —que considero debida a la estructura histérica de su personalidad, y que no he podido detectar en la mujer— es que el fantasma de la homosexualidad sea insidiosamente persistente. Otro rasgo del carácter que se da en ambos sexos lo constituye cierta tendencia a adoptar actitudes propias del otro género: actitudes femeninas en el varón y masculinas en la mujer; en ambos casos es resultado de la percepción de la madre —en lo que respecta a su relación con el hijo, a quien apoya aunque se muestre sumisa a la imposición autoritaria del padre— como una figura más coherente. Porque, aunque esta madre tenga dificultad para el contacto tierno, resulta ser una buena cuidadora, si bien fría emocionalmente, y predispondrá a una idealización positiva en el varón y negativa en la mujer.

Ésta es la situación de B: *«Mi madre es un referente de bondad para mí, también a nivel moral, pero yo siento que ella no nos ha exigido moralmente, entonces ¿cómo he llegado yo a ser tan autoexigente?... creo que mi pensamiento era: haciendo la cosas bien mi madre me iba a querer y me iba a reconocer y yo voy a tener la autoridad moral que mi padre no tiene. Ahora pienso que si no hubiese hecho las cosas bien mi madre no me hubiese reconocido tanto. Pero mi madre no sabe expresar la ternura en forma directa; no recuerdo que se prodigara en besos y abrazos, sólo en el trato cuidadoso y sobreprotector. Es cariñosa, pero no sé cómo; en el trato pero no en la relación física. Correc-tísima hasta el detalle, muy flexible, mucho más que yo.*

Yo estoy como en una posición depravada, porque paradójicamente soy clavado a mi padre. Tengo más rasgos de mi padre de los que me gustaría y intento compensarlo siendo de la forma opuesta, y en esto el referente es mi madre porque la considero justa, racional y sistemática. Pero no me ha enseñado a relacionarme desde las emociones y en mí

ha quedado una sensación de vergüenza hacía mis propias emociones y utilizo la seriedad para ocultarlo y evitar expresar emociones. A veces me da rabia que otros las expresen; no sé manejarlas, no sé qué hacer con ellas. Es como miedo a no controlar mis emociones espontáneas.

La persona emocional en mi casa era mi padre y yo me avergonzaba de él. Yo siempre hubiera dicho que la persona emocional era mi madre, pero ahora veo que la racional era ella. La expresión de emociones de mala leche ni me incomoda ni me avergüenza, lo que me cuesta son la emociones tiernas».

El perfeccionismo, como cualquier otra forma de inmovilismo, es característico de una fijación anal. Frente a la prohibición de la manifestación espontánea del erotismo genital, el niño hace una regresión parcial a fijaciones anales; fijaciones que, sin embargo, no fueron lo suficientemente importantes como para estructurar un carácter masoquista. Dado que, como se ha dicho, el impulso genital aparece ya totalmente desarrollado y necesita gratificarse directamente —aunque para evitar el dolor de una nueva frustración emocional se presente desprovisto defensivamente de la mayor parte de su componente tierno—, se recurrirá a la racionalización, disociando los afectos de los pensamientos. Por ello podrán, mediante pensamientos inspirados en una idealización del orden y de la justicia, justificar su necesidad de control y sus tendencias más hostiles (sádicas). Conseguirán así satisfacer sus necesidades sin tener que pedir ni mostrar sus carencias, y exigiendo ser satisfechos “en justicia”, como forma de manipulación puesta al servicio de su necesidad neurótica de poder. De no ser de este modo, la legalidad vigente será descalificada como injusta e intentarán imponer su propia idea de la justicia y la moral. Por ello, es éste un tipo de carácter al que han pertenecido muchos reformadores sociales y religiosos, como Lutero, Lenin y Gandhi.

Cuando los mecanismos de defensa son insuficientes para contener los impulsos genitales prohibidos —y con ellos los impulsos hostiles asociados—, pueden aparecer síntomas clínicos en forma de pensamientos fóbicos y obsesivos, cuyos contenidos siempre son fantasías sobre la posibilidad de poder infligir daño a personas queridas, con mucha frecuencia hacia los más indefensos, muy comúnmente sobre los niños. Estos síntomas actúan como mecanismos de defensa *in extremis* que vienen a reforzar la contención, pero que evidencian la disociación entre los pensamientos y los afectos. Una manifestación sintomática muy frecuente es la fobia a los cuchillos, los objetos punzantes y los líquidos cáusticos, como desplazamiento de la angustia movilizada tanto por la pulsación de instancias erótico-sexuales u hostiles.

Las relaciones sociales están marcadas siempre por una actitud de alta competitiva hacia todo el mundo, y en especial hacia la autoridad. La autoridad será reconocida mientras quien la detenta sea “merecedor” de ella. Es decir, mientras que a su juicio consideren que aquélla está cumpliendo debidamente con la norma moral de la que ellos participan. No les interesa tanto la ética como su moral social, la que ellos tienen establecida como norma. Por tanto, no se trata de una competitividad por el poder —ellos lo tienen—, sino de reconocer o no la autoridad en el otro, puesto que esta autoridad existe por “delegación” suya.

Su rígido código les impone que, al exigir al otro una conducta moralmente “impecable”, ellos se sometan también a una constante autocrítica a fin de pulir constantemente sus actitudes y poder demandar igualmente al otro “en justicia”; satisfaciendo así sus necesidades sin mostrarlas y sin tener que pedir, ya que demandan solamente lo que se les debe en justa correspondencia: “las cosas como Dios manda”. Si ellos usurparon el poder del padre por su falta de moral, no pueden caer en lo mismo. Por tanto, se someten a una exacerbada crítica y una constante censura; mecanismo por el que también justificarán el “asesinato moral” del progenitor autoritario, y podrán controlar su sentimiento de culpa: *«Sí, soy bastante crítico conmigo. La mente crítica siempre está ahí, pero me molesta que sean críticos con alguien si no es justo; entonces salgo en defensor del débil. En cualquier caso estoy más del lado de la crítica que de la no crítica. Soy como un hámster en la rueda, incapaz de frenar la guerra interna entre mi ideal y mi realidad».*

La patología del carácter dependerá del mayor o menor bloqueo del subimpulso tierno; es decir, de la capacidad para mantener contacto emocional y contener, mediante formaciones reactivas moralmente aceptadas, los componentes hostiles del subimpulso agresivo. A mayor contención del subimpulso tierno, mayor pulsión del subimpulso agresivo que, desprovisto de componente tierno, tenderá a experimentarse y a expresarse como resentimiento y como ira, incluso con manifestaciones destructivamente sádicas.

«El contacto con la ira en mi caso es fácil y fuerte. De fácil acceso, indignación ante lo que interpreto como injusticia; salto muy pronto y me preocupa perder la objetividad; por ejemplo, cuando no para un coche en el paso de cebra tengo una reacción exagerada».

El subtipo de conservación del carácter fálico-narcisista obsesivo, como excepción, experimenta considerables niveles de angustia. Lo que ocurre

en este caso es que: "Toda expresión afectiva y viviente provoca en el inconsciente las antiguas excitaciones sin resolver, por lo cual existe un temor consciente de que pueda suceder un accidente, de perder el auto-control. Puede verse con facilidad que esto abre el camino a todo el conflicto infantil entre el impulso a dejarse ir, a abandonarse, y la necesidad de autocontrol debido al temor al castigo"¹⁷.

En el subtipo de conservación no hay solamente miedo a perder el auto-control, sino también el control sobre cualquier situación en la que estén implicados sus afectos. La intensa angustia que les provoca este miedo a la pérdida del control sobre los depositarios de sus afectos, intentan contenerla ejerciendo un control tiránico sobre todas las personas con las que mantienen relaciones emocionales, aunque ellos lo vivan y expresen solamente como preocupación por sus seres queridos. Cuando este intento de tenerlo todo controlado no da resultado, enferman, generalmente con síntomas depresivos y angustia.

Como no se pueden permitir un estado de desenergetización depresiva, porque se exigen "dar la talla" como si no estuviesen enfermos, se hacen intolerantes a su propio proceso depresivo; una actitud que transformará la ansiedad en angustia. Ésta se racionalizará y, a su vez, se convertirá en preocupación por aquellos a los que "tienen que cuidar": en realidad es la excusa para mantener su imagen ante sí mismo y ante ellos. Esta actitud la utilizan como instrumento de manipulación y control: la exigencia de que los demás se preocupen por él como él se preocupa por los demás.

Su relación con las personas, la realizan a través de las normas de la educación y la convivencia, de modo que no hay lugar para los imprevistos, todo debe estar convenientemente tipificado. Al adecuar su conducta y sus relaciones a estas normas —que generalmente son "sus" normas—, esperan que en justicia se le trate de igual manera; es decir, según sus normas. De éste modo pueden satisfacer sus necesidades neuróticas sin tener que mostrarse necesitado, sin tener que pedir; exigiendo sólo que se les trate como se merecen. De no ser así, y amparándose en su idea de la justicia, caerán en el resentimiento —forma fría de la ira—, o en su manifestación violenta.

A ello se refiere B: *«Tengo una idea muy estricta de lo que es justo e injusto, y lo tengo asociado a lo bueno y lo malo. Yo exijo que se cumpla,*

¹⁷ OC, pág. 210.

pero a veces yo me escaqueo, sé que es deshonesto pero es así, es como concederme una licencia que me merezco. Pero si no me hacen justicia con lo que creo que me merezco se dispara mi impulso de fuerza, ira o rabia, y luego me quedo triste por no sentirme querido, lleno de resentimiento. Hay una lógica que viene del sentido común, obvia, que es lo que cada uno se merece según su estatus y es lógico que se produzca un natural reconocimiento, y si no se produce, salto. Lo estoy diciendo y me parece muy legalista, pero es así, poco flexible. Mejor blancos o negros que grises”.

Desde el punto de vista corporal, los músculos tienen tendencia a mantener un estado de hipertonia crónica pero superficial; la propia de una estructura en tubo. Esta tensión se manifiesta en especial en los músculos de la cara, de los hombros, en los músculos largos de la espalda, y en los de la pelvis y el periné. Suelen tener dolores musculares lumbares y cervicales, expresión de la rigidez pélvica y de la necesidad de control, que pueden derivar en lesiones óseas por exceso de tensión en las inserciones musculares, e incluso en problemas neurológicos radicales. Asimismo el diafragma está notablemente tenso, aunque no bloqueado, como forma de control sobre la intensidad emocional y sobre la experiencia de sus necesidades básicas, que de este modo pueden ser racionalizadas más fácilmente.

Los ojos son vivos, si bien su mirada puede ser muy dura y fría. Si la expresión de la cara es rígida, impresionan como una máscara severa. Esta expresión de severidad es utilizada defensivamente para evitar los contactos afectivos de matiz tierno o cariñoso. Son fóbicos a la expresión de la ternura, tanto desde ellos como hacia ellos, confundiendo la *cortesía* con la amabilidad y la *educación* con el respeto: con *cortesía* y *educación* no es necesaria ni la amabilidad ni el respeto, aunque ellos por su parte exijan amabilidad y respeto. Quizás sean las personas que, exigiendo más respeto, respeten menos al prójimo: *«Frecuentemente trato de pasarle la culpa al otro, yo asumo mi parte si es que la tengo, pero también señalo al otro con el dedo y se dispara la rabia y la intolerancia con él cuando siento que no es justo conmigo»*.

El Subtipo Fálico-Narcisista Compulsivo: Eneatipo VIII

En el carácter fálico-narcisista compulsivo, la coraza muscular se estructura casi exclusivamente en tubo, y con la característica de ser la estructura más sólida y espástica de todos los caracteres rígidos. Mantiene cierta

relación con la espasticidad del carácter esquizoide, de cuya fase preoral tiene fijaciones relativamente importantes, aunque, obviamente, no tanto como para detener el desarrollo evolutivo y fijar la estructuración de dicho carácter. La diferencia, determinante por otra parte, consiste en que en el esquizoide la espasticidad produce bloqueos profundos que estancan el flujo energético en cada uno de los segmentos, mientras que en el fálico-narcisista compulsivo la espasticidad es sólo superficial y no produce, por tanto, bloqueos profundos, sino una estructura en tubo que comunica directamente los polos cefálico y pélvico, y que le permite desplazar hacia las zonas genital y anal de este último segmento cualquier tipo de excitación energética susceptible de poder ser vivida como angustia, incluidos los pensamientos.

Es éste un excelente mecanismo para evitar la vivencia de angustia, pero que impone un alto nivel de sobrecarga energética pélvica, que será experimentada como un estado de excitación permanente. A su vez, este estado les impone mantener abierto permanentemente un intenso y anhelante deseo de experiencias sensorialmente excitantes a fin de dar salida, a través de la actividad genital compulsiva, a dicha sobrecarga. Esta necesidad les obliga a mantenerse casi continuamente en una acción directa sobre el medio que les rodea.

Una parte muy importante de esta actividad genital compulsiva la constituye la sexualidad genital; pero no utiliza solamente este recurso, sino también cualquier tipo de actividad externa o interna capaz de producirle cualquier excitación a nivel sensorial, con lo que consiguen mantenerse inmersos en un alto grado de vivencia de intensidad, así como en un estado de excitación más o menos permanente. No resulta imprescindible que el estado de excitación provenga de experiencias externas; en ausencia de estímulos externos, es el propio estado de excitación en el que están sumidos el que les procura el plus de intensidad necesario a sus experiencias cotidianas, aunque éstas, en sí, puedan no parecer especialmente intensas ni excitantes a otras personas. Incluso los pensamientos son procesados como un estímulo de la excitación sensorial genitalizada, siendo sólo considerados suficientemente importantes cuando estimulan sensaciones pélvicas.

D. es una mujer, subtipo social en el Eneagrama, cuya exposición será ilustrativa a lo largo de la exposición de este carácter: *«Lo tierno me parece demasiado previsible, me gustan las personas enigmáticas, difíciles. ¿Por qué las buenas personas no me llaman la atención?; quizás porque*

sé que no me van a hacer nada malo y eso no me interesa, no me da ni frío ni calor; prefiero una persona algo retorcida que yo pueda investigar. Ante las buenas personas que no tienen ambición de poder yo no puedo demostrar que estoy por encima, y yo necesito estar por encima cada día. Tengo adicción al poder. Las buenas personas no se pican...»

A través de éste mecanismo, al tiempo que dan salida a la sobrecarga pélvica mediante los impulsos genitalizados —cuyo objetivo es influir, en cualquier caso, directamente en la realidad—, se procuran también el suficiente estado de excitación vegetativa como para enmascarar cualquier posible sensación de angustia. Es decir, transforman la vivencia de angustia en sensación de excitación sensorial genital. Pero no sólo necesitan mantener este estado de excitación, sino que además su expresión ha de ser constante e inmediata para que la descarga sea eficaz. De ahí que la compulsión a la búsqueda de un estímulo para la acción en éste tipo de carácter sea nuclear, y que, por ello, necesiten perseguir constantemente situaciones que satisfagan su defensivo apasionamiento en cada momento por la intensidad. No hay, pues, mucha consideración hacia la proyección de futuro, ni hacia los contenidos puramente emocionales o intelectuales; se trata de un tipo de personas en las que domina la acción a través de la improvisación intuitiva.

«Yo actúo por instinto, lo que me pide el cuerpo. Soy superindependiente, yo creo que por egoísmo, no soy capaz de pensar en otra persona, sólo en mis intereses, en lo que me apetece. Me siento mejor en la guerra que en la paz, estimula mi creatividad; soy tramposa por naturaleza y me gusta lo más arriesgado. Lo demás resulta monótono, aburrido, no lo veo real y no me lo puedo creer: o es simple o miente. Yo también miento cuando digo que mi vida va de maravilla. Sólo pueden ser virtuosos los tontos. Yo nunca he sentido un estado de paz».

«No pienso en el futuro, y menos si tengo que sacrificar el presente. No confío en que lo que siembre hoy lo pueda recoger mañana. Creo que siempre consigo otro camino para encontrar lo que quiero o algo similar. De todas formas tengo insatisfacción permanente, quiero poseer pero luego no lo disfruto; sólo en el momento que digo ¡ya lo tengo!. Creo que no le doy valor a las cosas porque siempre las consigo, es como que todo es superpasajero: ahora lo tengo, ahora no lo tengo; es coger y tirar. No tengo apego a nada ni a nadie. Y yo me trato a mí como a cualquier otro: ni me quiero ni quiero a los demás».

Esta disposición les confiere unas características peculiares —automatismo en la racionalización sin necesidad de elaborar su contenido, y tendencia a expresar inmediatamente y sin filtros lo racionalizado— que se arraigarán en una estructura obsesiva de la personalidad. Su escasa tolerancia a mantener contactos íntimos, su poca capacidad para la expresión emocional y su dificultad para sentir los vínculos afectivos cuando el contacto —aunque exista previamente— no sea directo e inmediato, les hace parecer personas extremadamente contradependientes. Energéticamente soportan una sobrecarga permanente y una retención energética pélvica, con marcados rasgos fálicos, anales y esquizoides, que se traduce en una compulsión sexual genital exacerbada, en posesividad y en tendencia a actitudes sádicas en sus relaciones con los demás, al no disponer —como el carácter fálico-narcisista obsesivo— de los mecanismos de formación reactiva ante las conductas abiertamente agresivas. Su necesidad de gratificación es inmediata y, por tanto, su tolerancia a las frustraciones, mínima.

«El sexo me da sensación de rabia, el amor de languidez; el sexo me da fuerza y el amor me la quita. Con el sexo tengo la sensación de que lo tengo todo dominado y en el amor no controlo».

«Estoy segura cuando cojo lo que quiero. Si no lo consigo en ese momento no se va a volver a repetir la oportunidad, por eso prefiero llevármelo en el instante».

«Sentirme deseada me da poder y lo pongo por delante porque domino el terreno y lo necesito como respirar; además, los hombres siempre pican en eso. No he dado oportunidad de ser deseada por otra cosa que por el sexo. Es como un deporte o un reto, pero voy sobre seguro, buscando un trofeo».

«Yo no voy empujando a la gente, salvo que se interpongan en mi camino, y no los empujo porque sí, sino porque quiero lo que hay detrás. Eso es lo que han hecho conmigo».

La hipertonía crónica generalizada y superficial propia de los rígidos, sobre todo de los fálicos, se hace más evidente en la expresión de la cara, en los hombros, en la pelvis y en el suelo pélvico. Los rasgos de la cara suelen ser marcados, con una fisonomía de aspecto decidido y marcadamente masculino; si bien en las mujeres aparece, con cierta frecuencia, una expresión aniñada, pese a su porte atlético. La mirada es penetrante y viva, pudiendo la expresión variar de un fondo de ternura desconfiada a una frialdad realmente inquietante; una mirada permanentemente fría indica una importante desconexión de los componentes tiernos y

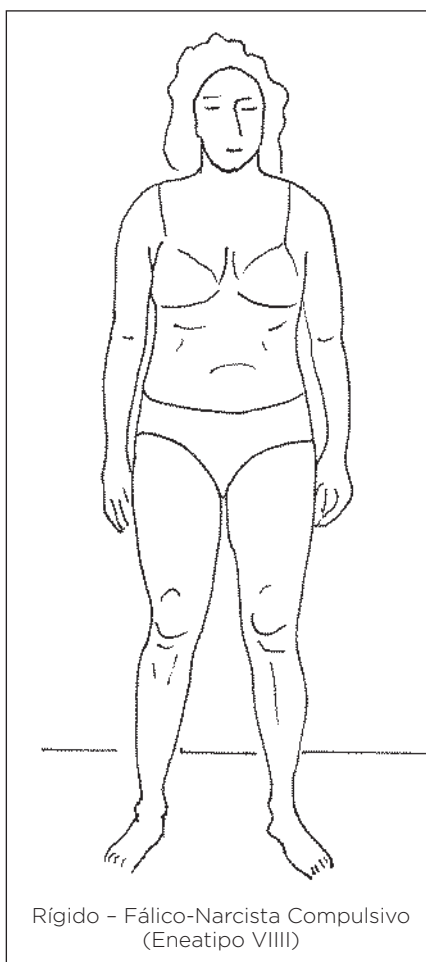
una grave patología en la estructura del carácter, que puede llevar hasta una comportamiento extremadamente sádico. Lo más frecuente es que su aspecto general impresione como una máscara endurecida, con un cuerpo elástico, vigoroso y arrogante; aunque en casos muy marcados, los movimientos pueden ser torpes y de expresión poco espontánea. Suelen tener aspecto atlético, con hombros anchos, cintura estrecha y nalgas tensas.

Es el tipo caracterial más cargado energéticamente dado que se encuentra sólidamente instalado en la fase fálica y ha alcanzado la genitalidad; pero para poder mantener esta posición fálica —una posición ciertamente defensiva ante tendencias regresivas pasivas— necesita contener prácticamente la totalidad del subimpulso tierno. Siendo como es un carácter plenamente desarrollado desde el punto de vista energético, ambos subimpulsos cumplen casi exclusivamente y de forma directa una función defensiva. El subimpulso tierno se repliega sobre sí mismo, conteniéndose e invirtiendo su función y dirección; es decir, se dispone antitético de sí mismo, dando lugar a una estructura dinámica de pérdida de contacto cuya importancia va a depender de la patología individual, pero será bastante profunda en cualquier caso. El subimpulso agresivo, prácticamente desprovisto del componente tierno, cumple también una función defensiva a fin de asegurarse una posición de poder para satisfacer completamente todas sus pulsiones. Pulsiones que son distorsionadamente procesadas como necesidades. Éstas serán satisfechas desde una posición de renuncia al contacto emocional y a la relación afectiva, para poder así mantener la fantasía de total independencia emocional y de libertad afectiva. Por ello, aunque establezcan vínculos profundos no los viven como tales más allá del contacto inmediato.

«Siempre me salto los compromisos, no soy fiel, me voy con el que me interese en el momento. Cuando alguien me limita un antojo me siento agobiada y esgrimo mi libertad. En el nombre de mi libertad y de mi independencia me lo permito todo, incluso a costa de hacerme daño a mí misma y machacarme viva sin saberlo. Siento que el amor me corta la libertad de hacer lo que quiero.

Me avergüenzo de desear cariño, ternura, tonterías, en vez de sexo fuerte, adulto. Yo no me puedo permitir andar con estúpidos; es como perder estatus, como si una tía de películas X se metiera a películas románticas».

Esta estructura energética defensiva necesita de un mecanismo psicoemocional muy eficaz: **la negación**, principal mecanismo de defensa psicoemocional del carácter fálico-narcisista compulsivo, y que abarca todo su sistema emocional. Desde el miedo al contacto por el intenso dolor sufrido —consecuencia de haberse sentido traicionados en su deseo de entrega erótica y tierna, cuando este impulso está ya plenamente desarrollado y se intenta conseguir satisfacción desde la entrega inocente— hasta su gran necesidad de recuperar la confianza en sentirse digno de ser amado y de poder amar. Desde su infantil dependencia afectiva, hasta su necesidad de poder para ocultarla y para proteger su indefenso núcleo tierno y lograr satisfacerse sin riesgos. Y desde este lugar de poder ejercer sus **deseos de venganza** por sentir su inocencia traicionada. Todo ello está simplemente negado.



«A los 14 años era como se hubiese perdido la inocencia, el corazón, y toda la época anterior es como si hubiese vivido drogada, no la siento mía. A lo mejor es como si hubiese perdido toda esperanza».

La génesis de este carácter se sitúa en el punto culminante del desarrollo evolutivo infantil. Es decir, ocurre en el momento en que el niño se siente en la certeza de poder conseguir la satisfacción total de sus deseos de entrega erótica y tierna hacia sus padres, principalmente hacia el progenitor de sexo opuesto. Este niño, generalmente se ha ido desarrollando en un ambiente en el que se podía permitir una libertad y espontaneidad relativas —aunque haya sido a consecuencia de omisiones en las funciones parentales relativas a su capacidad para poner límites operativos—, y con una aceptable sensación de autogratificación aunque haya sido totalmente sustitutoria. En este preciso momento del desarrollo en el que se entrega a

una satisfacción tierna y erótica, está siendo seducido, con marcado y manifiesto matiz sexual, por uno de los progenitores¹⁸, o alguna persona adulta allegada a la familia. El otro progenitor está investido de omnipotencia; una omnipotencia posiblemente más fantaseada que real —pues suele tratarse de una figura desdibujada y un tanto fantasmagórica—, y aunque como tal resulte operativa, no lo es en cuanto a la función de imponer límites; más bien se transforma en un ideal de poder ilimitado en la fantasía infantil.

En un momento en el que consideraba que nada se interponía entre él y la completa satisfacción de su deseo, se siente frustrado porque, al tiempo que es utilizado como objeto de satisfacción erótica y sexual, vive un rechazo real en su necesidad de contacto tierno. Quizás porque, en su necesidad de incrementar el placer erótico, se le imponen límites por primera vez, sin que se produzca una compensación adecuada en el contacto amoroso tierno, y cuando los límites no habían sido operativos para él hasta este momento, de ahí que los viva con la intensidad de un rechazo total. Este rechazo, por otra parte, proviene del mismo objeto amoroso que le estimula, del progenitor seductor; y, en consecuencia, se experimentará como una traición hacia su incondicional disposición a la entrega amorosa, tierna y erótica.

En este punto, me parece esclarecedor exponer ampliamente una parte de la biografía de D:

«Mi padre era un hombre pasional, y mi madre hacía las cosas cuando le daba la gana, sin razones. Realmente a mí me daba igual que me explicaran las cosas o no, lo que quería lo quería. Mi padre fue un maltratador que nos abandonó cuando yo tenía 11 años. Luego a los 12 mi madre se fue con otro señor; quedamos mi hermana y yo y teníamos toda la libertad del mundo; siempre he ido 3 o 4 años por delante.

Desde los 4 a los 14 años mi tío político abusaba de mí y lo dije, pero me dijeron que no dijera nada: “si dices algo tu padre lo mata e irá a la cárcel”. Yo no dije nada por proteger a mi padre. Yo contra mi tío no tengo nada porque considero que estaba

¹⁸ La seducción puede ser realizada indistintamente por el padre o la madre. Si es seducido por el padre del mismo sexo, con frecuencia conduce a la homosexualidad activa. Esta seducción sexual puede ser ejercida, y con frecuencia lo es, por otra persona distinta de los padres pero investida de autoridad parental, mientras que uno de los padres cumple una función, real o fantaseada, de cómplice que tolera u oculta y que no pone límites.

enfermo; los que tenían que haberlo hecho eran los que estaban a mi alrededor, a esos sí que les tengo rabia porque no pusieron ningún límite a eso y lo sabían.

Con él era como si le importase a alguien porque nunca fue violento conmigo, era suave y el que me prestaba atención. El resto no. Con él era incluso agradable porque yo sabía que me buscaba y lo provocaba y lo fastidiaba. Tenía la sensación de que dominaba la situación, incluso yo le calentaba y le daba vía a eso.

Con mi tío me sentía muy especial y se me olvidaba todo; luego me quedé enganchada a la relación con él, me gustaba. Con mi padre no sentía atracción sexual, pero sí que me gustaba su cuerpo y tocarlo. Pero desapareció cunado yo tenía 11 años y no regresó hasta los 16, y quiso regresar como padre y ahí terminó de matarme porque yo me las había apañado sola pero, a cambio, había tenido libertad y ahora quería mandar. No se lo consentí. Hasta los 10 años yo era su niña preferida, jugamos mucho; tenía miedo y admiración por mi padre, pero no respeto, lo utilizaba para escabullirme de mi madre y hacer las cosas que le fastidiaban; y él se aprovechaba de mí para poner en ridículo a mi madre. Yo sentía que mi madre me hacía rabiar imponiéndome cosas que consideraba arbitrarias, pero a veces mi madre me ayudaba a saltarme los límites que mi padre me imponía, según le convenía, pero nunca tuvo gestos cariñosos conmigo.

Yo estaba segura de que era la preferida de mi padre, incluso más que mi madre, hacía la que nunca le vi un gesto de cariño y conmigo sí. Mi apoyo era mi padre, mi madre era despótica y tiránica conmigo, me lo prohibía todo, hacía el papel de mala.

Como yo he hecho siempre.

Aquella gente (su familia materna) me hizo sentir culpable de que mi tío se propasase conmigo, y todos disimulaban. ¿Cómo es posible que yo sea la mala de la película, la puta? Y mi madre siguió y sigue yendo allí, como si nada. A mí me traicionaron mi madre, mi abuela, mi tía que eran mayores de edad. Ellos son culpables de que yo lo haya pasado tan mal, no fueron capaces de liberarme de mi tío. No lo entiendo y no soy capaz de perdonarlo; yo me sentía humillada y a ellos altaneros, como si no pasara nada, y yo con la necesidad de que viniera mi padre para sacarme de allí.

Mi abuela materna siempre estaba educándome con buenas palabras. Ella toleraba la situación con mi tío mientras me inculcaba normas morales. Así que yo manipulaba a mi tío, lo tenía pillado

y sabía que mi abuela lo sabía. Yo estaba por encima de todo el personal y tenía todos los secretos de la familia... Yo tenía mucho poder, pero me faltaba... no sé... me faltaba atención y que me trataran como a una niña, no a su conveniencia como a una fregona».

Aunque la frustración es operativa a un nivel energético y emocional, el rechazo no resulta completo por lo que respecta a la satisfacción exclusivamente sensorial del deseo, puesto que, al tener el subimpulso agresivo plenamente desarrollado, este carácter está capacitado para poder desplazarlo inmediatamente hacia objetos sustitutorios; eso sí, desprovisto ya de componente afectivo y tierno. Este desplazamiento y la eficacia del mecanismo negador le permitirán conservar la fantasía —que necesitará alimentar activamente— de seguir siendo el exclusivo objeto de deseo del progenitor seductor (o de quien desempeñe su función), del que ahora se sentirá poseedor. Es precisamente por esto, por lo puede manifestar abiertamente sus sentimientos hostiles de rechazo, desprecio y humillación hacia él; unos sentimientos que justificarán su necesidad de venganza y que estarán presentes durante toda su vida, mientras no sane la profunda herida que siente que le han causado en el núcleo más tierno de su ser: «Yo sé lo que hay que hacer. Es algo visceral que me sale de dentro, como el cabreo o la ira. Tengo pleno convencimiento de que puedo arreglar el mundo. Bush a mi lado no es nada. Soy consciente de mis deseos de tiranía, de someter al mundo, de vengarme de no sé qué...; de que el otro sepa quién es el jefe de la tribu, el que manda. Y si no me lo reconoce yo se lo muestro mediante un golpe en la mesa, con un poco de intimidación».

Esta restitución sólo será posible cuando pueda sentirse incondicionalmente amado, lo que le devolvería el sentimiento de ser digno para el amor. Por ello pone a sus compañeros sentimentales y amigos constantemente a prueba, creando activamente situaciones de decepción que bloqueen su confianza en la entrega, huyendo así reactivamente de la posibilidad de ser abandonado; por esta última razón, sólo es capaz de sentir los vínculos afectivamente —y suelen establecer vínculos de lealtad muy intensos— cuando están presentes las personas con los que han sido establecidos.

No olvidemos que se trata de un carácter en el que los impulsos están plenamente desarrollados, no existiendo por esta razón —aunque la fase genital no esté completada— posibilidades de regresión más allá de la posición fálica. El temor al castigo está negado, mientras que se mantiene la fantasía de posesión sobre el progenitor seductor; en tanto que el otro es fantaseado como un progenitor ilimitado pero inoperante respecto de su

función de contención. Así, la ternura no se reprime por miedo al castigo sino que se contiene y se niega, lo que, en consecuencia, hace que pulse intensamente; de ahí que precise de un aparato defensivo tan manifiestamente agresivo y hostil.

Se ha sentido rechazado pero no limitado, puesto que mediante el mecanismo de negación y el uso de su capacidad agresiva hace posible que el objeto de deseo sea desplazado y sustituido, satisfaciendo de este modo su necesidad directa pero parcialmente, al tener que limitarse a su componente sensorial. Por ello, únicamente lo percibido sensorialmente de manera inmediata va a tener valor de realidad para él, sacrificando así las satisfacciones emocionales afectivas e intelectuales, y su proyección hacia el futuro.

La situación a la que se enfrenta este niño es excepcional. Se enfrenta a dos progenitores vividos como omnipotentes: el uno, al poder rechazar su oferta de entrega incondicional; y el otro, al no ser más que una fantasía idealizada, inmersa en la expectativa —permanentemente anhelada y permanentemente frustrada— de poder ser contenido y reconocido como igual. Con lo que el único límite lo constituye el miedo al vacío emocional, un vacío que se oculta con la excitación sensorial y que será, como la ternura decepcionada, negado al fin de poder mantener ante ambos progenitores omnipotentes su posición fálica. *«Deseaba ser normal, pero cuando se me ofrecía la oportunidad la rechazaba porque suponía tener que aceptar normas; quería tener todo lo que los demás tenían y además lo que a mí me diese la gana. No estaba preparada para seguir las normas del juego».*

Como se ha dicho, este miedo al vacío emocional, es decir, el miedo a la ausencia total de contacto tierno aparece negado. Sin embargo, como se ocasiona precisamente por la contención extrema del subimpulso tierno, pulsará intensamente y se experimentará no como angustia sino como excitación sensorial y sexual, con el resultado de estimular al subimpulso agresivo a un constante y vertiginoso movimiento de fuga hacia adelante, acorde con la pauta de a mayor excitación menor vivencia de angustia. Y viceversa: a mayor contención del subimpulso tierno, mayor necesidad de acción agresiva, al aumentar la posibilidad de que la angustia aparezca.

Así pues, la coraza caracterológica corporal y psicoemocional del carácter fálico-narcisista compulsivo está en función de defensa del sentimiento de

ternura, lo que deja al componente agresivo prácticamente libre. Como consecuencia, son personas marcadamente agresivas, con mucha facilidad para el uso de la violencia. Una agresividad que se manifiesta en todos los ámbitos de su vida: laborales, sociales, familiares y sentimentales; lo que puede conducirles, bien al poder y al liderazgo, o a la marginación, como situaciones extremas. O a ambas, alternativamente.

Obviamente, su sexualidad genital estará también en función defensiva, desarrollando una conducta marcadamente posesiva y puesta al servicio de la dominación y la venganza, con gran potencia de erección y capacidad de excitación pero muy escasa potencia orgásmica y, frecuentemente, anorgasmia en las mujeres. Este tipo de conducta sexual deja una permanente sensación de profundo vacío, ya que nunca llega a satisfacerse lo que se busca realmente: la necesidad de abandono, de entrega, de ser amado con ternura. *«Hablé con mi pareja de mi necesidad de ternura, y sin problemas. Pero luego comencé a sentirme como una niña indefensa, ñoña, y con mucha sensación de vacío. Muy sensible a cualquier mala contestación y desconcertada porque no me enfado, me pongo triste. Este sentimiento infantil me molesta porque es el que utilizaba para hacer lo que quería con los hombres, y ahora no sé si es que soy así o es que quiero protegerme de algo. Pero ahora me sale solo, sin querer conseguir algo».*

Están inmersos en una distorsión fundamental: la confusión entre sentirse deseados y poderosos, y sentirse amados. Una distorsión que podemos reconocer en los demás caracteres rígidos, pero que en el compulsivo tiene la particularidad de mantenerse mediante una actitud activamente fóbica y descalificadora hacia los sentimientos amorosos, tanto los propios como los que podrían recibir de otras personas. Se trata de una racionalización defensiva con la que ocultan su miedo al dolor y a la traición emocional. Ésta es la razón por la que no lo califico como un carácter duro —como pueda serlo el esquizoide o el obsesivo— sino endurecido, como reacción defensiva de su sentimiento tierno, extremadamente sensible, que les hace aún más refractarios a la expresión y a la recepción de los sentimientos tiernos y amorosos, e incluso de sus manifestaciones ocasionales.

Semejante dificultad para el contacto amoroso y sexual aboca directamente a dos actitudes particulares. De una parte, a la ya referida compulsividad a una sexualidad promiscua e intensamente excitante pero que después deja siempre sensación de vacío y sentimientos de rechazo hacia la pareja, los cuales van acompañados de una crítica agresiva y descalifi-

cadora sobre su disposición al amor y la sexualidad. Y de otra, la necesidad de posesión y dominio sobre la persona deseada, pero no tanto de poseerla físicamente como de dominar su vida emocional, su voluntad y sus decisiones; de dominar en definitiva su alma, exigiéndole sumisión, disponibilidad y entrega total. No sólo sobre este punto, resulta muy ejemplificadora la película “Dracula”, de Bram Stoker, dirigida por Francis Ford Coppola, sino también como magistral exposición del drama emocional de este tipo de carácter.

«Mis relaciones sexuales siempre han sido como en un tatami, y yo siempre encima, hasta que dejo al otro machacado, sin personalidad, le chupo la sangre y le hago dudar de hasta dónde tiene la mano derecha».

Frente a esta dificultad para la relación amorosa, el carácter rígido compulsivo desarrolla un fuerte sentimiento de lealtad, que ofrece y a la vez exige a los demás. Y aunque se trate generalmente de un sentimiento racionalizado, es su única manera para expresar los afectos y establecer vínculos emocionales, de tal manera que estos lazos de lealtad perduran más allá de las estrictas relaciones de pareja o de amistad: pueden llegar a ser leales incluso con aquellos que, tras una relación afectiva, hayan devenido en enemigos. Como contrapartida, difícilmente perdonarán u olvidarán lo que consideren una deslealtad, algo que viven como una traición, como la ruptura definitiva del débil vínculo afectivo que son capaces de establecer. Cuando son capaces de recuperarse a sí mismos como seres dignos de ser amados, cuando se sienten amados —pese a sentirse como se sienten— y confían en ello, ese sentimiento de lealtad y de sentirse amados se transforma en el antídoto de la compulsión a la infidelidad y a la sexualidad explotadora. Es el germen de la recuperación de la capacidad de amar.

La dinámica psicoemocional que se desarrolla durante la situación edípica está marcada por una relación, real o fantaseada, de posesión sin límite del progenitor seductor (o de quien ocupe su lugar), sobre el que siente su poder ya que considera que satisface completamente sus deseos. El otro progenitor, el de sexo opuesto en los desarrollos heterosexuales, es por lo general un progenitor poderoso pero física y/o emocionalmente ausente, que no tiene una presencia constante y coherente, y que no establece ningún límite operativo. Un progenitor que tolera por estar ausente y que, cuando existe contacto o cuando le pone límites, lo hace desde una actitud omnipotente. Y dado que no puede establecer vínculos emocionales

fiables, se identifica con él: un progenitor al que imagina omnipotente, que es deseado y odiado al mismo tiempo, y que no ejerce una función de contención en la que el hijo pueda confiar. Ante la intensa angustia que la falta de contención le origina, opta por negar no solamente su dolor sino también su origen: al no sentirse merecedor de una atención tierna por parte de los padres —y como único camino posible capaz de mantener la integridad de su yo—, los niega, los excluye de su consideración emocional, y con ellos a cualquier autoridad o poder; ocupando el mismo este vacío con su propia idealización de la omnipotencia. Una dinámica que le lleva a desarrollarse con una gran dificultad para asumir límites respecto de sí mismo y del resto del mundo, lo que deviene en actitudes y conductas compulsivas.

Energéticamente, Reich lo describe de la siguiente manera: “Si el impulso plenamente desarrollado se encuentra con una frustración repentina y desusada, queda asentado el cimiento para el desarrollo de un carácter impulsivo. El niño no adopta plenamente la prohibición, pero desarrolla no obstante intensos sentimientos de culpa; éstos, a su vez, confieren a los actos impulsivos el carácter de impulsos compulsivos”¹⁹. Recordemos que la compulsión es una defensa contra la obsesión, contra la culpa. Éste es el modo en el que el subimpulso agresivo actúa también en función de defensa, manteniendo sus pulsiones en permanente acción.

La identificación, en general, se realiza con el progenitor por el que se desea ser amado y que, por ello, resulta el más frustrante. Pero en el caso del carácter fálico-narcisista compulsivo, son los dos: el progenitor seductor, dado que no le ha permitido obtener la gratificación completa de sus deseos tras de haberle seducido activamente, y el progenitor emocionalmente ausente y omnipotente, a quien culpa de no haberle dado contención emocional ni apoyo. Para simplificar, en lo sucesivo me referiré al caso de la mujer. Aquí es el padre quien más frustra, ya que activamente seduce sensorialmente y luego no lo lleva a término. Esta identificación, que podría determinar una estructura pasivo-femenina, se ve contrarrestada por la fuerza de la posición fálica que hace “poner el énfasis en las actitudes falico-exhibicionistas y agresivas, es decir, masculinas”²⁰, puesto

¹⁹ OC., pág. 164.

²⁰ OC., pág. 212: Este texto es un excelente desarrollo y descripción del carácter fálico-narcisista compulsivo, pero hay que leerlo teniendo en cuenta que, en la época en que está escrito, Reich se refiere a él como fálico-narcisista, sin considerar al falico-narcisista obsesivo. La diferencia entre ambos no estaba aún establecida.

que el carácter fálico-narcisista compulsivo no retrocede a etapas anteriores del desarrollo, sino que intensifica sus manifestaciones como una defensa frente a la regresión hacia la pasividad, al estar los impulsos genitalizados y completada la fase fálica²¹. Pero queda el dolor, el resentimiento y los deseos de venganza contra el hombre; en tanto que, frente a las mujeres, adoptará una actitud de desafío o de reto que le servirá para canalizar los impulsos hostiles de competitividad, ira y cólera, provocados por la carencia de la atención que necesitaba y se merecía.

«Siempre compito y provocho a todos, sobre todo a las mujeres que sé que no tienen nada que hacer conmigo. En general paso de ellas, no me divierten. Con los hombres puedo hablar al mismo nivel. Con los hombres y con el sexo siempre he jugado a órdago a la grande. Yo soy más chula que nadie y estoy por encima de las demás mujeres, distinta. Pensaba que el sexo y la cama era mi único don, mi mejor cualidad. Lo único que sabía hacer bien».

De este modo, se sitúa en el conflicto edípico y obtiene su lugar de poder que, al tratarse de un lugar tan sin límites y omnipotente como el que fantasea, en este caso, en la madre, le obligará a emprender una inconsciente, compulsiva y vertiginosa carrera tratando de huir de la angustia, buscando una figura de poder capaz de limitarle y contenerle. En última instancia, la muerte.

La necesidad de contener —mediante su negación— al subimpulso tierno trae como consecuencia la ruptura del contacto con las propias necesidades, que quedan igualmente negadas, junto al endurecimiento emocional, intelectual y físico. Así mismo, la necesidad de negar a los padres, que deberían —para poder controlar la angustia— ser los rescatadores y receptores de su ternura, le llevará también a negar su necesidad y su deseo más importante: un padre o una madre capaz de cobijarle y un límite capaz de contenerle. Es decir, le llevará a negar su necesidad de ternura, su necesidad de protección y de contención, y su necesidad de reposo; quedando así abocado a una explotación tiránica de sí mismo y, en casos extremos, a una adicción a los establecimientos penitenciarios, donde encuentran esa función limitadora y de contención. De forma compensatoria, desarro-

²¹ Al estar el sistema nervioso y muscular plenamente desarrollado, los impulsos y sus componentes emocionales, llegan plenamente a su destino, son “sensados” y codificados como tales, y ya no se puede, fisiológicamente, manifestar por otras vías.

llan una compulsión caracterial hacia la posesión y el vampirismo emocional: se nutren de “presas vivas”, a las que dejan exhaustas e incapacitadas para establecer otras relaciones afectivas durante bastante tiempo.

*«He visto a mi madre después de cuatro o cinco años, no recuerdo la fecha, creo que no me interesa. Qué borde es, qué mala persona, no me arrepiento de haber sido dura con ella. No me cae bien, **no me gustaría parecerme a ella**. Me irrita, me cabrea; creo que no lo hizo bien como madre y nunca he visto ningún atisbo de arrepentimiento. No se lo perdono ni se lo perdonaré, no tengo sentimientos hacía ella. Cuando yo sentía pena nadie venía a consolarme, me sentía miserable. Me traicionó».*

Paradójicamente, este carácter sólo sanará mediante la entrega al amor incondicional: sintiéndose lealmente amado, podrá sanar su resentimiento y su deseo de venganza, y logrará entregarse a su propia ternura y compartirla con otras personas.

Ésta fue la motivación de D. para pedir ayuda: *«No tengo ninguna depresión ni nada por el estilo, pero tengo un problema de conducta que creo que deriva de que he tenido una infancia dura y he tenido que buscarme la vida. Estoy aquí porque mi pareja es una buena persona que me quiere, y parece ser que yo soy un ser demoníaco. No lo entiendo, no sé lo que ha visto, pero es así».*

Epílogo

El poder conocer la etiología de cada uno de los caracteres y su proceso de desarrollo, su devenir histórico individual, nos proporciona una herramienta de indudable valor y eficacia —desde el punto de vista del análisis del carácter— para nuestro trabajo como psicoterapeutas, puesto que teniendo el mapa es más fácil ayudar a recorrer el territorio con el objetivo de alcanzar un mayor estado de salud, un mejor vivir.

Como hemos visto, cada uno de los nueve tipos caracteriales sigue un proceso de estructuración que le es propio y este proceso de ninguna manera es aleatorio, sino que depende, por una parte, de la dotación congénita con la que venimos al mundo; y por otra de la fase del desarrollo en que haya tenido lugar la principal fijación estásica de la energía del Impulso Unitario, sin que este hecho implique ningún determinismo, puesto que son múltiples los factores de determinarán dicha estasis.

Sin embargo, en el origen de todos los caracteres se encuentra siempre el mismo hecho: **la dolorosa pérdida de nuestra Identidad**, consecuencia del déficit en amor y tolerancia con el que hemos sido recibidos y que nos acompaña a lo largo de nuestra infancia; déficit que se mantiene, con mucha frecuencia, a lo largo de nuestra vida como una falta de contacto amoroso y tierno hacia nosotros mismos, hacia nuestras necesidades reales y hacia nuestros deseos genuinos, simplemente porque hemos perdido el contacto con ellos. Esta desconexión es la causa de que nos confundamos y dirijamos nuestro impulso agresivo hacia la satisfacción de las manifestaciones carenciales inconscientes —esto es, neuróticas— manteniéndonos en un estado permanente de insatisfacción.

Como consecuencia de esta pérdida de identidad, quedamos inmersos en un estado de *ignorancia* sobre nuestro Origen que nos aboca a una experiencia de vacío. En el intento de evitar el contacto con tal experiencia necesitamos elaborar una *imagen* sobre nosotros mismos, y lo hacemos a partir de lo que sentimos que esperan que seamos, imagen que resulta ser fantaseada e irreal pero con la que nos identificamos quedando apegados a ella; de esta manera estructuramos nuestro carácter.

Pero el carácter, precisamente por la irrealidad de la identificación, no nos libra de la sensación de falsedad, la cual da origen al *miedo* —más o menos consciente— ante la posibilidad de que esta imagen se nos venga abajo; razón por la cual nos apegamos a ella. El desconocimiento de lo que realmente hay detrás de la imagen, y la necesidad de mantener una identidad —que aunque sea falsa nos resulta conocida— nos lleva a fantasear que tal vez detrás de la imagen haya algo peor, incluso nada. Nos metemos miedo, y el miedo nos mantiene en el inmovilismo neurótico haciendo válido el masoquista refrán: “más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer”.

Si la estructura de cada carácter —y de cada persona individualmente considerada— sigue este proceso, el camino de su desestructuración con el fin de ablandar su rígida coraza y poder alcanzar un mayor conocimiento de nuestro ser real, y con ello un mejor estado de salud, deberá seguir el camino inverso.

En primer lugar será necesario que tomemos consciencia de las disfunciones en las relaciones con nosotros mismos y con los demás. A esta toma de consciencia ayuda el que podamos dar a algunos sentimientos y estados, como son los sentimientos de insatisfacción permanente, el sufrimiento crónico, los fracasos reiterados —y también a los síntomas— la importancia que realmente tienen, no solamente como frustraciones que vienen del mundo exterior, aunque algunas veces lo sean, sino considerarlos principalmente como deficiencias intrínsecas a nuestra propia historia individual, procurando no caer en el error de intentar evitar la responsabilidad que nos atañe —intento imposible— culpando a algo o a alguien de los estados que se generan en nuestro propio mundo interior. Algunas veces, simplemente el hecho de *darnos cuenta* de que necesitamos vivir mejor y más plenamente es la motivación suficiente para iniciar el camino hacia nuestro *re-conocimiento*; desde mi experiencia, este darnos cuenta es la motivación más estimulante y de más largo recorrido.

A partir de esta toma de consciencia, acosados o no por los síntomas clínicos, nos enfrentaremos al omnipresente *miedo a vernos realmente*, el miedo al cambio que surge ante la necesidad de explorar lo desconocido de nosotros mismos, intuyendo, o con la seguridad, de que tendremos que dejar nuestro habitual lugar de refugio y asumir la responsabilidad de ser adultos y libres. Ésta es la paradoja en la vivimos inmersos y de la que tenemos miedo de salir: añoramos conocernos y ser libres y lo tememos a la vez.

Para seguir adelante tendremos que atravesar el miedo —es inútil, y una excusa, esperar a que el miedo desaparezca— con el coraje suficiente para poner en cuestionamiento la *imagen* de lo que creemos que somos, dar un paso hacia el temido *vacío* —ese *vacío fértil*—, pues es a partir de este lugar desde donde podemos obtener un poco más de luz acerca de *nuestra realidad objetiva* y experimentar la satisfacción que produce encontrar algo nuestro que teníamos perdido. Y de nuevo comenzar a dar otra vuelta para desenroscar un poco más el “tapón” de la ignorancia y poder dar salida a algo más de luz de la Consciencia; un camino en espiral que, si bien nos lleva cada vez más atrás en nuestra historia personal, nos impulsa hacia adelante en nuestro desarrollo personal: es sanando el pasado como podemos *revivir* en el presente.

En todos los casos se trata de *restaurar el Sentimiento Básico de Confianza*; y, con él, la *capacidad de amor* tanto hacia uno mismo como hacia los demás. Es, en definitiva, conocernos para poder amarnos y amar, restaurar en cada uno de nosotros la capacidad de entregarnos al **Amor**, lo único que puede ayudarnos a descorrer el neurótico velo de la ignorancia que cubre nuestro *Santo Origen*, puesto que es lo **Único y Real**.

Bibliografía Recomendada

FRITZ PERLS:

- *Testimonios de terapia*. Cuatro Vientos Editorial, 1976.
- *Yo, hambre y agresión*. Sociedad de Cultura Valle-Inclán, 2007.
- *Dentro y fuera del tarro de la basura*. Cuatro Vientos Editorial, 1987.
- *Sueños y existencia*. Cuatro Vientos Editorial, 1998.

WILHEM REICH:

- *Análisis del Carácter*. Edit. Paidós, 1976.
- *La función del Orgasmo*. Edit. Paidós, 1962.

ALEXANDER LOWEN:

- *El lenguaje del cuerpo*. Edit. Herder, 1985.

CLAUDIO NARANJO:

- *La vieja y novísima gestalt*. Editorial Cuatro Vientos, 1990.
- *Carácter y Neurosis. Una visión integradora*. Edit. La Llave, 1994.
- *Autoconocimiento Transformador. Los Eneatipos en la Vida, la Literatura y la Clínica*. Edit. La Llave, 1997.

FRANCISCO PEÑARRUBIA:

- *Terapia gestalt. La vía del vacío fértil*. Alianza Editorial, 1998.

SANDRA MAITRI:

- *La dimensión espiritual del Eneagrama. Los nueve rostros del alma*. Edit. La Liebre de Marzo, 2004.

STANISLAV GROF:

- *El Viaje definitivo. La consciencia y el misterio de la muerte*. Edit. La Liebre de Marzo, 2006.

FRITJOF CAPRA:

- *El Tao de la Física*. Edit. Sirio, 1997.
- *La trama de la Vida*. Edit. Anagrama, 1998.

JOSÉ HERBIG:

- *La evolución del conocimiento*. Edit. Herder, 1996.

JAVIER ARENAS:

- *Lecciones de psicoanálisis (Para los cursos de formación en Psicoterapia Clínica Integrativa)*. (No publicados)

JOSÉ JIMÉNEZ AVELLO:

- *La isla de sueños de Sandor Ferenczi*. Biblioteca Nueva, 2006.
- *Para leer a Ferenczi*. Biblioteca Nueva. 1998.

Nota biográfica del autor

Mi madre tomo la decisión de que naciese en una clínica de Madrid, en 1943; buena decisión, pues tuvo un ataque de eclampsia durante el parto y, de haber dado a luz en el pueblo donde residíamos, probablemente habríamos muerto los dos. En cuanto fue posible regresamos al pueblo, en Alicante, donde transcurrió mi infancia, según las crónicas, bastante asilvestrada.

Terminé mi bachiller en Madrid, en el Instituto Ramiro de Maeztu, y me licencié en Medicina en la Universidad de Salamanca (1963-1969), pero aprendí medicina, y a ser médico, durante las vacaciones acompañando a mi padre, por aquel entonces médico de pueblo en una amplia comarca alicantina; medicina a pie de cama, con sólo fonendo, termómetro y ojo clínico: aprendí el valor de la intuición, del tacto, el contacto, del escuchar la historia de la vida del paciente y su familia, y de la compasión. En Salamanca aprendí, sobre todo, a ser universitario; una época inolvidable.

Desde el principio mi vocación fue la psiquiatría y mi idea era haber ido a Córdoba, a estudiar con Castilla del Pino, pero al licenciarme del servicio militar obligatorio (dos años traumáticos), encontré en mi casa una carta de mi amigo Claudio Cid de Rivera con el anuncio de plazas de residentes para los hospitales psiquiátricos de la Diputación de Vizcaya; solicite y obtuve una plaza en el Instituto Neuropsiquiátrico Nicolás de Achúcarro, en Zamudio (1971). Allí nos reunimos un grupo variopinto, todos con muchos deseos de aprender y de divertirnos, (y los veteranos, que ya sabían, de enseñar), abiertos a todas las tendencias, sobre todo al psicoanálisis, bajo la dirección de un hombre excepcional, D. Mariano Bustamante, que siempre sabía como corregir un error con el objetivo de que aprendiese sin sentirme descalificado. Un privilegio.

Durante este tiempo inicié mi psicoanálisis personal, que duró algunos años. Roté por los hospitales de crónicos de Bermeo y Zaldívar donde tuve ocasión de estudiar a fondo la psicopatología a través de las historias clínicas que habían elaborado anteriores psiquiatras, verdaderos tratados novelados que yo podía poner al día, pues la mayoría de los pacientes aún vivían. Obtuve la especialidad en psiquiatría, y unos años más tarde en neurología, en la Universidad de Bilbao. Fue la época de la antipsiquiatría, de abrir los manicomios y sacar los locos a la calle; de enfrentarnos a las administraciones y de hacer "política" en nombre de la salud mental. En aquel momento (1971-1980 y posteriores años) muchos de los hospitales psiquiátricos fueron detonantes para el cambio social que venía cuajándose. Fue una época apasionante.

En Zaldívar, alrededor de 1974, conocí a Antonio Asín e inmediatamente hicimos una estrecha amistad; más, nos hicimos cómplices. Antonio me puso en contacto con la bioenergética; asistía a sus grupos y aprendía de su hacer, aprendizaje que yo aplicaba a los internos del hospital de Bermeo donde en ese momento trabajaba como jefe de rehabilitación y atención extrahospitalaria, con resultados sorprendentes en la rehabilitación del síndrome de hospitalismo. Se decía que el pueblo era el manicomio y el hospital las oficinas; afortunadamente resultó cierto. Imposible olvidar aquellos estimulantes años, ni a los amigos que tengo allá.

A través de Antonio conocí lo escritos de Gurdjieff y el Cuarto Camino, y más adelante, estando ya en Alicante, me puso en contacto con Claudio Naranjo, Paco Peñarrubia, Annie Chrevreux, Ada López, Ignacio Martín Poyo...; en fin todo un grupo de buscadores que formamos los primeros discípulos de Claudio en España. Me introduje en la gestalt, en el Eneagrama y en algunas otras cosas, durante los más de 20 años interrumpidos de aprendizaje al lado de Claudio y con el resto del grupo, con la mayoría de los cuales mantengo esa estrecha amistad que da el haber sido y ser compañeros en la exploración de cada uno de nuestros caminos, además de una leal colaboración hasta la actualidad.

Al poco de trasladarme a Alicante (1980), se nos ocurrió a Antonio y a mí crear el Instituto de Psicoterapia Emocional y Técnicas de Grupo (IPETG), con sede en Bilbao y Alicante. Nunca olvidaré aquella espera en el aeropuerto de Vitoria donde Antonio me enseñó el anagrama que había ideado para el Instituto, y que sigue vigente hoy día. Iniciamos una colaboración entre las dos sedes que duró algunos años, hasta que él se trasladó a Málaga, colaboración donde estaba presente el Trabajo, pero también la diversión y el compadreo.

En 1982 inicié mi formación en Análisis Bioenergético durante cuatro años, con Carlos Chan, de la escuela de Lowen, con lo que, con una formación más sólida y avalada, me dedique por entero a la psicoterapia bioenergética, además de mi práctica como psiquiatra.

Por esta época, fui designado gerente del Hospital Psiquiátrico de Alicante, con el apoyo de todos los compañeros que comenzamos juntos tras aprobar la oposición convocada por la Diputación. Este hospital era aún un hospital cerrado y sobresaturado de pacientes, con una asistencia que creía que ya pertenecía al pasado; no lo conocía pese a ser alicantino. Bueno, es lo que había y decidimos cambiarlo: fue una pequeña revolución. En un año dimos unas 300 altas e iniciamos la sectorización de la provincia para la asistencia psiquiátrica. Al cabo de este año y una vez consolidados el cambio en el hospital y establecida la sectorización, dimité de la gerencia quedando como jefe de uno de los sectores, hasta que en 1985 pedí mi excedencia como funcionario.

A partir de aquí pude dedicarme por entero y de una manera libremente creativa al proyecto que ya venía desarrollando: crear un centro de psiquiatría y psicoterapia de orientación humanista y ecléctica, donde se pudiese dar una atención integral a las demandas de nuestros pacientes según sus propias características y necesidades. Se trataba de poner en práctica la idea de que no hay buenas técnicas de psicoterapia sino buenos psicoterapeutas.

La primera sede del Instituto de Psicoterapia Emocional y Técnicas de Grupo en Alicante se hizo realidad física en Septiembre de 1983, gracias a la capacidad resolutive de Elena (hasta ese momento trabajaba con grupos en un garaje alquilado). El comienzo fue duro, trabajando por la mañana en los puestos oficiales y por la tarde en el Instituto, más algunos fines de semana; unas diez o doce horas diarias. Y al IPETG continuó dedicando todo mi esfuerzo y capacidad profesional como psiquiatra, psicoterapeuta y coordinador clínico.

Luego se unió Alfonso González Matos y, poco después, Lourdes Martínez Bárcena. Mi deseo: ir poco a poco reuniendo un grupo de profesionales conscientes de la transcendencia humanista de la psicoterapia y de que el modo de hacer personal, práctico y teórico, no es mas que un punto de vista subjetivo, complementario de otros puntos de vista, no excluyentes. El grupo se fue reuniendo, con sus altas y sus bajas, procurando que también hubiese interés por la investigación y la docencia. El único requisito imprescindible fue el de estar en proceso de psicoterapia personal, o haberla concluido, y tener un supervisor permanentemente. Mi interés era, y es, ofrecer posibilidades para que los distintos puntos de vista se vayan integrando en la práctica psicoterapéutica, sobre todo en el área clínica. Estamos en un buen proceso de poder llegar a conseguirlo.

Desde este punto de vista, organicé junto con Elena Revenga, Ada López, Antonio Asín, Paco Peñarrubia, José Jiménez y un grupo de cuarenta valientes, los 1º y 2º (1985 y 86) Encuentros de Psicoterapia Integrativa en Alicante. Fue el comienzo de algo distinto para cada uno de nosotros y para la mayoría del grupo que se integró en el experimento. En 1987 fue el primer SAT en Babia coordinado y dirigido por Claudio Naranjo, y fundamentalmente nutrido por los participantes en los Encuentros de Alicante. En 1993 organicé el Primer Simposium Internacional sobre el Eneagrama, en Pueblo Acanalado, Alicante.

A partir de 1993, más o menos, comencé un programa de formación en Psicoterapia Clínica Integrativa, integrando la teoría caracteroanalítica (etiología, dinámica energética, estructura corporal y dinámica psicoemocional) siguiendo a Wilhem Reich y el Eneagrama, con la practica bioenergética, gestáltica y psicodramática, aderezadas con la teoría psicoanalítica, la neurofisiología y el enfermar psicossomático, apoyado por un excelente equipo



y con un enfoque claramente clínico, siguiendo como eje la visión transcendente del ser humano. El programa tiene una duración de cuatro años y medio, y este año 2009 iniciamos la 10ª promoción.

Creo que ésta ha sido mi aportación al Eneagrama psicológico, ayudando a clarificar la etiología psicoemocional, la estructura corporal y la dinámica energética de cada uno de los eneatis, punto de vista que expongo aquí.

Al mismo tiempo comencé a colaborar con diferentes escuelas de gestalt, dando un taller sobre etiología, dinámica energética y psicoemocional de los caracteres desde la teoría de Reich, con la utilización de la energía corporal como vehículo para revelar emociones, atender a las sensaciones, acallar el pensamiento y favorecer la espontaneidad, el contacto y la expresión. Taller que, según dicen, supone un antes y un después para muchos de los participantes.

Hace cuatro años, a partir de una experiencia meditativa en Karma Ling, sentí, sin lugar para la duda, que por gratitud debía compartir los conocimientos que había adquirido. Y comencé a impartir enseñanza sobre el Eneagrama, poniendo el acento no tanto en la parte oscura del carácter, como en su parte luminosa. Estos talleres sobre el Eneagrama se continúan obligatoriamente con un año de seguimiento en la autoobservación, y con el compromiso explícito de los participantes de usar este conocimiento exclusivamente para su desarrollo intelectual, emocional y espiritual.

Y en estas continúo andando. Ya los años pesan, sin embargo he ganado en experiencia y en el saber hacer sin esfuerzo, de modo que creo tener correa para rato. Uno de los frutos de esta resumida historia es el presente libro.

CONTACTO:

INSTITUTO DE PSICOTERAPIA EMOCIONAL
Y TÉCNICAS DE GRUPO
Avda. General Marvá, 5 Entlo.
03005 Alicante
Tel: 965228152
www.ipetg.com
jjalbert@ipetg.com



OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

Libros:

Pintura-Terapia Gestáltica – Imágenes del alma

Katharina Widmer

Musicoterapia Gestáltica – Proceso sonórico

Marisa Manchado Torres

Pequeña Antología de Salomo Friedlaender

El Berlín de Perls:

el espíritu vanguardista en el arte y la terapia Gestalt

Annie Chevreux

Meditación Vipassana y Gestalt

Dhiravamsa

Dvd:

Autoasistencia Psicológica:

De la Exigencia a la excelencia

Norberto Levy

Revista:

Estudios de Gestalt: Nº 1 / Nº 2

Varios autores

(Para consultar artículos de cada número: en la página siguiente)

PRÓXIMOS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

Holismo y evolución

Jan C. Smuts

Revista Estudios de GESTALT

Nº 1

ESTUDIOS

- El proceso del terapeuta gestáltico | **Antonia Canyelles Socias**
- La ansiedad según la teoría de la Terapia Gestalt y su aplicación clínica | **Esperanza Miravalles González**
- La gestión de la agresividad en la teoría de la Terapia Gestalt | **Mª Cristina Rodríguez Inyesto**
- La seducción dentro de la Terapia Gestalt | **José Julián Gómez López**
- La vergüenza | **Carlos Cervera López**
- La equivocación, la culpa y el perdón | **Amor Hernández Fernández**
- Sé un payaso... Sé tú mismo. Clown & Gestalt | **Néstor Muzo Fredes**
- Arteterapia gestáltica: Herramientas artísticas en el trabajo de polaridades | **Carmen Pardo Martínez**
- Unas gafas gestálticas para mirar el sistema floral del Dr. Bach | **Rosa Medinilla Segura**
- El canto de las sirenas. Pelando la cebolla de las drogo-dependencias | **Carmen Benítez e Inmaculada Casas**
- Aportaciones de la terapia Gestalt al tratamiento del Síndrome de Burnout (quemarse por el trabajo) en los profesionales de la ayuda | **María Dolores Baena Sánchez**

Nº 2

ENSAYO

- Ante la intemperie existencial: ¿Vertical u horizontal?
| **Francisco Huneus**

CASO

- Arteterapia y Adecuación a las Circunstancias | **Elvira Gutiérrez**

ESTUDIOS

- Aproximación a la terapia infantil gestáltica | **Mercedes Mendikute**
- El uso de la Fantasía Dirigida: aplicaciones en niños y adolescentes
| **Yael Peña**
- Maltratador y Cuidador | **Ágata Asensi Gonzalo**
- Las pérdidas y sus duelos en la vida y en la terapia | **Jesús Pinedo**
- Música y Gestalt | **Emilio Blázquez**
- Enteógenes y Gestalt: Un trabajo desde la consciencia
| **Raúl Martínez Ibars**
- El proceso de creatividad durante la formación en Gestalt
| **Maribel Gómez Sanjuán**
- Placer y Terapia Gestalt | **Javier Egurzegui Lorza**

